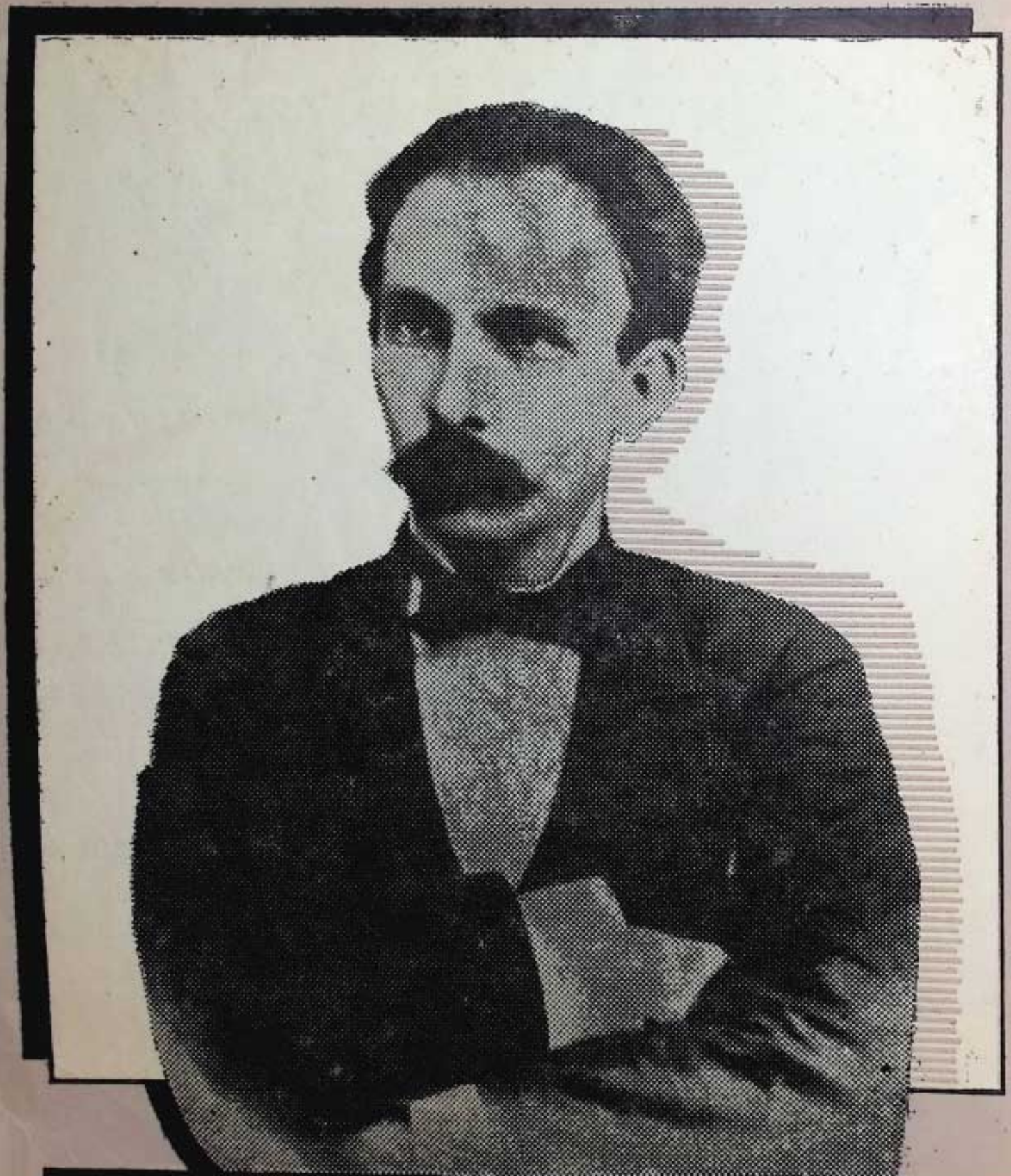
Casa de las Américas

135

XXX ANIVERSARIO DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA



mayo-junio 1983
Año XXIII no. 138

Casa DE LAS AMERICAS

Director
Roberto Fernández Retamar
Jefe de Redacción
Fernando Butazzoni
Diseño y emplane
Umberto Peña

Redacción
Casa de las Américas
3ra. y G, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

Inscripta como Impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa. Permiso n. 81222/153

Cada trabajo representa la opinión de su autor. No se devuelven manuscritos no solicitados.

Revista Casa de las Américas (seis números por año). Suscripción anual: S.U.S. correo aéreo: América del Norte, 12.00; América del Sur, 14.00; otros países, 17.00. (Estos precios se establecen en dólares estadounidenses al sólo efecto de fijar la equivalencia en otras monedas). El pago debe realizarse en cualquier moneda libremente convertible, excepto en dólares estadounidenses, a través de un Banco cuyas oficinas principales no radiquen en territorio de los Estados Unidos de Norteamérica. La suscripción anual en Cuba es 2.40 peso cubano.

Venta y suscripción: las solicitudes del extranjero deben hacerse a: Ediciones Cubanas, Obispo n. 451, Apartado 605, Ciudad de La Habana. Las suscripciones en Cuba deben realizarse en Expendidora Central de Publicaciones, Dragones 456, entre Lealtad y Campanario, Ciudad de La Habana.

Ministerio de Cultura
Imprenta Urselia Díaz Báez
Ciudad de La Habana, Cuba

© Casa de las Américas, 1983

A pocas horas una de otra... / 2

NUEVA ACTUALIDAD

José Martí / Simón Bolívar / 3

HECHOS / IDEAS

José Grigulevich / Simón Bolívar, el Libertador / 10
Sergio Guerra Vilaboy / Bolívar: a la independencia por la revolución / 20
Manuel Maldonado-Denis / Vigencia de Bolívar en el Caribe contemporáneo / 31
Ricaurte Soler / José Martí: bolivarismo y antimperialismo / 39
Carlos Rafael Rodríguez / Martí y el nuevo Ayacucho / 47
Jesús Montané / Martí y el 26 de julio / 54
Antonio Núñez Jiménez / Pensamiento y acción de Fidel Castro / 61
Gilberto Valdés / Crítica a la utopía existencialista sobre la Revolución Cubana / 85

NOTAS

Miguel Acosta Saignes / Cómo repudia una clase social a su Libertador / 99
Francisco Pividal Padrón / Bolívar y Martí: un mismo pensamiento latinoamericano / 104
Manuel Galich / El pensamiento martiano en la guerrilla guatemalteca / 109

RECUERDO Y HOMENAJE

Haydée Santamaría / 114

ENTREVISTA

Con Omar Cabezas / 121

PREMIO, ORDEN

Francisco Herrera Luque / Discurso en la constitución del jurado del Premio Literario Casa de las Américas 1983 / 126
Julio Cortázar / Discurso en la recepción de la Orden Rubén Darío / 130

LIBROS

Augusto E. Benítez / Bolívar: vigencia en su publicación / 136
Emilio de Armas / Simón Bolívar, aquel hombre solar / 142
Alberto Prieto / Bolívar en la URSS / 144
Mario Mencía / El joven Fidel / 150

OTROS LIBROS 157

AL PIE DE LA LETRA 162

ÚLTIMAS ACTIVIDADES DE LA CASA DE LAS AMÉRICAS 173

COLABORADORES / TEMAS 175

A pocas horas una de otra conmemoramos en julio próximo dos fechas de inmensa relevancia no sólo en nuestro ámbito histórico inmediato, sino en la humanidad toda: el día 24, el bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, para nosotros el Libertador supremo, el más alto símbolo de la primera independencia de Nuestra América; y el 26, el trigésimo aniversario de los asaltos a los cuarteles militares de Santiago de Cuba y de Bayamo, gesta de la que nacería la segunda independencia de Nuestra América. Esta segunda independencia había sido reclamada ya, con agónica energía, por José Martí, quien llamó "padre" a Bolívar, y fue proclamado por Fidel autor intelectual del 26 de julio, viniendo a ser así el nexo orgánico entre dos etapas capitales de la historia de la América Latina y el Caribe. Los trabajos que aquí reunimos no tienen ni pueden tener el propósito de abarcar en toda su magnitud hechos de tanta trascendencia. Son, simplemente, una muestra de cómo lo mejor de nuestra tradición es nuestra Revolución; de cómo Bolívar, Martí y Fidel son eslabones de una misma cadena; de cómo el proyecto bolivariano de unidad continental, enriquecido con las perspectivas de los tiempos actuales, los tiempos del ocaso del imperialismo y del triunfo del socialismo, sigue siendo en esencia el nuestro, según lo comprueban la tarea y el pensamiento del Che Guevara.

Ya hemos tenido ocasión de decir, en otras circunstancias, que no es como la mujer de Lot que miramos a nuestro pasado: lo miramos porque también en él están las señales que nos aclaran el presente y nos impulsan al porvenir. Y, desde luego, es siendo fieles a este presente y al inevitable y luminoso porvenir como somos dignos de los hombres que, a la manera de Simón Bolívar, estuvieron no sólo a la altura de su circunstancia, sino a la altura de la más empinada historia. Por eso es en la defensa de nuestra independencia, de nuestra soberanía, de nuestra libertad, de la justicia social, donde se encuentran los mejores homenajes al Libertador y a su "cohorte de astros". Bolívar contribuyó a hacer nacer un mundo, y anduvo por delante de las posibilidades reales de ese mundo en su momento. La clase de la que había surgido se sintió atemorizada ante la audacia de aquel "hombre solar" (para seguir citando a Martí); y las masas aún no tenían la coherencia y articulación que les hubieran hecho posible desarrollar hasta las últimas consecuencias la revolución que en él germinaba y se radicalizaba. De ahí que es grotesco identificar a Bolívar con su clase de origen o con las tergiversaciones de que se le hace objeto por descendientes de esa clase. Bolívar nació entre sedas, como tantos que iban a ser luego grandes dirigentes populares. Pero murió empobrecido, expulsado y perseguido por la carroña de aquellas sedas. Su hogar natural es todo nuestro continente, y en particular la America nueva, la América que soñó Martí, la América por la que se combatió en el Moncada, la América que ya se está construyendo en países como Cuba, Nicaragua y Granada, la América mestiza, antimperialista, justa, popular. La sangre que hoy se derrama en lugares como Centroamérica vuelve a traer a la vida al venezolano egregio ante quien nos inclinamos por su majestad de monte, su corazón turbulento, su eminencia de conductor, su encarnación de lo mejor de nuestra patria mayor; cuyos combates no están solo en el pasado sino se continúan y se continuarán dando hasta que se hayan hecho realidad las más hermosas metas del Libertador y de los suyos, de los nuestros.

JOSE MARTI

SIMON BOLIVAR*

Señoras, señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con

* Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de octubre de 1893, y publicado en *Patria*, Nueva York, 4 de noviembre del mismo año.

tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio, ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía, y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria"; —mujer fue la colombiana, de saya y cotón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; —mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: "jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes"; —mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; —mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del libertador; —mujeres, las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo,

y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas: y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. —¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tribunto; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre: en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el

bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando: —¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma¡— Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vio, sin duda, en el crepúsculo del Ávila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Tupac Amaru: el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma: dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León moribundo en la cueva: en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo: y Berbeo pasa, más muerto que ninguno, —aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo, —porque para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria: ¡y, de esta alma india y mestiza y blanca hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez con ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él en aquellas batallas: ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: —de las eternas nieves, ruedan, desmontadas, las aguas portentosas: como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos: por entre la bruma de los valles

asoman las recias torres de la catedral española: los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado; y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido: otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia de fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y en la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo: acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expasión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta,

conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas: erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! "¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿adónde iremos?"...

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al héroe, — y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!


XXX ANIVERSARIO
DEL ASALTO AL CUARTEL
MONCADA

JOSE GRIGULEVICH

Simón Bolívar, el Libertador

Quizá de ningún otro hispanoamericano se haya escrito tanto como de Simón Bolívar. Cuantiosos libros que narran su vida se han publicado en América y Europa. De él escribió luminosamente en su tiempo José Martí, y también lo hicieron otros grandes hispanoamericanos. No hay en Hispanoamérica nación que no haya contribuido al estudio del legado bolivariano. Y, justamente, en este aspecto es digno de destacar lo realizado por investigadores, escritores e historiadores de Venezuela, cuyas obras acerca del Libertador, siendo como son monumentos en honor de Simón Bolívar, son también un llamamiento hacia nuevas conquistas en la lucha por los ideales bolivarianos. En los países occidentales, biógrafos como el norteamericano Waldo Frank, el alemán Emil Ludwig y el español Salvador de Madariaga le dedicaron libros.

En la URSS, en Cuba y en otros países socialistas también se le dedicó atención. En la Unión Soviética se publicaron biografías suyas, lo retrataron los pintores y, en su honor, los músicos compusieron sinfonías; en 1983 la editorial *Naúka*, de Moscú, publicará las *Obras selectas* de Simón Bolívar, preparadas para su edición por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS.

Con todos los trabajos que acerca de Bolívar se escribieron desde distintos puntos de vista, la riada de estudios en torno a la figura del Libertador, lejos de menguar, sigue creciendo. Y se explica el fenómeno no sólo por los actos que conmemorarán el ciento cincuenta aniversario de su muerte y el bicentenario de su nacimiento, sino, ante todo, por la actualidad que su personalidad tiene hoy.

En efecto, la realidad ambiente en Latinoamérica hace recordar por múltiples signos lo acaecido en tiempos de Simón Bolívar. Como entonces, enormes masas de población se encuentran en movimiento para romper las cadenas del atraso, la miseria y la opresión. Este anhelo generalizado de libertad e independencia lo comparten todos los patriotas, campesinos, obreros, clérigos, militares y científicos.

Aquí y allá se derrumban las dictaduras, aparecen nuevos líderes, surgen nuevos sistemas sociales.

No menos crítico se presenta ahora asimismo el problema de la solidaridad hispanoamericana, de la que el primer artífice fue Simón Bolívar, al convocar en su día el Congreso de Panamá para dar vida a ese ideal. Solidaridad que tomó actualidad, sobre todo, a la luz de la guerra por las Malvinas, que puso en evidencia a los Estados Unidos de Norteamérica como aliado de la Inglaterra colonialista, atropellando su propia "doctrina Monroe" y el pacto de defensa que en Río de Janeiro ellos mismos firmaron con los países latinoamericanos.

Simón Bolívar no pudo llevar hasta el final la causa que él inició. Razón tenía José Martí cuando dijo que a Bolívar le queda aún no poco que hacer en América. Y más aún le queda por hacer en nuestros días. ¿Puede sorprender que su nombre siga despertando interés?

¿Coinciden los bolivaristas de hoy en la manera de entender la persona y los hechos del Libertador? Sí y no. Todos están de acuerdo en que Bolívar fue un genio histórico, desde luego, pero cada cual nos muestra el rasgo que más corresponde a la manera de comprender el autor el proceso histórico. Es natural. A Bolívar, cada investigador lo ve según sea propia su visión del mundo. Sin perder de vista, claro, que Bolívar fue formándose o madurando políticamente a lo largo de toda su actividad social. Hombre de indudable capacidad, el verdadero artífice o escultor que cinceló la imagen del Libertador fue la vida misma, con todas sus contradicciones o complejidades.

Figura política ante todo, luchador político, ¿a qué partido pertenecía? Hoy diríamos que al partido de la independencia hispanoamericana, del que fue el fundador y reconocido conductor hasta la conquista de la independencia. No sin haber recorrido antes un trayecto lleno de muchos obstáculos. Con victorias, pero también con derrotas. Alentado por la comprensión de sus correligionarios, pero chocando también con las envidias y los odios de otras gentes. Bolívar, profeta genial, también cometía errores, claro está. Comprendió muchas cosas, pero muchas fueron también las que no podía explicarse. Siendo hombre de su época, sabía ver más allá que muchos de sus contemporáneos.

Pablo Neruda escribió, refiriéndose al Libertador, que sobre ningún participante en la guerra de independencia latinoamericana se discute tan acaloradamente y con tanta pasión, pero nadie fue tan dotado y tenaz, ni obtuvo tantas victorias como Bolívar, quien fue y es el gran Libertador de América.

Hay en la historia de las naciones momentos cruciales, cuando se inicia el cómputo de nuevas épocas o se plantean nuevos objetivos en el camino del progreso social. Son generalmente momentos de cataclismos sociales, cuando se derrumban caducos principios o ideas. Cuando unas clases, cuya concepción del mundo es distinta, vienen a sustituir a otras. La sociedad plantea nuevos objetivos y tareas. Esos momentos son las revoluciones, las locomotoras de la historia, como las llamaron los fundadores del socialismo científico, Carlos Marx y Federico Engels.

Una revolución así fue precisamente la guerra de independencia de las colonias españolas de América en los comienzos del siglo XIX, que fue parte de la transformación burguesa del mundo. De la guerra de independencia hispanoamericana iba a surgir la Hispanoamérica de hoy, con sus repúblicas. Precisamente ocurrió ello cuando en Europa dominaba la Santa Alianza, defensora de las monarquías y de los intereses de los gobiernos europeos absolutistas.

La victoria de los patriotas hispanoamericanos fue también una derrota, no sólo para los colonizadores españoles, sino para los demás gobiernos europeos reaccionarios, y creó premisas para el surgimiento de nuevos movimientos más vigorosos por la justicia social y nacional.

Simón Bolívar, a diferencia de los demás paladines de la guerra de la independencia, fundaba y presidía repúblicas en los vastos territorios de la corona española. Otros descollantes dirigentes de esta guerra no pudieron hacerlo. Los mexicanos Miguel Hidalgo y José María Morelos, fundadores del movimiento por la inde-

pendencia de México, fueron ejecutados. El venezolano Francisco de Miranda acabó sus días en una prisión de Cádiz; el general argentino José de San Martín, el chileno Bernardo O'Higgins y el uruguayo José Gervasio Artigas no lograron proseguir hasta la victoria de la causa. Al general Antonio José de Sucre, compañero de armas de Bolívar, lo mataron. Y sólo Simón Bolívar, proclamado Libertador por sus compatriotas, en veinte años de lucha, desde 1810 hasta terminado 1830, revelará su talento como conductor de ejércitos, político y estadista.

La guerra por la independencia de las colonias españoles de América no fue un fenómeno casual, no la preparó un puñado de fanáticos seguidores de Rousseau o de hispanófobos, como escribieron algunos autores, sino que la precedieron hechos que tuvieron lugar en esta parte del mundo desde el período de la conquista. La población de las colonias se había sublevado más de una vez contra los españoles. En 1780, el virreinato del Perú y las provincias contiguas se vieron sacudidas por un poderoso levantamiento que acaudilló el indio Tupac Amaru II. Levantamiento que, como todos los demás, aplastaron los colonizadores. La guerra por la independencia iba a extenderse después de sufrir el absolutismo y el colonialismo europeos una serie de derrotas, una vez conquistada la independencia de los Estados Unidos y después de la Revolución Francesa de 1789. Situación internacional favorable para los patriotas criollos se creó también después de la invasión napoleónica en España. Influyeron asimismo, y no poco, las dos revoluciones liberales en España (1812 y 1820), que debilitaron a los colonialistas castellanos. Dejó impresión en los luchadores por la independencia la derrota de los ejércitos napoleónicos en España y Rusia, donde la guerra popular contra los invasores les hizo ver que también ellos podían vencer a sus opresores. La guerra de independencia movió a la acción social a esclavos libertados, a llaneros y gauchos, a masas de indios. Al lado de los colonizadores había intervenido en la lucha una parte considerable de estas gentes; pero eso cuando todavía no estaban maduras políticamente, y sólo se pasaron al lado de los patriotas tras haber atravesado durísimas pruebas y comprendido que la corona española no les traería más que opresión.

Los capitanes de la gesta independentista tenían que resolver, durante la guerra y después de ella, problemas políticos y sociales que ellos ni sospechaban antes. La esclavitud de los negros, la cuestión agraria, las relaciones con el clero (español fundamentalmente), el régimen constitucional de las colonias y la formación de nuevos ejércitos libertadores son unos pocos de los problemas que les preocupaban.

Había que resolver, asimismo, complicados problemas de política internacional, procurar el reconocimiento diplomático de las grandes potencias, sobre todo de los Estados Unidos y de Inglaterra, así como de la Santa Sede, prevenir tentativas de intervención de la Santa Alianza, obtener en el extranjero créditos para comprar armas, etc.

Por otro lado, las autoridades de Madrid y sus partidarios en las colonias, por todos los medios intentaban mantener los dominios de Ultramar en posesión de España. Unos, por la fuerza, sin hacer concesiones a los criollos; otros, los partidarios de las reformas burguesas, mediante diversos proyectos de autonomía, o de libre unión con España, y concediéndoles a los criollos escaños de diputados en las Cortes españolas.

Cuando en la metrópoli estaba vigente la democrática Constitución de Cádiz, entre los españoles crecían las simpatías por los insurgentes de Ultramar. Surgía una pregunta: ¿debían estos ir a una alianza con los demócratas españoles o había que tratarlos como a los reaccionarios que se les oponían?

Había, por último, otro problema capital cuya resolución requería sabiduría política: la formación estatal de las colonias, su constitución en monarquías o repúblicas, su gobierno federal o centralizado, la integración de las naciones en una alianza, o la organización por separado. El Libertador era el primero que debía dar respuesta a estas interrogantes.

Cabe señalar que, como conductor de la guerra por la independencia de la América hispana guerra que debía abrirle a aquélla el paso al impetuoso desarrollo burgués, Simón Bolívar hizo cuanto pudo por realizar reformas socia-

les. Y si no lo consiguió fue porque, hallándose aquellas naciones postradas en el subdesarrollo social, en ellas no existían los correspondientes sectores que le pudieran prestar apoyo.

El Libertador se distinguía de muchos de sus correligionarios por la voluntad de propósitos, por la decisión y la tenacidad. Las derrotas lo fortalecían, sabía sobreponerse a ellas y proseguir la lucha con fe en la victoria y en la conquista de la independencia. Es también gran mérito suyo el que haya conseguido formar un ejército apto para el combate, con hombres de razas diferentes (lo integraban criollos, negros, cholos, mulatos), y también el haber sabido atraerse para su causa a voluntarios europeos, entre los que asimismo había rusos. Todo esto no podía dejar de tener repercusión en el desenlace de la guerra.

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios —tales fueron sus nombres y sus apellidos—, nació el día 24 de julio de 1783 en Caracas, capital de la Capitanía General de Venezuela, en la familia de un aristócrata (un "gran cacao"), cuyos antepasados se habían instalado en América ya en el siglo XVI. Su padre fue un hombre de los más ricos de la comarca. Simón era el cuarto y último hijo. Parecería que todo le prometía una vida cómoda y tranquila, pero en su infancia y adolescencia le iban a suceder no pocas desgracias: primero mueren sus padres, después una hermana, y al año de casarse, su esposa; más tarde, cuando ya había empezado la guerra de la independencia, pierde la vida su hermano mayor, Juan Vicente.

Bolívar nunca fue ni a la escuela ni a la Universidad, pero gracias a sus educadores (Simón Rodríguez y Andrés Bello) y a sus viajes (de joven, Bolívar estuvo en México, en los Estados Unidos, España, Francia, Italia y Austria), a su pasión por la lectura, a su excelente memoria y al conocimiento que entabló con muchos personajes de la época, adquirió conocimientos para entonces bastante abundantes de historia, filosofía, geografía y literatura, y los fue mejorando a lo largo de su vida, que si relativamente fue corta, estuvo llena de acontecimientos dramáticos.

La Revolución Norteamericana, la Revolución Francesa y los precursores de ambas, los grandes pensadores del siglo XVIII, Napoleón con sus metamorfosis políticas y sus ambiciones de conquista, la decadencia de España, todo el cambiante mundo del siglo XIX, no podían dejar de llamar la atención del curioso y dotado joven criollo que a Europa Occidental había venido de los lejanos dominios españoles. Precisamente dentro de este ambiente de cambios generales y de esperanzas en un porvenir mejor, nace en Bolívar el incontenible afán de consagrarse a la causa de la independencia de su patria, Venezuela.

Mientras tanto, los acontecimientos se desenvolvían con rapidez vertiginosa. Napoleón hace prisionera a la familia real española e invade a España, en cuyo trono pone a su hermano José. ¿Qué debían hacer en estas condiciones las posesiones españolas de Ultramar? ¿A quién subordinarse? ¿Al rey José o al rey Fernando VII, prisionero de Napoleón? De los dos males, los criollos venezolanos prefirieron el segundo. Obran al principio con cautela, formando una Junta Patriótica de protección de los derechos soberanos de Fernando VII, la que luego, con más audacia, transformarán en gobierno independiente. Simón Bolívar y su hermano Juan Vicente intervienen desde el primer día junto con los patriotas. A los dos les dan destino de embajadores, al primero a Londres y al segundo a los Estados Unidos. En esta decisión influyó el que los Bolívar cubrían ellos mismos los gastos relacionados con las misiones diplomáticas. A lo dicho es preciso añadir que, al regresar de los Estados Unidos, Juan Vicente pereció en un naufragio.

En Londres, Simón Bolívar ve por primera vez a su célebre compatriota Francisco de Miranda, el hombre que iba a entrar en la historia como Precursor de la Independencia de la América Hispana. Otrora coronel del ejército español, soldado en la guerra por la independencia de los Estados Unidos y combatiente luego de la Revolución Francesa, Francisco de Miranda estuvo en muchos países de Europa, y también en Rusia, donde encontró el apoyo de Catalina II. El Precursor introduce a Bolívar en el trato con relevantes esta-

distas y figuras de la sociedad inglesa. Después, con ayuda de Bolívar, Miranda regresa a Caracas, donde los jóvenes patriotas lo reciben con gran entusiasmo, y con desconfianza el grupo conservador criollo, por ver en él a un peligroso jacobino, separatista y promotor de reformas sociales.

En Venezuela y en las demás colonias españolas, las cosas tomaban un cariz adverso para los patriotas partidarios de la independencia. A poco de comenzar la contienda en el año 1810, los españoles y sus partidarios locales pasaban a la ofensiva en todas partes, aprovechando la indecisión y la inexperiencia de las primeras juntas patrióticas. En Caracas, presionado por la Sociedad patriótica que Simón Bolívar y Francisco de Miranda encabezaban, el Congreso proclamó la independencia, constituyendo a Venezuela en república. A Francisco Miranda lo nombran dictador, pero cuanto hizo por imponer disciplina en las filas de los patriotas y pasar a la ofensiva, fue inútil. Empeoró la situación un fuerte terremoto que sobrevino en Venezuela, ocasionando víctimas y destrucciones. El clero y los partidarios de los españoles vieron en esta calamidad natural un "castigo de Dios" a los patriotas por querer separarse de España.

Enterado de que la fortaleza de Puerto Cabello, de valor estratégico para los patriotas, y cuyo alcalde era Simón Bolívar, había caído en poder de los españoles, Francisco de Miranda firmó con el jefe de los españoles, Domingo Monteverde, una capitulación que comprometía a los vencedores a no ejercer represalias contra los patriotas. Bolívar y otros jóvenes criollos, indignados por la decisión de Francisco de Miranda, pues ellos consideraban que la guerra había que proseguirla, lo detienen. Cae luego en manos de los españoles y lo llevan a Cádiz, donde muere en el cautiverio. Monteverde ni pensaba en cumplir las condiciones de la capitulación, pero, no queriendo estropear las relaciones con los potentados, le permitió a Simón Bolívar marcharse al extranjero.

Así pues, la primera república de Venezuela había resultado derrotada, y Simón Bolívar partía para el exilio. Pero él no se desespera, ni piensa inhibirse de una lucha contra la metrópoli que presentía prolongada y difícil, pero que acabaría en victoria.

Venciendo toda clase de dificultades, Simón Bolívar llega a Nueva Granada, donde todavía se mantenían en algunos lugares los patriotas, y a duras penas consigue formar un destacamento que no tardaría en penetrar en Venezuela. Llega combatiendo hasta Caracas, alcanzando una victoria tras otra. Los españoles contestan con represalias contra la población criolla. Bolívar decreta la guerra "a muerte" contra los colonizadores, haciéndolo saber en un "Llamamiento a sus conciudadanos".

Pero su triunfo no duraría mucho tiempo. De los llanos de Venezuela, contra los patriotas se iban a levantar destacamentos de llaneros al mando del asturiano Boves. Los patriotas no pudieron resistir la irrupción de los centauros de los llanos. Además de eso, España, adonde después de la derrota de Napoleón había vuelto el rey Fernando VII, enviaba a Venezuela un cuerpo de diez mil hombres mandados por el experto general Pablo Morillo.

No tardarán los españoles en entrar en Venezuela y Nueva Granada y restablecer su dominio en todas las colonias, excepto en Buenos Aires. Bolívar huye a Jamaica, donde publica escritos en los que, tras analizar el estado de cosas en las colonias, predice la victoria inminente de los patriotas. De Jamaica pasa a Haití, donde le socorre el presidente Petion a cambio de la promesa de libertar a los esclavos. Incluso en Haití tiene Bolívar que defender no sin dificultades su jefatura, porque cada caudillo guerrillero se consideraba a sí mismo digno de ocuparla. Luego se hizo un intento de desembarco en Cumaná, pero con tan mala fortuna que Bolívar tuvo que volver a Haití, donde Petion tornó a darle apoyo. Esta etapa toca a su fin con la liberación de Angostura, en el delta del Orinoco, donde se forma un gobierno provisional patriótico, presidido por Bolívar.

Ahora había que marchar hacia un objetivo grandioso, la liberación de Venezuela y Nueva Granada, que se encontraban en posesión del general español Morillo. ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo unir a todos los compatriotas? A los llaneros (comandados ahora por José Antonio Páez, después de muerto Boves), que si bien

se prestaban a colaborar con los patriotas eran gente desconfiada, a jefes guerrilleros como los generales Manuel Piar o Santiago Mariño, hombres incontrolables, siempre prestos a hacerse con el poder; a los granadinos capitaneados por Santander, conformes en apoyar los planes de Bolívar, siempre que convinieran a los intereses de ellos. Aliados inseguros todos, pero sin los cuales no podía Bolívar dar vida a sus ideales.

Para atraérselos, Bolívar tuvo que maniobrar, hacer concesiones, usar de astucias, dar gusto a unos y castigar a otros. Cuando el negro Manuel Piar, ascendido a general, desobedeció las órdenes de Bolívar, a quien quería apartar del mando provocando una "guerra de razas", el caraqueño mandó aprehenderlo y entregarlo a un tribunal para que lo fusilaran. Viendo en esto los malintencionados que el Libertador podía, llegado el caso, mandar con mano de hierro, se apaciguaron por algún tiempo. En Angostura, Bolívar tomó otra resolución que favoreció a la causa: formar un cuerpo de voluntarios europeos, el cual sería la fuerza de choque en la guerra de la independencia. Eran voluntarios ingleses, irlandeses, franceses alemanes y rusos.

Ya hecho fuerte en Angostura, Bolívar emprende una marcha inesperada a través de los Andes hacia Bogotá, libera a esta capital y desciende después a los valles venezolanos para proseguir la lucha contra los españoles. Cuando en España triunfa la revolución liberal de 1820, Bolívar firma un armisticio con Morillo, a quien luego reclamarían en la metrópoli. Sin duda, a los españoles se les complicaban las cosas, oportunidad propicia que Bolívar aprovechó para ir a liberar Caracas.

Ahora el Libertador era dueño y señor de Venezuela y de Nueva Granada, que él fortaleció fundando la Gran Colombia en la que después entró Ecuador, también liberado por sus tropas. La Gran Colombia era territorialmente la mayor confederación de Estados en la América hispana. Bien, ¿y qué hacer ahora? Bolívar comprendía que, mientras los españoles mantuvieran allí posiciones, los patriotas no podían considerarse en seguridad, pues en el Perú tenían los realistas un ejército de veinte mil hombres. Entrar en combate con esta fuerza, para la Gran Colombia significaba la continuación de la guerra, más víctimas y más gastos. Había venezolanos, granadinos y ecuatorianos que estaban cansados y no tenían muchos deseos de proseguir la pelea. Además, en Venezuela los españoles mantenían todavía en su poder la fortaleza de Puerto Cabello. En lo que al Perú se refiere, allí estaba enfrentado a ellos el ejército argentino-chileno-peruano, al mando del general José de San Martín.

Para que Bolívar pudiera entrar en el Perú, de allí tendría que salir San Martín. El caraqueño no podía ser el segundo del argentino, del mismo modo que el argentino no podía serlo del Libertador. A mayor abundamiento, nunca lo aceptaría el gobierno de la Gran Colombia instalado en Bogotá y del que Bolívar dependía. San Martín tuvo una entrevista con Bolívar en Guayaquil (1822). El argentino decidió abandonar el Perú, cediéndole al caraqueño el honor de encabezar la última campaña de la guerra de la independencia.

Estamos ya con Bolívar en el Perú. Sus hombres alcanzan una victoria tras otra liberando el país y después su parte montañosa, que será proclamada república independiente con el nombre de Bolivia, en honor del Libertador. En 1825, los españoles abandonan la fortaleza de Puerto Cabello y, no bien empezado el año siguiente, El Callao, su última plaza en el Perú.

Por fin, la América española, después de quince años de cruentas batallas, de innumerables víctimas y vicisitudes, acababa de conquistar la independencia. Empezaba ahora la verdadera apoteosis de Simón Bolívar, quien desde ese momento era no sólo el presidente de la Gran Colombia, sino también el dictador del Perú, dueño de Bolivia. Su autoridad es enorme, pues todas las demás provincias de la América española estaban desgarradas por la anarquía y las guerras civiles. Únicamente en los países bolivarianos reinaban la paz y el orden. Pero ¿durarían mucho? Bolívar sabía que los aristócratas del Perú y los latifundistas de Bolivia le temían y le aborrecían, y que en la Gran Colombia cundía la discordia entre sus partes integrantes, Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Pasará todavía algún tiempo y la oleada de descontento se extenderá a las repúblicas bolivarianas. Allí donde hasta hacía

poco había reinado la calma empezaron a fraguarse conspiraciones y a estallar rebeliones. Y eso, cuando las repúblicas necesitaban llevar a término su formación como estados, constituir gobiernos estables que pudieran sostener el desarrollo político y económico y mejorar la calidad de la vida, mejoras que con impaciencia esperaban los indios, los campesinos, las gentes humildes de la ciudades y los que habían luchado en la guerra. Era preciso construir edificios escolares, consolidar la autoridad de las nuevas repúblicas en el mundo, procurar su reconocimiento diplomático, regularizar las relaciones con la Iglesia y formar un ejército de tiempos de paz. Los objetivos apremiantes eran muchísimos.

Se había alcanzado ya la independencia, pero las nuevas repúblicas no podían estar todavía seguras. España quería el desquite, conservaba bases fuertes en Cuba y en Puerto Rico. Amenazaban la Santa Alianza y grandes potencias como Inglaterra y los Estados Unidos, que con respecto a la América hispana movían una política, como dijo Bolívar, de aritmética.

¿Qué programa político tenía Bolívar? Un régimen republicano, en el cual recayese el poder supremo en el Congreso. División de poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. Libertades democráticas, separación entre Iglesia y Estado, supresión de la Inquisición, abolición de la esclavitud, reparto de parcelas entre los soldados patriotas.

No impugnaba la autonomía de las provincias, si bien proponía un gobierno central fuerte e incluso la unificación de Hispanoamérica en una confederación de repúblicas, porque así tendría más segura la independencia y más capacidad para atajar las posibles tentativas de España y las ambiciones expansionistas de otras potencias —sobre todo, de los Estados Unidos e Inglaterra.

Pensando en hallar un término medio entre los extremos, a fin de conferir estabilidad al nuevo orden en la América hispana, el Libertador creyó indispensable que se instituyesen los cargos hereditarios de presidente y vicepresidente, y una tercera Cámara, la del "poder moral", con miembros hereditarios, novedad que él quería introducir en la Constitución boliviana y en las demás. Por estas ideas le acusaron de querer implantar un régimen monárquico con otro nombre. Los legisladores las consideraron inviables y las rechazaron. Fue esta precisamente una de las causas que llevaron a Bolívar al ostracismo y la dimisión. Luego, no tardaría en morir.

El Libertador tampoco tomó en consideración que tenía bajo su mandato un conglomerado variadísimo de fuerzas y grupos que lo habían reconocido únicamente como conductor de la lucha contra los españoles: grupos o sectores que a su vez perseguían cada cual sus objetivos locales, no siempre coincidentes con la concepción militar de Bolívar globalmente considerada.

La Gran Colombia estaba amenazada de disgregación. Con el propósito de salvar la integridad de su obra, Bolívar vuelve a Bogotá y luego se encamina a Caracas. Sus esfuerzos por preservar la unidad chocan con la resistencia de Francisco de Paula Santander, hombre que tenía tras de sí a la nueva burguesía, y de Páez, apoyado a su vez por los latifundistas. El deseo de evitar la desintegración de la Gran Colombia empujó a Bolívar a proclamar la dictadura y formar alianza con los conservadores, que en beneficio propio querían valerse de la autoridad del caraqueño.

Los nuevos propósitos de Bolívar no dieron los resultados que él esperaba, sólo motivaron nuevas complicaciones. En septiembre de 1828, en Bogotá surge, entre la joven oficialidad, una conjura de la que Bolívar no fue víctima por puro azar. Se ejecutó a los conjurados, pero la medida no consolidó la situación del Libertador. Venezuela y Ecuador se salieron de la Gran Colombia. El Perú le declaró la guerra. El mariscal Antonio José de Sucre, brazo derecho del Libertador y que en Ayacucho había ganado la última batalla de la guerra de independencia, murió asesinado en una emboscada.

Viendo en todos estos hechos la quiebra de sus esperanzas, debilitado por la enfermedad que padecía, perdido que hubo a muchos de sus amigos y correligionarios, en la guerra unos y por defección otros, Simón Bolívar re-

nuncia al poder y prueba a abandonar Nueva Granada, pero la enfermedad lo alcanza en la misma frontera, en San Pedro Alejandrino, donde muere el día 17 de diciembre de 1830.

Este conocimiento superficial de la trayectoria de Bolívar nos permite sacar algunas conclusiones. Primero, que Bolívar consagró su vida conciente a la lucha por independizar a las colonias españolas. "Hombre de las dificultades", se llamaba a sí mismo. Las derrotas o los fracasos no hacían más que fortalecer en él la voluntad de victoria. Bolívar dio muestras de tener una sabiduría poco común de estadista, al haber conseguido unir a los distintos grupos sociales para luchar contra la dominación española.

Segundo, que el Libertador fue sin duda un genial conductor de ejércitos. Simón Bolívar supo formar un gran ejército animado por ideales patrióticos, logró que a este se incorporasen hombres sencillos de los diversos confines de la América española —indios, esclavos, campesinos— y los cohesionó en un todo único. Un ejército que, aunque mal armado, plurinacional, con mandos improvisados, acabaría por derrotar al ejército español, superior en fuerzas y calidad y conducido por capitanes profesionales.

Y tercero, que Bolívar, además de reconocido jefe militar de los patriotas, fue también un gran ideólogo de la guerra de independencia. Por su cultura, aventajaba a los demás participantes de la lucha independentista. Bolívar tenía buen conocimiento de autores griegos y latinos, de la literatura española y francesa, de las producciones de los grandes ilustrados del siglo XVIII. Él mismo poseía un talento poco común de publicista político. Sus numerosos manifiestos, proclamas, discursos, ordenanzas y cartas son brillantes modelos de sabiduría de estadista y de propaganda política que contribuyeron a la victoria no menos que las batallas.

Simón Bolívar se escribía con muchas figuras prominentes de su tiempo, como el abate Dominique de Pradt, La Fayette, Daniel Webster, Joseph Lancaster, el filósofo Jeremías Bentham, Alejandro von Humboldt y paladines de la emancipación hispanoamericana. Conoció personalmente a casi todos los patriotas dirigentes (civiles o militares) de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia.

El aspecto exterior de Bolívar no está en armonía con las estatuas que le erigieron muchos años después de su muerte, lo mismo en Venezuela que en las capitales de otras naciones, en los Estados Unidos también. Los escultores suelen representarlo como un gigante montado sobre un soberbio caballo. En la realidad, era de estatura un poco inferior a la mediana, delgado, con el pecho hundido. Murió de tisis. Su cuerpo enclenque tenía una hermosa cabeza, rostro de facciones regulares, patillas, negra cabellera rizada. Penetrante la mirada de sus ojos, de intenso brillo, al decir de sus contemporáneos. Orador excepcional y ameno interlocutor, era un hombre inquieto, causaba la impresión de que su energía era inagotable. Enemigos y amigos veían en él a un hombre audaz, inteligente. No cabe duda de que así fue en realidad.

Tenía un temperamento apasionado. Nada humano le era ajeno; pero, sobre todas las pasiones, prevalecía una: la incontenible voluntad de alcanzar la independencia para su patria, Venezuela, y para las demás colonias de la América española. A esta causa consagró él su vida, brillante y colmada de acontecimientos. Simón Bolívar vivió tan sólo cuarentisiete años.

A diferencia de los demás artífices de la independencia, el horizonte político del Libertador era mucho más amplio, veía más hondo y más allá que sus contemporáneos, y consideraba la lucha por la independencia de su país como parte de la lucha por toda la América española.

En la América Latina de la época, Simón Bolívar no tiene tampoco iguales como legislador, pues él fue precisamente el autor de las primeras constituciones y de muchas leyes a las que se puede, naturalmente, dar distintas valoraciones, pero una cosa sí es segura: tenían como objetivo crear un gobierno republicano estable y honrado, más avanzado que el que a la sazón tenían los republicanos Estados Unidos de Norteamérica.

El legado impreso y manuscrito dejado por él nos lo revela como uno de los hombres más cultos de su tiempo.

Bolívar soñaba con un porvenir dichoso para las repúblicas de la América del Sur; con el desarrollo del comercio y de las industrias, escuelas y universidades, bibliotecas y demás instituciones culturales. Era partidario de la justicia social, de la separación entre la Iglesia y el Estado, de mejoras en la situación de los indios y los campesinos, de la liberación de los esclavos. Discípulo de Juan Jacobo Rousseau, consideraba que este programa podría realizarse promulgando leyes justas y constituciones ideales. Como otros muchos reformadores progresistas de su tiempo, Bolívar no comprendía que para transformar la sociedad había que cambiarle la estructura, y que sin esto las leyes justas y las constituciones democráticas eran prédica en el desierto. ¿Podemos nosotros reprocharle el que mucho de lo pensado por él no se haya encarnado en la vida?

Porque a la hora de enjuiciar la obra de las figuras históricas no hay que partir de lo que no hicieron, sino de lo que pudieron hacer de útil, en comparación con sus antecesores. Si tomamos este criterio como base, entonces habrá que convenir en que Simón Bolívar hizo muchas cosas útiles, por lo que hoy nosotros le hacemos justicia.

Una golondrina no hace verano. Efectivamente, el programa y la actividad del Libertador lo compartía y lo apoyaba la inmensa mayoría de la población hispanoamericana. A ella le debe él sus triunfos, antes que a nadie.

La fama de Simón Bolívar, ya en vida de él, había llegado también a la lejana Rusia. Pocos años antes de su muerte, en la revista *Moskovski Telegraf* se leía lo que sigue:

> Muchos libros habría que escribir para contar todos los esfuerzos y campañas que Bolívar empeñó para inflamar y mantener el valor de los americanos, todos los triunfos e infortunios de su empresa, las victorias y derrotas, los obstáculos que debía vencer, los peligros que le acechaban y que tan milagrosamente supo sortear. Las sorprendentes marchas desde las áridas y tórridas orillas de Cartagena hasta los confines de la Guayana desierta, cenagosa y calcinada por los calores; de Guayana a Nueva Granada, tramontando la inmensa Cordillera que las separa; de Bogotá hasta los límites de Venezuela en las márgenes del Orinoco; del Orinoco, lejos más allá de la capital del Perú, atravesando infecciosos cenagales, encaramándose por los riscos, entre plagas de insectos y de reptiles, con soldados a menudo desnutridos, sin ropas ni calzado. ¿Quién no reconoce que son campañas más memorables que las victorias y que no admiten comparación con las batallas ganadas conforme a las reglas de la táctica habitual? Cada hazaña de estas es una victoria sorprendente. Tener la audacia de realizar tantas proezas y de comprometerse en tanta proeza, encabezar soldados bisoños, nacidos y criados en Colombia, llevarlos sin quejas tras de sí y, llegados al lugar de destino, lanzarlos a infligirle al numeroso ejército español la derrota y obligarle a rendirse en el sitio en que él quería reducir a su adversario, ¿no son bastantes milagros para merecer el título de héroe?

Después de muerto Bolívar, sus adversarios cambiaron la táctica: aquellos ataques y ofensas con que antes le torturaban eran ahora hueros ditirambos en su honor. Querían ampararse en su autoridad para llevar a cabo la obra antibolivariana en que se habían empeñado. No es casual que ese culto a Bolívar lo explotaran tiranos y dictadores, y que el nombre de Bolívar, como el de José Martí y los demás luchadores de la independencia, lo invoquen los imperialistas de hoy en sus designios de nuevas conquistas y subyugación de los pueblos de la América Latina y el Caribe.

Como es sabido, uno de los rasgos de las revoluciones burguesas es su ambigüedad, que no acaban de ir hasta el final, que únicamente resuelven en parte los objetivos que la historia les plantea. Así fue también la guerra de independencia en Hispanoamérica. Su mayor triunfo fue la emancipación del Continente, pero dejó sin resolver —tampoco podía res-

verlo— el problema de suprimir la desigualdad social o proteger al Continente frente a la invasión del capital extranjero, que no tardará en convertirlo en fuente de superganancias para el capital mismo.

En nuestros días, los pueblos de Hispanoamérica luchan por sacudirse de encima las cadenas del imperialismo norteamericano. En algunas naciones todavía hay gobiernos reaccionarios armados y apoyados desde fuera. Los pueblos, para salvarse del genocidio, como en la época de la guerra de la independencia, se ven obligados a empuñar las armas para combatir por su libertad.

La eliminación de los macabros y venales gobiernos de Batista en Cuba y de Somoza en Nicaragua, muestra que los patriotas también pueden hoy derrotar a los elementos proimperialistas o ultrarreaccionarios y conquistar la verdadera independencia. En esta empresa los anima el ejemplo de grandes luchadores del tiempo pasado como Simón Bolívar, sus colaboradores y cuantos combatieron y están combatiendo por el pueblo. Los nombres de estos héroes se conocen. De ellos habló con acierto Leonid Brézhnev en un mítin en La Habana el 29 de enero de 1974. Dijo así:

> La lucha de los pueblos latinoamericanos por la libertad tiene una historia de más de un siglo. El siglo XIX hizo inmortales los nombres de los héroes de esta gesta, de Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins, José Martí. El siglo XX incluyó en el libro de honor de la historia los nombres de Emiliano Zapata, Augusto César Sandino, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Salvador Allende y otros muchos, grandes luchadores por la causa del pueblo.

Rindiendo estos días homenaje a la memoria de Simón Bolívar, los pueblos de Hispanoamérica prosiguen la causa, por él iniciada, de la lucha por la liberación nacional y social. A su lado tienen hoy a los hombres de buena voluntad de todos los continentes, y entre ellos, a los trabajadores de la Unión Soviética. "En lo que a la América Latina se refiere", dijo L.I. Brezhnev en el mítin de La Habana, "nosotros tenemos la seguridad de que su perspectiva histórica es inseparable del desarrollo de toda la humanidad, es una perspectiva de libertad, de independencia y de progreso social".

Por este porvenir precisamente luchó y dio la vida el gran héroe de la guerra de la independencia hispanoamericana, Simón Bolívar, el Libertador.

Los soviéticos honran la memoria del Libertador, lo ven como fue en la realidad, un gran luchador por la independencia, genial estadista y jefe militar, admirable representante de su época, cuyo nombre siempre guardará relación con el anhelo de los pueblos: alcanzar la libertad auténtica, la liberación política y social.

SERGIO GUERRA VILABOY

Bolívar: a la independencia por la revolución

Nuestro partido está tomado, retrogadar es debilidad y ruina para todos. Debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro.[1]

SIMÓN BOLÍVAR

I

La lucha emancipadora latinoamericana de 1808 a 1825 y la epopeya liberadora encabezada por Simón Bolívar han sido enfocadas por la historiografía tradicionalista como acontecimientos exclusivamente políticos y militares, despojados de todas sus profundas repercusiones sociales. Con ello se ha querido ocultar el carácter revolucionario de aquella gesta y limitar su más amplio significado histórico. Pero en la creación de esa visión unilateral de la independencia han incidido otros factores: una imprecisa definición de las formaciones económico-sociales y de las estructuras clasistas en la América Latina, así como la escasez de estudios marxistas que pongan de relieve la importancia decisiva de la participación popular en las guerras de liberación anticolonial.

La emancipación de la América Latina formó parte del ciclo revolucionario que a nivel mundial se inauguró a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de las concepciones antifeudales y liberales de la burguesía europea. El movimiento independentista hispanoamericano dentro del hemisferio occidental tuvo su antecedente más importante en la liberación de las trece colonias inglesas de Norteamérica y en la Revolución de Haití. La crisis política generada por la expansión napoleónica estremeció a principios del siglo XIX a las metrópolis ibéricas y facilitó el estallido de la gran contienda anticolonialista americana.

Las causas fundamentales de nuestra primera independencia hay que encontrarlas en la segunda mitad del siglo XVIII. Las reformas bor-

[1] Tomado de la carta al General Santander del 30 de mayo de 1820. Simón Bolívar: *Obras completas*, Caracas, Librería Piñango, s/f, t. I, p. 444.

bónicas, en particular las legislaciones comerciales dictadas entre 1778 y 1782, llevaron a la disminución del tradicional aislamiento de las colonias españolas provocado por el viejo sistema de monopolio. Estas medidas no sólo permitieron el comercio libre con España sino también con los países llamados neutrales (1797). La relativa apertura propició una mayor vinculación de las posesiones hispanoamericanas con el mercado mundial, incentivando la actividad económica en su conjunto. La minería se reactivó en el Virreinato de Nueva España, cobró un nuevo impulso la actividad colonizadora y comenzó una expansión productiva en áreas hasta entonces marginales del sistema colonial español.[2] Nos referimos a ciertas regiones del Continente donde ese proceso fue más acentuado: las Antillas, el litoral venezolano y el Río de la Plata. En el caso concreto del Caribe, el crecimiento de la economía de plantación estuvo favorecido por las ventajas de su ubicación geográfica, en el centro de las principales rutas mercantiles, del comercio triangular y muy cerca de las fuentes africanas de fuerza de trabajo esclava. También influyó en el florecimiento de esta área el insuficiente desarrollo de los medios de transporte y las comunicaciones de la época, que obligaba, para hacer rentable la producción de las plantaciones, a situarla en zonas cercanas al mar, con el propósito de facilitar su comercialización.[3] Estos elementos determinaron la aparición de cultivos tropicales en las islas caribeñas (caña de azúcar) y en el litoral venezolano (cacao). Asimismo, razones muy parecidas propiciaron el desarrollo de economías de exportación en otras regiones costeras y en áreas interiores bañadas por ríos caudalosos, tal como ocurrió con las pampas argentinas (cueros).

En consecuencia, a fines del siglo XVIII se registró un notable incremento de la producción agrícola y ganadera, en las zonas arriba mencionadas, cuyo valor no tardó en sobrepasar el de la minería. Estas transformaciones tuvieron como contrapartida modificaciones sensibles en la estructura de clases de la sociedad colonial, dominada hasta entonces por el exclusivo círculo peninsular —funcionarios, comerciantes monopolistas, dueños de minas y tierras—, el clero y los terratenientes señoriales criollos, de economía natural y vinculados a mayorazgos. De esta manera, en el transcurso del siglo XVIII pudo observarse el desarrollo de grupos sociales emergentes —ligados al comercio exterior y al capital— en determinadas regiones litorales, ciudades y puertos (La Habana, Caracas, Veracruz, Buenos Aires), en las cuales, por una u otra vía, se evidenciaba la presencia de una balbuceante burguesía criolla. La existencia en el seno de las oligarquías hispanoamericanas de un sector de plantadores o propietarios territoriales no vinculados a mayorazgos, en proceso de aburguesamiento,[4] y de comerciantes criollos acomodados, junto a los representantes de una naciente pequeña burguesía —sobre todo intelectuales y profesionales—, introdujo un componente dinamizador y progresista en los conflictos de

2 Oscar Díaz de Arce: *Ensayos latinoamericanos*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971, p. 144.

3 Véase Manuel Moreno Fraginals: "En torno a la identidad cultural en el Caribe insular", *OCLAE*, La Habana, 1981, número 8, p. 32-33.

4 No es el objetivo de este trabajo profundizar en el análisis de la economía de plantación y sus rasgos capitalistas, sino sólo dejar constancia de la presencia en ella de elementos burgueses. Como se sabe, estos estuvieron determinados por las vinculaciones de los plantadores hacia afuera (en virtud de sus lazos con el mercado capitalista), mientras que por sus características hacia adentro se basaba en relaciones de producción esclavistas. De ahí su carácter híbrido. Por eso Marx llamó la atención sobre la complejidad de este singular fenómeno: "Si hoy día llamamos con *justo título* capitalistas a los propietarios de las plantaciones americanas, es que ellos representan una anomalía en el mercado mundial basado en el trabajo libre." El subrayado es de Marx. (En *Fundamentos de la Crítica de la Economía Política*, La Habana, Ciencias Sociales, 1970, t. I, p. 394.) Y en otro texto completa su idea sobre la naturaleza de este tipo de economía: "En el segundo tipo de colonias —las plantaciones— donde las especulaciones comerciales figuran desde el comienzo y la producción está destinada al mercado mundial, existe el modo de producción capitalista, aunque sólo en un sentido formal, ya que la esclavitud de los negros impide el trabajo asalariado libre, que es la base de la producción capitalista. Pero el negocio en que se utilizan lo dirigen capitalistas." (En *Teorías sobre la plusvalía*, Buenos Aires, 1975, t. II, p. 257.) Sin duda la economía de plantación era portadora de importantes componentes potencialmente burgueses, que tendían a su conversión en una hacienda capitalista, bien diferente de la feudal con su economía natural. Aquí se hallaban las premisas necesarias para la futura ampliación de las relaciones capitalistas. Estos criterios han llevado a algunos autores, como el investigador soviético Boris Koval, a definir esta clase como una burguesía plantacionista. Véase su artículo: "Variante brasileña de la génesis del capitalismo", *Ciencias Sociales*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1980, número 4. Otros análisis sobre este tema pueden consultarse en: María del Carmen Barcia: "Algunas cuestiones teóricas necesarias para el análisis del surgimiento y la crisis de la plantación esclavista", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 1980, número 3; Enrique Semo: *Historia del capitalismo en México*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, capítulo VI, y Alberto Prieto: "Los criollos y la nacionalidad en América Latina", *Universidad de La Habana*, La Habana, 1980, número 212.

clase. De ahí el incremento de las peticiones en favor de una mayor liberalización de las relaciones comerciales, para permitir un acceso directo al mercado ultramarino y al beneficio de sus buenos precios, fuera del dominio de los intermediarios españoles.[5] Ese tipo de reivindicación ya fue posible distinguirlo en algunos de los movimientos precursores de la independencia del siglo XVIII,[6] prueba fehaciente de que las contradicciones metrópoli-colonia habían hecho crisis básicamente en la esfera de la circulación mercantil.

Los elementos sociales emergentes acentuaron las pugnas entre la oligarquía criolla en su conjunto y los funcionarios ibéricos que monopolizaban el aparato estatal y sus facultades: utilización de las rentas fiscales, control del comercio y del destino de las tierras baldías o realengas, etc. Por eso, las aspiraciones de los ricos criollos al gobierno propio y a terminar con la política que los discriminaba. Las demandas de la heterogénea *élite* hispanoamericana, y en especial de sus núcleos con tendencia al aburguesamiento, se fortalecieron en contacto con las ideas de la Ilustración y ante el ejemplo de las revoluciones de Francia y Norteamérica. Mariátegui formuló esta tesis con toda nitidez cuando escribió:

> Las ideas de la Revolución Francesa y de la constitución norteamericana encontraron un clima favorable en Sudamérica, a causa de que en Sudamérica existía ya, aunque fuese embrionariamente, una burguesía que, a causa de sus necesidades e intereses económicos, podía y debía contagiarse del humor revolucionario de la burguesía europea.[7]

Conviene precisar que la imagen que proyectaba hacia la América Latina la independencia de los Estados Unidos, la cual armonizaba la emancipación política con el mantenimiento de la esclavitud, se adaptaba mejor a los intereses de los terratenientes criollos y de esa burguesía calificada de embrionaria por Mariátegui, que la proveniente de la Francia revolucionaria. En cambio, para los elementos radicales y representantes de las masas oprimidas compuestas por esclavos, peones, campesinos endeudados, siervos indígenas y elementos plebeyos de las ciudades, el ejemplo de la Revolución Francesa, con sus consignas igualitaristas y radicales del período jacobino, era mucho más sugerente. Ello descubría que en Hispanoamérica no sólo existía la contradicción metrópoli-colonia, sino que subyacía toda una gama de conflictos internos no resueltos, derivados de una sociedad dividida en clases antagónicas y lastrada por un abigarrado sistema de castas y prejuicios raciales.

II

En la mayoría de las regiones hispanoamericanas, las guerras de independencia se desarrollaron en dos etapas: 1808-15 y 1816-25. En sentido general, durante su primera fase, el movimiento de liberación careció de unidad y tuvo por escenarios principales a México, Venezuela, Nueva Granada, el Río de la Plata y Chile. En sus inicios, al extenderse por tierras americanas el movimiento juntista (1808-10), el curso de la lucha emancipadora se vio afectado por una larga indefinición política, que retardó increíblemente en muchos lugares la proclamación de la independencia,[8] y por la casi total ausencia de un programa social. Esto se explica debido a que las fuerzas motrices de la rebelión estaban constituidas en casi todas partes por elementos de las clases dominantes, que pretendían librarse de la tutela española sin afectar la estructura social de la colonia. El temor al estallido de una sublevación incon-

5 Tal fue el caso, por ejemplo, del famoso alegato en favor del comercio libre titulado *Representación de los hacendados*, elaborado por el relator de la Real Audiencia de Buenos Aires, Mariano Moreno. Véase Sergio Guerra: "La Junta de Mayo y su proyección jacobina", *OCLAE*, La Habana, 1977, número 9-10, p. 6.

6 Nos referimos, entre otros, a los vegueros en Cuba, los comuneros del Socorro, a la conspiración de Gual y España en Venezuela y a la *inconfidencia mineira* en Brasil. Para el estudio de este proceso en Guatemala véase la enjundiosa obra de Severo Martínez Peláez: *La patria del criollo*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1970. Vale la pena consignar que estos nuevos componentes sociales criollos darían vida al liberalismo latinoamericano del siglo XIX. Al respecto puede consultarse a Ricaurte Soler: *Clase y nación en Hispanoamérica*, San José, EDUCA, 1976, p. 39-62.

7 José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas, 1973, p. 5. En la página siguiente el propio Mariátegui anotó: "El ritmo del fenómeno capitalista tuvo en la elaboración de la independencia una función menos aparente y ostensible, pero sin duda mucho más decisiva y profunda que el eco de la filosofía y la literatura de los enciclopedistas."

8 El caso extremo fue el del Virreinato del Plata. Pese al impulso radical y democrático que le imprimió a la Junta de Mayo Mariano Moreno, la independencia sólo se decretó formalmente en el Congreso de Tucumán de 1816.

trolada de las masas explotadas, sobre todo de esclavos y peones indígenas prevaleció entre la *élite* criolla por encima de sus propias diferencias con la metrópoli; al extremo de que en ciertas regiones, como el Virreinato del Perú o en Cuba —donde aún estaban frescos los recuerdos de la rebelión de Tupac Amaru y la de los esclavos haitianos— se paralizó toda tentativa emancipadora.

La pobre participación popular en la guerra, el exagerado papel atribuido a las ciudades en la estrategia patriota y la división del campo independentista —centralistas y federalistas, tendencias localistas, etc.— fueron los responsables de la liquidación en 1815 de los principales focos insurreccionales. Además, la ofensiva española se vio favorecida por el restablecimiento del poder absolutista en Madrid. Sólo el Río de la Plata permaneció independiente al cierre de esta etapa, protegido por las *montoneras* del gaucho Güemes que operaban en el interior argentino, así como por la inesperada sublevación indígena de Pumacahua en el Alto Perú.

A pesar de los estrechos límites impuestos al movimiento independentista por las clases dominantes criollas, en algunas regiones hispanoamericanas lograron desencadenarse verdaderas revoluciones sociales. Sin duda, el caso más relevante, en el período de 1808 a 1815, fue la gigantesca rebelión popular de Hidalgo y Morelos, que estremeció al Virreinato de Nueva España. El contenido revolucionario de este movimiento fue aportado por la masiva incorporación a la lucha de las clases explotadas, así como por la aprobación de una serie de decretos radicales que abolían la esclavitud y la servidumbre y amenazaban con repartir las grandes haciendas. Por esa razón los ricos criollos se apartaron de Hidalgo y Morelos y se pasaron al bando español, para defender sus intereses de clase. También en la Banda Oriental con Artigas, y en el Paraguay del doctor Francia, la independencia estuvo íntimamente asociada a avanzadas concepciones sociales.[9]

Un caso contrario fue el de Venezuela, donde la reacción logró, durante cierto tiempo, indisponer a las masas populares con la emancipación política y movilizarlas para estrangular al gobierno criollo. Esa fue la consecuencia de que en esta Capitanía el movimiento independentista figurara desde sus inicios como un asunto exclusivo de los grandes plantadores esclavistas: los *mantuanos*. Ni siquiera la llegada a Caracas del criollo Francisco de Miranda, quien había participado activamente en la Revolución Francesa, pudo variar sensiblemente el rumbo conservador del gobierno *mantuano* instaurado el 19 de abril de 1810. Pese a ello, Miranda logró fortalecer el aparato militar de la I República de Venezuela, amenazada por los realistas desde el oeste y el interior, y arrancar al Congreso de 1811 una temprana declaración de independencia (5 de julio), labor en la que fue secundado por un joven *mantuano:* Simón Bolívar.

Pero las potencialidades revolucionarias del proceso venezolano quedaron castradas por la indiferencia de la oligarquía criolla ante los problemas sociales de la colonia. La total ausencia de medidas radicales restringió la base social de la I República al inestable apoyo *mantuano*, lo que indudablemente facilitó la ofensiva realista y el desplome del primer gobierno criollo. De ahí que ni la tardía promesa formulada por Miranda de conceder la libertad a los esclavos que se sumaran al ejército patriota pudo detener el inevitable final. Por el contrario, el llamado de Miranda aceleró la caída de la Junta, pues tuvo por efecto alborotar las dotaciones de esclavos y atemorizar a los *mantuanos*, que en masa abandonaron a su suerte a la I República.

Algo similar sucedió con la II República de Venezuela. Las mismas limitaciones de clase que llevaron al fracaso del primer gobierno criollo dieron al traste con el segundo, agravado porque en esta ocasión los realistas lograron atraer a sus filas a las masas desposeídas. Las trágicas experiencias de la I República no fueron comprendidas por los patriotas ni por el propio Bolívar, sin duda el más preclaro representante de la oligarquía *mantuana*.

Como es conocido, el período de la II República se inició en 1813, tras la breve participación de Bolívar en el anárquico proceso independentista de Nueva Granada, a partir de la

9 Véanse nuestros trabajos "El Paraguay de Francia: un caso singular de independencia en la América Latina", *Universidad de La Habana*, La Habana, 1975, número 202, y "Artigas y la Banda Oriental", *OCLAE*, La Habana, 1978, número 8.

emisión del famoso decreto de *Guerra a Muerte* y con las victorias militares obtenidas en su Campaña Admirable. Fue entonces cuando entraron en escena quienes serían los más temibles adversarios de los patriotas: los llaneros, jinetes mestizos del interior venezolano. Valiéndose de promesas demagógicas y del odio ancestral de las masas oprimidas contra los opulentos *mantuanos*, Boves logró levantar tras el pabellón realista a una parte apreciable de la población rural. Para ganar la guerra a la II República, el "terrible asturiano" no vaciló en soliviantar el régimen de castas, ocupar las propiedades de los ricos criollos e incluso conceder la libertad a los esclavos. La ofensiva combinada de los llaneros con las tropas regulares provocó el colapso de las fuerzas del Libertador. Bolívar, víctima principal de estas dramáticas circunstancias, e imbuido todavía de las concepciones y prejuicios propios de su clase esclavista escribió:

> Nuestros enemigos no han perdonado medio algunos por infame y horrible que sea para llevar a cabo su empresa favorita. Han dado la libertad a nuestros pacíficos esclavos y puesto en fermentación las clases menos cultas de nuestros pueblos [...] El ejemplo fatal de los esclavos y el odio del hombre de color contra el blanco, promovido y fomentado por nuestros enemigos, van a contagiar todas las Colonias Inglesas, si con tiempo no toman la parte que corresponde para atacar semejantes desórdenes.[10]

III

Durante la segunda etapa del proceso emancipador, lo más sobresaliente fue el contenido popular y el espíritu unitario que le fue impuesto a la lucha por Bolívar. El Libertador no sólo se convirtió en el exponente más elevado del genio militar de los próceres de la independencia, avalado por sus ideales de integración hispanoamericana y brillantes victorias de armas, sino que también representó lo más avanzado del pensamiento social y político en toda la segunda etapa (1816-25) de la emancipación.

Otro rasgo de esta fase de la guerra de independencia fue el efecto que produjeron en el ala conservadora de la oligarquía criolla —terratenientes señoriales vinculados al clero— las deslumbrantes campañas de San Martín y Bolívar, que los obligaron a romper sus lazos con el régimen colonial y a aceptar el hecho irreversible de la emancipación. Esa fue, por ejemplo, la situación en el Virreinato del Perú o en México y Centroamérica con Iturbide —en cierta forma fue también la evolución del Brasil[11]—, lugares en donde la separación de España estuvo también estimulada por las peligrosas perspectivas que se abrían para los sectores enfeudados de la *élite* criolla a causa de los triunfos liberales ocurridos en la península ibérica (1820).

Un sentido diferente le dio a la independencia en esta etapa la epopeya bolivariana. A partir de su fecunda estancia en la tierra haitiana, Bolívar reinició la gesta anticolonialista rompiendo con los *mantuanos* e incorporando a sus objetivos independentistas un elaborado proyecto libertario que lo convertiría en un verdadero ídolo popular.[12] El criterio de que la empresa emancipadora ya no era exclusiva de los plantadores fue la clave que permitió a Bolívar incorporar a sus fuerzas a las masas oprimidas y vencer ininterrumpidamente a todos sus enemigos en los campos de batalla. Las condiciones necesarias para la concreción por el Libertador de una especie de "frente

10 Fragmento de la carta fechada el 17 de junio de 1814. Bolívar: ob. cit., t. I, p. 98. Una muestra de las limitaciones clasistas del pensamiento del Libertador en estos años es el siguiente párrafo que corresponde a un documento de 1815: "El esclavo de la América española vegeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción, de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la libertad; y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural, como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta." Simón Bolívar: ob. cit., t. I, p. 180.

11 El caso brasileño tuvo sus peculiaridades. Aquí desempeñaron un papel activo los plantadores criollos y un grupo de portugueses, vinculados a Pedro I, establecidos en Río de Janeiro, Sao Paulo y otras ciudades. La rebelión liberal de Oporto tuvo entre sus objetivos devolver al Brasil a su antigua condición de colonia, en cierta forma perdida con el traslado de la corte de los Braganza a tierra brasileña a raíz de la ocupación napoleónica de Portugal (1808). Véase: Sergio Guerra y Alberto Prieto: "Luchas sociales y emancipación política en el Brasil", *Santiago*, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1981, número 41.

12 Una radicalización semejante a la de Bolívar ha sido advertida en otros patriotas de su mismo origen social. Véase la evolución de Carlos Manuel de Céspedes en el ensayo del doctor Sergio Aguirre: "Problemas de interpretación en la Guerra de los Diez Años", *Islas*, Las Villas, 1970, número 36. Sobre el Libertador consúltese a Indalecio Liévano Aguirre: *Bolívar*, México, EDESSA, 1965.

nacional" latinoamericano, enfilado contra la dominación colonial, fueron, de cierta manera, creadas por la propia España al desatar el terror contrarrevolucionario en las áreas reconquistadas, lo que afectó por igual a las diferentes capas y clases de la sociedad hispanoamericana. De esta forma, la consumación de la independencia sólo sería posible en virtud de la unidad del campo patriota y de la activa incorporación de las masas populares a la lucha, superadas muchas de las contradicciones internas que habían lastrado hasta entonces el movimiento.

Al desembarcar en 1816 en la costa venezolana (Carúpano), Bolívar llegaba dispuesto a que la causa independentista deviniera un gran levantamiento de masas, convencido de que "debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro".[13] Para efectuar ese trascendental viraje de alcance histórico, Bolívar proclamó, el 6 de julio de 1816, la absoluta abolición de la esclavitud. El decreto decía así: "La desgraciada porción de nuestros hermanos que ha gemido hasta ahora bajo el yugo de la servidumbre, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política, exigen la emancipación de los esclavos. En lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos."[14]

Desde ese instante, Bolívar quedó ligado a la causa popular y completamente dominado por el principio de la igualdad, haciendo coincidir la aspiración a la independencia con la abolición de la esclavitud. "Me parece una locura", diría en una carta al General Santander[15], "que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud."

No obstante, en los primeros momentos, la intención de aplicar el decreto abolicionista en las plantaciones costeras le proporcionó a Bolívar reveses en vez de victorias. Por un lado, le granjeó la animadversión de los *mantuanos*, que bajo condición alguna querían desprenderse de sus esclavos. Por otra parte, esta medida revolucionaria no le brindó de inmediato el apoyo de los trabajadores negros, desconfiados tras siglos de opresión. Apesadumbrado ante la imposibilidad real de encontrar partidarios, acrecentar sus fuerzas y llevar a la práctica el decreto de emancipación, escribiría al General Marion el 27 de junio de 1816[16]:

> He proclamado la libertad absoluta de los esclavos. ¡La tiranía de los españoles les ha puesto en tal estado de estupidez e imprimido en sus almas tan grande sentimiento de terror, que han perdido hasta el deseo de ser libres! Muchos de ellos han seguido a los españoles o se han embarcado a bordo de los buques ingleses, que los han vendido en las colonias vecinas. Se ha presentado apenas un centenar de ellos.

Por esa razón Bolívar tuvo que regresar a Haití. Una nueva intentona para reiniciar la guerra por el litoral venezolano (Barcelona), a fines de 1861, tropezaría con las mismas dificultades. Diferente sería la situación cuando Bolívar cambió sus planes y tomó la decisión de entrar en Venezuela por la región del Orinoco con la finalidad de hacer de los Llanos su zona de operaciones, el mismo territorio desde donde sólo unos años antes partieran las bandas armadas de Boves. En esta oportunidad Bolívar se ganaría la confianza de los llaneros y de su líder, el General mestizo Páez —jefe del Ejército del Apure—, por medio de un atrevido programa de reformas que combinaba la independencia política con consignas de emancipación social: la abolición de la esclavitud, de la servidumbre y del anquilosado sistema de castas. Entre sus proyectos revolucionarios Bolívar incluyó la democratización de la propiedad rural a través de la aplicación del decreto del 10 de octubre de 1817, el cual dispuso el reparto entre sus oficiales y soldados de todas las propiedades que se confiscaran a los enemigos de la independencia. La política del "secuestro de bienes", el ascenso dentro del ejército bolivariano por méritos de guerra y no por la posición social, junto con la incorporación de miles de esclavos liberados en las plantaciones, le dieron a sus tropas el aspecto de una hueste popular. Por eso Bolívar pudo escribir en su proclama "A los soldados del ejército libertador", el 17 de octu-

13 Simón Bolívar: ob. cit., t. I, p. 444.
14 *Idem*, t. III, p. 665.
15 *Idem*, t. I, p. 435.
16 *Idem*, t. I, p. 200.

bre de 1817, cuando informó sobre la ejecución del general Piar:

> ¡Soldados! Vosotros lo sabéis. La igualdad, la libertad y la independencia son nuestra divisa. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? ¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado repartir entre vosotros? [...] ¿No sois iguales, libres, independientes, felices y honrados?[17]

Al conseguir el respaldo de la población humilde, la fuerza del ejército bolivariano se hizo incontenible. A partir de ese momento Bolívar sólo confiaría a las masas populares el destino de la lucha. Así le comentaría al vicepresidente de Venezuela, Francisco Antonio Zea, en sendas misivas fechadas el 30 de junio de 1819: "Nada hay que pueda detenernos si el pueblo nos ama. Las fuerzas del enemigo no alcanzan para contener a los paisanos."[18] "Los españoles temen, no solamente al ejército sino al pueblo, que se manifiesta extremadamente afecto a la causa de la libertad."[19]

Vale la pena subrayar que los Llanos venezolanos no sólo ofrecieron sus hombres a la causa de la independencia, sino también recursos, creando la imprescindible retaguardia logística de las fuerzas libertadoras. Gracias a ello, Bolívar pudo obtener su impresionante cadena de triunfos militares de los años de 1816 a 1821 que lo llevarían después de Boyacá (1819) hasta Junín y Ayacucho (1824), dando la libertad a un rosario de pueblos. No por casualidad Bolívar fundó en la pequeña Angostura, en el corazón de los Llanos, las instituciones pioneras de la futura gran nación que debería agrupar a las antiguas colonias de España.

En el Virreinato del Perú, el Libertador dispuso, por los decretos antifeudales de Trujillo (8 de abril de 1824), Cuzco (4 de julio de 1825) y Chuquisaca (14 de diciembre de 1825) la abolición legal de la servidumbre, del tributo y la conversión del indio en ciudadano. También Bolívar decidió la disolución de las comunidades indígenas, para transformar a sus moradores en propietarios individuales libres.[20] Con estas medidas, el Libertador pretendía eliminar las formas más atrasadas de la producción precapitalista. Ellas se dirigían a la creación de una clase de campesinos indígenas libres y a su emancipación frente a los terratenientes. Una vez más, la idea de la igualdad de los hombres estaba presente en la legislación bolivariana. Como puede apreciarse, para Bolívar la independencia era inconcebible sin la eliminación de las formas más inhumanas de explotación y sin modificaciones sustanciales en la estructura de clase de la sociedad hispanoamericana. Este concepto de la independencia quedó claramente expuesto con estas palabras del propio Bolívar:

> Todo lo inicuo, todo lo bárbaro, todo lo odioso, se ha abolido y en su lugar tenemos la igualdad absoluta hasta en las costumbres domésticas. La libertad hasta de los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos. La independencia en el más alto sentido de esta palabra sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban.[21]

Por eso, al enjuiciar el papel de Bolívar en la independencia no puede desligarse su lugar cimero entre los artífices de la liberación nacional de toda su actividad revolucionaria, fruto de su identificación con los intereses de las masas populares. El gran mérito histórico de Bolívar reside en la comprensión de que la libertad política era sólo concebible acompañada de profundos cambios económico-sociales. En otras palabras, de que la emancipación

17 *Idem*, t. III, p. 652.
18 *Idem*, t. I, p. 390.
19 *Idem*, t. I, p. 391.

20 Algunos autores han criticado este decreto por considerarlo contrario a los intereses indígenas y europeizantes. Al respecto es bueno recordar que Lenin señaló que el mantenimiento de las comunidades con la revolución burguesa obstaculizaba el rumbo, necesario e inevitable desde el punto de vista económico, "de destrucción de la propiedad agraria medieval, el proceso de implantación de la *uniformidad* en las condiciones económicas para todos los *propietarios de la tierra*, cualesquiera que sea su situación". V. I. Lenin: "El problema agrario de la socialdemocracia en la Revolución Rusa", *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XV, p. 158. El subrayado es de Lenin. Además, frente al efecto inesperado y pernicioso de esta disposición —la ampliación de las haciendas por la voracidad de los terratenientes—, Bolívar estableció una moratoria por veinticinco años.

21 Proclama del 5 de agosto de 1817. Bolívar, ob. cit., t. III, p. 648.

de la América Latina tenía que pasar por el *camino de la Revolución.*

IV

¿Puede calificarse a la independencia latinoamericana y la gesta de Bolívar como una revolución? Varios autores han intentado responder a esta pregunta negándole a la emancipación el carácter de verdadera revolución, llamándola simplemente guerra o movimiento de liberación anticolonial. Para otros se trata de una guerra civil, y algunos la han catalogado como un conflicto de castas, confundidos por la congruencia entre castas y clases en la sociedad colonial. Hay quien, incluso, ha interpretado la independencia como una especie de reacción criolla frente a las reformas liberales metropolitanas.[22]

Tampoco la historiografía marxista está de acuerdo en cuanto a la definición teórica del proceso emancipador latinoamericano. Unos objetan su contenido revolucionario porque la independencia no generó transformaciones sociales radicales. También debido a que la emancipación no condujo al derrocamiento de la formación económico-social caduca, ni a modificaciones profundas en el régimen de propiedad, ni de las relaciones de producción. Por esta razón se limitan a denominarla revolución de independencia o revolución anticolonial, separando sus alcances políticos de los sociales.[23]

22 Tulio Halperin (en *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969) la valora como una variante de guerra civil. Para Salvador de Madariaga (en *The Fall of the Spanish American Empire*, Londres, 1947) fue una respuesta criolla a las reformas metropolitanas. Por su parte Charles C. Griffin (en *Los temas sociales y económicos de la época de la independencia*, Caracas, 1962) la interpreta sólo como revolución de independencia.

23 Federico Brito Figueroa (*Historia económica y social de Venezuela*, La Habana, Ciencias Sociales, 1972, p. 160) considera a la independencia como una revolución nacional de independencia. Leonardo Paso coincide con Brito en su obra *De la colonia a la independencia*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1963, donde apunta: "No fue Mayo revolución burguesa en su aplicación a Hispanoamérica, como dice Kossok, simplemente porque no hubo tal calidad de burguesía ni en la ciudad ni en el campo." (p. 220). Por su parte Kossok, quien a lo largo de sus trabajos ha ido perfilando su definición, la ha calificado como revolución burguesa no consumada. Véase "El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina", *Historia y Sociedad*, México, 1974, número 4. William Z. Foster la denomina a su vez revolución de tipo burgués anticolonial en *Historia política de las Américas*, La Habana, Ministerio de Educación, 1963, t. II.

Ante todo hay que comenzar el análisis recordando que uno de los principales fines de toda revolución burguesa —la eliminación de las formas precapitalistas de producción y de la gran propiedad feudal— estuvo presente en los objetivos del proceso independentista latinoamericano a través de las aspiraciones de las clases oprimidas y del ideario de Bolívar y de los representantes de la intelectualidad radical. Ellos aportaron el indispensable componente democrático a la independencia, luchando no sólo por la emancipación política, sino también por una amplia redistribución agraria y la liquidación del régimen de explotación basado en la esclavitud y la servidumbre. De este modo la guerra terminó con un desquiciamiento de la sociedad que alteró la correlación de fuerzas de clase, cambió la ideología dominante y en general toda la supraestructura forjada durante varios siglos de coloniaje. En síntesis, la magnitud de la lucha popular convirtió a la guerra de independencia en un movimiento social de gran envergadura.

Ahora bien, es cierto que la emancipación latinoamericana, a pesar de que desató incontenibles ansias de justicia social, no condujo a un cambio revolucionario de las estructuras económicas y sociales. Tras el curso "jacobino" que imprimieron a la independencia las clases oprimidas y algunos dirigentes como el propio Bolívar, se produjo el retroceso, pues para las *élites* criollas la revolución había llegado demasiado lejos. Para entender la dimensión exacta de este fenómeno, conviene recordar las conclusiones de Engels al analizar las experiencias de las grandes revoluciones burguesas:

> Cosa singular: en las tres grandes revoluciones burguesas son los campesinos los que suministran las tropas de combate, y ellos también, precisamente, la clase que, después de alcanzar el triunfo, sale arruinada infaliblemente por las consecuencias económicas de este triunfo. En todo caso, sin la intervención de esta *yeomanry* (los campesinos medios) y del elemento *plebeyo* de las ciudades la burguesía nunca hubiera podido conducir la lucha hasta su final victorioso [...] Para que la burguesía se embolsase aunque sólo fueran los frutos del triunfo que estaban bien maduros, fue necesario llevar

la revolución bastante más allá de su meta. Parece ser esta, en efecto, una de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad burguesa.[24]

Así pues, también en las condiciones de la América Latina parece confirmarse esta regularidad de las revoluciones burguesas descubierta por Engels. Sin la participación de las masas desposeídas en la lucha, la *élite* criolla no hubiera logrado vencer a la metrópoli y con tal de conseguirlo, para decirlo con palabras de Lenin, "la revolución debió avanzar *más allá* de las demandas burguesas"[25]. Esta es la causa de que los sectores privilegiados, una vez alcanzados sus objetivos con la separación de España, anularan aquellas conquistas revolucionarias que eran contrarias a sus intereses económicos, cumplido su papel como valioso instrumento para conseguir la emancipación. Esta evolución puede seguirse claramente en el teatro de la epopeya bolivariana desde 1821. Mientras Bolívar culminaba su obra anticolonialista, liberando pueblos y poniendo en práctica sus ambiciosas concepciones políticas y sociales, la oligarquía conservadora de la gran Colombia y Perú se las arreglaba para aplicar los decretos progresistas según su conveniencia, en espera del momento oportuno para deshacerse del Libertador una vez finalizada su insustituible misión en el terreno militar. Así ocurrió, por citar un ejemplo, con la abolición de la esclavitud. La presión de los plantadores para dar marcha atrás al decreto emancipador bolivariano comenzó a hacerse sentir en el Congreso de Angostura (1819) y determinó que el de Cúcuta (1821) redujera su alcance a una simple ley de vientres libres. No por gusto Bolívar diría en su discurso ante el primero de esos cónclaves, el 15 de febrero de 1819: "Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos, Decretos; pero yo imploro la confirmación de la Libertad absoluta de los Esclavos, como imploraría mi vida, y la vida de la República."[26]

Pero la magnitud del retroceso en las conquistas sociales de la independencia estuvo también determinada por otros factores. En primer lugar, la manifiesta debilidad del componente burgués —también pequeñoburgués—, agravada por las destrucciones de riqueza y los bloqueos derivados de una guerra que, por supuesto, afectaron más a plantadores y comerciantes criollos que a los terratenientes señoriales de economía feudal. Tampoco debe olvidarse la función híbrida de los latifundistas exportadores: dependientes del mercado mundial capitalista y al mismo tiempo atados, en el plano interno, a relaciones precapitalistas de producción. Recuérdese que la confrontación con España había estado motivada, en primera instancia, por las restricciones en la esfera mercantil, pero no por una incompatibilidad en lo referido a la explotación de la fuerza de trabajo. Si a esto se añade la ausencia de una burguesía manufacturera y otros sectores burgueses interesados en generalizar el trabajo asalariado, se comprende la extrema debilidad del componente más directamente asociado al avance capitalista. Al no vertebrarse una tendencia burguesa o pequeñoburguesa lo suficientemente fuerte, faltó la base necesaria para destruir las raíces del sistema feudal-colonial. Como contrapartida no puede dejar de mencionarse el enorme poderío que por entonces tenían los terratenientes señoriales ligados al clero. De ahí que la emancipación, como ocurrió con la Revolución Inglesa de 1640 a 1660, terminara en un compromiso entre el elemento burgués en embrión y el feudal. Pero a diferencia de lo que sucedió con la Inglaterra del siglo XVII,[27] en la América Latina el naciente sector burgués quedó casi completamente desplazado por los grupos tradicionales de la oligarquía criolla. Ese resultado fue bien visible durante el primer período republicano (1825-50), etapa en la cual se constituyó un nuevo orden fundado en el predominio conservador, que anuló importantes logros de la independencia y otros principios liberales proclamados durante la emancipación

[24] "Del socialismo utópico al socialismo científico", Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas* en dos tomos, Moscú, Editorial Progreso, s/f, t. II, p. 100.

[25] V. I. Lenin: "¿Por qué objetivos luchar?", *Obras completas*, loc. cit., t. XVI, p. 161.

[26] Simón Bolívar: ob. cit., t. III, p 694.

[27] En la revolución inglesa de 1640-60 el fusilamiento de los *Levellers* por Cromwell hizo inevitable la restauración de la monarquía, pues las dificultades que la burguesía tenía con el pueblo la obligaban a entrar en componendas con los representantes del viejo régimen. Véase Christopher Hill: *La Revolución Inglesa. 1640*, La Habana, Ed. Venceremos, 1966.

americana.[28] La imposibilidad de que con la independencia se implantaran en la América Latina relaciones de tipo burgués, tampoco debe empañar las importantes conquistas históricas de aquel acontecimiento, las cuales, pese a todos sus esfuerzos, no pudieron ser destruidas por la reacción clerical-conservadora. Las masas, al hacer avanzar la revolución *más allá* de las metas fijadas por las clases dominantes, obligaron a estas a respetar algunos de los principios revolucionarios. En este sentido hay que registrar la sustitución violenta de las capas privilegiadas que detentaban el poder —la burocracia, comerciantes y demás propietarios peninsulares— por la oligarquía criolla, despejando el camino a la lucha de clases interna y dando inicio al complejo proceso de integración nacional y de constitución de los estados latinoamericanos. En muchos lugares del Continente desaparecieron legalmente las formas más atrasadas de la explotación precapitalista —se proscribió la servidumbre indígena— y del sistema impositivo colonial, implantándose la forma republicana de gobierno y el principio de la igualdad legal (burguesa) mediante la abolición de fueros, títulos nobiliarios y el anticuado sistema de castas.

Un último aspecto a examinar en la valoración del contenido de clase de la independencia latinoamericana, es que las revoluciones burguesas sólo por excepción son radicales y definitivas. Incluso Lenin señaló que "a la burguesía le conviene que la revolución burguesa no barra demasiado resueltamente todas las supervivencias del pasado."[29] A cada una de ellas le corresponde alcanzar sólo determinado escalón en el desarrollo histórico, cumplimentando las metas parciales para las cuales la sociedad en su conjunto se encuentra madura. Por ese motivo Lenin distinguió dos formas de *culminar* la revolución burguesa, en sentido *amplio* o *estrecho*, acorde con su ubicación en el ciclo de las revoluciones burguesas.

> En términos generales, esta fórmula puede ser entendida de dos maneras. Si se le emplea en un sentido amplio puede comprender la solución de los problemas históricos objetivos de la revolución burguesa, la culminación de *todo el ciclo* de las revoluciones burguesas. En este sentido, por ejemplo, en Francia la revolución democrático-burguesa *culminó* sólo en 1871 (y comenzó en 1789). En cambio, cuando se emplea la expresión en un sentido estrecho, se hace referencia a una revolución determinada, a una de las revoluciones burguesas, a una de las "olas", si se quiere, que golpea al viejo régimen, pero que no logra terminar con él, no elimina el terreno para las posteriores revoluciones burguesas. En este sentido, la revolución de 1848 en Alemania, "culminó" en 1850 o en la década del 50, sin que por eso se eliminara el terreno para el ascenso revolucionario de la década del 60. La revolución francesa de 1789 "culminó", digamos, en 1794, sin que por eso se eliminara el terreno para las revoluciones de 1830 y 1848.[30]

Del texto de Lenin se deduce, por tanto, que no debe hablarse de revolución en sentido *amplio* para medir las tareas que fueron cubiertas por la independencia latinoamericana, ya que ese tipo de enfoque desconoce el lugar que corresponde, en la concepción marxista-leninista de las revoluciones burguesas, a cada revolución en específico. Tal como apuntara Lenin, la *culminación* de la revolución —en su sentido *estrecho*— no quiere decir en modo alguno que se hayan eliminado las causas que la originaron. Por eso la gesta de la independencia latinoamericana puede ser considerada como una verdadera revolución, pese a que sus resultados quedaran por debajo de las expectativas de cambios económicos y sociales que había despertado en las masas. Aún cuando la emancipación no llegara tan lejos como quisieron algunos de sus líderes, y en particular Bolívar, y aunque la tendencia democrático-revolucionaria fue derrotada, sus conquistas le

28 Omar Díaz de Arce y Sergio Guerra: "Notas sobre la evolución de la estructura de clases en América Latina", *Santiago*, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1982, número 46, p. 9-32.

29 V. I. Lenin: "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", *Obras escogidas*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s/f, t. II, p. 592.

30 V. I. Lenin: "Notas de un publicista", *Obras completas*, loc. cit., t. XVI, p. 196. Ese análisis puede ser extendido a los países latinoamericanos. Así por ejemplo, en México se registraron otras *olas* revolucionarias burguesas con la Reforma de Juárez y la Revolución de 1910 a 1917; en Brasil puede considerarse en el mismo sentido la caída del Imperio en 1889 y la revolución varguista de 1930, etc.

otorgan una gran significación histórica, social y política.

A pesar de que estuvo orientada a favorecer el desarrollo de la burguesía, la independencia no fue capaz de modificar sustancialmente las estructuras económicas y sociales que databan de la época colonial. No obstante sus apreciables limitaciones, el proceso independentista constituyó un importante paso de avance histórico y progreso social al hacer posible la emancipación política de nuestros pueblos y abrir un ciclo de movimientos sociales y revolucionarios en la América Latina, que tras muchas alternativas a lo largo de casi siglo y medio, desembocó en la primera revolución capaz de llegar hasta el fin y liberar a las masas de toda forma de explotación: la Revolución Socialista.

MANUEL MALDONADO-DENIS

Vigencia de Bolívar en el Caribe contemporáneo

Hablar de Bolívar es hablar de América, de la América liberada y de la aún por liberar. Escribir sobre Bolívar no es un simple ejercicio de profundización histórica sino un ejercicio en la vigencia de un pensamiento y una acción revolucionarias. Pues bien lo dijo Martí: "Bolívar tiene que hacer en América todavía". Conste que no se trata de una simple sentencia literaria. Martí sabía perfectamente lo que decía cuando escribió esas líneas preñadas de sentido histórico, tan vigentes hace un siglo cuando las escribió como lo son hoy en 1981. Sí, el Libertador tiene que hacer en América todavía pues aún hay pueblos en el continente a cuyo servicio consagró su espada que no han logrado ni siquiera la independencia que es condición previa para todo proceso de auténtica autodeterminación. Me refiero desde luego, a Puerto Rico, pues como es sabido el Libertador siempre concibió como parte integral de su proyecto histórico la liberación de las Antillas que aún se hallaban bajo el yugo colonial español, es decir, Cuba y Puerto Rico. Era axiomático para Bolívar que lo que él llamó la "América meridional" no podría ser nunca plenamente libre mientras uno solo de sus pueblos, uno solo, no hubiese obtenido todavía su independencia.

Paar estudiar la obra libertadora de Bolívar y sus proyecciones para el Caribe hay que ubicar a este en el contexto histórico de la época. Es menester comprender que Cuba y Puerto Rico permanecen rezagadas del proceso libertador que se libra en Tierra Firme no porque sus pueblos fuesen menos capaces de protagonizar ese esfuerzo emancipador, sino porque las condiciones para un alzamiento revolucionario maduraron más lentamente en las Antillas que en el continente sudamericano.

Refiriéndose a las raíces sociales de las revoluciones hispanoamericanas nos apunta el profesor Lynch:

> facturas europeas inundándolo todo, y las economías locales incapaces de absor- Este era el problema crucial —las industrias coloniales sin protección, las manuberlas mediante el incremento de la producción y exportación. La política econó-

mica borbónica agravó así la situación colonial de Hispanoamérica e intensificó su subdesarrollo. La dependencia económica —la "herencia colonial"— de Hispanoamérica tuvo sus orígenes, no en la época de inercia, sino en el nuevo imperialismo...

Desde este punto de vista la revolución por la independencia puede interpretarse como una reacción americana contra una nueva colonización, un mecanismo de defensa puesto en movimiento por la nueva invasión española del comercio y de los cargos oficiales.[1]

Esta situación agudiza las contradicciones entre los criollos y los peninsulares tanto en el nivel social y económico como en el racial. Así lo expresó con toda claridad el propio Libertador Bolívar al indicarnos en su famosa *Carta de Jamaica*, del 6 de septiembre de 1815:

> Los americanos, en el sistema español que está en vigor no ocupan otro lugar en la sociedad que el de los siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores... ¿Quiere usted saber cual era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grama, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que pueda saciar a esa nación avarienta.

Las condiciones descritas por el Libertador se aplican íntegramente a las Antillas españolas. Aquí también se aplicaba la política tan cabalmente descrita por el profesor Lynch. Empero, las condiciones sociohistóricas de las Antillas no eran aún comparables, en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas materiales y a la emergencia de las clases sociales, al que ya podemos notar en los países de Tierra Firme a principios del siglo XIX. Es cierto que en Puerto Rico, por ejemplo, se da un importante incremento de la población a fines del siglo XVIII. Pero al filo del año 1800 la población de la isla no excede de ciento cincuenticinco mil cuatrocientos veintiséis habitantes. Cuba, de otra parte, mostraba ya los indicios de un importante crecimiento económico vinculado al cultivo de la caña de azúcar con fuerza de trabajo esclava. Cuando estalla la insurrección de los esclavos negros en Saint Domingue en el último decenio del siglo XVIII, lo que el profesor Moreno Fraginals en su ya clásico libro *El Ingenio* llama la sacarocracia cubana se atemoriza frente a los acontecimientos en la isla vecina. Al mismo tiempo que ve abiertas las más lisonjeras oportunidades para los azúcares cubanos como consecuencia de la revolución haitiana.

Las ideas de la Ilustración, cuya influencia sobre la formación intelectual de Bolívar es harto conocida, no dejan de irradiar sus efectos hacia las Antillas.

En lo que respecta a Cuba, nos indica el historiador Ramiro Guerra y Sánchez:

> La independencia de los Estados Unidos, las ideas de libertad e igualdad propagadas por la revolución francesa, la propaganda separatista de Miranda y otros precursores, y hasta el mismo esfuerzo por hacerse libres de los negros de Haití, habían producido su efecto entre los criollos, cuyas diferencias físicas y de carácter con los peninsulares se acentuaban cada día, paralelamente con la diversidad de sus intereses económicos. La idea de una América separada y distinta de Europa, con caracteres propios, se abría paso poco a poco en los espíritus; el concepto de la patria, circunscrito a la tierra nativa, ganaba terreno igualmente. La clase rica o simplemente acomodada, sector privilegiado de la sociedad colonial, participaba en mayor o menor grado de estas ideas y de los sentimientos con ellas vinculados. No obstante, se hallaba fuertemente inclinada a tratar de satisfacer sus reivindicaciones sin romper los vínculos con la metrópoli, dominada por la idea de que para la seguridad interior y exterior de la Isla, era absolutamente indispensable la protección de un poder fuerte, extremo del cual dependían la vida y la fortuna de los pobladores. Esta clase temía, sobre todas las cosas, dada

1 John Lynch: *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, 1976, p. 23, 27. Consúltese también a Stanley y Bárbara Stein: *La herencia colonial de América Latina* en versión al castellano publicada por Siglo XXI en México.

la alta proporción de los africanos en la población, el peligro que podría acarrear una rebelión de los esclavos similar a la de Haití. Por otra parte, el sistema de gobierno español se hallaba, en el fondo, de acuerdo con los más profundos instintos de los hacendados, cafetaleros y terratenientes ricos a quienes la riqueza y la práctica de la esclavitud habían fortificado la voluntad de autoridad y de poder.[2]

En Puerto Rico, de otra parte, el panorama económico y social es descrito de la siguiente manera por el ilustre historiador puertorriqueño, profesor Lidio Cruz Monclova:

> El cuadro que ofrecía la Isla en el orden social era decididamente desolador. Por entonces Puerto Rico contaba con una población de cerca de ciento cincuenta y ocho mil habitantes, menos de tres personas por legua cuadrada. Pero a consecuencia de las condiciones existentes, la inmensa mayoría de ella, tanto la de la zona urbana como la de la zona rural, arrastraba una vida ímproba y dura, agobiada por la pesadumbre de un ambiente general horro de proficuas posibilidades, estímulos e incentivos de orden superior. Sin embargo, arriba, por sobre las grandes masas criollas, preteridas y arrinconadas, prevalecía una porción de individuos privilegiados, que sin más dotes generalmente que su condición de españoles, disfrutaban los oficios, destinos y empleos y sabía darse buena maña para sacar pingües ganancias de la dura y flaca realidad de la colonia.[3]

Alguien ha dicho que la historia de las Antillas es, en gran medida, la historia de la caña de azúcar. Observación a la cual debemos sin duda añadir: y de la esclavitud negra. No hay que olvidar que la esclavitud negra no es abolida en Puerto Rico hasta 1873 y en Cuba hasta 1886. Es menester que se haga hincapié en este hecho histórico toda vez que incide necesariamente sobre la obra libertadora de Bolívar y sus proyecciones en el ámbito antillano y caribeño.

Hay que entender que cuando se inicia el proceso revolucionario hispanoamericano, al comenzar la segunda década del siglo XIX, la experiencia de la victoriosa revolución haitiana pesa extraordinariamente en el ámbito antillano. De una parte los esclavistas temen que el ejemplo de la revolución de Saint Domingue pueda inficionar a aquellas sociedades antillanas donde aún persistía el infame tráfico negrero. Por eso fue menester poner en práctica las más draconianas medidas de represión como factor disuasivo para las insurrecciones de esclavos en el Caribe. Bien vista, la Revolución Haitiana constituía de por sí un hecho insólito: no sólo era la primera insurrección exitosa de esclavos que registraba la historia sino que también había culminado con la proclamación de la independencia de la segunda república constituida en el nuevo mundo. La experiencia histórica del cimarronaje, de los palenques, de las frecuentes insurrecciones de esclavos negros de que daba fe la historia caribeña, hacía que cundiera el temor entre los esclavistas del área del Caribe. Pero, al mismo tiempo, el desenlace de la revolución de Haití abría nuevas perspectivas económicas para los esclavistas. La ruina y desolación debidas a una guerra revolucionaria cruenta y sin cuartel abría posibilidades de lucro para aquellos esclavistas antillanos que, como en los casos de Cuba, y en menor grado, Puerto Rico, podían beneficiarse de una nueva situación que podría convertirlos en los centros productores de azúcar en el ámbito antillano. Para lograr ese propósito los esclavistas estuvieron dispuestos a tomar todas las medidas necesarias, incluyendo el contrabando de esclavos, para asegurar la existencia de una fuerza de trabajo esclava que garantizara la producción ininterrumpida del dulce. Es así como comienza a agitarse, en el contexto antillano, el miedo a la guerra de razas, el recurso a la presunta amenaza de una reversión a la barbarie que sería signada por la irrupción en la vida política de las masas africanas (ígnaras y estúpidas). Demás está decir que en todo este proceso es donde se perfila, con toda nitidez, una ideología racista que busca presentarnos la amenaza real de

[2] Ramiro Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba (Económica, social y política)*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962 p. 217.

[3] Lidio Cruz Monclova: *Historia de Puerto Rico en el siglo XIX, tomo I (1808-1868)*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1958, p. 21-22.

una población africana bestializada e infrahumana.

Cuando se inicia el proceso revolucionario hispanoamericano la situación en las Antillas —pero sobre todo en aquellas que aún pertenecían al imperio español— podemos notar que nuestros pueblos permanecen al margen de dicho proceso. Aunque no del todo, nos apresuramos a señalar. Pues, como nos indica el profesor Cruz Monclova, al restaurarse las facultades omnímodas del imperio español en las Antillas mediante real orden del 4 de septiembre de 1810, y con motivo de la visita a Puerto Rico de don Juan Antonio de Cortabarría, comisionado por el Consejo de Regencia para extender en las negociaciones de paz con los revolucionarios venezolanos, apareció en la puerta de su casa un pasquín en el que se leía: "Este pueblo, bastante dócil para obedecer a las autoridades que tiene conocidas, no sufrirá jamás que se saque de la Isla un sólo americano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños." El pasquín en cuestión promovió una violenta represión de parte de las autoridades españolas. En todo caso, el pasquín dejaba ver la existencia en Puerto Rico de un sentimiento separatista. Otro tanto ocurría en Cuba en ese momento histórico.

Pero la lucha bolivariana aún habría de pasar por múltiples vicisitudes. La liberación del continente que estalla en diferentes puntos de la América hispana sirve para dramatizar las enormes dificultades que aparejaba semejante gesta libertadora. Lo dicho es singularmente cierto respecto a las Antillas que aún padecen el yugo español.

El Libertador está conciente de ello como lo demuestra su *Carta de Jamaica*, a la que aludimos antes. Dice Bolívar en el curso de sus reflexiones sobre el futuro de América: "Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de setecientas a ochocientas mil almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas, ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?".

Como puede notarse, al Libertador le preocupa el destino de Cuba y Puerto Rico como países integrantes del mundo hispanoamericano o, más bien, de la América meridional a que hace referencia con frecuencia en sus escritos y alocuciones. Sobre la composición de aquello que Martí luego llamará "Nuestra América", y que ya se halla presente en el proyecto histórico bolivariano, Bolívar mismo nos apunta en su Discurso de Angostura, del 15 de febrero de 1819 lo siguiente:

> No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.

Nótese que el Libertador, al definir lo privativo de la América hispana, no hace referencia en la composición étnica al elemento de origen africano. Claramente ello plantea problemas en el caso específico del Caribe, donde el elemento africano constituía, en la mayoría de los casos el factor numéricamente preponderante. Pero Bolívar no es ajeno al problema de la esclavitud negra. Por el contrario, podemos notar su preocupación en torno a este problema en sus ya famosos acuerdos con el presidente haitiano Alexandre Petion. Conforme a su compromiso con el revolucionario haitiano, Bolívar proclamará la libertad de los esclavos en sendos decretos del 1o. de junio y el 4 de septiembre de 1816.

Indiscutiblemente que esta orientación del Libertador referente a la esclavitud reforzaba aún más los temores entre los esclavistas de las Antillas. De otra parte el movimiento revolucionario iniciado en Haití y luego en Tierra Firme contribuye a generar toda una conjunción de fuerzas contrarrevolucionarias que emigrarán hacia las Antillas con sus caudales y muchas veces con sus esclavos. Restaurado Fernando VII en el trono de España luego del fallido experimento liberal que signan las Cortes de Cádiz, Puerto Rico y Cuba cobrarán capital importancia como centros productores de azúcar de caña y de otros frutos tropicales. En cuanto a Puerto Rico, tenemos la aplicación

por decreto de la Cédula de Gracias, proyecto económico dirigido hacia el fomento del comercio y de la industria en la isla, mediante incentivos especiales para quienes desearan establecer sus capitales allí. Una importante cantidad de inmigrantes venezolanos acuden a Puerto Rico y se convierten rápidamente en antagonistas acérrimos de la revolución bolivariana. Más aún, como ha señalado, entre otros, el historiador José Luciano Franco, Cuba y Puerto Rico se convertirán en baluarte de la contrarrevolución en el ámbito caribeño.

Pero el proyecto histórico bolivariano no sería frustrado por estos avatares. Ello se debe a que la base misma de dicho proyecto es la idea de que existe una unidad de todos los pueblos hispanoamericanos y que Cuba y Puerto Rico forman parte de ese gran conglomerado de pueblos. Como dice el Libertador a Pueyrredón el 12 de junio de 1818: "una sola debe ser la Patria de todos los americanos, ya que en todo vemos una perfecta unidad".

Es de esta convicción unitaria de Bolívar que surgirá la idea del magno Congreso Anfictiónico que tendría como sede a Panamá en 1826. Más aún, el Congreso de Panamá servirá para traer a la luz una vez mas la situación de Cuba y Puerto Rico como colonias españolas que atentaban, por lo mismo, contra la unidad latinoamericana.

Pero ya para ese momento histórico los Estados Unidos han comenzado a manifestar sus designios de hegemonía sobre el Continente. Confrontados con el hecho indubitable de la emancipación de las colonias españolas en Tierra Firme, la política exterior norteamericana será refractaria a la liberación de Cuba y Puerto Rico conforme al proyecto bolivariano. Los estudios más recientes sobre el desarrollo histórico norteamericano demuestran que este país concibió desde su constitución como república la expansión territorial hacia el resto del Continente. En 1787 nada menos que Thomas Jefferson, portavoz de las tendencias liberales en ese momento histórico, podía afirmar lo siguiente:

> Nuestra confederación debe ser contemplada como el nido desde donde toda la América, la del Norte y la del Sur, ha de ser poblada. Pensando en los mejores intereses de aquel Continente, nosotros debemos cuidarnos de no presionar demasiado pronto a los españoles. Esos países no pueden estar en mejores manos. Mi temor, es, empero, que estas manos sean demasiado débiles para sujetarlas hasta que nuestra población sea suficientemente numerosa para arrebatársela pedazo a pedazo.

Las aviesas intenciones expansionistas de Jefferson no serán una simple opinión individual sino que contribuirán a configurar la política exterior norteamericana respecto a Hispanoamérica desde ese momento en adelante. En 1825, es decir, un año antes de la celebración del Congreso Anfictiónico, el Secretario de Estado Henry Clay dirigía una carta al gobierno de España donde hace clara la posición del gobierno norteamericano respecto a Cuba y Puerto Rico. En la misiva Clay consignaría lo siguiente:

> Los Estados Unidos están satisfechos de la actual condición de Cuba y Puerto Rico, como pertenecientes al poder español y con sus puertos abiertos, como lo están al presente, a nuestro comercio. No desea, pues, este Gobierno, cambio político en su sistema de administración. Por otra parte, la población de las islas no es competente hoy, a causa de su constitución y número, para regir sus propios destinos públicos.
>
> Los Estados Unidos no dejarían de inquietarse ante la idea de que dichas islas pasasen a poder de alguna otra nación menos amiga; y entre todas las potencias europeas este país prefiere que Cuba y Puerto Rico continúen dependientes de la nación española.
>
> Si la guerra continuare entre España y las nuevas repúblicas, y estas islas llegaran a ser objeto y teatro de las operaciones, los Estados Unidos no podrían ser espectadores indiferentes de la contienda, como quiera que su bienestar tiene puntos de contacto con la prosperidad de esta República; y las contingencias que pudieran surgir de una tan prolongada guerra, acaso podrían imponer al Gobierno de los

Estados Unidos deberes y obligaciones de que no pudiera relevarse, por más penoso que fuese su cumplimiento.

Si los Estados Unidos desearen obtener en este instante la posesión de las islas de Cuba y Puerto Rico, existe la posibilidad razonable de que pudieran hacerlo; y aunque la tuvieran, su actitud diplomática le prohíbe tal propósito por el momento.

Esta situación equivale a una garantía. Pero no haremos ninguna estipulación ni tratado para tal garantía.[4]

En otras palabras, que los Estados Unidos se opondrían resueltemente a cualquier esfuerzo por liberar a Cuba y a Puerto Rico que pudiese concebir el Libertador en su proyecto emancipador del continente latinoamericano. Quede claro que la responsabilidad por lo acaecido no debe recaer íntegramente sobre los Estados Unidos. La situación interna de los países recién liberados —que tantos sinsabores ocasionaron al Libertador—, así como la complicada situación internacional del momento sin duda incidieron en el proceso. De otra parte, ni en Cuba ni en Puerto Rico habían logrado madurar aún movimientos libertadores que fuesen más allá de simples conatos revolucionarios. Ello tendrá que esperar hasta el último tercio del siglo XIX cuando los gritos de Lares y de Yara insertan a nuestros países en el contexto de la lucha por la liberación nacional.

Pero la preocupación de Bolívar por la libertad de las Antillas y de todo el Caribe cobra una profunda significación histórica, a pesar de que su obra quedó inconclusa y lo sigue siendo aún hoy, como lo demuestra el caso de Puerto Rico. Si podemos extraer algunas lecciones históricas del pensamiento y la acción revolucionaria de Bolívar y su proyección para el Caribe contemporáneo, creo que se podrían resumir de la siguiente manera:

1. Bolívar anticolonialista
2. Bolívar antimperalista
3. Bolívar latinoamericanista
4. Bolívar internacionalista

4 Citado en Cruz Monclova, ob. cit., vol. I, p. 273.

1. *Bolívar anticolonialista*

El profesor Juan Bosch, en un libro memorable, ha definido cabalmente al Caribe como una "frontera imperial". Efectivamente, el Caribe ha sido el escenario donde convergieron los más importantes imperios del mundo contemporáneo: el español, el inglés, el francés, el holandés, el danés, el norteamericano. La postura de Bolívar es de rechazo total a la teoría y la práctica del colonialismo —en su caso, del español, que es el que le toca más de cerca— pero también del colonialismo en el sentido genérico del vocablo en tanto en cuanto este implica la supeditación y sumisión de un pueblo a otro. Ya lo notamos anteriormente cuando citamos al Libertador en su enumeración de los agravios frente al colonialismo español. Se trata, sin lugar a dudas, de todo un pliego de demandas, de un proyecto histórico que se perfila nítidamente frente a la dominación despótica de España. El colonialismo, si lo analizamos concienzudamente, es una forma más que toma el despotismo. Forma, bueno es indicarlo, que siempre se oculta bajo una presunta intención benévola y hasta paternalista del colonizador. Pero Bolívar, haciendo honor a su bien ganado calificativo de "Libertador", no contemporiza ni hace conversión alguna a los enemigos de la libertad de los pueblos.

La humanidad, por conducto de su portavoz internacional que es la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha condenado de forma contundente el colonialismo en todas sus formas. Bolívar es un ilustre precursor en esta trayectoria que hoy ya ha rendido sus frutos en el ámbito internacional. Si hoy el colonialismo es repudiado universalmente como forma de dominación, ello se debe en no poca medida al pensamiento y la acción revolucionarios de Simón Bolívar.

2. *Bolívar antimperialista*

Es conocida la famosa carta del Libertador a Patricio Campbell del 5 de agosto de 1829, desde Guayaquil, donde aquel consigna para la posteridad que "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad". Precursor del pensamiento antimperialista le

ha llamado justicieramente el profesor Francisco Pividal Padrón. Con ello no queremos decir que Bolívar acertó a entender cabalmente la naturaleza del imperialismo moderno. Ella era manifiestamente imposible en el momento en que le tocó vivir. Lo que sí queremos decir es que el Libertador pudo captar con lucidez profética que la joven república tenía claras sus miras expansionistas y que constituía desde entonces un peligro para la soberanía y la libertad de los pueblos de la América hispana. La experiencia histórica se ha encargado de darle la razón a Bolívar. Lo dicho tiene vigencia especial precisamente en el contexto caribeño, si se tiene en cuenta que los Estados Unidos han considerado al Caribe su Mediterráneo. Toda el área centroamericana y caribeña ha padecido en carne propia durante este siglo el intervencionismo del imperio norteamericano. Más aún, hay un país latinoamericano que figuró prominentemente en los proyectos emancipadores de Bolívar: Puerto Rico, que fue ocupado militarmente por los Estados Unidos en 1898 y todavía hoy no ha logrado incorporarse a la América concebida por el Libertador dentro de su magno proyecto histórico. Eso de por sí deja inconclusa la obra de liberación comenzada por Bolívar en los inicios del siglo XIX.

3. *Bolívar latinoamericanista*

El 12 de junio de 1818 el Libertador se dirigió a Juan M. Pueyrredón agradeciendo la ayuda que las Provincias Unidas del Río de la Plata habían prestado a Venezuela en ese año. Bolívar consigna en dicha comunicación lo siguiente: "Vuestra Excelencia debe asegurar a sus nobles conciudadanos que no solamente serán tratados y recibidos aquí como miembros de una República amiga, sino como miembros de nuestras sociedad venezolana. Una debe ser la Patria de todos los americanos, ya que en todo vemos una perfecta unidad..."

Y también aclara más adelante: "Nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que, formando en todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas."

Ya en la *Carta de Jamaica* Bolívar había expresado su magna idea de la anfictionía de los pueblos de Nuestra América. Concretando esta idea cursa en 1822 una invitación a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires para el envío de sus plenipotenciarios a Panamá. La idea finalmente fructifica el 22 de junio de 1826, sin la presencia de Bolívar, con asistencia de delegados de Colombia, Guatemala, México y Perú y de representantes de Holanda y Gran Bretaña como observadores. Los resultados del Congreso de Panamá desilusionaron a Bolívar, quien escribiría a Páez el 4 de agosto de 1826: "El Congreso de Panamá, institución admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los barcos que navegaban. Su poder será una sombra, y sus decretos, consejos: nada más." No obstante, la gran visión bolivariana de una América Latina unida queda plasmada en este primer esfuerzo por hacer de todos nuestros pueblos una sola nación vinculada por intereses y experiencias comunes. Esa concepción de aguda proyección histórica conserva su vigencia en el día de hoy.

4. *Bolívar internacionalista*

Sobre la visión internacionalista de Bolívar poco hay que decir que no se haya dicho. Creemos que nada más elocuente que su propia acción revolucionaria y su disponibilidad para poner su espada al servicio de la libertad donde ello le fuese requerido.

Los puntos recién enumerados cobran una indiscutible vigencia en el contexto del Caribe contemporáneo. Todos ellos, vistos separadamente o como conjunto, contribuyen a aclararnos el verdadero *desideratum* de los pueblos que Bolívar quiso liberar y que aún hoy enfrentan el peligro constante de la intervención imperialista. Por eso, repetimos, tenía razón Martí: "Bolívar tiene que hacer en América todavía".

Estados Unidos deberes y obligaciones de que no pudiera relevarse, por más penoso que fuese su cumplimiento.

Si los Estados Unidos desearen obtener en este instante la posesión de las islas de Cuba y Puerto Rico, existe la posibilidad razonable de que pudieran hacerlo; y aunque la tuvieran, su actitud diplomática le prohíbe tal propósito por el momento.

Esta situación equivale a una garantía. Pero no haremos ninguna estipulación ni tratado para tal garantía.[4]

En otras palabras, que los Estados Unidos se opondrían resueltemente a cualquier esfuerzo por liberar a Cuba y a Puerto Rico que pudiese concebir el Libertador en su proyecto emancipador del continente latinoamericano. Quede claro que la responsabilidad por lo acaecido no debe recaer íntegramente sobre los Estados Unidos. La situación interna de los países recién liberados —que tantos sinsabores ocasionaron al Libertador—, así como la complicada situación internacional del momento sin duda incidieron en el proceso. De otra parte, ni en Cuba ni en Puerto Rico habían logrado madurar aún movimientos libertadores que fuesen más allá de simples conatos revolucionarios. Ello tendrá que esperar hasta el último tercio del siglo XIX cuando los gritos de Lares y de Yara insertan a nuestros países en el contexto de la lucha por la liberación nacional.

Pero la preocupación de Bolívar por la libertad de las Antillas y de todo el Caribe cobra una profunda significación histórica, a pesar de que su obra quedó inconclusa y lo sigue siendo aún hoy, como lo demuestra el caso de Puerto Rico. Si podemos extraer algunas lecciones históricas del pensamiento y la acción revolucionaria de Bolívar y su proyección para el Caribe contemporáneo, creo que se podrían resumir de la siguiente manera:

1. Bolívar anticolonialista
2. Bolívar antimperalista
3. Bolívar latinoamericanista
4. Bolívar internacionalista

4 Citado en Cruz Monclova, ob. cit., vol. I, p. 273.

1. *Bolívar anticolonialista*

El profesor Juan Bosch, en un libro memorable, ha definido cabalmente al Caribe como una "frontera imperial". Efectivamente, el Caribe ha sido el escenario donde convergieron los más importantes imperios del mundo contemporáneo: el español, el inglés, el francés, el holandés, el danés, el norteamericano. La postura de Bolívar es de rechazo total a la teoría y la práctica del colonialismo —en su caso, del español, que es el que le toca más de cerca— pero también del colonialismo en el sentido genérico del vocablo en tanto en cuanto este implica la supeditación y sumisión de un pueblo a otro. Ya lo notamos anteriormente cuando citamos al Libertador en su enumeración de los agravios frente al colonialismo español. Se trata, sin lugar a dudas, de todo un pliego de demandas, de un proyecto histórico que se perfila nítidamente frente a la dominación despótica de España. El colonialismo, si lo analizamos concienzudamente, es una forma más que toma el despotismo. Forma, bueno es indicarlo, que siempre se oculta bajo una presunta intención benévola y hasta paternalista del colonizador. Pero Bolívar, haciendo honor a su bien ganado calificativo de "Libertador", no contemporiza ni hace conversión alguna a los enemigos de la libertad de los pueblos.

La humanidad, por conducto de su portavoz internacional que es la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha condenado de forma contundente el colonialismo en todas sus formas. Bolívar es un ilustre precursor en esta trayectoria que hoy ya ha rendido sus frutos en el ámbito internacional. Si hoy el colonialismo es repudiado universalmente como forma de dominación, ello se debe en no poca medida al pensamiento y la acción revolucionarios de Simón Bolívar.

2. *Bolívar antimperialista*

Es conocida la famosa carta del Libertador a Patricio Campbell del 5 de agosto de 1829, desde Guayaquil, donde aquel consigna para la posteridad que "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad". Precursor del pensamiento antimperialista le

ha llamado justicieramente el profesor Francisco Pividal Padrón. Con ello no queremos decir que Bolívar acertó a entender cabalmente la naturaleza del imperialismo moderno. Ella era manifiestamente imposible en el momento en que le tocó vivir. Lo que sí queremos decir es que el Libertador pudo captar con lucidez profética que la joven república tenía claras sus miras expansionistas y que constituía desde entonces un peligro para la soberanía y la libertad de los pueblos de la América hispana. La experiencia histórica se ha encargado de darle la razón a Bolívar. Lo dicho tiene vigencia especial precisamente en el contexto caribeño, si se tiene en cuenta que los Estados Unidos han considerado al Caribe su Mediterráneo. Toda el área centroamericana y caribeña ha padecido en carne propia durante este siglo el intervencionismo del imperio norteamericano. Más aún, hay un país latinoamericano que figuró prominentemente en los proyectos emancipadores de Bolívar: Puerto Rico, que fue ocupado militarmente por los Estados Unidos en 1898 y todavía hoy no ha logrado incorporarse a la América concebida por el Libertador dentro de su magno proyecto histórico. Eso de por sí deja inconclusa la obra de liberación comenzada por Bolívar en los inicios del siglo XIX.

3. *Bolívar latinoamericanista*

El 12 de junio de 1818 el Libertador se dirigió a Juan M. Pueyrredón agradeciendo la ayuda que las Provincias Unidas del Río de la Plata habían prestado a Venezuela en ese año. Bolívar consigna en dicha comunicación lo siguiente: "Vuestra Excelencia debe asegurar a sus nobles conciudadanos que no solamente serán tratados y recibidos aquí como miembros de una República amiga, sino como miembros de nuestras sociedad venezolana. Una debe ser la Patria de todos los americanos, ya que en todo vemos una perfecta unidad..."

Y también aclara más adelante: "Nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que, formando en todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas."

Ya en la *Carta de Jamaica* Bolívar había expresado su magna idea de la anfictionía de los pueblos de Nuestra América. Concretando esta idea cursa en 1822 una invitación a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires para el envío de sus plenipotenciarios a Panamá. La idea finalmente fructifica el 22 de junio de 1826, sin la presencia de Bolívar, con asistencia de delegados de Colombia, Guatemala, México y Perú y de representantes de Holanda y Gran Bretaña como observadores. Los resultados del Congreso de Panamá desilusionaron a Bolívar, quien escribiría a Páez el 4 de agosto de 1826: "El Congreso de Panamá, institución admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los barcos que navegaban. Su poder será una sombra, y sus decretos, consejos: nada más." No obstante, la gran visión bolivariana de una América Latina unida queda plasmada en este primer esfuerzo por hacer de todos nuestros pueblos una sola nación vinculada por intereses y experiencias comunes. Esa concepción de aguda proyección histórica conserva su vigencia en el día de hoy.

4. *Bolívar internacionalista*

Sobre la visión internacionalista de Bolívar poco hay que decir que no se haya dicho. Creemos que nada más elocuente que su propia acción revolucionaria y su disponibilidad para poner su espada al servicio de la libertad donde ello le fuese requerido.

Los puntos recién enumerados cobran una indiscutible vigencia en el contexto del Caribe contemporáneo. Todos ellos, vistos separadamente o como conjunto, contribuyen a aclararnos el verdadero *desideratum* de los pueblos que Bolívar quiso liberar y que aún hoy enfrentan el peligro constante de la intervención imperialista. Por eso, repetimos, tenía razón Martí: "Bolívar tiene que hacer en América todavía".



RICAURTE SOLER

José Martí: bolivarismo y antimperialismo*

El presente texto no tiene como propósito hacer una presentación del pensamiento antimperialista martiano en lo que este, por sí mismo, tiene de admonición, tarea y vigencia. Su actualidad y legado quisiéramos comprenderlo, más bien, a partir del contorno sociohistórico del que emerge en distintas, aunque concéntricas, escalas de referencia: la de la sociedad latinoamericana, la de la sociedad antillana hispanohablante, y la más concreta que surge de las condiciones específicas de la realidad cubana. Creemos que este esfuerzo de comprensión, de tener éxito, lejos de disminuir la estatura del héroe, lo sitúa históricamente. Y como toda intelección del papel del individuo en la historia, esta no deja nunca de señalar en el trascender de los condicionamientos el núcleo racional de una presencia irrenunciable.

I

Durante el siglo pasado, los proyectos y empeños para afirmar y organizar los estados nacionales constituyeron fundamentalmente la tarea-sísifo de la pequeña burguesía y de las capas medias. Sector político e ideológicamente dirigente del bloque policlasista que se autodenominaba liberal, lo mismo se empeñaba en liquidar las relaciones precapitalistas de producción a escala de los estados ya constituidos, que pugnaba por mantener enhiesta la bandera bolivariana de la unidad de Nuestra América. Testimonio de esto último son los numerosos proyectos, estudios, libros y folletos que a lo largo de todo el siglo XIX responden a cada fracaso en la solidaridad efectiva con nuevas reiteraciones en pro de la misma.

Y así, a la guerra de Chile con la confederación peruano-boliviana, responde el chileno Pedro Félix Vicuña con su opúsculo *Único asilo de las repúblicas hispanoamericanas (En un congreso general de todas ellas)*. Posteriormente, en su obra *Porvenir del hombre*, desecha la idea de una liga de gobiernos hispanoamericanos, para proponer francamente, por encima de ellos, la unidad de sus pueblos. La necesidad del desarrollo económico y de la unión aduanera la plantea Juan Bautista Alberdi en su *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano* (1844). Además de excluir explícitamente del Congreso en mientes a los Estados Unidos, Alberdi plantea la inesperada tesis de que no ha de ser aplicable a las relaciones interhispanoamericanas el principio de no intervención pues, compro-

* Ponencia presentada al Simposio Internacional *Pensamiento político y antimperialismo en José Martí*, organizado por el Centro de Estudios Martianos, La Habana, enero de 1983.

bada heroicamente en las luchas por la emancipación, la intervención solidaria anticolonialista fue la característica de las relaciones entre los diferentes pueblos hispanoamericanos. Pocos años después, en 1855, Manuel Carrasco Albano escribe una *Memoria presentada ante la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile* [...] *sobre la necesidad y objetos de un Congreso Sud-Americano*. Un prearielismo hispano-americanista recorre algunas de sus páginas.

La expansión colonial norteamericana da nuevo aliento al nacionalismo latinoamericanista y, en particular, las aventuras colonialistas y esclavistas de William Walker en Nicaragua. En París, el chileno Francisco Bilbao escribe *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas Americanas*, y denuncia la "barbarie demagógica" (1856) de los Estados Unidos; propone, además, la creación de una universidad latinoamericana, tema que volverá a plantear Martí con posterioridad. En este contexto, el peruano Francisco de Paula Vigil escribe "Paz perpetua en América o confederación americana" y el diplomático liberal mexicano Luis Nepomuceno de Pereda, teniendo a Walker en mientes, escribe una olvidada *Memoria reservada sobre la necesidad de un congreso plenipotenciario de los diversos estados hispanoamericanos* (1857). Es, finalmente, también el momento en que el neogranadino José María Samper redacta *La confederación colombiana* (1859: Colombia-Hispanoamérica) y denuncia en los norteamericanos a los "bárbaros del norte".

El registro anotado no agota las expresiones del nacionalismo hispanoamericanista de inspiración liberal y directamente vinculado al modelo de organización nacional prohijado por la pequeña burguesía y las capas medias. Habría también que recordar los planteamientos del argentino Juan María Gutiérrez, del chileno Benjamín Vicuña Mackenna; las *Bases* para la unión de los estados latinoamericanos redactadas en 1861 por José María Torres Caicedo; el *Estudio sobre la idea de una Liga Americana* (1864) del panameño Justo Arosemena; las propuestas del venezolano Antonio Leocadio Guzmán, quien como diputado en la Convención colombiana de Río Negro, en 1863, se esforzó por la restauración de la Gran Colombia. Se explica la opinión que sobre este último vertió Martí: "Antonio Leocadio Guzmán, que va a par de su tiempo, y, como movido de interna fuerza, perpetuamente se renueva."[1]

En los proyectos de la unidad de nuestra América, tema martiano por excelencia, plasmó la más vehemente aspiración de la ideología demoliberal decimonónica. No corresponde a la presente exposición intentar señalar las causas de los casi nulos resultados de aquella aspiración, como tampoco es del caso investigar los pasos efectivos que se dieron en el proceso de organización nacional en la escala de cada estado aisladamente considerado. Sí nos interesa, sin embargo, insistir sobre el hecho de que aquellos proyectos hispanoamericanistas, y los avances efectivos en la organización nacional, fueron inseparables de la dirección y hegemonía que dentro de cada bloque liberal policlasista ejercían la pequeña burguesía y las capas medias. La crisis ideológica y política del liberalismo, y su final degeneración con la emergencia del imperialismo a finales del siglo XIX y principios del XX, presentan estrechas vinculaciones con el papel y funciones que aquella pequeña burguesía y capas medias ejercieron en la estructura de la sociedad hispanoamericana del período aludido.

Las reformas liberales, como es bien sabido, comenzaron a afirmarse en Argentina (1853) y México (Plan de Ayutla, 1854), y bien difícilmente obtuvieron precarios éxitos ya a finales del siglo XIX y principios del XX, en Ecuador, Perú y Bolivia. La desamortización de los bienes del clero tuvo variada importancia según los países. Igual la liquidación de los mayorazgos, la abolición de la esclavitud y la parcial demolición de las tierras comunales indígenas. En nuestra opinión, la consecuencia social de mayor gravitación de estas reformas, necesarias y progresistas, se dio en el resurgir de un latifundismo laico con el resultado de acrecentar el poder de las oligarquías agropecuarias en detrimento directo de la dirección y hegemonía que dentro de los bloques libe-

[1] José Martí: "Centenario de Andrés Bello", *Obras completas*, La Habana, Ed. Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 7, p. 215. [En lo sucesivo, las referencias remiten a esta edición de las *Obras completas* y por ello sólo se indicará tomo y página. Las cursivas son siempre del autor. (N. de la E.)]

rales policlasistas ejercían la pequeña burguesía y las capas medias. Es, para poner un ejemplo exaltante, la diferencia del bloque social que apoya la lucha anticolonial de Juárez liberal, con el reacomodo que dentro del mismo bloque sustenta la dictadura neoconservadora de Porfirio Díaz. En estas condiciones, y a escala latinoamericana, un liberalismo en degeneración no podía convertirse en otra cosa que en socio menor y obsecuente de los emergentes imperialismos inglés y norteamericano. Es lo que, en el plano ideológico, explica las vacilaciones, desconciertos y aun claudicaciones del nacionalismo y del ya naciente antimperialismo de la inteligencia latinoamericana. Como las claudicaciones de un César Zumeta, antimperialista de primera hora, cómplice después de la entrega del petróleo venezolano a las transnacionales yanquis. O las incoherencias de un Vargas Vila, que denuncia a los bárbaros norteamericanos pero exalta el colonialismo inglés. O los desconciertos de un Ricardo Rojas, el de la *Restauración nacionalista*, que la quiere hacer compatible con filosofemas irracionalistas. O el idealismo esteticista de un Rodó, que no encuentra otra arma para hacer frente al Calibán norteamericano. O las iracundias, no siempre estériles, de un Rufino Blanco Fombona. O, finalmente, las vacilaciones de un Rubén Darío, "patriota francés", pero anunciador, en 1892, de la revolución social, denostador, como Martí, de la gula plutocrática de Jay Gould, y quien denunciaba admonitivo a los "búfalos de diente de plata", a los "bárbaros", a los "gorilas colorados", al "*slang* fanfarrón de Monroe" y, también como Martí, al creador del panamericanismo, "al Blaine de las engañifas". Quien, finalmente, llamó "gorila" a Teodoro Roosevelt, en magnífica premonición de que será en Yanquilandia donde se facturará esa especie latinoamericana.[2]

Hay una raíz social, dijimos, que explica estos aciertos y desaciertos, estos mejores empeños y peores claudicaciones. De manera abstracta, es claro, se puede afirmar que las reformas liberales no dieron origen a ninguna revolución democráticoburguesa que apuntalara en ningún país latinoamericano un desarrollo capitalista autosostenido. Centrando un poco más el análisis, habría que comprobar la pérdida de la pequeña burguesía y de las capas medias de su capacidad dirigente dentro del otrora bloque liberal policlasista. Otro era, sin embargo, el contexto sociohistórico en el cual se desarrollaba, en el mundo antillano, el proceso de liberación nacional. Y otras también, naturalmente, las formulaciones ideológicas, sin duda más avanzadas y radicales, de los principales promotores de su afirmación nacional, del antillanismo, y del nacionalismo latinoamericanista.

II

Sin duda que una ecuación personal, de análogas vivencias sicológicas, confiere a los patriotas antillanos sorprendentes homologías. Que de la República Dominicana, de Puerto Rico y Cuba partieran expediciones punitivas españolas contra Haití, México y el Pacífico suramericano no podría dejar de suscitar en combatientes nacionalistas sentimientos de solidaridad antillana y latinoamericanistas. No podrían ser a este respecto muy distintas las reacciones del dominicano Gregorio Luperón, de los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, y las del cubano José Martí. Este último quizás no vivió intensamente, por demasiado joven, la guerra de España contra Perú y Chile (1864-65), o la invasión francesa a México (1862-66), que comenzó con la colaboración de Inglaterra y España. Pero, ¿qué duda cabe de que fueron experiencias incorporadas a su memoria y conciencia anticolonialista? Una más concreta solidaridad se estableció entre el independentismo cubano-puertorriqueño y el patriotismo chileno cuando en el contexto de la aludida guerra entre España y Perú-Chile, acompañada de la recolonización de la República Dominicana, Benjamín Vicuña Mackenna transferirá en Nueva York su revista *Voz de América* a los dirigentes de la emancipación antillana. Es de anotar que en aquella coyuntura Domingo Faustino Sarmiento, embajador de la Argentina ante los Estados Unidos, alentó el independentismo cubano-puertorriqueño.[3]

[2] Véase: Rubén Darío: *Textos socio-políticos*, Managua, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1980, p. 29, 30 y 46.

[3] Véase: Carlos M. Rama: *La independencia de las Antillas y Ramón Emeterio Betances*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980, p. 14. Véase también nota 13 de la p. 17.

Menos afinidades sicológicas como revolucionarios, y más homologías ideológicas y políticas concretas, habrían de suscitar en los revolucionarios antillanos el enfrentamiento simultáneo a que los convocaba la historia contra el colonialismo español y el imperialismo norteamericano. La primera de estas convocatorias, anticolonial y ya también, muy pronto, antimperialista, se concreta en la figura histórica de Gregorio Luperón, combatiente contra la recolonización española de la República Dominicana (1861-65) y ya muy pronto, desde 1869 hasta 1873, campeón irreductible contra el anexionismo a los Estados Unidos, que estimulaban las miras protoimperiales del presidente Grant y del Secretario de Estado Seward. "No pensamos que la América deba ser yanqui", exclamaba Luperón, que no reducía así su nacionalismo a Santo Domingo, como cumplidamente lo demostró después, en 1880, al proteger la inmigración puertorriqueña y cubana —Maceo entre ellos— cuando era miembro de un gobierno provisorio. Las miras de los Estados Unidos sobre la Bahía y Península de Samaná, y aun sobre toda la geografía dominicana, daban así lugar a las primeras prácticas y formulaciones ideológicas de resistencia al imperialismo en gestación.

Las luchas por la liberación nacional de Puerto Rico, con Hostos y Betances, enriquecieron, ampliaron y aún más, radicalizaron la acción y el pensamiento antimperialistas de la revolución antillana. Hostos participó en las acciones de los círculos liberal-republicanos españoles de 1868, entre otros propósitos, con el fin muy específico de "sacar partido de la revolución española en favor de las Antillas". Decepcionado por la política igualmente colonialista del republicanismo español, pronto combinó la lucha anticolonial con admoniciones frente al expansionismo norteamericano y con reiterados y bolivarianos llamados a la unidad latinoamericana. Pero hay en Hostos un motivo que importa sobremanera hacer resaltar. En Luperón se hizo evidente que la dirigencia libertadora la asumía la pequeña burguesía y las capas medias dominicanas. Un actor, testigo y cronista de los acontecimientos, así lo reconocía. Pero en Hostos la conciencia revolucionaria da pasos adelante. Hay una indagación insistente sobre el sujeto social que ha de realizar la liberación. Contamos a este respecto con un texto —no es el único— que es extraordinariamente revelador: "Yo sabía lo que era el patriotismo a que tenía que dirigirme, y no podía contar con él. Sabía qué grado de inteligencia tenían los *capitalistas cubanos* de la emigración, y no debía contar con ellos."[4] Una conclusión antioligárquica —no obstante el necesario frente nacional anticolonial y antimperial— se desprende de estas premisas. Hostos la plasmó, en nuestro lenguaje de hoy, en la tarea de emprender con la independencia política la *reforma agraria: "empleo de cuantos recursos científicos, políticos y administrativos se conocen para universalizar el derecho de propiedad sobre el suelo."*[5]

Que en Luperón, Hostos, e igual en Betances, la revolución anticolonial y la resistencia al imperialismo se halla indisolublemente asociada a las masas populares dirigidas por la pequeña burguesía y las capas medias —y no en modo alguno por una burguesía comercial o por sectores agropecuarios o mineros exportadores—, es el punto de vista fundamental que deseamos sustentar. Es esta base social de la liberación antillana la que explica su radicalismo y la que anuda nexos con los movimientos revolucionarios de nuestros días. Como el fenómeno es antillano, no ha de extrañar que en el "padre de la patria" borinqueña, Ramón Emeterio Betances, se reitere una práctica guiada por un pensamiento análogo.

Dos años antes de su muerte, en junio de 1896, escribía Betances: "Van cuarentiocho años que ando luchando contra España y seguiré hasta conquistar los cincuenta, si vivo, y más aún."[6]

Vivió efectivamente dos años más y pudo por ello exclamar entonces: "Heme aquí, por mi parte, cercano a festejar el 24 de febrero de 1898 mis esponsales de diamante con la Revolución."[7] Como estudiante de Medicina, Betances había participado, efectivamente, en la revolución francesa de febrero de 1848. Se inició así su largo empeño revolucionario que no

4 Eugenio María de Hostos: *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, Col. Nuestra América, 1976, p. 9.

5 *Idem*, p. 372.

6 Ramón Emeterio Betances: *Epistolario*. (Compilado por el doctor M. Guzmán Rodríguez, padre.), Mayagüez, Tipografía Comercial, 1943, p. 80.

7 Citado por Carlos M. Rama, ob. cit., p. 34.

concluyó sino con su muerte, cincuenta años después. De tan larga trayectoria desearíamos destacar la función dirigente que desempeñó al lanzarse, días antes del grito de Yara en Cuba, el grito de Lares en Puerto Rico, en septiembre de 1868. De su epistolario es el siguiente testimonio: "Desde antes del 65, Basora y yo teníamos la isla agitada, inundándola de papeles revolucionarios; pero yo estaba adentro y era quien los distribuía, al mismo tiempo que introducía armas."[8]

De tal temple no se podría esperar un reformista que se contentara con la mera autonomía frente a España. Para 1871 ya se hacía obvio que el triunfo de los liberales en España no aportaba cambio significativo alguno. En carta a Hostos, refiriéndose a los autonomistas, decía sin ambages: "Ellos se han cansado de llamarnos locos y nosotros [los independentistas] somos ahora quienes podemos contemplarlos casi con compasión. Parece aquello una reunión de dementes, bailando sin música." En esa misma carta no deja de señalar la creciente amenaza expansionista norteamericana: "Grant siempre quiere a Santo Domingo, y ese es el peligro."[9]

Martí llamó *maestro* a Betances. La apreciación no es mero cumplido. Como Martí, era antianexionista. En 1851, en ocasión de la expedición anexionista de Narciso López a Cuba, dirá: "No plantéis la palma en Washington ni el manzano en La Habana, pues perecerán ambos." Como Martí, será un demócrata revolucionario, calificado, él y sus partidarios, de "comunistas y fieles de la internacional" pues es un hombre "que se inicia en la Revolución del 48, que frecuenta a los anarquistas proletarios, que participa del ambiente de los exiliados obreros antillanos en los Estados Unidos, y que en Europa asiste al desarrollo del socialismo, desde los utópicos españoles como Ramón de la Sagra, a los franceses finiseculares, v. gr. Charles Malato".[10] Como Martí, es antimperialista: "el minotauro americano" denominará a lo que Martí llamó el "monstruo", declarando explícitamente: "No quiero la colonia con España ni con los Estados Unidos."[11]

Como Martí, será un bolivariano: propugnará por la federación antillana: "Así solamente quedaría completo el plan de Bolívar",[12] y como Martí, finalmente, verá en la liberación antillana el fiel de la balanza que equilibre el poder de ambas Américas.[13]

III

La restauración de la idea bolivariana de la unidad de Nuestra América es en Martí inseparable, sobre todo en los últimos años de su corta existencia, de su enérgica esperanza de que la liberación de las Antillas se constituyera en valladar del imperialismo norteamericano. Como es sabido, la expresión "Nuestra América", y la idea implícita del deber-ser de su solidaridad, remonta en el pensamiento martiano a los últimos años de la década del setenta. Durante los dos o tres primeros años de su residencia en los Estados Unidos, a partir de 1880, cuando hurgaba en las entrañas del "monstruo" aún desconocido, Martí demostró admiración por la pujanza de la sociedad norteamericana y la consistencia de sus instituciones democráticas. Incluso mostró simpatías por "la parte sana del Partido Republicano" y la personalidad de James Blaine, el futuro creador del panamericanismo. Pronto advertirá, sin embargo, las características cada vez más plutocráticas del estado norteamericano, el carácter crecientemente monopólico de su economía, las desigualdades sociales y la discriminación racial. La plétora de los "productos invendibles" de sus fábricas, y la política intransigentemente proteccionista del Partido Republicano las denunciará como contrarias a los intereses de Latinoamérica. Por ello, prefirió el triunfo —que lo fue por escasísimo margen— de Cleveland sobre Blaine, y cuando este último, como Secretario de Estado de Harrison, promueve el "convite de Washing-

8 Ramón Emeterio Betances: *Epistolario*, cit., p. 52.

9 *Idem*, p. 4 y 5.

10 Carlos M. Rama: ob. cit., p. 28. Véase también nota 12 de la misma p.

11 Manuel Maldonado-Denis: *Puerto Rico. Una interpretación histórico-social*, México, Siglo XXI Editores S.A., 7ma. edición, 1977, p. 48.

12 Ramón Emeterio Betances: *Epistolario*, cit., p. 27.

13 Véase: Ricaurte Soler: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, Editores S.A., 1980, p. 192-93. Para otros textos véase: Ramón Emeterio Betances: *Las Antillas para los antillanos*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975.

ton" en 1889 —ya lo había intentado en 1881— Martí reaccionó con las justamente célebres crónicas antipanamericanistas, tan lúcidas, admonitivas y proféticas. Ya a estas alturas la conciencia antimperialista de Martí es inequívoca. En carta a Roque Sáenz Peña (10 de abril de 1890), delegado argentino al Primer Congreso Panamericano, decía Martí: "De ningún modo desmayo en el pensamiento de poner en claro, con toda la viveza con que usted y yo lo sentimos, *el problema de nuestra América, de modo que confirmemos nuestra independencia antes de que se creen, como pudieran crearse, las condiciones que nos la podrían arrebatar.*"[14] Es claro que la restauración del bolivarismo en Martí tiene el sentido de oposición al imperialismo. En 1892, año de fundación del Partido Revolucionario Cubano, Martí reitera su preocupación y nuevamente hace clara la vinculación que establece entre Nuestra América, bolivarianamente unida, con la lucha antimperialista. Por algo había dicho: "lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!"[16] Por ello, en el año del nacimiento del Partido Revolucionario Cubano, reitera: "Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente, [...] peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana."[16] Es suficientemente conocido el texto antimperialista de su carta a Manuel Mercado, escrita la víspera de su muerte. Con las citas que anteceden —que podrían multiplicarse—, queremos sólo mostrar la persistencia de una solidaridad de planteamientos: el bolivarismo y antimperialismo martianos.

En la temática del antimperialismo de Martí se ha hecho menos énfasis, creemos, en la denuncia de los aspectos específicamente económicos que implica la expansión norteamericana. En los textos martianos estos son, naturalmente, menos frecuentes que los políticos. Pero no están ausentes, sin embargo. Bien conocida es su oposición al proyecto Harrison-Blaine de unión aduanera continental. Pero nos parece particularmente notable su denuncia del "veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles",[17] y su afirmación de que "los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos".[18] Todavía más notable nos parece, en el contexto de una lucha por la liberación nacional que por tanto convoca a la unidad de todas las clases, la lucidez con que observaba Martí cómo las oligarquías de Nuestra América se convertían en socios menores del imperialismo: "las empresas norteamericanas se han adueñado de Honduras: y fuera de saber si los hondureños tienen en la riqueza del país más parte que la necesaria para amparar a sus consorcios."[19]

De lo expresado hasta ahora se comprueba con claridad que la lucha por la liberación nacional antillana dio origen al más original, vigoroso y radical pensamiento antimperialista, a escala latinoamericana, en los momentos precisos en que el capital monopólico emergía como una nueva fase del desarrollo capitalista internacional. Precisa recordar que es en los años 80 del siglo pasado cuando hay que ubicar cronológicamente la naciente concentración de la producción y del capital. Es claro que la lucha directa contra el colonialismo español coadyuvó al despertar de una conciencia que alertaba empeñosamente contra la expansión imperial norteamericana. Pero hay que preguntarse también sobre las razones más hondas que condujeron a la derrota de las corrientes anexionistas y que marcan un contraste tan obvio entre el nacionalismo y el bolivarismo antillano y las vacilaciones, debilidades y aun claudicaciones que se presentan en el resto del continente latinoamericano.

Cuando hicimos referencia a la gesta restauradora de la soberanía dominicana, gesta épica que se prolongó en la lucha contra los anexionistas que deseaban la absorción del país por parte de los Estados Unidos, la principal base

14 José Martí: Carta a Roque Sáenz Peña de 10 abril de 1890, *O.C.*, t. 7, p. 398.

15 José Martí: Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 28 de octubre de 1893, *O.C.*, t. 8, p. 243.

16 José Martí: "En Casa", *Patria*, 18 de junio de 1892, *O.C.*, t. 5, p. 375.

17 José Martí: "Congreso Internacional de Washington", *O.C.*, t. 6, p. 61.

18 José Martí: "Las guerras civiles en Sudamérica", *O.C.*, t. 6, p. 27.

19 José Martí: "Congreso Internacional de Washington", *O.C.*, t. 6, p. 58-59.

social del nacionalismo quisqueyano la encontramos en la pequeña burguesía y las capas medias, reacias a la enajenación de la soberanía nacional. En la pequeña propiedad agraria y en los pequeños y medianos productores de tabaco, además, es claro, de las capas medias cultivadas de las ciudades, dirigentes como Gregorio Luperón encontraron la base de apoyo social en la cual sustentar la lucha anticolonial y antimperial. Un agudo observador de la época llegó incluso a afirmar que en la pequeña propiedad y de la producción tabacalera se encontraba la más firme garantía contra el surgimiento de una oligarquía dominicana.[20]

Ello comprueba la inexistencia en Santo Domingo, en la época a que nos referimos, de un latifundismo social y políticamente hegemónico. Otro tanto, y por otras circunstancias, podemos decir de Puerto Rico, donde la esclavitud no adquirió relativamente las dimensiones que alcanzó en otros países antillanos. La lucha nacionalista y liberacionista en Santo Domingo y Puerto Rico se daba, pues, en un escenario social distinto al que caracterizó la guerra hispanoamericana de emancipación de principios del siglo XIX. En aquella oportunidad la guerra de independencia se trocó en "guerra civil" donde afloraron todas las contradicciones de la sociedad hispanoamericana. Se levantaron así múltiples banderas y reivindicaciones: agraristas, jacobinas, liberal-demócratas, conservadoras y reaccionarias. El genio de Bolívar y sus pares consistió en interpretar la diversidad social para hacer posible la fundación de la unidad nacional. En Santo Domingo y Puerto Rico, a fines de siglo, diversas fuerzas históricas concurrieron para dar por resultado un hecho que estimamos fundamental: ningún criollismo potentado latifundista y socialmente influyente, existía para exigir participación, de acuerdo con sus intereses, en las luchas por afirmar la nacionalidad. La pequeña burguesía y las capas medias podían, así, construir un proyecto de organización nacional radical, antimperial, sin las mediaciones a que habría obligado una oligarquía terrateniente y conservadora. Así se hizo posible la acción y el pensamiento nacional-revolucionario de un Luperón, un Hostos, un Betances. El estado que se proyectaba era nacional en el sentido estricto del término. Más aún, se trataría de un estado nacional-popular. Y ese proyecto era perfectamente compatible con el bolivarismo, con la aspiración a la efectiva unidad de Nuestra América.

Las condiciones y características de la historia social cubana eran, obviamente, de una mayor y extremada complejidad. A nuestro entender, la Guerra Grande de 1868 a 1878 reprodujo, en sus rasgos esenciales, muchas de las modalidades de la guerra de emancipación hispanoamericana de principios del siglo XIX. Entre otras, la necesidad de abolir la esclavitud para consolidar el frente nacional anticolonial. También la presencia de un criollismo poderoso e imprescindible, que en el caso cubano estaba representado por la sacarocracia nativa que se había ido gestando durante muchas décadas. Martí, en más de una ocasión, destacó la importancia de estos ricos que fueron "a la pelea" de la Guerra Grande, arriesgando y comprometiendo sus fortunas personales.

Pero las consecuencias económicas y sociales de la derrota de la Guerra Grande tuvieron una enorme trascendencia, incluso inesperada y paradójica, para las luchas posteriores por la emancipación cubana. En primer lugar, habría que comprobar la progresiva disminución de los ingenios a favor de una producción cada vez más concentrada en los "centrales".

> En 1878, cuando finaliza la Guerra Grande, había mil ciento noventa ingenios. En 1891, un testimonio de crédito señala la existencia de ochocientas cincuenta fábricas, entre las cuales habría unas ciento cincuenta a docientas organizadas como centrales y con eficiencia superior al promedio tradicional. En 1899 quedaban solamente unas docientas siete, con una capacidad de molienda que duplicaba la cifra de azúcar elaborada ese año [...] lo cual indica que la eliminación procedía fundamentalmente contra los ingenios anticuados, a los que la Guerra de Independencia [iniciada en 1895 por Martí] sorprendió por la baja de precios de los primeros cinco años de la década final del siglo.[21]

20 Véase Hugo Tolentino Dipp: *Gregorio Luperón (biografía política)*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1977, p. 291.

21 Julio Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, La Habana, Edición Revolucionaria, 1971, p. 497.

Todo esto es revelador de una disminución, por lo menos cuantitativa, del sector criollo potentado, que hubiese estado en condiciones de apoyar la última guerra anticolonial dirigida por Martí. Pero el contexto sociohistórico del pensamiento y la acción martianos se hace más claro si consideramos que esa concentración de la riqueza y de la producción azucarera ya no estaba, en gran parte, en manos de los "ricos cubanos", sino que era propiedad directa de capitales norteamericanos que habían desplazado a la sacarocracia criolla, arruinada desde la Guerra de los Diez Años. Además, durante la última guerra de liberación "la orden del General en Jefe de los cubanos, Máximo Gómez, de dar fuego a todas las grandes propiedades que desde la Guerra de los Diez Años él consideraba los mejores aliados del poder colonial"[22] se cumplió en perjuicio de los cubanos ricos que no colaboraban con la insurrección, como quiera que por razones de política internacional los centrales amparados por la bandera norteamericana eran respetados. Y algunos de esos centrales se contaban entre los mayores del mundo.[23] ¿Podrían, en estas circunstancias, tener los terratenientes cubanos peso específico importante en la política revolucionaria que dio origen a la insurrección dirigida por Martí en 1895?

Un proceso análogo al del azúcar tuvo lugar en relación con el tabaco. Y con idénticas consecuencias económicas y sociales:

> tal aspecto de la concentración no se comenzó a acentuar hasta después de 1890, debido, entre otras razones, a que ese año marca el inicio del interés directo de los capitalistas norteamericanos por la industria [tabacalera] cubana, en trance de reorganizarse para hacer frente a las tarifas proteccionistas norteamericanas. Fue entonces que aparecieron los primeros inversionistas extranjeros en la industria del tabaco en Cuba, quienes fueron comprando fábricas y marcas o vegas para producir la hoja que necesitaba la industria norteamericana.[24]

Ni los plantadores de la caña de azúcar ni los plantadores del tabaco cubano, disminuidos al extremo en su importancia económica y social, pudieron, pues, tener un peso específico de significación en la gestación y desencadenamiento de la última guerra de Cuba por su liberación. En los pequeños propietarios y pequeños productores de tabaco emigrados en La Florida, en los obreros de sus talleres, en los campesinos de la manigua cubana y en las capas medias patrióticas, precisa encontrar, entonces, la base social de apoyo que, efectivamente, tuvo la última guerra de liberación. Las condiciones eran fundamentalmente análogas a las que existían en Santo Domingo y Puerto Rico. No es por cortesía que Martí llamaba maestro a Betances. No es por casualidad que en Luperón, en Hostos, en Betances y en Martí nos encontramos con un nacionalismo radical y una democracia revolucionaria que ninguna oligarquía criolla estuvo en capacidad de mediatizar. Tampoco es casualidad que coincidan en un proyecto antillanista de claros objetivos antimperialistas. Y que, para Hostos, la "confederación colombiana" —es decir, hispanoamericana— sea el horizonte de su patriotismo y, para Martí, la unidad de nuestra América, la razón última de su inmolación heroica. Bolívar, el del congreso de 1826, y Bolívar, el revolucionario, fue inspiración de uno y otro. Por la racionalidad de su nacionalismo y lo inquebrantable de su anticolonialismo, Luperón, Hostos, Betances, Martí y Bolívar tienen "que hacer en América todavía"!

22 *Idem*, p. 474.

23 Véase Hugh Thomas: *Cuba: lucha por la libertad, 1762-1970*, t. I, Barcelona-México, Grijalbo, 1973, p. 365 y s.

24 Julio Le Riverend: ob. cit., p. 501.

CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ

Martí y el nuevo Ayacucho*

Cuba celebra los ciento treinta años del nacimiento de José Martí con fervor y respeto filiales y, a la vez, con el júbilo que da la cercanía. Todos los pueblos tienen sus grandes figuras amadas. Se les venera en la distancia, se les honra como fundadores, como antecesores lejanos, pero no siempre se les puede convocar para que presten su asistencia inmediata y participen en las, a veces, duras y heroicas tareas del presente. Lucen próceres remotos, a quienes se acude en busca de ejemplo, pero en los que no se puede encontrar soluciones actuales. Inspiran el homenaje al pasado, pero no la adhesión del presente.

No ocurre así con José Martí. Su actualidad es tanta, son de tal modo aprovechables su consejo y su ejemplo, y está de tal manera viva su lección que podemos considerarlo como el mayor entre nosotros, nunca distante, siempre a nuestro lado.

El accidente histórico nos depara que Cuba pueda conmemorar en el mismo año, con el ciento treinta aniversario del natalicio de Martí, el trigésimo aniversario del ataque glorioso al Moncada. Fue entonces, como en ningún otro momento de nuestra historia, cuando toda la actualidad del mensaje de José Martí adquirió relevancia. El maestro, que —como expresó Fidel— "parecía morir" en sus cien años, cuya figura amenazaban con relegar a un solitario confinamiento, pasó de pronto a convertirse para siempre en el "autor intelectual" del Moncada y, con ello, el protagonista incomparable de nuestro presente. La confesión modesta de Fidel Castro y la adhesión afiebrada de sus compañeros iban a devolverle su vigencia.

Si José Martí ha podido llegar hasta nosotros intacto en su capacidad de conducción, vivo en su ejemplar comportamiento humano, es porque quiso ser ante todo, y logró serlo, un hijo de su tiempo. Nadie vivió con más apasionamiento que él —que dijo que "los apa-

* Discurso pronunciado en la clausura del XII Seminario Juvenil de Estudios Martianos, en La Habana, el 21 de enero de 1983.

sionados son los primogénitos del mundo"— todas las posibilidades de su época turbulenta. Le tocó vivir en un momento de cambio histórico, cuando los lemas de "Igualdad, Libertad y Fraternidad" de la Revolución Francesa, que él amara tanto, quedaban en entredicho por el predominio brutal de los requerimientos de un capitalismo que, habiendo utilizado y exprimido las ventajas del liberalismo económico, pasaba ya a su fase de monopolio y del expansionismo imperialista.

En la Cuba de sus primeros años, Martí conoció la vejaminosa opresión nacional y, en plena adolescencia, se irguió rebelde contra ella. Su denuncia le valió un presidio político de espanto y, en la pierna, la huella del grillete, que habría de dolerle durante toda la vida; pero, sobre todo, saldría con un dolor atenazante en el espíritu, que no lo abandonaría jamás, la angustia de la patria irredenta lo acicatearía obsesivamente con el compromiso de morir o de hacerla libre al que entregó ya toda su existencia.

En España pudo ver que el coloniaje de Cuba no era sino la prolongación de una estructura enfeudada que el pueblo español y sus hombres mejores estaban dedicados a quebrantar. Admiró el espíritu rebelde, "franco, fiero, fiel, sin saña", pero vio también la indecisión liberal de quienes no sabían cómo echar por tierra la monarquía "podrida y aldeana" y el militarismo desafiante en que se sustentaba.

Sigue a México que le entrega, por primera vez, el estallido deslumbrador de su América verdadera. Empieza a tocar la potencialidad latinoamericana. La encuentra en el indio al parecer adormecido, pero renuente a doblegar sus tradiciones. Lo ve en la naturaleza pródiga, en el trópico desbordado y el altiplano de cielo claro y limpio. Marcha por la América Latina, y Guatemala, Venezuela, le van ofreciendo el contorno de un mundo no realizado, al que hay que llevar hacia adelante. Encuentra en Bolívar el espoleo que lo induce a pelear no sólo por su pequeña isla sufriente sino también por esa otra patria mayor, la América, todavía encadenada.

Los Estados Unidos constituyeron el último aprendizaje para hacer de José Martí un hombre de su tiempo y algo más. Le permitieron también definir para siempre cuál era el contorno real de la América nuestra y cuáles sus enemigos de este día. Estrenó aquel gran país bullente con el entusiasmo de quien sale de la feudalidad aún no vencida para sumirse de lleno en las maravillas de la industrialización. Hay admiración inicial en el espectáculo de hombres y mujeres audaces que parecen romper todos los cercos y lanzarse a la aventura de un mundo nuevo, en la presencia de saltos técnicos que dejan atrás todo lo concebido hasta entonces. Pero pronto José Martí va conociéndole al monstruo las entrañas repugnantes y fétidas. Descubre que bajo la aparente igualdad se esconde el predominio brutal del monopolio, el nacimiento impetuoso de la gran industria. Advierte, al conocer la denuncia del Padre Mac Glynn y su excomunión, la complicidad de la Iglesia con aquella desigualdad que sería insoportable. Aprende a ver la angustiadora discriminación del negro, el desprecio del Norte revuelto y brutal por los latinoamericanos, a quienes miran como advenedizos de orden inferior. Y confirma, por último, lo que ya México le había permitido atisbar: la raíz de la nueva esclavitud del hombre, el asalariado contemporáneo.

Elogia a Carlos Marx, comprende el por qué de la "cólera de los hombres", conoce la tragedia de los mártires de Chicago y la denuncia.

Así, mientras José Martí peregrina por el mundo, preparándose para el momento en que pueda lograr la realización del propósito inalterable de su vida, la libertad de Cuba, va descubriendo, con su mirada zahorí y su prisa por entenderlo todo, la identidad latinoamericana, la desigualdad y las corruptelas del mundo capitalista, que trataría de evitar para su tierra, y la presencia amenazante y avasalladora de los modernos Estados Unidos, tan distintos de los de Jefferson, esos otros Estados Unidos, que avanzaban hacia nuestras tierras americanas para imponerles su predominio y expoliarlas.

Aunque el dolor de los hombres, el padecimiento de los pueblos y la angustia quemante de su propia patria absorben a José Martí y lo atan a la continua acción política, tendrá todavía una asombrosa capacidad para otear otros horizontes y comprender a plenitud la

época que le tocó vivir. No hay hecho histórico de su tiempo, no hay personalidad artística, literaria o científica, no hay descubrimiento o nuevo proceso industrial que no aparezca anotado y apreciado por Martí. Conoce y admira a los mejores latinoamericanos de entonces, desde Cecilio Acosta a Justo Sierra. Descubre los versos hirsutos de Walt Whitman, antes de que los aceptara la propia crítica de vanguardia norteamericana. Admira el Cristo de Munkaczy, de quien se enorgullece hoy, un siglo más tarde, Hungría. Anuncia los últimos hallazgos tecnológicos, y encuentra el camino para introducir formas nuevas en la poesía española y latinoamericana, formas que servirían de cauce a Rubén Darío y los demás modernistas.

Ese saber mirar en profundidad la realidad de su tiempo y vivirla convirtió a José Martí, como lo señalara Blas Roca, en un revolucionario radical. Tuvo sobre Bolívar, San Martín, Hidalgo, Morelos y hasta el propio Juárez, la posibilidad de comprobar las transformaciones internas del capitalismo hacia el monopolio. Recibió también la amarga experiencia de comprobar el difícil camino de los países de la América Latina ya liberados y sus constantes recaídas, por haber quedado intactas en ellos las estructuras feudales que habían heredado del coloniaje español y de su inserción en América. Eso hace que su posición sea muy distinta a la de sus antecesores frente a los problemas de nuestras tierras. El modo de encarar José Martí la realidad latinoamericana es otro, y otra la Revolución que tendría que realizar en su patria cubana.

El primero en percibir la existencia de ese José Martí tan distinto del que se nos enseñaba en las escuelas, el que aparecía en biografías y semblanzas, aquel cuya estatua marmórea servía sólo para homenajes simulados y desfiguraciones contumaces, fue Julio Antonio Mella. Aquel Martí de la mala tradición resultaba inválido para las tareas que él mismo se había propuesto acometer y que habían quedado irrealizadas. En el mejor de los casos, aparecía convertido en un mito lejano, destinado a la adoración pasiva de su pueblo; apóstol inapelable, cuya verdadera obra se pretendía sepultar y escamotear.

El verdadero Martí sólo podría resurgir en momentos de crisis revolucionaria devuelto a la realidad y al combate por quienes podrían continuar su obra y rescatarlo para el servicio nacional.

No es extraño que Mella, el sucesor no realizado de Martí y antecesor de aquel a quien le correspondería llevar hasta el final el camino martiano, Fidel Castro, fuera quien intentara por primera vez entre nosotros que Cuba comprendiera y amara al verdadero José Martí, al que había querido echar su suerte con los pobres de la tierra, al amigo del indio y del negro, al que descubriría el peligro del naciente imperio y moriría con el ansia de impedir a tiempo que los Estados Unidos se apoderaran de Cuba y se echaran con esa fuerza más sobre la América Latina. Los apuntes de Mella sobre Martí desbrozaron un camino interpretativo por el que otros hemos intentado continuar y que todavía nos es útil, como lo demuestran las referencias constantes en el Seminario que ahora clausuramos y en otros foros de estos días a esos ricos apuntes que Mella no pudo nunca convertir en el libro que anhelara.

Hay tan inumerables vivencias en la acción y en la obra de José Martí, que cada una de ellas nos atrae con su apasionante actualidad y ha sido hurgada ya, en éxito mayor o menor, en numerosas ocasiones. El poeta, el crítico de arte, el cronista, el magistral escritor para niños, el orador incomparable cuyo torrente verbal igualó Domingo Sarmiento con una "salida de bramidos", incitan siempre nuestra atención y serán objeto perenne de la más atenta y merecida curiosidad. Pero quedará trunco el Martí que nuestras juventudes merecen y reclaman si no atendemos la vertiente decisiva de su personalidad abarcadora, si dejamos fuera al conductor político, al organizador revolucionario, al vidente en la historia de su tierra y de las tierras de la América Latina.

En un instante como este de la historia continental, en que, siguiendo la brecha abierta por la Revolución Cubana, los pueblos de la América Latina parecen decididos a abatir definitivamente la fuerza ominosa que cayó sobre ellos por no haberse cumplido el anhelo de José Martí de impedirlo a tiempo, resalta en

su figura, aún por sobre la inigualable dimensión histórica que lo convirtió en nuestro más alto antecesor, el Martí que cuando ya parecía destinado a desvanecerse el sueño interrumpido de Simón Bolívar de una América conjuntada por la sangre y la pelea comunes, la volvió a descubrir en sus raíces, señaló a sus nuevos y más poderosos enemigos, y la convocó a la unidad para otras necesarias peleas.

Fue, como se ha dicho, hacia 1877, cuando el hallazgo de la ebullición tropical americana con los recios residuos de la civilización maya corroboran en él los atisbos enunciados ya en México, cuando José Martí empieza a hablar de Nuestra América como una entidad propia y distinta. Dice entonces que, al interrumpirse por la conquista "la obra natural y majestuosa de la civilización americana", se creó, con el advenimiento de los europeos, "un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora [...] un pueblo mestizo en la forma, que [...] desenvuelve y restaura su alma propia". Y habla de "nuestra América robusta".

Dice en esos tiempos que conoce Europa y ha estudiado su espíritu, pero asegura que "tenemos más elementos naturales en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del universo..."

Se produce desde esos días en José Martí, que lleva en sí tanta savia española, el deslinde definitivo entre América y España. Surge la identidad latinoamericana y se vincula a ella por modo definitivo en aquella expresión tan suya: "De América soy hijo, a ella me debo".

Pero habría de producirse aún otro deslinde, más importante, definitivo y cargado de sustancia política. Cuando José Martí entra, en los años 80, a los Estados Unidos, lo seduce su posibilidad civilizadora, su innegable grandeza. Él ve en Jefferson, en Washington, en Lincoln, a pariguales de Bolívar e Hidalgo, en el embate entre el colonizador europeo y los residuos de la desigualdad. Su genialidad política no le permite, sin embargo, dejarse apresar por la apariencia de aquella atmósfera que embriagó antes de él a no pocos latinoamericanos prominentes. José Martí le va descubriendo a aquella Norteamérica donde brotan los rascacielos majestuosos, los ferrocarriles devoradores de distancias, los genios financieros, el costado repulsivo y la garra peligrosa. Cuando envía a *La Nación* de Buenos Aires, las primeras "Escenas Norteamericanas", su denuncia es tan airada y corrosiva que, como se sabe, suscita una advertencia respetuosa de Mitre. A pesar de la precaución de su editores, la prosa hirviente de José Martí no dejará de mostrar la fealdad que surge en esa "otra América". Mezcla el elogio a los hombres y mujeres sencillos del pueblo, el reconocimiento de los hallazgos técnicos de la emergente civilización norteamericana, con el juicio moral, justo e implacable a la vez, de la desigualdad, el atropello, la vigencia que engendra esa nueva civilización. Nadie lo advirtió antes ni llegó tan lejos en su miraje. Comprende que el Norte ha dejado de ser una esperanza de libertad, para transformarse en avalancha que se proyecta amenazadoramente sobre el Sur, desprevenido y dividido.

Sin que pretendamos atribuirle a Martí un análisis científico del fenómeno imperialista, que sólo nos llegaría a plenitud algunos años más tarde, con el esclarecimiento maestro de Lenin, puede señalarse que los rasgos peligrosos y agresivos de la economía desbordante que entonces se iniciaba fueron percibidos por él con claridad y que descubrió y apuntó a los fenómenos de dominación continental que ese desbordamiento implicaba. Cuando le tocó asumir la representación de un país de sus tierras, el Uruguay —ahora opacado por la opresión pero entonces promisorio—, convierte su informe sobre la Conferencia Monetaria de Washington en un breviario de advertencias, exhortaciones y llamados angustiosos para que Nuestra América se dé cuenta de lo que representan las relaciones con el vecino que entonces estrenaba su poder, para que no se deje seducir ningún país de su América por las incitaciones sugerentes a un intercambio desigual que lo conducirá al vasallaje económico por donde empieza, modernamente, el vasallaje nacional. No es esta la hora de repetir lo conocido, pero con orgullo legítimo podemos proclamar los cubanos que la batalla histórica

hacia el nuevo Ayacucho, que producirá de manera definitiva la redención de la América Latina y la de sus hermanos países del Caribe, la comenzó el cubano José Martí.

Por eso hoy nuestro homenaje a Martí es algo más que un tributo nacional.

Honramos en él, claro está, al promotor intelectual del 26 de julio, y nos regocija el que nuestro pueblo le entregue como tributo una patria crecida, libre. Ya, según él aspirara, "la Ley primera de nuestra República", es "la dignidad plena del hombre", no solo en el frontispicio de nuestra Constitución sino en cada acto cotidiano de la vida nacional. Ya en su isla amada, como él lo propugnara, "cubano es más que blanco, más que negro". Él dijo que "los trabajadores son los mejores de entre nosotros", y la clase obrera es ahora la fuerza fundamental de la Revolución. Él vio en los niños "la esperanza del mundo" y nuestro socialismo los atiende como el mayor tesoro. Él nos enseñó que "ser cultos es la única manera de ser libres", y hemos hecho de la cultura un patrimonio de todos. Aún más, los que defienden a Angola o Etiopía, los que construyen en Iraq y en Libia, los que curan y cultivan en Mozambique, Uganda, en Granada, en los pueblos de la antigua Indochina —entre los anamitas que él exaltó y admiró—, los que enseñan en Nicaragua o en África, permiten ver que en esta Cuba martiana y socialista hombre —como lo pedía Martí— es más que cubano, más que blanco, más que negro. Resplandece entre nosotros un internacionalismo que es a la vez martiano y marxista y que pone en práctica el dictado de nuestro gran hombre según el cual "patria es humanidad" y la patria es sólo "el pedazo de tierra en que nos tocó nacer".

Pero, además de esa realidad cubana que sirve para honrar a Martí, y por encima de ella, hay otro homenaje de mayor dimensión. En estos días de los ciento treinta años de José Martí se pelea cada vez más en la América Latina por cercenar la mano al Norte revuelto y brutal para impedir que continúe infamándonos con su desprecio, expoliándonos con el poder de su economía y dominándonos a través de servidores sumisos que asesinan y encarcelan por su cuenta. José Martí habría gustado de saber que en la Nicaragua de Rubén Darío, a quien admiró y por quien fue admirado, se reunieron como reconocimiento a la actitud de firmeza y combatividad patriótica nicaragüense que motiva el respeto internacional, hombres y mujeres procedentes de los pueblos para quienes Martí tuvo siempre privilegiado desvelo, gentes del Asia y el África, que él escrutó ansiosamente, y de su América Latina. Y que de ese conjunto abigarrado de voces de sus pueblos emergió un vigoroso clamor, exigiendo que Nicaragua sea respetada, que a El Salvador se le permita una libertad sin sangre, que el coloniaje termine en las Malvinas, que cese la agresión a Cuba. A los ochentiocho años de su muerte todavía resuena en ese cónclave universal la aspiración que él incribió como divisa latinoamericana en las bases del Partido Revolucionario Cubano, del que fuera creador: la independencia de Puerto Rico.

Por eso, podríamos decir que las ideas de José Martí tienen hoy, a la vez, realización alegre y dramática vigencia. La alegría de su tierra redimida y en avance contrasta con el escenario de represión sanguinaria, esfuerzos liberadores desangrantes e inseguridad angustiosa; de economía en precario y soberanías amenazadas en que ha devenido la América Latina de hoy. A los docientos años de Simón Bolívar, la trágica previsión de José Martí, convertida en agobiadora realidad, nos hace parecer más inacabada y trunca la obra de liberación que el otro gran americano sabía incompleta aún después de vencer en Ayacucho.

Durante muchos años la América Latina, en continuas alzas y bajas, ha tratado de acercarse en sus niveles económicos a los países que vencieron ya el subdesarrollo. Ha sido un jadeo incesante, de inciertas esperanzas; pero ahora esa ascensión difícil se ha convertido en retroceso que amenaza con prolongarse. Los pronósticos de Martí en la Conferencia Monetaria de Washington se cumplen casi al pie de la letra en nuestros días. No es ya sólo por la desigualdad comercial o por la inversión económica como los Estados Unidos aprovechan y exprimen la riqueza latinoamericana. El sistema monetario y las finanzas se convierten en instrumentos que aceleran la ruina de nuestros países. Con más de trecientos mil

millones de dólares de endeudamiento, la América Latina ve interrumpirse su lento y difícil desarrollo económico, para tener que dedicarse a pagar deudas que más de una vez no han servido para que la economía crezca, sino para el enriquecimiento doloso de los oligarcas de turno.

Las elevadas tasas de interés que a la economía mundial impusiera el presidente Reagan en un empeño inútil por cortar la inflación norteamericana y atraerse los fondos monetarios mundiales, ayuda a las transnacionales bancarias yanquis a esquilmar las finanzas de la América Latina. Cuando deberíamos celebrar el bicentenario de Simón Bolívar como una fiesta continental, la fecha se convierte, de manera forzosa, en un recordatorio de que, como lo señalara Martí en sus inolvidables palabras, "Bolívar tiene que hacer en América todavía".

La Conferencia de Managua ha rechazado la pretensión, ingenua o cínica, de explicar las convulsiones centroamericanas como un resultado de las contradicciones ideológicas y políticas entre el Este y el Oeste. Se sabe demasiado que lo que mueve a los hombres y mujeres de Centroamérica a empuñar el arma son la miseria y el retraso, el atropello y la desigualdad; que detrás de todo ello, suministrando el arma para el capataz de turno, ayudando a la tiranías renovadas y pretendiendo justificarlas, se encuentran los succionadores yanquis a quienes de modo tan cumplido representa el señor Reagan.

José Martí, como Simón Bolívar, tiene todavía mucho que hacer en América. Para este quehacer latinoamericano los modos y los enfoques de José Martí nos resultan, sin embargo, más actuales que los de su no menos genial antecesor. Es por ello que ahora, al celebrarse los ciento treinta años de aquel cuyo magisterio nos ilumina todavía, en todas las tierras americanas y mucho más allá, en los países del mundo que pugnan por desarrollarse y aun en las metrópolis europeas, los múltiples batientes de la obra de José Martí sirven de estímulo para el estudio y la exégesis.

Es ese Héroe Nacional, ese gran conductor americano, ese hombre internacionalista para quien la patria era humanidad y constituía sólo el pedazo en que nos tocó vivir, el que recibe hoy el testimonio de amor y de gratitud y el compromiso de continuidad de este pueblo constructor y combativo que sigue sus lecciones y las lleva más adelante. El que José Martí acompañe a Carlos Marx y a Lenin en la devoción de los cubanos es la muestra más clara de que, como he podido decir en otra parte, no sólo fue un guía de su tiempo sino anticipador del nuestro, a quien consideramos como un contemporáneo y compañero.

En Cuba, a lo largo de este mes de enero, la figura martiana ha sido de nuevo estudiada y exaltada de muy diversas maneras. Dirigentes políticos internacionales, escritores de varios países, andan ahora entre nosotros para entregarnos la contribución fraternal de sus meditaciones martianas, que vienen así a complementar el aporte con que centenares de intelectuales artistas de Cuba han ido enriqueciendo la copiosa y cada vez mejor bibliografía.

Dentro de ese devoto acercamiento a la figura de José Martí, el Seminario Martiano que la Unión de Jóvenes Comunistas clausura hoy tiene ya sus propios relieves. Cada 28 de enero, desde hace algunos años, jóvenes cubanos de todas las esquinas de nuestra isla presentan su visión de cualquiera de los muchos aspectos de la vida de José Martí o de la resonancia de su obra, El Seminario es un modo de estimular, con el análisis de la poderosa y atractiva obra martiana, los sentimientos patrióticos y revolucionarios, el sentido internacionalista y la firme posición eticista, el moralismo esencial que caracterizó toda la participación política de Martí y su concepción de nuestra vida social futura.

Este año, centenares de trabajos del Seminario han merecido la evaluación atenta, y una parte importante de ellos llegaron hasta esta fase final como representación de las diversas provincias de nuestro país. Asomarse a una lista de esos ensayos permitiría comprender, aun al menos avisado, la portentosa multiplicidad de la obra martiana. Mayorean allí, desde luego, los análisis políticos que examinan el significado diverso del Partido Revolucionario Cubano. Han sido motivo de estudio su anticipación

antimperialista y, dentro de ella, el sentido especial que Puerto Rico y su independencia tuvieron para el hombre de Dos Ríos. El artista José Martí, el poeta y el crítico de la literatura, de la plástica y de la música, no fueron olvidados. Se escruta el pensamiento filosófico de Martí para extraerle lo mismo una apreciación sobre la necesidad objetiva en el estudio histórico que una evaluación de su ideario pedagógico y sus métodos para instruir y enseñar. A Martí se le ha visto como precursor y se ha señalado su presencia en la obra material y moral de la Revolución Cubana. Mientras jóvenes cubanos nos dan su lectura de cómo la persistencia y el heroísmo vietnamitas permitieron a José Martí trasmitirle a los niños cubanos un sentimiento de universalidad del deber y de la lucha, un joven que procede de las viejas tierras de Anam, un estudiante vietnamita, ha presentado al Seminario sus conclusiones sobre la influencia de José Martí en la política educacional cubana. Diamante gigantesco es la obra de José Martí, que permite tallar en ella innúmeras facetas que nos dejan apreciarla en toda su belleza.

Hoy, al cerrar el Seminario Martiano, en vísperas de que ochenticinco mil pioneros desfilen ante el mármol que lo perpetúa, como el homenaje más límpido y hermoso que la patria brinda a su hijo venerado, todo en Cuba nos recuerda a José Martí. Pero nos lo recuerda, más que nada, su llamada de alerta permanente. Alguna vez, él dejó dicho que si desfallecían los cubanos en el cumplimiento del deber los caracoles de la playa llamarían a los indios muertos. Pero ya no es necesario el quejido de caracoles clamantes. Cada cubano, del anciano al pionero, es hoy un vigía de nuestra libertad. La patria martiana y socialista que estamos construyendo, sabemos también defenderla, y la defenderemos. Son estos, momentos difíciles en que la altanería y la agresividad de los gobernantes imperialistas han puesto el aterrador peligro atómico en el orden del día. Cuba, además, ha escuchado la arrogante amenaza de su vecino, que no se resigna a contemplar la realidad en crecimiento del socialismo latinoamericano. Ni nos desvelamos por ello ni estaremos tampoco dormidos en el día del peligro. Los hombres y mujeres de Cuba, en duermevela permanente, hacemos frente a las dificultades de una crisis económica internacional que lleva los precios del azúcar a niveles de ruina, contrae las aportaciones financieras y, bajo la presión yanqui, disminuye nuestros fondos. "Hacer más con menos" se convierte en una divisa de eficiencia productiva. Y mientras edificamos, ladrillo a ladrillo, amasados con el sudor y el sacrificio de nuestro pueblo, mantenemos al lado el fusil con el que acudiremos otra vez, a la "guerra necesaria".

Esta es la Cuba del ciento treinta aniversario. En ella, ustedes, los jóvenes que tienen al ideario de José Martí como elemento para nosotros inseparable de la ideología del marxismo-leninismo, ocupan una trinchera irremplazable. Serán ustedes los trabajadores del mañana, los combatientes del fututro, los conductores por el camino hacia el comunismo. No olviden nunca a aquel cubano enjuto e impaciente, de dulce mirada profunda, que hace ciento treinta años nació en el modesto hogar de la calle Paula. En él encontrarán siempre ímpetu y fuerza, orientación y enseñanza, como lo encontró, en la hora crucial de nuestra libertad, el compañero Fidel Castro.

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

JESUS MONTANE

Martí y el 26 de Julio*

Quisiera que estas primeras palabras sean para saludar la iniciativa del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, y de las asociaciones de amistad con nuestra patria en varios países, de convocar a este seminario internacional sobre el tema *Vigencia del pensamiento martiano.*

Debemos saludar igualmente, con gratitud y sincero reconocimiento, a todos los compañeros y amigos que han respondido en gesto amable a esa invitación, y que a partir de hoy se reúnen para presentar y debatir diversas ponencias acerca de las ideas, el ejemplo y la obra del más universal de los hijos de Cuba en el siglo pasado, y una de las personalidades más apasionantes que ha dado la América en todos los tiempos.

Es realmente muy hermoso, y encierra para nosotros una emocionante significación, el hecho de que hombres y mujeres de distintos continentes puedan encontrarse, en nuestra patria libre y revolucionaria, para tributar este homenaje a José Martí en el ciento treinta aniversario de su natalicio.

Yo no vengo ante ustedes con la pretensión de dictar una conferencia acerca de Martí. Otros compañeros, verdaderos estudiosos de este tema, podrán hacerlo con toda la profundidad y el rigor que ello requiere.

A lo único que podría aspirar, quizás de algún valor, es a servirles como testimoniante de ese singular fenómeno histórico y político que hoy atrae su atención; es decir, la actualidad de Martí, el sentido contemporáneo de sus apreciaciones, la fuerza casi física que tiene su presencia en nuestra Revolución, la validez latinoamericana e incluso universal de todo cuanto dijo e hizo a lo largo de su breve e intensa vida.

Debo comenzar por recordar cuáles eran las circunstancias de hace treinta años, por estos mismos días, cuando los cubanos de entonces nos disponíamos a recibir el nuevo año en que se cumpliría el centenario del natalicio de Martí.

* Discurso pronunciado en la inauguración del Seminario Internacional *Vigencia del pensamiento martiano*, La Habana, 14 de diciembre de 1982.

Nadie ha podido expresar con más fuerza y dramatismo que el compañero Fidel cuál era la situación política y moral de nuestro país en aquellos momentos. Estas fueron sus frases: "Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta!..."

En efecto, al iniciarse 1953 la tiranía se aproximaba a cumplir su primer año y parecía totalmente consolidada. El pueblo carecía de dirección y los políticos burgueses resultaban incapaces de brindársela. El abnegado primer partido marxista-leninista se hallaba aislado y acosado por la campaña macartista. El movimiento obrero había sido dividido y separado de sus verdaderos líderes de clase. El imperialismo norteamericano brindaba amplio respaldo, incluida la más estrecha colaboración militar, al régimen usurpador. Todos los caminos de expresión y participación democráticas en la vida nacional habían sido brutalmente cercenados. La corrupción, el juego y el vicio en todas sus formas proliferaban en el país. Grandes masas del pueblo miraban con escepticismo y frustración al porvenir. Hasta nuestra propia nacionalidad parecía en peligro de desaparecer, bajo el aluvión asfixiante de la penetración cultural e ideológica yanqui. Tales eran las circunstancias de aquella época en las que, efectivamente, parecía que hasta el propio Martí se apagaría en el corazón de los cubanos.

Sin embargo, aquello era sólo la apariencia externa. En medio de tanta invocación hipócrita y de tanta retórica vacía, había un nutrido contingente de jóvenes cubanos que nos preparábamos en el mayor secreto para rendirle al Apóstol un homenaje realmente digno de sus enseñanzas y su ejemplo.

El 28 de enero de 1953, la Federación Estudiantil Universitaria convocó a todo el pueblo a un gran desfile en desagravio a la memoria de Martí, como respuesta a los actos oficiales organizados por la tiranía. Fue una emocionante demostración de fervor popular. Allí, entre la muchedumbre que marchaba por la calle San Lázaro, llamó la atención un contigente de jóvenes que en forma disciplinada y dando gritos de ¡Revolución ¡Revolución!, extendía sus filas a lo largo de varias cuadras. Pocos conocían que aquellos jóvenes éramos el embrión del ejército revolucionario que se formaba bajo la dirección de Fidel Castro y de Abel Santamaría. Pocos podían imaginar entonces que de aquellas escuadras saldrían los combatientes que pocos meses después iniciaríamos, con el asalto al cuartel Moncada, una nueva era revolucionaria en la historia de Cuba y en la historia de este continente.

De manera que la primera manifestación pública, todavía indirecta, de lo que luego habría de llamarse la Generación del Centenario, estuvo vinculada a Martí.

Martí, a partir de ese momento, estaría presente en todas nuestras acciones. Lo recordaríamos en la arenga de Fidel la madrugada del 26 de julio, en el Manifiesto redactado por Raúl Gómez García y en su poema "¡Ya estamos en combate!"

Varios días después del ataque, Fidel fue detenido en las montañas y llevado milagrosamente con vida al vivac de Santiago de Cuba. Allí algunos periodistas solicitaron fotografiarle. Él se colocó entonces, erguido, al pie de un cuadro de Martí, y así quedó para la historia esa fotografía, que es expresión del espíritu martiano y de la indomable voluntad de lucha del jefe de nuestra Revolución.

Martí sería invocado, con apasionada vehemencia, en el alegato de Fidel ante el Tribunal que lo juzgó por aquellos hechos, hoy mundialmente conocido como *La historia me absolverá.*

Martí nos alentaría más tarde en la dureza del presidio, y el estudio de su obra sería una constante de Fidel y un componente esencial de nuestra academia ideológica "Abel Santamaría".

Martí iluminaría con sus ideas los principales documentos y hechos de la Revolución en los años siguientes. "José Martí" se llamaría el primer frente de lucha abierto por el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra.

Martí, siempre. En cada hora de lucha, en cada instante de peligro, en cada victoria, en cada instante decisivo vivido por nuestra Revolución y nuestro pueblo a lo largo de todos estos años.

Hoy, cuando tanto tiempo ha pasado ya, cuando tantas etapas han sido vencidas, cuando tanto ha avanzado la conciencia y la cultura del pueblo cubano, Martí es y continuará siendo en lo adelante un punto esencial de referencia, sin el cual no podríamos concebir nuestro pensamiento político y revolucionario.

¿Cómo puede explicarse este fenómeno?

¿Se trata acaso, como han dicho algunos de nuestros adversarios, de una expresión de demagogia, de romanticismo pueril, de nacionalismo o de utopismo pequeñoburgués?

Creemos que este es un problema sobre el cual merece que apuntemos algunas reflexiones.

El proceso que precedió, acompañó y siguió al Moncada no fue sólo un proceso conspirativo, de organización y entrenamiento de los hombres que tomaríamos parte en aquella acción.

Fue también, y yo diría que en una medida sumamente importante, un proceso ideológico. Esto a veces no se destaca en forma suficiente. Hay incluso versiones de la Revolución Cubana en el exterior que omiten toda referencia a este aspecto. Unos dicen que Fidel y sus compañeros carecían de una ideología definida. Otros plantean que el Jefe de nuestra Revolución y sus más cercanos compañeros no pasábamos de ser demócratas-liberales, y que luego, por diversas causas, traicionamos esas posiciones.

Es conocido que fue el propio presidente Kennedy quien, en el titulado *Libro blanco sobre Cuba*, dado a conocer por su administración como cobertura del ataque imperialista de Playa Girón, trató de alentar esa fábula de la "revolución traicionada". Hay incluso personas con una actitud amistosa hacia nuestro país, que se hacen eco de la versión, según la cual la causa de la orientación socialista de la Revolución Cubana hay que buscarla en la política de cerco hostil y agresión adoptada por los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos.

Nuestra Revolución sí tenía una ideología desde los primeros momentos. El hecho de que no la expusiéramos en forma doctrinal o teórica obedeció, como bien ha explicado muchas veces el compañero Fidel, a consideraciones de carácter táctico y político, y a nuestra íntima convicción de que todas las energías debíamos consagrarlas a la propia lucha y a la unión de todos los revolucionarios en torno a sus objetivos concretos. El propio Martí nos enseñó que en la política lo real es lo que no se ve, y que "...hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin". Lo que la ignorancia y los prejuicios en que permanecía sumido nuestro pueblo, no le habrían permitido comprender en otras circunstancias, lo comprendió muy claro cuando la vida misma se encargó de abrirle los ojos a la realidad. La lucha revolucionaria se convirtió en la gran escuela ideológica para millones de trabajadores e hijos humildes de nuestra patria. Esa ideología que nos guiaba desde antes del Moncada, y en la cual el núcleo dirigente de nuestro movimiento buscaba las respuestas para entender y transformar las realidades de Cuba, no podía ser otra que la ideología de la clase obrera, la ideología del socialismo, ligada indisolublemente a lo más avanzado del pensamiento patriótico y revolucionario cubano.

En el fragor de los preparativos para la acción armada, buscábamos en Martí, en sus ideas acerca de la plena independencia nacional, de la república justiciera y servidora de los intereses del pueblo, de la guerra necesaria frente a los opresores, la razón de ser de nuestra lucha. En Martí se hallaba, precisamente, el fundamento y la legitimidad histórica de nuestro llamado a la insurrección popular contra la tiranía.

Politiqueros y farsantes habían tratado de silenciar la circunstancia de que la Revolución proclamada por Martí permanecía todavía inconclusa a mediados de este siglo, y pretendían embotar todo el filo de su ideario político.

Nosotros, en cambio, nos esforzábamos por adentrarnos en el Martí verdadero, el Martí avanzado, radical y antimperialista.

En esto, es justo decirlo, pudimos marchar por un camino que ya habían transitado muchos cubanos dignos. No tuvimos que descu-

brir nada nuevo. La tarea de reivindicar a Martí ya había encontrado a valerosos paladines en épocas anteriores. Mella, Villena, Guiteras y muchos otros, volvieron sus ojos a Martí y se inspiraron en él para combatir a las tiranías y al imperialismo yanqui. Nunca faltaron en nuestra patria historiadores y pensadores que fueron fieles a ese legado y lo defendieron con ardor. Entre ellos, por cierto, brillaron los intelectuales y dirigentes de nuestro primer partido marxista-leninista. Es un mérito suyo haber hermanado en sus sentimientos a nuestros próceres y a los grandes forjadores de la doctrina revolucionaria contemporánea, como juntas estaban las tareas de la liberación de la patria y la liberación de los trabajadores explotados; como inseparables eran la independencia nacional y la revolución social en nuestra tierra.

¿Era posible ser martianos y abrazar a la vez las justas ideas universales del socialismo? Para nosotros no había ni hay la menor contradicción entre una cosa y la otra. Vemos a los hombres y a los pueblos en su devenir incesante. Vemos a cada figura y a cada hecho de nuestro proceso revolucionario, como peldaños sin los cuales no habríamos podido llegar hasta la altura en que hoy nos hallamos. Una profunda continuidad dialéctica es lo que une la Revolución de Martí a la Revolución que nuestro pueblo construye y defiende en estos momentos y que son, en esencia, una misma y única Revolución.

Como expresó Fidel refiriéndose a los patriotas cubanos del siglo pasado y a los revolucionarios de hoy: "Nosotros entonces habríamos sido como ellos; ellos hoy habrían sido como nosotros".

Fidel también ha subrayado siempre la fuerte influencia que nuestras luchas y tradiciones nacionales han ejercido en el desarrollo del pensamiento revolucionario cubano. "...puede decirse", afirmó Fidel, "que la concepción que inspiró la estrategia revolucionaria que dio lugar al triunfo en 1959 fue precisamente la unión, la hibridación de una tradición, de una experiencia peculiar de nuestro país con las ideas esenciales del marxismo y del leninismo".

Martí se enfrentó a otros problemas, a otras tareas, a otras realidades, no fue un socialista, pero abordó de manera tan profunda y visionaria los asuntos de su tiempo, penetró tan lejos en el futuro de nuestro país y del Continente, que eso lo proyecta hacia nuestra época con un sentido de actualidad y de vigencia muy reales.

Claro está que este mismo punto de vista es el que nos permite apreciar a figuras como Varela y Luz Caballero, como Céspedes y Agramonte, como Maceo, Gómez y tantos otros héroes extraordinarios de nuestras luchas pasadas. Esa misma interpretación de la historia nos hace sentir como nuestros a Bolívar y San Martín, a Sucre y O'Higgins, a Hidalgo y a Juárez, a Artigas, a Morazán y a Lincoln.

Sin embargo, es preciso que nos detengamos en algunas circunstancias peculiares que caracterizan el liderazgo político y revolucionario de José Martí, a fin de advertir las razones de esa mayor proximidad suya a los luchadores de hoy y a los problemas de nuestra época.

Como es sabido, en Cuba las luchas por la independencia se abrieron paso muy tardíamente respecto a los demás países del Continente. Factores económicos y sociales, especialmente la dependencia de la esclavitud, son los que explican este fenómeno. Pero el ala minoritaria y radical de nuestros terratenientes criollos, iniciadora de la guerra del 68, resultó incapaz de coronar la obra emprendida. Su ímpetu liberador se agotó en los diez años de aquella sangrienta contienda. No es extraño, por eso, que ya al final de ella la jefatura revolucionaria se haya desplazado a hombres como Maceo y como Gómez, representantes de las capas medias de la población.

Fracasó aquel primer esfuerzo y vino luego la ardua tarea de levantar y organizar otra vez al pueblo para la conquista de la independencia.

Esa labor, por razones históricas, no podía racaer aún sobre los hombres de nuestra incipiente clase obrera. Le tocó llevarla adelante a las clases medias de la ciudad y del campo. José Martí fue, precisamente, el representante más radical y consecuente del sentimiento revolucionario de estas clases sociales, y un ejemplo notable de firmeza política, que contrasta

con la vacilación y la inestabilidad que caracterizan habitualmente a los dirigentes de la pequeña burguesía.

La lucha de Martí por la independencia se desenvuelve en una época mucho más dinámica y compleja que las que conocieron los libertadores del resto de nuestro continente, varias décadas atrás.

Si bien aquellas luchas por la independencia nacional habían podido realizarse sin afectar apenas las estructuras sociales y las relaciones de clase entre explotadores y explotados, la situación en Cuba, a fines del siglo pasado, se planteaba ya en términos diferentes. La esclavitud y su solución había sido el problema clave de la guerra del 68. El llamado "problema negro" y la discriminación racial constituían un aspecto decisivo en el esfuerzo de Martí y otros cubanos por reanudar aquella batalla inconclusa. En momentos en que la gran mayoría de los grandes propietarios tomaban el partido del autonomismo y del anexionismo, a los cuales se enfrentó el Apóstol con toda energía, para abrazar la causa de la plena soberanía nacional había que definirse primero ante el problema social y colocarse del lado de la gran masa humilde y desposeída del país.

Está claro que este es uno de los factores que más profundamente definen y radicalizan la palabra y la obra de Martí. Su Revolución, como todos sabemos, no fue la Revolución de los grandes patriotas acaudalados, sino la Revolución que costearon centavo a centavo los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, y la que sostuvieron con sacrificios increíbles las grandes masas de campesinos desposeídos y pobres del país.

Pero hay otra circunstancia que ejerció enorme influjo en la formación del pensamiento y el ideario martianos. La época en que este libra su titánica batalla por la independencia de Cuba, es también la época en que irrumpe en escena el naciente fenómeno del imperialismo norteamericano, que surge acompañado de un irrefrenable apetito expansionista sobre los territorios vecinos, y de un marcado propósito de sujetar y subordinar a sus intereses todo el conjunto de las naciones de la América Latina, como paso previo para su penetración y dominación.

Martí, claro está, no disponía del instrumento de análisis para una comprensión científica del fenómeno imperialista; pero dispuso, en cambio, de la experiencia insuperable que le dio el contacto directo con las realidades norteamericanas en los últimos quince años de su vida.

Es esta visión del peligro que representaba el naciente imperialismo de los Estados Unidos para los países de la América Latina, entre ellos Cuba, lo que distingue significativamente a Martí de otros grandes próceres latinoamericanos que le precedieron. El supo advertir, con pupila genial, que la batalla por librar a nuestra patria del colonialismo español, no era más que la primera fase de un esfuerzo estratégico mucho más dilatado y ambicioso, cuyo alcance no se refería sólo a esta pequeña isla y a su hermana de Puerto Rico, sino que comprendía el destino de todo lo que él llamó Nuestra América.

Martí alcanzó a ver lo que escapó a muchas altas inteligencias latinoamericanas contemporáneas suyas. Advirtió la existencia de dos Américas, no sólo distintas por provenir de dos sistemas distintos de coloniaje y por ostentar dos niveles diferentes de desarrollo, una capitalista y la otra con fuertes remanentes feudales, sino por la contradicción latente que emanaba de las ambiciones de los Estados Unidos sobre nuestros países, desunidos y débiles. Mientras que algunos ilustres políticos latinoamericanos soñaban todavía con copiar las fórmulas de los Estados Unidos para superar el caudillismo, el aldeanismo y el atraso de la América española, Martí asistía horrorizado a las verdaderas entrañas de la desigualdad, la intolerancia, el racismo, la explotación, las luchas sociales y la politiquería en el seno de los Estados Unidos y comprendía con justa preocupación que aquel no era un espejo en qué mirarse, menos aún un baluarte de la libertad en qué apoyarse, sino un peligro ante el cual debían movilizarse y precaverse con urgencia todos nuestros países.

De tal forma, frente al peligro representado, en el plano interno, por los autonomistas y

anexionistas —los "sietemesinos", carentes de fe en su patria, como él mismo los calificó—, y la amenaza externa, proveniente de los apetitos desmesurados del imperialismo de los Estados Unidos, Martí desarrolló la audaz concepción de convertir la independencia de Cuba y Puerto Rico en un factor de equilibrio capaz de cerrar el paso a la irrupción yanqui sobre nuestras tierras.

Así llegó a plantearlo en esa histórica carta del 18 de mayo de 1895, a escasas horas de su muerte en Dos Ríos, cuando libre al fin de la opresión que tanto había gravitado sobre su conciencia, se desahogó sin reservas en el mensaje a su entrañable hermano mexicano Manuel Mercado: "Ya puedo escribir [...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso..."

Ya sabemos que aquel objetivo martiano no pudo realizarse. La independencia cubana quedó frustrada por la presencia opresora del imperialismo norteamericano. Cuba se convirtió en lo que quiso impedir el Apóstol: un mero pontón de guerra de la república imperial. La expansión que intentó frenar, quizás idealistamente, con la libertad y la reafirmación de las virtudes de nuestros países, se desenvolvió con la fuerza brutal del "gran garrote" y la "diplomacia del dólar".

Paradójicamente, sin embargo, la frustración independentista de 1898 proyectó el ideario martiano hacia las generaciones subsiguientes, como un sueño por cumplir, como una aspiración por la que se merecía seguir batallando. Se unificaron en la historia las tareas pospuestas de la liberación nacional y las nuevas tareas de la liberación de clase de los trabajadores explotados por el capitalismo y el imperialismo. Se fundieron las luchas patrióticas y antimperialistas, y el combate de los obreros y los campesinos contra sus opresores. Sólo que ya este empeño no podrá encerrarse como antaño en marcos estrictamente nacionales. La independencia del país se convirtió en un objetivo irrealizable sin el más estrecho vínculo con el movimiento revolucionario mundial. Como un árbol que crece sobre sus raíces, así el espíritu revolucionario de Martí entroncó con las nuevas concepciones de nuestra época, y su sentido latinoamericanista y universal halló su natural prolongación en los hermosos sentimientos del internacionalismo proletario.

Armados hoy con una ideología de vanguardia y una concepción realmente científica del mundo, realizamos el programa que Martí no alcanzó a cumplir y revalidamos sus más profundas y entrañables aspiraciones.

Todos los escritos, toda la experiencia política de Martí, adquieren hoy para nuestro pueblo plena vitalidad y vigencia.

Martí llega con sus ideas y su obra a nuestra razón, pero a la vez toca los resortes más hondos de los sentimientos de nuestro pueblo. Por eso, aunque lo estudiamos a fondo, y cada día debemos hacerlo más, con un criterio científico de la historia, nuestro homenaje hacia él no podrá ser nunca un homenaje frío y académico, y estará siempre henchido de emoción.

Martí aparece ante nuestra vida como un símbolo de la fuerza de la moral y de los principios.

Aquel hombre de vida espartana y errante, consumido por la fiebre de hacer su patria libre, se ha adentrado en nuestras conciencias como ejemplo de consagración al deber.

Aquel patriota de palabra cautivadora, aquel luchador puro y sacrificiado, que una noche lluviosa desembarcó con cinco compañeros más, en un botecito de remos, por los abruptos farallones de la costa sur oriental, representa la decisión, la razón, la fe en el pueblo y la combatividad de los cubanos frente a sus poderosos enemigos en todas las épocas.

Todo eso ha dejado su huella indeleble en nuestro modo de ser revolucionarios.

Y me atrevería a decir, para terminar estas palabras y dejar con ellas inaugurado este Seminario Internacional, que quienes hayan escuchado a Fidel, quienes sepan de su historia revolucionaria, quienes estén familiarizados con su estilo, con su humanismo; quienes conozcan su devoción por la dignidad del hom-

bre, su sentido de la solidaridad hacia los compañeros, hacia el pueblo y hacia todos los pueblos de la tierra; quienes hayan podido percibir su modo de apreciar el valor de los principios y los factores morales, no les será difícil advertir que aquella mística martiana, aquel elevado sentido ético ante la vida, sin una sola mancha de egoísmo, de vanidad o de ambición, aquella convicción sincera de que "toda la gloria de este mundo cabe en un grano de maíz", siguen iluminando los caminos revolucionarios del pueblo cubano de hoy.

Muchos éxitos, queridos compañeros.

Muchas gracias.

ANTONIO NUÑEZ JIMENEZ

Pensamiento y acción de Fidel Castro*

Si a Varela cupo la gloria de ser el precursor de la independencia nacional y a Céspedes haber iniciado la guerra libertadora, a Martí correspondió el mérito de haber encabezado la lucha por la independencia a fines del siglo pasado, y a Fidel Castro el hacerla culminar y dirigir la Revolución por los senderos del socialismo científico y fundar nuestro Estado socialista.

Ahora concretémonos a hacer resaltar sus ideas en cuanto al desarrollo de la Revolución y su culminación en el primer Estado socialista del hemisferio occidental.

Pocos dirigentes políticos como Fidel supieron cordinar los factores sociales con los de la naturaleza en su lucha contra la tiranía. Recuérdese lo dicho páginas atrás por nuestro Comandante en Jefe acerca de que en nuestra "Naturaleza estaban precisamente nuestras ventajas en la lucha", tema al que volveremos en el tomo IV de esta obra, donde analizaremos con mayor profundidad las ideas geográficas de Fidel y la lucha revolucionaria.

Todo aquel que esté interesado en conocer los grandes hechos revolucionarios de nuestro tiempo debe profundizar en las causas verdaderas del gran fenómeno social y socialista, internacional e internacionalista de la Revolución Cubana y en el documento que le dio base política, el alegato de Fidel Castro ante el tribunal que lo juzgó por los hechos del Moncada conocido con el nombre de *La historia me absolverá*, programa para la creación de las bases de la primera revolución socialista en Nuestra América. En ese documento se hallan las raíces y las flores de lo mejor de nuestra historia. Estudiémoslo.

No pretendemos, por supuesto, en este trabajo, analizar en detalle cada uno de los hechos que determinan esa realidad de la presencia de tales ideas revolucionarias, a veces expresadas en los alegatos irrebatibles de Cuba en la ONU o en Punta del Este, o en la firme posición ante la Crisis de Octubre, cuando los imperialistas comprendieron la verdad que encierra nuestro lema de Patria o Muerte, porque ni siquiera la amenaza atómica logró doblar ni nuestra frente, ni nuestras rodillas. El pueblo que se pronuncia con esa actitud enérgica y de principios cuenta ahora apenas

* Capítulo XXXV, "'Primero se hundirá la isla en el mar antes de que consintamos en ser esclavos de nadie'. El pensamiento y la acción de Fidel Castro", del tomo I, *El archipiélago*, de la obra *Cuba: la naturaleza y el hombre*.

con diez millones de habitantes. Vive en un país de poco más de ciento diez mil kilómetros cuadrados y a pesar de esta dimensión geográfica se alza con mayor grandeza en sus ideas, que en el mundo de hoy no tienen fronteras. La verdad de Cuba es reconocida y saludada por los pueblos mientras que la mentira imperialista no tarda en ser descubierta y denunciada por las masas explotadas y por las gentes honestas de todos los rincones del planeta. Esa es la diferencia entre la política de principios revolucionarios que nació en la lucha contra los explotadores y que se acredita a sí misma, y la propaganda mentirosa que se desacredita por días.

Para analizar las causas del ascenso de la Revolución Cubana pudieran citarse la justeza y la sabiduría de la dirección de la Revolución desde su misma cuna y la inflexible línea de principios, generadora de la confianza ilimitada en esa dirección revolucionaria, no sólo en nuestro pueblo, sino en todos los hombres de conciencia revolucionaria de nuestra época. En aras de esa línea de principios, Fidel en muchas ocasiones de peligro, ha explicado a las masas que es preferible desaparecer antes que ver la Revolución sin todos aquellos atributos que le han dado su razón de existir: "primero dejar de ser que dejar de ser revolucionarios...". Con esta confianza se avanza, con esos principios inviolables se triunfa.

En *La historia me absolverá* hay una frase breve y profunda que explica mucho por qué el pueblo siente como suyo el pensamiento expuesto por su Comandante en Jefe: "Mi lógica es la lógica sencilla del pueblo."[1]

Es un hecho cierto que los humildes campesinos, los obreros más sencillos, las amas de casa menos politizadas, expresan con frecuencia que al oír hablar a Fidel, escuchan lo que ellos están pensando.

En Cuba, fenómeno inusitado, pueblo y líder lucen como dos imágenes idénticas en el pensamiento y en la acción, como iguales son la realidad óptica del objeto y la imagen por un espejo reflejada.

El Comandante en Jefe ha estado permanentemente al frente del proceso revolucionario, desde el Moncada al *Granma*, igual que en los combates de El Jigüe, Palma Mocha y Santo Domingo, y después en *La Coubre* o al frente de las milicias en Playa Girón o en el Escambray cuando la lucha contra los bandas contrarrevolucionarias armadas, o en medio del huracán Flora. En esto Fidel sigue el ejemplo que nos enseñaron Gómez, Agramonte y Maceo, que al ordenar una carga al machete no iban en la retaguardia sino que como centauros cargaban al enemigo en lo más peligroso de la vanguardia.

Para explicar la más plena adhesión del pueblo a su Revolución, punto de partida de sus propios logros, es necesario tener en cuenta la perfecta comunión entre los hechos más señeros de hoy y los acontecimientos históricos más notables de ayer, lo que ha puesto en marcha un profundo sentimiento patriótico en función del más alto internacionalismo militante que es esencia de nuestra Revolución. En todo acto de hoy, hay un eslabonamiento con la historia de los últimos cien años de lucha, lo que equivale a decir que la Revolución Cubana acumula en sí la valiosa experiencia de todo nuestro pasado, proyectada en cada momento en el quehacer diario y a la que ha sabido sumar los mejores ejemplos de otros pueblos.

No puede entenderse la actual revolución socialista de Cuba si no ahondamos en nuestra historia nacional, porque cada una de sus páginas es antecedente de la que sigue, viéndose con claridad meridiana que desde el grito de independencia de La Demajagua, capítulo primero de la Guerra de los Diez Años, hasta hoy, no hay fronteras nítidas que separen una etapa de la siguiente, sino fases que se enlazan como los eslabones de una sólida cadena de derrotas transitorias y victorias relevantes: la libertad de los esclavos negros, la derrota del poder colonial español, la revolución del 30, la expulsión de los ocupantes yanquis, la destrucción del sistema capitalista, la liberación de la clase obrera, la construcción del socialismo. Una etapa no puede explicarse sin su antecesora.

Sólo una comprensión perspectiva de todo nuestro proceso histórico permitió a Fidel en el juicio del Moncada visualizar esta realidad

1 Fidel Castro: *La historia me absolverá*, La Habana, Ediciones Políticas, segunda edición, 1971, p. 64.

y utilizarla magistralmente en la lucha de ahora.

La victoria revolucionaria actual de Cuba ha tenido lugar, en mucho, porque Fidel, en vez de beber ejemplos extraños a nuestra realidad concreta, supo, partiendo de la experiencia universal teórica, marxista-leninista, aplicarla correctamente a las condiciones cubanas. "Nuestra Revolución es tan cubana como sus palmas", dijo Fidel en 1959.

La experiencia universal marxista-leninista la supo ajustar Fidel a la realidad concreta de la vida nacional, aunque esta verdad no se expusiese, por razones tácticas, en las ideas iniciales expuestas durante la lucha armada.

Históricamente se ve que la escuela fundamental de los cuadros revolucionarios militares y políticos de Cuba fue la guerra de 1868 a 1878 por la independencia del colonialismo español y por la abolición de la esclavitud, continuada por los mismos jefes un año después en la llamada Guerra Chiquita y proseguida de 1895 a 1898, donde ya algunos combatientes debaten ciertas ideas marxistas.

La frase de Fidel refiriéndose a los libertadores del siglo pasado de que "!Nosotros entonces hubiéramos sido como ellos, ellos hoy habrían sido como nosotros!", pronunciada el 10 de octubre de 1968, prolonga la tesis martiana de la continuidad histórica entre las guerras de independencia y la actual Revolución. Martí, junto a Gómez, en el *Manifiesto de Montecristi*, fechado el 25 de marzo de 1895, había sentenciado:

> La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamento y emancipacón del país, para bien de América y del mundo.[2]

El *Manifiesto* finaliza con una alusión a la nueva guerra, que no es sino reanudación de la que terminó en el 78:

> A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecidido, —y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. Y al declarar así, en nombre de la Patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.[3]

Prisionero Fidel de los esbirros batistianos, ante sus jueces y las bocas de los fusiles de sus carceleros, proclama en el juicio del Moncada su más cabal identificación con Martí, a quien cita doce veces en *La historia me absolverá*.

Y así como Martí proclamó que el 95 era continuación del 68, Fidel sentencia de hecho que la lucha iniciada el 26 de julio de 1953 era la culminación histórica de las guerras por la independencia.

Dijo el héroe del Moncada en aquel instante, antes de ser condenado, que Martí era el

2 José Martí: *Obras completas*, La Habana, Ed. Lex, t. 1, 1953, p. 242.

3 *Ibidem*, p. 247.

autor intelectual del 26 de julio. Más adelante expresó:

> De igual modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí: parece que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del 26 de Julio? Se impidió, además, que trajera a este juicio ninguna obra de consulta sobre cualquier otra materia. ¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.[4]

Por otra parte, la tradición internacionalista fue la primera lección que apreciaron nuestros próceres, y ella está bien asentada en el alegato del Moncada, cuando se sentencia que la política cubana será de estrecha solidaridad con los pueblos de este Continente.

Las raíces de este pensamiento fidelista están presentes ya en el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, que acaudilla la primera guerra por la independencia, en la que el pueblo en armas y sus nuevos jefes militares, abren los brazos cordiales a dominicanos como Máximo Gómez, que ascendió hasta el grado de general en jefe, a polacos como Carlos Roloff, que llegó a mayor general; a norteamericanos como Thomas Jordan, que sucedió al cubano Manuel Quesada como jefe del Estado Mayor General del Ejército Libertador; a españoles como el general José Miró argenter, jefe del Estado Mayor del lugarteniente general Antonio Maceo; a puertorriqueños como el general Rius Rivera; a mexicanos como el general Inclán; a peruanos como el general Leoncio Prado.

A dicha relación deben agregarse colombianos, venezolanos y otros, así como franceses, chinos, rusos.

Estos antecedentes de fraternidad combativa del 68 se hacen patentes de nuevo en el 95 y se repiten en el proceso de 1933. Carlos Aponte, venezolano que luchó al lado del general Sandino, cae muerto en El Morrillo al lado de Antonio Guiteras, asesinados ambos por los esbirros de Batista.

No es pues, de extrañar, que en el *Granma*, junto a los combatientes de Cuba, viniese el joven argentino Ernesto Guevara, que ganaría la dorada estrella de comandante del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. El Che renunció después a la ciudadanía cubana, que le fuera otorgada por la Revolución triunfante, para asumir el mando del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, haciendo buena la tradición latinoamericana iniciada por el libertador Simón Bolívar de que a la hora de pelear por la libertad no hay fronteras geográficas, porque la opresión y la miseria ejercida primero por España y luego por los Estados Unidos, identificaron a las naciones latinoamericanas de origen, lengua y costumbres similares.

Haber acumulado toda esa enorme riqueza política e ideológica, haberla actualizado y llevado a las condiciones de este tiempo histórico, son algunos de los más altos méritos de Fidel, y en esa tradición revolucionaria y en la sabiduría que atesoran las experiencias vividas por el pueblo en sus cien años de lucha, reside en gran medida la clave de los logros cosechados a costa de tantos sacrificios.

Fidel en el Moncada rompe de hecho con la idea persistente de inspirarse solamente en inadecuados ejemplos extranjeros, lo que ya fuera combatido por Martí y Gómez en el *Manifiesto de Montecristi:*

> Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas.[5]

Las ideas nuevas para solucionar viejos problemas se hicieron evidentes en *La historia me absolverá.*

4 Fidel Castro: ob. cit., p. 14.

5 José Martí: ob. cit., p. 242.

A cada situación diferente, Fidel desarrolla conceptos distintos.

Una vez alguien dijo que Fidel parecía en ocasiones la oposición al propio Fidel, y es que el criterio de ayer, expuesto para una situación concreta y definida, no puede ser igual al de hoy. Y lo más sorprendente: la constancia de la misma política de principios dentro de ese proceso dialéctico, que da unidad a toda la obra revolucionaria de ayer y de hoy.

El 12 de enero de 1968 el Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba explicó en discurso público:

> Es incuestionable que estamos ante hechos nuevos, ante fenómenos nuevos; es incuestionable que los revolucionarios, los que nos consideramos revolucionarios, y dentro de los que nos consideramos revolucionarios los que nos consideramos marxistas-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles. Tuvo el marxismo geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria.

El haber estudiado profundamente en la historia patria los errores cometidos por la inexperiencia de algunos combatientes, le permitió a los atacantes del Moncada consolidar en un comando lo militar y lo político, evitando así el escollo que hizo naufragar más de una contienda independentista.

Temprano en nuestros campos insurrectos, liquidada ya la contradicción original de la vía armada, encabezada por los patriotas, o el camino del autonomismo, se escenificó, hace una centuria, la consiguiente y persistente polémica entre los combatientes: la cuestión de cómo debe dirigirse la lucha armada, si el mando supremo debía estar unificado en manos de los combatientes o, por el contrario, debía de supeditarse la dirección de la lucha armada a una dirección de corte parlamentario, como si la guerra que recién empezaba ya hubiese sido ganada y la insurrección se pudiera dar el lujo de un asambleísmo activo. Algunos exigieron, y lamentablemente lograron, imponer al ejército una dirección civil con una Cámara de Representantes, a la cual estaba supeditado el propio Presidente de la República en Armas. Esto, en gran medida, hizo posible el desastre de que tras el mando militar de Thomas Jordan, el Ejército Libertador, desde 1870 hasta el final del bélico decenio, no pudiera contar con un general en jefe en el campo de batalla.

Recordamos que al presentar el general en Jefe del Ejército Libertador (Manuel Quesada) ciertas modificaciones a la Cámara de Representantes acerca de la mejor organización militar, el diputado Antonio Zambrana devuelve la nota desdeñosamente y, como si estuviera en las calles de París y no en los llanos camagüeyanos de El Horcón de Najasa, expuso al Jefe del Ejército: "Que no la presentaba a la Cámara porque lo creía inoportuno e inconveniente, pues se asemejaba a las proclamas del General Bonaparte poco antes de disolver con las bayonetas el Consejo de los Quinientos."[6]

Cuánta razón asistió al general Enrique Collazo cuando en su libro *Desde Yara hasta el Zanjón* comenta que "El idealismo flotaba en el ambiente que rodeaba a los nuevos legisladores y la influencia de las lecturas sobre la Revolución Francesa era manifiesta."[7]

Había que aprender de aquella polémica y sacar las conclusiones adecuadas para el futuro.

Así, en la guerra del 95 no sólo se nombra un jefe supremo militar en el genial guerrillero que fue Máximo Gómez, sino que también se designa un lugarteniente general del Ejército Libertador, Antonio Maceo, el héroe de la

6 Enrique Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, La Habana, I.C.L., 1967, p. 20.

7 *Ibidem*, p. 21.

Protesta de Baraguá, garantizándose así una estabilidad en las operaciones militares y una cordinación ejemplar que llevó la guerra hasta los confines occidentales.

La lección histórica anterior fue puesta en vigor por Fidel desde su primer combate. Nada de parlamentarismo inútil en tiempos de tormentas, aunado lo anterior a una cabal interpretación de los sentimientos más nobles del pueblo.

La irreductible decisión de la revolución socialista de luchar hasta las últimas consecuencias, contenida en la consigna de ¡Patria o Muerte!, fue expresada con más claridad que nunca por el Comandante en Jefe Fidel Castro en su discurso del 26 de julio de 1967, en Santiago de Cuba, al legar a su pueblo esta orientación decisiva:

> Es decir y esto no constituye un secreto, nos defenderemos con las técnicas de las guerras regulares y nos defenderemos con las técnicas de la lucha guerrillera en todas partes. Y desde luego que hay una palabra absolutamente prohibida en la terminología revolucionaria: derrota y por tanto sinónimo de derrota: rendición. Pero algo más, hay una frase que por una cuestión de profundos principios estará abolida siempre de la terminología de esta Revolución, y es la frase: alto al fuego. Alto al fuego no se pronunciará jamás en este país mientras una sola pulgada del territorio esté ocupada por algún invasor. ¡Recuérdese esto bien, y recuérdese siempre! Y quien pronuncie estas palabras en este país sólo podrá ser calificado de traidor, pronúncielas quien las pronuncie.

Esta irrevocable disposición de luchar sin tregua contra el enemigo imperialista hunde sus raíces, tiene sus antecedentes en los campos de las batallas independentistas. El Gobierno de la República en Armas presidido por el coronel Spotorno, proclamó radicalmente que la guerra sólo terminaría con el logro de la independencia:

> Considerando que después de siete años de guerra aproximadamente, no es posible que se desconozca nuestra firme resolución de no someternos de nuevo a la dominación española, y la inquebrantable voluntad que poseemos de obtener nuestra independencia, el Presidente de la República se ha servido disponer: que sean tenidos y juzgados como espías los individuos procedentes del campo enemigo que presenten de palabras o por escrito proposiciones de paz fundadas en base que no sea la independencia de Cuba. Lo que se publica para general conocimiento. P. y L. San José de Guaycanámar; junio 30 de 1875.[8]

Y Maceo en la guerra del 95 ordenó:

> Que sea ahorcado todo emisario del Gobierno español peninsular o cubano, que se presente en nuestros campamentos con proposiciones de paz y cualquiera que fuere la jerarquía que ocupe, cumpliéndose esta orden sin debilidades de ningún tipo ni obediencia a otra indicación en sentido contrario, que nuestro lema es vencer o morir.
>
> Yo asumo toda la responsabilidad histórica de la orden dictada.

La tradición antimperialista de los combatientes cubanos se remonta al propio nacimiento del fenómeno imperialista. Esta corriente cubana culmina ahora en el combate frontal que ya anunciara el Comandante en Jefe Fidel Castro en breve, pero tremenda nota manuscrita, a la compañera Celia Sánchez en las propias montañas orientales. Asombra la similitud de este inapreciable documento, escrito en plena guerra de liberación, con el pensamiento de Martí expresado a Manuel Mercado en los campos de Cuba libre, sólo un día antes de su muerte en el combate de Dos Ríos. Comparémoslos cuando Martí expresó que su objetivo había sido "impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América".[9]

8 *Ibidem*, p. 52.
9 José Martí: ob. cit., p. 271.

Veamos ahora la carta de Fidel:

> Sierra Maestra. junio 5/58.
>
> Celia: al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los [norte]americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande, la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero. Fidel.[10]

Fue el general Maceo uno de los primeros en prever los daños que el imperialismo yanqui quería hacer a Cuba.

Dijo el Titán de Bronce en carta al coronel Federico Pérez:

> De España jamás esperé nada: siempre nos ha despreciado y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide: mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.[11]

Y en otro documento agregó, en 1896:

> No me parece cosa de tanta importancia el reconocimiento especial de beligerancia, que a su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechosa al porvenir de Cuba la intervención norteamericana como supone la generalidad de nuestros compatriotas. Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la patria independiente se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo que sólo traerá aparejada la felicidad del país si se alcanza sin aquella intervención.[12]

Sabias y previsoras palabras las del guerrero inmortal, pues con la intervención militar yanqui se frustró el esfuerzo de treinta años de lucha por nuestra soberanía.

Así Cuba vivió atada al imperio yanqui por obligados vínculos militares, diplomáticos y económicos, desde 1898 hasta 1958.

Como ya dijimos, en la Constitución promulgada en 1902, el gobierno estadounidense hizo aprobar la Enmienda Platt, por la cual Cuba reconocía *legalmente* el derecho a la intervención militar norteamericana cada vez que peligraran sus intereses imperialistas.

Con el anterior dispositivo jurídico, garantizaron los yanquis su dominio sobre Cuba, y para su sojuzgamiento económico obligaron a nuestro pueblo a firmar el Tratado Comercial de 1903, por el cual aparentaban darle a Cuba *reciprocidad* en cuanto a los beneficios del mercado yanqui, pero en el fondo aseguraron para sus inversionistas en nuestro país el desarrollo de la industria azucarera, garantizándose de antemano la venta de dicho producto a los Estados Unidos y permitiendo, al mismo tiempo, a los industriales exportadores del poderoso vecino el total control del mercado cubano, muy poco desarrollado; así se vedaba la competencia a los productores de otros países.

Mediante ese dispositivo los imperialistas impidieron descaradamente todo intento cubano de diversificación, no sólo de la industria, sino también de la agricultura.

El sistema de tarifas arancelarias aplicado a Cuba por los Estados Unidos permitía exportar azúcar y tabaco y otros pocos rubros, producidos a su vez fundamentalmente por los monopolios norteamericanos, los que recibían con preferencia a otros vendedores extranjeros. Como es fácil de entender, las compañías norteamericanas, controladoras de la producción azucarera cubana, eran las principales beneficiadas con semejante tratado, al igual que los comerciantes estadounidenses, que de hecho monopolizaban el comercio con Cuba.

Al ocurrir la crisis azucarera de 1920, con la consiguiente caída del precio, se produjo la ruina de no pocas fábricas azucareras cubanas, las que pasaron principalmente a manos de los monopolios yanquis, al mismo tiempo que la banca norteamericana pasó a monopo-

10 Antonio Núñez Jiménez: *La primavera de la Revolución Socialista en América*, Lima, Industria Gráfica S.A., 1973, p. 17.

11 José Luciano Franco: *Antonio Maceo, Ideología política, cartas y otros documentos*, La Habana, Ed. Cárdenas, vol. II, 1950-1952, p. 301-02.

12 José Luciano Franco: ob. cit.

lizar totalmente el sistema bancario de nuestro país. En 1950, Cuba llegó a poseer sólo la tercera parte de los depósitos bancarios y una quinta parte de los préstamos.

Por otra parte, desde el establecimiento de la República mediatizada, los Estados Unidos exportaron capitales hacia Cuba por un valor estimado, en el año 1929, en mil quinientos millones de dólares, es decir, las más altas inversiones realizadas por los monopolios yanquis en cualquier parte del mundo.

El dominio neocolonial de los Estados Unidos fue tan total, que se opuso abiertamente a los intentos de la República de Cuba de poseer una modesta flota mercante con la cual enviar su azúcar a los puertos estadounidenses, amenazándola abiertamente con represalias. Igualmente impidieron la realización del fomento de su producción arrocera, anunciándole que reducirían a su vez la cuota azucarera.

Si, por otra parte, queríamos el autoabastecimiento de textiles, entonces los exportadores japoneses de esa rama amenazaban con no comprar nuestro producto principal, de manera que estábamos situados en una trampa mortal que impedía totalmente nuestro desarrollo. Esto, sin contar que nos veíamos precisados a importar antes del triunfo de la Revolución Cubana unos ciento cincuenta millones de dólares anuales en alimentos procedentes de los Estados Unidos.

Entre los factores más constantes que el imperialismo hacia pesar sobre nuestro pueblo, estaba la aparente imposibilidad para quitarnos la cadena ominosa de la dominación imperialista, lo que hacía ver a través del llamado *fatalismo geográfico*, contra el que ya había alertado Martí.

Se ha dicho, y es cierto, que Cuba fue el último país en obtener su independencia de España; pero no es menos cierto que Cuba fue también, en ese mismo tiempo, fines del siglo pasado, el primer país del mundo donde se estrena a plenitud el sistema imperialista moderno como fase postrera del capitalismo, y este hecho influye de alguna manera en crear, primero en Cuba que en otros países, los anticuerpos dialécticamente opuestos. Así, los prolegómenos del socialismo en Cuba se desarrollan ya en medio de la lucha independentista de 1895. No olvidemos que Martí, previsor y descubridor de las entrañas del imperialismo yanqui, hazaña intelectual que comparte con Lenin, ya mostraba en 1883 cierta admiración por Carlos Marx.

Fue precisamente la guerra hispano-cubano norteamericana de 1898 el episodio histórico en que Lenin hace nacer como fenómeno definitorio la etapa imperialista del capitalismo.

Si nos hemos extendido en estas incursiones históricas, ha sido sólo con el propósito de hacer resaltar cómo Fidel ha sabido apoyar su acción y su prédica en las más puras raíces de las experiencias del pueblo cubano y de sus dirigentes del pasado, experiencias que supo interpretar y enriquecer con el marxismo-leninismo para llevarlas hacia planos superiores, enriquecidas por los acontecimientos de hoy.

La plena identificación histórica de Fidel con el pasado revolucionario de su patria es clave para explicarnos el presente de lucha, y en la inspiración de las páginas cimeras de cien años de lucha, el jefe de la Revolución ha encontrado el aliento necesario para ganar nuevas batallas. Así, en La historia me *absolvera*, sentencia:

> Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la Patria libre, escribió el Apóstol en su libro *La Edad de Oro:* "Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país donde nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su liber-

tad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. . ." Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todos eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra Patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes de que consintamos en ser esclavos de nadie.[13]

Una de las labores más persistentes del imperialismo y sus servidores nacionales desde el fin de la guerra del 95 acá, fue precisamente la de crear en los cubanos la imagen de un pueblo sin tradiciones guerreras o de lucha, cuando la historia nos enseña las glorias de valerosos combates de indios contra españoles, negros esclavos contra su amos, mambises contra el ejército español, revolucionarios contra explotadores.

Uno de los méritos más grandes de Fidel fue recoger y exaltar esas tradiciones y hacerlas vigentes desde el juicio mismo del Moncada, dándole así a las masas la necesaria confianza en su capacidad combativa de vencer al enemigo por fuerte que este sea.

Nuestra generación había crecido leyendo en los libros de texto que Cuba no pudo derrotar al ejército español, que sin la intervención de los Estados Unidos no hubiéramos podido obtener la independencia, y aunque esa campaña imperialista logró domesticar a los burgueses, el pueblo supo mantener sus tradiciones heroicas, y los abuelos legaron el recuerdo de las guerras liberadoras a sus hijos y a sus nietos.

El pueblo recordó siempre la rebelión sostenida contra sus dominadores y la epopeya librada contra el ejército español que disponía de más de docientos cincuenta mil soldados regulares y tropas especiales. Para que se tenga un idea de las fuerzas enemigas a las que se enfrentó nuestro Ejército Libertador, expongamos que fueron superiores a todas las fuerzas inglesas y españolas a las cuales se enfrentaron Washington y Bolívar.

Y no se entendería lo que pasó en el cuartel Moncada, ni en el *Granma*, ni en la Sierra, ni en Girón, ni en la Crisis de Octubre, si no se tiene en cuenta la tradición heroica del pueblo que los yanquis y sus siervos pretendieron aniquilar o domesticar.

En esa lucha libertadora de nuestra patria se gestó la tradición revolucionaria guerrillera y militar que de hecho puso fin al imperio español en América y medio siglo después inició la segunda y definitiva independencia en la América Latina.

Las tradiciones heroicas del 68, del 79 y del 95, aletargadas después durante décadas, fueron despertadas por Fidel en la madrugada del 26 de julio de 1953, y desde entonces el imperio no ha podido dormir tranquilo durante un cuarto de siglo. Para decirlo con una frase del General de Ejército Raúl Castro "Aquel amanecer inició el fin del capitalismo en Cuba"[14]: y en América, pudiera agregarse.

No es tarea fácil analizar los factores que hicieron posible que fuese Cuba el primer estado socialista del hemisferio occidental.

En Cuba, como dijimos, las ideas marxistas comenzaron a germinar en los mismos campos de batalla de nuestras guerras libertadoras; repetimos que en 1925 se fundó el primer Partido Comunista y que desde esa fecha se organizó un movimiento de masas que mucho influyó en los destinos ulteriores de nuestra historia.

Otras agrupaciones revolucionarias indudablemente influidas por el marxismo y la Revolución de Octubre, combatieron por las ideas progresistas, culminando esos afanes en el proceso revolucionario de 1930-33, en que la

13 Fidel Castro: ob. cit., p. 82-83.

14 Raúl Castro: Revista *Verde Olivo*, La Habana.

juventud cubana y el proletariado lucharon no sólo por demandas económicas, sino por liberar a Cuba del yugo imperialista, que logra ahogar aún más nuestra independencia nacional, exaltando la figura grotesca del espadín y títere de turno: Fulgencio Batista.

La pujanza de las ideas más avanzadas se hace patente en la Asamblea Constituyente, convocada en 1939, donde los comunistas logran elegir a seis delegados que junto a los representantes de otros partidos populares le dan a la Constitución promulgada en 1940 su carácter progresista, haciendo que Fidel expusiera en *La historia me absolverá:*

> Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso despotismo, y vosotros no ignoráis que la resistencia frente al despotismo es legítima; este es un principio universalmente reconocido y nuestra Constitución de 1940 lo consagró expresamente en el párrafo segundo del artículo 40: "Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados anteriormente".[15]

Es de destacarse la habilidad revolucionaria de Fidel al encaminar su acción contra la burguesía apoyándose en sus propias falacias, en combatirla con sus argumentos, dándole así a su prédica un sostén de fuerza extraordinaria.

Más adelante, agregó el propio Fidel, al hablar de la Revolución Francesa:

> Estos grandes acontecimientos revolucionarios abrieron el proceso de liberación de las colonias españolas en América, cuyo último eslabón fue Cuba. En esta filosofía se alimentó nuestro pensamiento político y constitucional que fue desarrollándose desde la primera Constitución de Guáimaro hasta la de 1940, influida esta última ya por las corrientes sosocialistas del mundo actual que consagraron en ella el principio de la función social de la propiedad y el derecho inalienable del hombre a una existencia decorosa, cuya plena vigencia ha impedido los grandes intereses creados.[16]

Aquella Constitución, como aspiración del pueblo y concreción victoriosa de la generación revolucionaria de 1933, había sido hecha trizas el día 10 de marzo de 1952 por Batista, la burguesía y el imperialismo, cuando los tanques del campamento militar de Columbia, sede de la jefatura del ejército, movieron sus aterradoras orugas para marchar con rumbo al Palacio Presidencial, con la misión de paralizar el proceso electoral que se avecinaba, detener al presidente de la República y establecer un régimen aún más antipopular y proimperialista, si cabía, que el encabezado por el mandatario depuesto, Carlos Prío Socarrás.

El autor material del golpe facistoide, Fulgencio Batista, quien años antes se había autotitulado mayor general, como dictador al servicio de los monopolios yanquis había regido los destinos de Cuba desde 1933 a 1944, y después desde 1952 hasta el primero de enero de 1959, fecha de la proclamación de la verdadera independencia nacional.

Con aquel golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, la burguesía como clase preparó, sin saberlo, las condiciones para su aniquilamiento.

El pueblo, en aquella época, tuvo la imagen más nítida de las mentiras de los propagandistas de la tan cacareada "democracia representativa", de las libertades públicas y de todas las falacias de sus explotadores.

Si bien la Constitución de 1940 contenía preceptos positivos, ellos jamás fueron aplicados por los gobiernos de turno: Batista primero, Grau San Martín después y finalmente Carlos Prío.

El pueblo había albergado la esperanza de que se aplicara la reforma agraria y se implantara la honestidad administrativa, demandas centrales del pueblo durante todo el período republicano.

Pero la fe del pueblo fue traicionada sistemáticamente y había venido descendiendo a niveles que se hicieron críticos en la fecha del golpe militar, hasta que, dialécticamente, posibilitaron un viraje en redondo para rescatar la fe revolucionaria que lo imbuía cuando en el siglo anterior luchaba bajo la guía de Gómez, Maceo y Martí.

15 Fidel Castro: ob. cit., p. 71.
16 *Ibidem*, p. 80.

La secuencia de caudillos que representaron siempre a los explotadores fue una lección durante décadas para los desposeídos, a los que se les hizo creer en el libre juego de las ideas democráticas y que su hambre y miserias sólo tendrían remedio llevándolos a procesos electorales cada dos años, para comprobar al final que cuando los votos no convenían a la clase explotadora, entonces ponían en movimiento los tanques, propiciaban el golpe de Estado e implantaban la dictadura más férrea, que consolidaban a través de la tortura y el crimen.

De la frustración de los acontecimientos revolucionarios de 1933 surgieron Grau San Martín, Fulgencio Batista y Carlos Prío Socarrás.

Grau, gracias a la acción de Antonio Guiteras, encarnó inicialmente para el pueblo sus aspiraciones progresistas, las que traicionó. Terminó su primer gobierno en 1934. Su citado ministro de Gobernación, Guiteras, se distinguió por sus ideas antimperialistas y socialistas.

Batista, surgido a la vida pública como sargento jefe del Estado Mayor del Ejército, gracias al proceso revolucionario de 1933 fue nombrado días después coronel por el régimen de Grau.

Inmediatamente Batista comenzó a recibir órdenes del embajador norteamericano en La Habana, Summer Welles, dio su primer golpe de estado al grausato y colocó sucesivamente a varios subtíteres como presidentes de la República, para lo cual puso de moda la tortura, el palmacristi obligado y el robo abierto al tesoro público.

En 1944 Grau vuelve al poder, sustituyendo a Batista mediante elecciones que tuvieron lugar, en gran medida, gracias a los aires que soplaban de las victoriosas acciones comunistas o progresistas de los ejércitos aliados en su lucha contra el fascismo, en retirada a escala mundial.

En verdad, la historia nos enseñó que el fascismo sólo se retiraba en aquellos países donde el pueblo había tomado verdaderamente el poder, lo que no sucedió en América, que pronto fue testigo de un auge facista con el nombre de macartismo.

No tardaría el pueblo en comprobar los engaños de Grau, quien entronizó un régimen de ladrones y asesinos.

Sistemáticamente el grausato, siguiendo una política dictada desde Washington, destruyó en gran medida el movimiento sindical, propiciando la lucha de grupos de matones contra los verdaderos dirigentes proletarios. Así murió asesinado, entre otros, Jesús Menéndez, el irreductible líder comunista de los obreros azucareros.

A Grau le sucedió en el poder su testaferro Carlos Prío Socarrás, quien gobernó desde 1948 a 1952, y continuó en todo ese tiempo la política antipopular y anticomunista de Grau San Martín.

Durante su gobierno fueron asesinados, al igual que en el anterior, valiosos dirigentes obreros como Aracelio Iglesias, del sindicato portuario, y otros muchos.

El golpe de Batista contra Prío se había llevado a cabo para evitar el potencial triunfo del Partido Ortodoxo, cuyo jefe, Eduardo Chibás, se había suicidado antes del golpe militar, según sus propias palabras, "para llamar a la conciencia popular contra el gobierno encabezado por Carlos Prío".

Por la época del golpe de estado de 1952, el valeroso Partido Socialista Popular, marxista-leninista, representante ideológico de la clase obrera, había sido en gran medida aislado de los demás grupos políticos del país, y aun en grado considerable de las propias masas, lo que se debió esencialmente a la sistemática política anticomunista destacada durante años por los medios masivos de comunicación controlados por los imperialistas. El Partido Socialista Popular fue la continuación del primer Partido Comunista de Cuba, fundado, entre otros, por Carlos Baliño, compañero de José Martí en las labores del Partido Revolucionario Cubano, y Julio Antonio Mella, valeroso líder antimperialista. La doctrina y la acción de Mella inspiraron, junto a Martí, a la generación del Moncada.

En 1952 el Partido Socialista Popular era relativamente pequeño, pero tenía una buena

organización. Las posiciones que había logrado dentro del movimiento obrero, gracias al tesón y al sacrificio de sus más destacados dirigentes, les habían sido arrebatadas por los gobiernos anteriores, a través de muchos asesinatos. Este aislamiento produjo el hecho de que ni siquiera el Partido Ortodoxo admitiera una alianza pública con el Partido Socialista.

El golpe militar del 10 de marzo de 1952, se produce, pues, cuando el Partido Ortodoxo había perdido a su líder Chibás, y cuando el Partido Socialista Popular se encontraba en condiciones de gran aislamiento por los factores que hemos enumerado anteriormente.

No existía en las masas, por aquel entonces, una verdadera conciencia antimperialista y mucho menos una conciencia socialista capaz de levantar una oposición organizada con posibilidades de éxito para derrotar las fuerzas reaccionarias que promovieron el golpe batistiano.

En varias oportunidades hemos escuchado al compañero Fidel expresar que en esas condiciones era necesario atacar de flanco al imperialismo y a sus lacayos nacionales, sorprenderlos con un movimiento organizado inicialmente de manera clandestina que fuese capaz de movilizar al pueblo.

A las pocas horas de producirse el golpe de Estado, al que los esbirros batistianos quisieron conceptuar como una revolución, Fidel se esforzó por preservar este nombre para propósitos más nobles y sentencia: "¡Revolución no, Zarpazo! ¡Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógrados, aventureros sedientos de oro y poder!", espectándole a Fulgencio Batista:

> Cuanto hizo Prío de malo en tres años, lo estuvo usted haciendo en once. Su golpe es, pues, injustificable, no se basa en ninguna razón moral seria, ni en doctrina social o política de ninguna clase. Sólo halla razón de ser en la fuerza, y justificación en la mentira. Su mayoría está en el Ejército, jamás en el pueblo. Sus votos son los fusiles, jamás las voluntades; con ellos puede ganar un cuartelazo, nunca unas elecciones limpias. Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen; ríase ni quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren.[17]

Catorce días después, es el propio Fidel, recién graduado de abogado en la Universidad de La Habana, quien se dirige al Tribunal de Urgencia para acusar al tirano:

> Fidel Castro Ruz, abogado, con bufete en Tejadillo no. 57, ante este tribunal de justicia expone lo siguiente [...] Todos estos hechos están previstos y sancionados de manera terminante y clara por el Código de Defensa Social en su artículo 147, según el cual será sancionado con privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución o la forma de gobierno establecido [...] Por todos estos artículos y otros más que sería prolijo enumerar, el señor Fulgencio Batista y Zaldívar, ha incurrido en delitos cuya sanción lo hacen acreedor a más de cien años de cárcel.[18]

El 16 de agosto del mismo año bajo el seudónimo de Alejandro, expone en el periódico clandestino *El acusador* su confianza en el pueblo.

> Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que crean en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas. El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito

17 Antonio Núñez Jiménez: ob. cit., p. 30.
18 *Ibidem*, p. 31.

verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

Por esa época ya Fidel preparaba sus huestes juveniles y humildes con las cuales atacaría el Moncada.

Las únicas fuerzas que comenzaron a vertebrarse como opositoras del espurio régimen batistiano, fundamentalmente, fueron el grupo encabezado por Fidel, el Partido Socialista Popular y miembros de la FEU, es decir, tres agrupaciones que al final de la lucha, bajo la jefatura política del héroe del Moncada, se unieron orgánicamente para forjar la mayor unidad popular de la historia de Cuba.

Un día después del 10 de marzo, el Partido Socialista Popular expone en el periódico *Hoy*, clausurado poco después, sus puntos de vista ante la situación creada por el golpe facista: "Son los imperialistas yanquis los fomentadores de golpes de estado como los de Venezuela, Perú, Bolivia, etcétera, que llevan al poder a gobiernos antidemocráticos, que no dependen de elecciones ni de opinión pública, que se basan sólo en el poder de las armas", y agregaba:

> El Partido Socialista Popular reitera su condenación al golpe de Estado y llama a las masas a continuar e intensificar la lucha por el Frente Democrático Popular, que dará una verdadera solución a los problemas de Cuba, a continuar e intensificar la lucha por la paz, contra la utilización de cubanos como carne de cañón, por la democracia, por la erradicación del gansterismo y del porrismo, por la eliminación de la discriminación racial, por el 30% de aumento en los salarios, sueldos y pensiones, por ochenta pesos mensuales de subsidio para los desocupados, por la reforma agraria que acabe con el latifundio y reparta la tierra gratuitamente entre los campesinos, por la unidad obrera y la democracia sindical, por la honestidad administratvia.

El 28 de enero de 1953, justo en el Centenario del natalicio de Martí, baja por la escalinata de la colina universitaria una manifestación de estudiantes y obreros. Es Raúl Castro quien ha resaltado que entre aquella muchedumbre se destaca un contingente de jóvenes que ocupa seis cuadras de largo, marchando paramilitarmente en formación. Al frente de ellos, a la vanguardia, va Fidel, jefe ya, a los veintiséis años, de un decidido contingente, entre los que se cuentan Juan Almeida, albañil; Fernando Chenard, fotógrafo; Jesús Montané, contador; José Ponce, tipógrafo; René Bedia, pintor; Pedro Miret y Lester Rodríguez, estudiantes; Mario Muñoz, médico.

Fidel se dio a la tarea de organizar ese grupo de jóvenes que, si bien no eran miembros del partido de los comunistas, ya habían asimilado lo fundamental de la literatura marxista; y nosotros, que lo conocíamos de estudiante en la Universidad de La Habana, sabíamos que sus primeros libros los había aquirido en las bibliotecas o en la librería del Partido en La Habana. [19]

No son pocos los que se han preguntado cómo fue posible que Fidel y algunos de sus más destacados compañeros de armas, tomado ya el poder, se hicieran socialistas, se convirtieran al comunismo.

Y es que se olvidan de que si ese tránsito para algunos combatientes fue todo un largo proceso, para Fidel y algunos de sus más allegados compañeros fue una táctica política que es necesario analizar teniendo en cuenta el tiempo histórico en que se escenifican aquellos hechos.

Debemos repetir que en la década del 50 no sólo en Cuba, sino en gran parte del mundo, culmina un feroz ambiente anticomunista. En nuestra patria, con una gran campaña, se trata de moldear las mentes con el fantasma del anticomunismo, se deja sin empleo a los que, aún sin ser comunistas, se atreven a cuestionar el régimen imperante, y se persigue no sólo a los marxistas, sino a cualquier oponente al régimen de oprobio que sojuzga a la patria.

19 *Ibidem*, p. 34.

En la propia Universidad de La Habana, que desde 1925 había sido un baluarte antimperialista, los corrompidos gobiernos de turno crean sus grupos de matones, y la misma FEU (Federación Estudiantil Universitaria), fundadada por Mella, es infiltrada por elementos antipatrióticos, lo que obliga a los mejores estudiantes, algunos marxistas, a formar filas en una nueva organización, el Comité 30 de Septiembre. Entre sus miembros se cuenta el estudiante de la Escuela de Derecho, Fidel Castro.

Dicho Comité era presidido por Baudilio Castellanos, y el que esto escribe ocupaba el cargo de secretario de actas y de cultura. Es por ese año de 1948 que conocí a Fidel en la Universidad de La Habana, época en que comenzamos a escucharle concepciones revolucionarias e ideas marxistas.

No olvidaré jamás cómo fue acusado precisamente de comunista en una sesión de la FEU. Él, que no militaba en el Partido, no negó su simpatía por los ideales más progresistas y les echó en cara a sus acusadores que era una blasfemia hablar de anticomunismo en el Salón de los Mártires de la FEU, donde refulgían los retratos de los heroicos jóvenes que habían dado su vida por la causa revolucionaria del pueblo. Entre las imágenes resaltaban la de Julio Antonio Mella, fundador del primer Partido Comunista de Cuba, y Pablo de la Torriente Brau, que dejó su vida como comisario de milicias en la guerra española contra el facismo.

Ya por esa época, cinco años antes del Moncada, Fidel se había leído y releído a Marx, Engels y Lenin, y había estudiado el *Manifiesto comunista.*

Recuerdo también que antes de entrar ambos a un examen de sociología, me dijo que la filosofía marxista, el materialismo dialéctico, era la más convincente de las doctrinas políticas.[20]

En cierta oportunidad Raúl Castro, que también estudiaba en la Universidad de La Habana, nos narró cómo el primer libro de Marx que leyó lo recibió de Fidel; título: *El 18 Brumario.*

Recuerdo igualmente que desde los comienzos de la organización revolucionaria, Fidel influía constantemente en la ideología de los jóvenes que iban a formar el núcleo de su ejército popular. En conversaciones con él, más de una vez lo oí exponer cómo les enseñaba a sus compañeros la doctrina de Marx y Lenin.

Por aquella época Fidel ya era acusado de comunista por el ala derecha del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), partido de donde salió el contingente fundamental del futuro Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

Juan Almeida, hoy miembro del Buró Político del PCC, combatiente del Moncada, cuenta:

> Hay un pasaje ahí que yo quiero hacer resaltar: fue cuando yo me iniciaba en los grupos insurreccionales, bajo la dirección del compañero Fidel, cuando lo conocí en la Universidad de La Habana.
>
> Yo recuerdo que traía bajo el brazo un libro de Lenin, azul, y con la estampa de Lenin a relieves. Ese fue el libro que ocuparon en el Moncada.[21]

Jesús Montané, ahora miembro del Comité Central, ha relatado en 1962: "Así vemos cómo en el cuartel de los combatientes, en la finca situada en Siboney, Santiago de Cuba, fue hallado un tomo de las obras completas de Lenin que a a la sazón leía el compañero Abel"[22], que fue el lugarteniente de Fidel cuando la clarinada del Moncada.

En una ocasión escuché decir a Fidel que la gran masa no entendía la esencia del problema del por qué de sus desgracias y miserias, no tenía una conciencia clasista, sólo tenía una subconciencia de clase, estaba descontenta, estaba herida por el desempleo, el hambre, la pobreza, pero no sabía la causa verdadera del por qué de estas condiciones desastrosas; no entendía el socialismo, no entendía el comunismo; tenía prejuicios sobre todo eso y creía que la causa era sólo el robo y la corrupción administrativa de los gobiernos anteriores, es decir, se lo atribuía a causas diferentes a las verdaderas, que no son otras que la dominación imperialista y el capitalismo.

20 *Ibidem*, p. 36.

21 *Ibidem*, p. 37.

22 Revista *Verde Olivo*, 1962.

Por su labor de líder estudiantil, Fidel estaba vinculado a las masas a través de las luchas políticas que dimanaban del medio estudiantil universitario, cuya parte más lúcida y progresista estaba ligada a una vanguardia antimperialista bien minoritaria, por cierto, pero efectiva y de la cual formaban parte, entre otros, sólo unos diez miembros de la Juventud Socialista, es decir, el sector juvenil del Partido Socialista Popular.

De haber enarbolado Fidel en aquellas circunstancias una bandera marxista, hubiese terminado aislado de las propias masas. Y es que había una barrera ideológico-política infranqueable para esa finalidad.

Inmediatamente a partir del golpe del 10 de marzo, Fidel y los jóvenes que él había ido preparando política y militarmente, comienzan la lucha contra el régimen *de facto* establecido y, como abogado recién graduado, ya hemos dicho que formula denuncia contra Fulgencio Batista, a quien acusa de violar la Constitución, poniendo así en evidencia que para ese entonces no existía ya la legalidad. Al mismo tiempo Fidel desarrolla una campaña por medio de los pocos periódicos y la radio opuestos al régimen facistoide, que no permitió ni siquiera tal tipo de oposición. Las puertas para la lucha armada contra Batista quedan entonces abiertas a la acción de Fidel.

Lo primero que comprendió Fidel fue que en la capital de la República no se podía luchar sino en las peores condiciones para las juveniles fuerzas insurrectas. Fidel había estudiado las ideas de Engels sobre la insurrección popular y las discutió con no pocos dirigentes comunistas, con los cuales siempre mantuvo magníficas relaciones. Por ese entonces Fidel no era comunista con carné, era sencillamente un comunista autodidacta, es decir, un patriota que había llegado, mediante conclusiones propias, a ideas que creía correctas para la toma del poder, y su utilización como una herramienta para el establecimiento de un gobierno popular en Cuba.

Excluida La Habana desde los primeros días como escenario para el inicio de la lucha armada básica, Fidel selecciona a Santiago de Cuba, capital de la provincia de Oriente, región que siempre se caracterizó por su rebeldía patriótica y donde las tradiciones de lucha armada vivían en el pecho de sus hombres y mujeres.

Fidel estaba seguro de que el repudio a Fulgencio Batista y a su política de crímenes era tan grande, que tomando la fortaleza del Moncada se le podría derrocar, para lo cual pensaba movilizar al pueblo.

Y así se produce el 26 de julio de 1953.

Los insurgentes tenían prevista una variante si no se lograba la toma del cuartel, y era comenzar una guerra de guerrillas en las escabrosas montañas de la Sierra Maestra con las armas tomadas al enemigo, lo que sólo se pudo poner realmente en práctica tres años después, es decir, en 1956, tras el desembarco del *Granma*.

No es nuestro propósito narrar en esta ocasión los detalles históricos del heroico ataque a los cuarteles Moncada (de Santiago de Cuba) y Carlos Manuel de Céspedes (de Bayamo) por ciento sesenticinco combatientes, lo que como sabemos terminó con la derrota de los jóvenes, que obtuvieron dialécticamente una importante victoria política.

De los atacantes murieron sesentisiete. La mayor parte falleció después de haber caído prisioneros en manos del ejército batistiano; muchos de los combatientes fueron sometidos a bárbaras torturas.

El joven líder de la Revolución Cubana, empleando una táctica debida a la más cabal convicción en los principios, logra apartar de su pasión noble el odio infecundo al enemigo ocasional, en gran medida confundido por estar inmerso en un sistema esencialmente cruel. Siempre creyó en la Revolución de los brazos abiertos, la que así crece incesantemente y no se reduce jamás con el sectarismo paralizante.

Fustiga implacablemente a los jefes corrompidos del Ejército al que combate, pero trata de salvar a muchos de sus miembros de fila.

En *La historia me absolverá*, Fidel expresa sus ideas sobre el soldado al que se ve obligado a combatir. Sus concepciones tienen el peso positivo de las mejores tradiciones mambisas: respeto al adversario de fila, trato co-

rrecto y humano al prisionero, reconocimiento al valor del enemigo.

Estas consignas las llevó Fidel hasta sus últimas consecuencias.

En la cuna revolucionaria del Moncada ya se destacan esas verdades, que además han demostrado ser extraordinarias armas políticas en manos de quienes ejercen tales virtudes guerreras y revolucionarias.

Como Martí en el año 1895, Fidel en 1953 plantea sólo la guerra como el último de los recursos. Inicialmente trata de arrumbar su política por los caminos de la lucha cívica, pero fue el tirano quien impidió esa vía, haciéndola imposible. Fue entonces que la Generación del Centenario desenfundó las armas para vencer o morir.

En el documento histórico del Moncada, Fidel expuso que, incluso ya con el dedo en el gatillo, trató de no derramar la sangre de cubanos:

> No fue nunca nuestra intención luchar con los soldados del regimiento, sino apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad; defender los grandes intereses de la nación y no los mezquinos intereses de un grupito; virar las armas y disparar contra los enemigos del pueblo, y no contra el pueblo donde están sus hijos y sus padres; luchar junto a él, como hermanos que son, y no frente a él, como enemigos que quieren que sean; ir unidos en pos del único ideal hermoso y digno de ofrendar la vida, que es la grandeza y felicidad de la patria. A los que dudan que muchos soldados se hubieran sumado a nosotros, yo les pregunto: ¿Qué cubano no ama la gloria? ¿Qué alma no se enciende en un amanecer de libertad?[23]

Nada de subestimar al enemigo y tampoco su valor digno de mejor causa. Siempre justo, no ofende al opositor innecesariamente. Ante sus jueces y sus custodios militares, reconoce las virtudes de los hombres que murieron frente a él, combatiéndolo:

> Como quiero ser justo antes de todo, no puedo considerar a todos los militares solidarios de esos crímenes, esas manchas y esas vergüenzas que son obra de unos cuantos traidores y malvados, pero todo militar de honor y dignidad que ame su carrera y quiera su institución, está en el deber de exigir y luchar para que esas manchas sean lavadas, esos engaños sean vengados y esas culpas sean castigadas si no quieren que ser militar sea para siempre una infamia en vez de orgullo.

Agregó Fidel:

> Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarría, el teniente Campa, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballerosamente a los detenidos. Si hombres como esos no hubieran salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas, hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina que un uniforme.
>
> [...] El soldado es un hombre de carne y hueso, que piensa, que observa y que siente. Es susceptible a la influencia de las opiniones, creencia, simpatías y antipatías del pueblo. Si se le pregunta su opinión dirá que no puede decirla; pero eso no significa que carezca de opinión. Le afectan exactamente los mismos problemas que a los demás ciudadanos conciernen; susbsistencia, alquiler, la educación de los hijos, el porvenir de estos, etcétera. Cada familiar es un punto de contacto inevitable entre él y el pueblo y la situación presente y futura de la sociedad en que vive. Es necio pensar que porque un soldado reciba un sueldo del Estado, bastante módico, haya re-

[23] Fidel Castro: ob. cit., p. 23-24.

imponen sus necesidades como miembro de una familia y de una colectividad social.[24]

Hijos de un mismo pueblo, hubo soldados del régimen batistiano que, incluso en el propio juicio del Moncada, expusieron la verdad de los hechos. Y Fidel, combatiente del honor y de la verdad, expresó:

> ¡Qué sentido del honor tan grande el de esos militares, modestos técnicos y profesionales del Ejército, que al comparecer ante el tribunal no desfiguraron los hechos y emitieron sus informes ajustándose a la estricta verdad! ¡Esos sí son militares que honran el uniforme, esos si son hombres! Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre es capaz de manchar su vida con la mentira o el crimen. Yo sé que están terriblemente indignados con los bárbaros asesinatos que se cometieron, yo sé que sienten con repugnancia y vergüenza el olor a sangre homicida que impregna hasta la última piedra del cuartel Moncada.[25]

Y expresa su indignación porque los oficiales convertidos en vulgares asesinos de los jóvenes revolucionarios prisioneros no supieron hacer honor a los otros soldados que se comportaron con dignidad:

> Los que asesinaron a los prisioneros no se comportaron como dignos compañeros de los que murieron. Yo vi muchos soldados combatir con magnífico valor, como aquellos de la patrulla que dispararon contra nosotros sus ametralladoras en un combate casi cuerpo a cuerpo o aquel sargento que, desafiando la muerte, se apoderó de la alarma para movilizar el campamento. Unos están vivos, me alegro; otros están muertos: creyeron que cumplían con su deber y eso los hace para mí dignos de admiración y respeto; sólo siento que hombres valerosos caigan defendiendo una mala causa. Cuando Cuba sea libre, debe respetar, amparar y ayudar a las mujeres y los hijos de los valientes que cayeron frente a nosotros. Ellos son inocentes de las desgracias de Cuba, ellos son otras víctimas de esta nefasta situación.[26]

Estas ideas, expresadas por Fidel cuando es un prisionero de aquel ejército altamente corrompido, sobre todo en sus mandos superiores, no fueron sólo las palabras de un prisionero, pues en la lucha guerrillera librada desde fines de 1956 hasta el primer día de enero de 1959, la Comandancia General del Ejército Rebelde mantuvo siempre un trato de altos valores humanistas con el enemigo.

Recuérdese que cuando la contraofensiva guerrillera, librada en el verano de 1958 contra diez mil soldados, hace más de cuatrocientos prisioneros, los entrega a la Cruz Roja en plena Sierra Maestra, a pesar de que el ejército enemigo asesinaba a nuestros combatientes.

En las arenas de Playa Girón las fuerzas revolucionarias y socialistas hicieron mil ciento setentinueve prisioneros de la brigada mercenaria, organizada y dirigida por el gobierno de los Estados Unidos. No se les fusiló como traidores a la patria. Se les cambió al gobierno extranjero que los envió a Cuba, por medicinas y compotas para niños por un valor de sesentidós millones de dólares.

En el histórico juicio por los sucesos del Moncada, realmente fue Fidel quien sentó en el banquillo de los acusados a todo un sistema social altamente corrompido, y fue implacable y justo al marcar para siempre al tirano que representaba aquel régimen que pretendió juzgarlo.

Fidel lo dijo claramente al expresar:

> A medida que se desarrolló el juicio, los papeles se invirtieron: los que iban a acusar salieron acusados, y los acusados se convirtieron en acusadores. No se juzgó allí a los revolucionarios, se juzgó para siempre a un señor que se llama Batista... *¡Monstrum horrendum...!* No importa que los valientes y dignos jóvenes hayan sido condenados, si mañana el

24 *Ibidem*, p. 24.
25 *Ibidem*, p. 48.
26 *Ibidem*, p. 59.

pueblo condenará al dictador y a sus crueles esbirros.[27]

Y eso lo expresó Fidel ante los cien soldados y oficiales que atestaban la sala del hospital donde se le juzgaba, para agregar:

> Veo que tengo por único público, en la sala y en los pasillos, cerca de cien soldados y oficiales, ¡gracias por la seria y amable atención que me están prestando! ¡Ojalá tuviera delante de mí a todo el Ejército! Yo sé que algún día arderá en deseos de lavar la mancha terrible de vergüenza y de sangre que han lanzado sobre el uniforme militar las ambiciones de un grupito desalmado. Entonces, ¡ay de los que cabalgan hoy cómodamente sobre sus nobles guerreras![28]

No fue sólo en aquella oportunidad cuando Fidel volcó sobre el tirano los epítetos que lo marcaron para siempre como ruin, soberbio, miserable, torpe, odioso, repugnante, agregando que:

> No tenía siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya el cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres. Hoy, que ya la verdad empieza a conocerse y que termino con estas palabras que estoy pronunciando la misión que me impuse, cumplida a cabalidad, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Al hablar de los crímenes que Batista ordenó contra los supervivientes del ataque al Moncara, dijo el jefe de la Revolución: "No fue nunca el tirano Batista un hombre de escrúpulos", y agrega que "Batista es además el más indigno de los que han nacido en esta tierra".[29]

El éxito definitivo de la táctica y de la estrategia revolucionaria dirigida por Fidel está inconmoviblemente asentado en el principio científico de la lucha de clases.

En *La historia me absolverá* hace una magistral interpretación marxista de la composición de las clases y capas sociales del pueblo de Cuba: "Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente con el suelo",[30] para exponer enseguida lo más trascendental de esta interpretación, al reiterar que entendía por pueblo

> *si de lucha se trata,* a los seiscientos mil cubanos sin trabajo; a los quinientos mil obreros del campo que sólo laboraban cuatro meses al año, pasando hambre y miseria sin tener tierra donde sembrar; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros; a los cien mil agricultores pequeños que trabajaban las tierras que no les pertenecían; a los treinta mil maestros y profesores, tan maltratados y malpagados; a los veinte mil pequeños comerciantes endeudados y arruinados por las crisis, víctimas de los malos funcionarios; a los diez mil profesionales que salían de los altos centros de enseñanza llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida.[31]

Y agrega Fidel a sus jueces: "¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: *te vamos a dar, sino: ¡aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!*"[32]

La interpretación marxista de la sociedad, la lucha de clases entre los explotados y los explotadores resalta en cada palabra de *La historia me absolverá.* Si la palabra marxismo

27 *Ibidem*, p. 12.
28 *Ibidem*, p. 13.
29 *Ibidem*, p. 46.
30 *Ibidem*, p. 31.
31 *Ibidem*, p. 32. (El subrayado es de A.N.J.).
32 *Ibidem*, p. 32-33.

no aparece, ello sólo se debió a una inteligencia y a una táctica razonable que la coronó en victoria; no obstante, en muchas expresiones del alegato contra la tiranía surgen las claras evidencias de que estamos en presencia de un luchador armado con toda la artillería leninista, de un ardiente defensor de los humildes, de un combatiente tenaz contra los explotadores a los que identifica como "la alta oligarquía que sin un gesto digno se plegó servilmente a los dictados del usurpador" y agrega que esos oligarcas se "hospedan en los más lujosos hoteles de los millonarios yanquis".[33]

Fidel desenmascaró las entrañas mismas del capitalismo al exponer el sentido clasista de la justicia que lo condenaba:

> Cuando vosotros juzgáis a un acusado por robo, señores Magistrados, no le preguntáis cuánto tiempo lleva sin trabajo, cuántos hijos tiene, qué días de la semana comió y qué días no comió, no os preocupáis en absoluto por las condiciones sociales del medio donde vive; lo enviáis a la cárcel sin más contemplaciones. Allí no van los ricos que queman almacenes y tiendas para cobrar las pólizas de seguro, aunque se quemen también algunos seres humanos, porque tienen dinero de sobra para pagar abogados y sobornar magistrados. Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas.[34]

Y no sólo en la *justicia* ejercida por las clases dominantes, sino en el conjunto del sistema que combate, ve las causas verdaderas del asesinato colectivo del pueblo.

> La sociedad se conmueve ante la noticia del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que se comete con tantos miles y miles de niños que mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte, parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios.[35]

El combate ideológico lo lleva Fidel sutilmente hasta ironizar contra los tres pilares fundamentales del sistema capitalista, al decir:

> Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo tal cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre *la libertad absoluta de empresa, garantías de capital de inversión* y *la ley de la oferta y la demanda*, como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes.[36]

Es más, en *La historia me absolverá*, se puede encontrar también un evidente elogio de Fidel a "las corrientes socialistas del mundo actual" [37], como expresa literalmente al decir que son estas ideas las que consignaron en la Constitución cubana de 1940 el principio de la función social de la propiedad.

Y el nombre de Lenin, junto al de Martí, no podía faltar en el juicio del Moncada: "Sí, leímos muchos [libros] y aún lo hacemos, cuando se puede, porque en la prisión de Boniato se nos han suprimido hasta las obras de Martí".

Y ante la pregunta: "Dice el informe de la policía que se le ocupó a Abel Santamaría alguna obra de Lenin, ¿puede ser cierto eso?" Fidel expresó: "Es posible, no lo niego, pues leemos todo tipo de libros; a quien no le haya interesado nunca la literatura socialista es un ignorante".[38]

Si bien el programa expuesto por Fidel en el juicio, como él mismo ha expresado, no fue

33 *Ibidem*, p. 68.
34 *Ibidem*, p. 39.
35 *Ibidem*, p. 38.
36 *Ibidem*, p. 40.
37 *Ibidem*, p. 80.
38 Marta Rojas: 1979, p. 50.

un programa socialista, el análisis que hace de la situación social del pueblo de Cuba sí es, como hemos dicho, marxista, y se basa claramente en la lucha de clases.

Esencialmente el programa revolucionario del Moncada estaba destinado para ser aplicado básicamente en la primera fase de la Revolución y lo componían cinco leyes, la primera de las cuales devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940, aclarando Fidel en aquella oportunidad que dicha ley estaría vigente hasta el momento en que el pueblo quisiese modificarla o cambiarla.

La segunda ley revolucionaria que se pondría en vigor inmediatamente que las fuerzas revolucionarias tomasen el poder concedería la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupaban parcelas de cinco caballerías (sesentisiete hectáreas), indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años.

La tercera ley, expuesta como las anteriores en el juicio que le siguió el batistato, otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar del 30% de las utilidades en todas las grandes empresas industriales mercantiles y mineras, incluyendo los centrales azucareros que constituyen la columna vertebral de nuestra industria.

Mediante la cuarta ley se concedería a todos los colonos el derecho a participar del 55% del rendimiento de la caña y corte mínimo de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos en sus tierras.

La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de los bienes a los malversadores de los gobiernos anteriores, incluyendo a sus causahabientes y herederos, lo que se aplicaría mediante tribunales especiales, debiendo pasar la mitad de los bienes recuperados por el Estado a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a instituciones hospitalarias. Igualmente el programa expuesto ante sus severos jueces y custodios, estatuía que la política de Cuba en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos de la América Latina, otorgándosele asilo a los perseguidos que luchaban por la libertad.

Anunció Fidel igualmente en su programa la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización de los *trusts* eléctrico y telefónico.

Todas estas leyes, sentenció Fidel, no se inspiraban en caprichos de los revolucionarios, sino en la propia Constitución de 1940, que proscribía el latifundio y establecía para el Estado el deber de asegurar a cada trabajador una existencia decorosa, es decir, que los revolucionarios se apoyaban hábilmente, como hemos dicho, para exponer su programa, en la Constitución que había sido aprobada por las propias clases dominantes que quisieron hacer de ella una mera cuestión formal sin ninguna vigencia real.

Pero las anteriores no fueron las únicas leyes y medidas que anunció Fidel en el Moncada, pues después de fustigar a los explotadores y a los esbirros señaló que el gobierno revolucionario que se establecería limpiaría sus instituciones de todos aquellos funcionarios venales y corrompidos, industrializaría el país, planificaría la economía movilizando todo el capital inactivo, que pasaba de mil quinientos millones de pesos en aquellos momentos del juicio del Moncada; igualmente la Revolución asentaría sobre sus parcelas, como dueños de las mismas, a los cien mil agricultores pequeños que pagaban rentas, para lo cual se establecería un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola, siendo expropiadas las tierras poseídas en exceso.

El programa del Moncada fue en su época el más completo proyecto de transformación de nuestra sociedad y nuestra naturaleza.

Fidel, preso y juzgado, expuso su propósito de desecar las marismas y los terrenos pantanosos de nuestros país; habló de plantar viveros forestales, agregando que se llevaría la corriente eléctrica hasta el último rincón de Cuba, señalando como una *futura realidad* la aplicación de la energía nuclear a esta rama de la industria, lo cual abaratería enormemente su costo de producción:

> Un gobierno revolucionario, después de asentar sobre sus parcelas con carácter

de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procederían a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado[39]

El jefe de la naciente Revolución planteó resolver el problema de la vivienda, para lo cual se proponía rebajar el 50% de los alquileres; habló incluso de demoler las odiosas cuarterías donde se hacinaba nuestra población, y dijo que en su lugar se construirían "edificios modernos de muchas plantas y financiando su construcción de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista".

Fidel expuso igualmente que la Revolución procedería a la reforma integral de la enseñanza, recordando a este respecto las frases del Apóstol: "Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre".

Vaticinó Fidel en aquellas dramáticas circunstancias que "el campamento de Columbia debe convertirse en una escuela e instalar allí, en vez de soldados, diez mil niños huérfanos".

Después de fustigar al régimen batistiano, Fidel concluye su alegato:

> Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una República donde está de presidente un criminal y un ladrón.
>
> [...] En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruin y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.[40]

Tras la derrota del Moncada, la condena de quince años que el régimen batistiano ordena cumplir en la cárcel de Isla de Pinos, donde el pequeño grupo de combatientes amplía sus conocimientos marxistas con el estudio en la prisión, dándose el caso de que, por la ignorancia de los guardianes, se permitía la entrada de libros de Carlos Marx y, en cambio, se prohibían los de José Martí, y esto, porque Fidel había dicho que el autor intelectual del ataque al Moncada había sido nuestro Apóstol, y, además, porque el libro fundamental de Marx, *El capital*, parecíales a los carceleros un título, digamos, inofensivo para el régimen burgués.

En la prisión, junto a los jóvenes combatientes, también estaban algunos de los militantes del Partido Socialista. Se comprueban muchas coincidencias ideológicas.

Los combatientes del Moncada fueron excarcelados gracias a un pujante movimiento de masas y por la necesidad que tenía el tirano de normalizar la situación política del país.

Pronto los revolucionarios, ante la imposibilidad de poder desarrollar una campaña pública contra la tiranía, se ven en la necesidad de embarcar hacia México, desde donde se prepara la expedición libertadora del *Granma*.

De los ochentidós combatientes que desembarcaron, pronto quedan reducidos a siete hombres armados al cabo de un mes de estar en las montañas. Un año después ya son cien, y después de dieciséis meses de combate la tropa guerrillera llega a ciento ochenta hom-

39 Fidel Castro: ob. cit., p. 59.

40 *Ibidem*, p. 83-84.

bres. Y ya con estas fuerzas se abren tres frentes, uno mandado por Juan Almeida, cerca de Santiago de Cuba; otro por el Che en la propia Sierra Maestra, y otro comandado por Raúl en la zona norte de Oriente, más la Columna Uno José Martí, al mando de Fidel, formada por unos ochenta combatientes, contingente que fue la escuela de donde salieron los demás cuadros guerrilleros.

La masa popular, descreída durante largas décadas por tanto engaño de sus antiguos caudillos, va tomando conciencia de su poderío a medida que su vanguardia va nutriendo con gente nueva la guerrilla heroica. El prestigio de la guerrilla va en aumento y se forja una conciencia combatiente día a día, tanto en la Sierra como en el llano.

En nuestras ciudades, un poderoso movimiento revolucionario, que tiene como núcleo al Ejército Rebelde, se expande principalmente alrededor del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

A medida que se profundizaba la lucha, la guerrilla iba destruyendo el aparato militar, sostén no sólo de Batista, sino de la influencia principal del imperialismo en nuestra patria.

Al mismo tiempo se movilizaron las fuerzas tradicionales con sus corrientes proyanquis y anticomunistas que eran de tal magnitud y vigencia todavía en Cuba, que aun en medio de la lucha los comunistas tenían que ser excluidos de cualquier posible acuerdo público.

Fidel mantenía la política de no pactar con los partidos tradicionales y al mismo tiempo no aceptar la exclusión del Partido Socialista Popular, y así algunos cuadros de esa organización pasaron al movimiento guerrillero.

En aquellas circunstancias, Batista quiso celebrar en junio de 1958 las elecciones, dentro del sistema de la llamada democracia representativa. Los políticos tradicionales desean de nuevo el juego y rejuego de las soluciones electoreras y parte del movimiento revolucionario es influido por esas tesis.

Fidel desde las montañas pone condiciones que el tirano consideró de imposible aceptación, como que se le entregara la provincia de Oriente con todas sus armas como garantía de que se respetaría la voluntad popular en aquellas elecciones; otros plantearon la huelga general para producir el derrocamiento del régimen, exponiendo aquellos que estaban dadas todas las condiciones para el éxito de un movimiento obrero revolucionario.

Mientras Fidel veía la guerrilla como una fuerza en desarrollo que liquidaría totalmente a Batista, otros veían la guerrilla sólo como una fuerza agitadora que daba prestigio al movimiento de masas. Unos conspiraban directamente contra Batista, mientras que Fidel lo hacía contra la conspiración de los militares, exponiendo que si ocurría un golpe militar la guerra continuaría hasta la victoria final.

A sólo siete años de haber pronunciado su inolvidable alegato en el Moncada, y a sólo veinte meses de la victoria de la insurrección, ya en sus funciones de Primer Ministro y Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel tiene la satisfacción de dirigirse al pueblo para decirle con sencillez que el programa expuesto en *La historia me absolverá* se ha cumplido cabalmente, y sin tregua traza las nuevas metas a las cuales se encamina la Revolución. En una parte de su intervención dijo el 17 de octubre de 1960:

> Hay dos cosas esenciales que son estas: 1) línea futura de la Revolución para que todo el mundo sepa a qué atenerse, 2) programa que la Revolución ha cumplido hasta hoy. Yo creo que estos dos días han sido dos días históricos por cuanto se ha cumplido el programa del Moncada que ha sido el documento que guió la conducta del Gobierno Revolucionario y el documento que guía, los principios que guían, la conducta del Gobierno Revolucionario en este momento.

Más adelante, Fidel en su intervención decía: "Nuestros sueños de ayer son las leyes de hoy."

El 13 de octubre de 1960 se habían dictado las leyes nacionalizadoras de las grandes empresas industriales y comerciales, así como de los bancos y de trecientas ochentidós grandes

empresas, entre ellas ciento cinco centrales azucareros.

El problema de la vivienda, uno de los más difíciles de resolver en el mundo, se comienza a abordar con la creación del Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas, y recibe un decisivo impulso en octubre de 1960 con la promulgación de la Ley de Reforma Urbana que hizo propietarios a cientos de miles de inquilinos. Algún tiempo antes se había promulgado la Ley de Alquileres, mediante la cual se rebajaron las rentas hasta en un 50%.

En síntesis, esta Ley estableció el derecho del ser humano a la vivienda.

El programa moncadista se cumplió en todas sus partes y aun se superó bajo la dirección de Fidel, lo que acrecentó en el pueblo su confianza en la nueva etapa socialista que se abría.

No obstante la victoria obtenida, Fidel siente la necesidad, en el momento justo y oportuno, de explicarle al pueblo su ideología, y con humildad conmovedora, en enero de 1962, poco después de constituirse el Partido Unido de la Revolución Socialista, preámbulo del actual Partido Comunista de Cuba, pregunta:

> Ahora bien, ¿soy en este momento un hombre que he estudiado a fondo toda la filosofía política de la Revolución, toda la historia? No. No la he estudiado a fondo. Desde luego, soy un absoluto convencido, y tengo el propósito —que es el propósito que debemos tener todos— de estudiar. Recientemente, buscando unos libros por ahí, sobre *El Capital*, me encontré que yo, en mi época de estudiante, había leído hasta la página 370 de *El capital*. Llegué hasta ahí.
>
> Tengo el plan, cuando tenga tiempo, de continuar estudiándome *El Capital*, de Carlos Marx [...].
>
> [...] ¿Creía el primero de enero? ¿Creía el 26 de julio? ¿Lo entendía como lo entiendo hoy, después de casi diez años de lucha? No, no lo entendía como lo entiendo hoy, hay una gran diferencia. ¿Tenía prejuicios? Sí, tenía prejuicios. Cuando el 26 de julio, sí. ¿Puedo llamarme un revolucionario cabal? ¿Me podría llamar un revolucionario cabal el primero de enero? No, me podía llamar un revolucionario casi cabal. ¿Me puedo llamar un revolucionario cabal hoy? Eso significaría que me siento satisfecho de lo que sé, y no estoy satisfecho, desde luego. ¿Tengo alguna duda sobre el marxismo, y entiendo que algunas interpretaciones se equivocaron, que hay que revisarlas? ¡No tengo la menor duda!
>
> Yo creo que todos nosotros tenemos mucho que estudiar. ¿Soy un convencido revolucionario? Sí, soy un convencido revolucionario, eso sí. Para algunos que a veces se han preguntado... a mí me han preguntado algunas personas si yo pensaba cuando lo del Moncada como pienso hoy. Yo les he dicho: "Pensaba muy parecido a como pienso hoy". Esa es la verdad...

Agregó que su programa del 26 de julio de 1953

> fue escrito con el cuidado suficiente para exponer una serie de puntos fundamentales evitando, al mismo tiempo, hacer planteamientos que pudieran dar lugar a que el campo de acción nuestro dentro de la Revolución quedara limitado, que hiciera que el movimiento que nosotros creíamos que podía llevar al derrocamiento de Batista se quedara muy reducido y muy limitado. Es decir, que había que tratar de que ese movimiento fuera lo más amplio posible.

Diez años después de las anteriores palabras, el día 22 de junio de 1972, Fidel amplía aquellos conceptos. En la Universidad Carolina de Praga sentencia:

> Sería interesante tal vez exponer aquí que el programa del Moncada todavía no era un programa socialista.
>
> Era un programa avanzado, era —como hemos explicado en otras ocasiones— la máxima aspiración que en esa época y dentro de las condiciones objetivas y subjetivas podíamos plantearnos. Ahora bien, nosotros sí éramos socialistas, noso-

tros sí habíamos tenido oportunidad de estudiar las obras fundamentales de Marx, de Engels y de Lenin.

En realidad, puede decirse que el proceso revolucionario de Cuba es la confirmación de la fuerza extraordinaria de las ideas de Marx, de Engels y de Lenin.

Deseo afirmar aquí que no se habría podido ni concebir siquiera la revolución cubana —un acontecimiento que parecía muy difícil, un acontecimiento que para muchos constituía un imposible— no se habría podido concebir ni aplicar si no es partiendo de las ideas esenciales y de los principios del marxismo [...]

Nuestro proceso revolucionario no parte de una conciencia socialista previa en las masas, sino todo lo contrario. En el orden subjetivo existía el descontento por la pobreza, por el desempleo, por la opresión material y moral, pero no existía una conciencia de las causas de esos problemas y se atribuía muchas veces a otros factores: gobiernos incapaces, gobiernos corrompidos, privilegios. Pero todavía la gran masa no tenía una conciencia de los problemas esenciales y de las causas fundamentales de su propia situación.

Como hemos visto, en el proceso inicial de la Revolución Cubana los hechos fueron por delante de las palabras.

La campaña anticomunista que había engañado durante décadas a amplias masas del pueblo había llegado a tal grado que aun viviendo ya en una sociedad socialista y apoyándola en los hechos con las armas en la mano, la masa fundamental no estaba de acuerdo en teoría con el socialismo, aunque sí con sus realizaciones.

Se evidenciaba que el anticomunismo, como reflejo condicionado, funcionaba aún en aquellos hombres y mujeres del pueblo. Sólo la experiencia histórica, la evidencia de los hechos y el desarrollo de su cultura política los llevaría al camino que ellos mismos habían ido construyendo con su heroísmo diario.

Al fin el prejuicio cedió y la verdad pudo más que la mentira. Ese proceso de desarrollo de la conciencia marxista-leninista culminó el 16 de abril de 1961, cuando el pueblo enterraba a sus héroes ametrallados por los aviones invasores, en el preludio del ataque a Playa Girón, tras lo cual las Milicias Nacionales Revolucionarias fueron al combate gritando su consigna de ¡Muerte al invasor! ¡Viva el Socialismo!

Fue en aquella oportunidad en que Fidel expuso el carácter socialista de nuestra Revolución.

Al mirar hacia atrás, resulta la moraleja de que la experiencia cubana demuestra, como cualquier otra Revolución, que lo difícil es que la mentira triunfe y que el engaño se haga permanente.

Se había luchado exitosamente contra la muralla de prejuicios propagados por la reacción, para lo cual fue necesario actuar escalonadamente. Una imprudencia en el lenguaje, y el valladar se hubiera levantado en vez de ceder. En el alegato de *La historia me absolverá* en 1953, Fidel había hablado de la necesidad de hacer la *revolución;* en los primeros meses del poder, en 1959, cataloga el proceso como *revolución social* y sólo en 1961 explica al pueblo el carácter *socialista* de la revolución.

En la consolidación de las victorias de la Revolución Cubana, la ayuda moral y material de los pueblos y algunos gobiernos ha sido decisiva, especialmente la gran coperación de los países socialistas y, en particular, la recibida de la Unión Soviética.

Hoy, a la distancia histórica de más de cien años de La Demajagua y a treinta años del Moncada, podemos proclamar ante la humanidad a la que queremos servir, y ante los libertadores del 68, del 95 y del 53:

La bandera de la patria ha avanzado hacia posiciones de vanguardia y la tiene en sus manos todo un pueblo que marcha hacia adelante con su Comandante en Jefe al frente como en los días heroicos de ayer lo hicieron Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí, Mella y Guiteras, Frank y Camilo y el inmortal guerrillero Ernesto Che Guevara.

GILBERTO VALDES

Crítica a la utopía existencialista sobre la Revolución Cubana

En la tesis "Sobre la lucha ideológica" del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba se consigna en relación con el desenmascaramiento de las falsas interpretaciones sobre la Revolución Cubana:

> Algunos ideólogos burgueses tratan de presentar el carácter socialista de la Revolución Cubana y su ideología marxista-leninista como un fenómeno circunstancial, que pudo o no ser así, y que siguió ese camino bajo la presión de la política agresiva aplicada contra Cuba por el gobierno de los Estados Unidos; son afines a este criterio los que plantean que el rumbo socialista le fue "impuesto" a nuestra revolución de manera "voluntarista".[1]

Más adelante, expresando la esencia de aquellas interpretaciones, se enumeran los juicios más comunes presentes en la tergiversación de nuestro proceso por parte de los ideólogos burgueses y, en especial, por los representantes de una vasta y contradictoria corriente pequeñoburguesa internacional:

> Hay enemigos de la Revolución que deforman y tergiversan la experiencia política de nuestra lucha insurreccional; desconocen intencionadamente el programa del Moncada; analizan en forma esquemática y unilateral el papel del Ejército Rebelde; divorciándolo de sus amplios objetivos democráticos, de su sólida base social y de la decisiva política de unidad con que Fidel condujo en todo momento la lucha. También los hay que tergiversan algunas características originales de nuestro proceso, intentando demostrar que la Revolución Cubana es una "excepcionalidad irrepetible", o que su experiencia niega la tesis marxista-leninista acerca de

[1] Tesis "Sobre la lucha ideológica" en *Tesis y resoluciones*. Primer Congreso del PCC, La Habana, 1976, p. 230.

la necesidad del partido de la revolución socialista.[2]

A raíz del triunfo de enero de 1959 dicha corriente, expresión típica de la conciencia "infeliz" o "arrepentida" de Occidente, volcó su sofisticado instrumental de laboratorio ideológico en la recogida de "datos", "muestras" y "signos" del fenómeno cubano para especular sobre una pretendida negación del "fosilizado" pensamiento marxista-leninista, y la posibilidad de una apertura al socialismo, pronosticada "libre y humanista" —lo que en ese idioma equivale: sin dictadura del proletariado— que recuperara las ilusiones perdidas del pequeñoburgués liberal con el "totalitarismo", su visión deformada del socialismo.

Las medidas revolucionarias que liberaron y dignificaron al hombre cubano, en especial a las masas obreras y campesinas, verdaderas protagonistas de la gesta emancipadora, el comienzo del fin de la explotación del hombre por el hombre en nuestro país, y la aparición radiante de Cuba como sujeto histórico con su propia personalidad en el escenario continental y mundial pretendieron ser capitalizados desde el inicio por los más connotados representantes del liberalismo antropológico. La ideología burguesa en su estado "puro" perdía efectividad ante tales circunstancias. Había, pues, que generar como último recurso una nueva utopía para influir en la marcha futura de los acontecimientos y evitar de esta forma el verdadero progreso social.

La celeridad con que se armonizan y continúan la fase democrático-revolucionaria y antimperialista con las tareas de la construcción del socialismo hacía inoperante la influencia basada en teorías burguesas de corte tradicional. Los centros imperialistas de diversionismo ideológico no descartaron, en este sentido, ninguna opción que permitiera impedir el proceso real de sustitución de la conciencia social burguesa por la socialista en nuestra patria. Dicha opción no tardó en expresarse: algunos, por propia convicción; otros con fines inconfesables tras hábitos académicos, y todos por no sobrepasar los límites lógicos de la cosmovisión burguesa, consideraron imprescindible imponerle "paternalistamente" al proceso cubano una conciencia *sui generis* que evitara a tiempo la maduración de la estrategia leninista. Las necesidades metodológicas para la construcción de esa teoría fueron cubiertas, en gran medida, por el "neomarxismo" existencialista, en especial por su variante sartreana.

La tergiversación de la experiencia cubana por el existencialismo no podía verse como un hecho aislado, coyuntural, externo a dicha doctrina. Por el contrario, la singularidad de la primera revolución socialista del hemisferio occidental, hiperbolizada por la percepción empírica que no descubre la acción de las leyes y regularidades presentes en ella, suscitaba un atractivo en la filosofía existencial para la especulación y aplicación de todos sus principios fundamentales. Partiendo de esa premisa es que entendemos la extensión de esta corriente hacia el movimiento de liberación nacional del llamado tercer mundo como un tránsito contradictorio, donde la salida del eurocentrismo, y la búsqueda de alternativas liberadoras que confirmen sus tesis antropológicas en los países subdesarrollados, coincide con sutiles pretensiones anticomunistas al absorber tipicidades, construir especulativamente y devolverles su imagen deformada por la absolutización de la autoctonía frente al socialismo real y el movimiento obrero y comunista mundial.

En este contexto, la crítica marxista-leninista de la interpretación de Jean-Paul Sartre sobre la Revolución Cubana constituye un momento importante de la lucha ideológica contra todas las formas francas o veladas del anticomunismo contemporáneo. Ello es aún más necesario si tomamos en cuenta que la interpretación sartreana aglutina e irradia, por el peso intelectual de su influencia, una amalgama de juicios empíricos y subjetivos que dieron lugar, en las décadas precedentes, a una profusión de deducciones anarquistas, trotskistas y maoístas, así como especulaciones del revisionismo de derecha con la pretensión común de ser teorizadas como rechazo o "superación" de la estrategia y la táctica del leninismo en el proceso revolucionario mundial y latinoamericano en particular.

[2] *Idem*, p. 231.

Aunque nuestro pueblo se manifestó inmune a esta influencia y supo discernir con nitidez las viejas ideas parapetadas en esas "novedosas" teorías sobre nuestra realidad, no es menos cierto que la formación de la conciencia social socialista no podía eludir el combate contra cualquier expresión de la ideología burguesa que pretendiera "capitalizar" la Revolución para sus concepciones seudorrevolucionarias, de franco matiz anticomunista. La presencia del filósofo francés en nuestra patria al triunfo de la Revolución y sus intentos por tergiversar el carácter de esta, de tomar la experiencia revolucionaria cubana —entonces a título de apoyo de intelectual progresista europeo— como base de un sutil anticomunismo que se hará más franco en los años posteriores, hasta su fallecimiento en 1980, justifican el tema del presente trabajo. Hemos considerado exclusivamente aquellos textos dedicados a Cuba, sin proponernos ahondar en los nexos lógicos que guardan con el grueso de su teorización filosófica y su actividad política.

Nuestra crítica no esquiva el reconocimiento ni minimiza la dimensión de la influencia del pensamiento y la actividad de Sartre sobre vastos grupos de intelectuales a raíz de la segunda posguerra. El formalismo, la evasión intelectual, las ilusiones acerca de la pureza del arte y el artista, el horror frente a la política, entre otros mitos de la cultura burguesa dominante, se quiebran ante la convulsa historia europea de la guerra, los campos de concentración y la crisis capitalista, por una parte, y la aurora roja vencedora del nazifacismo por otra. Sartre, formado por esa misma cultura, saltará a la historia para comprometerse, a su manera, contradictoriamente, con algunos momentos de su tendencia progresiva. Ese salto, no hay dudas, contribuyó a la formación de una conciencia crítica, rebelde, que en muchos casos, y por diversas razones, devino un primer nivel hacia posiciones de ruptura más consecuentes con el orden burgués, allí donde no se estanca y retrocede.

El existencialismo creyó encontrar en la originalidad de la experiencia cubana un interlocutor simbólico para muchos de sus principios. Por ello, la crítica de sus impresiones sobre Cuba y la revolución latinoamericana no puede realizarse desconociendo aquellos factores históricos, sociales e ideológicos que, esquematizados unilateralmente, sirvieron de premisas a los razonamientos de Sartre. De igual forma, al indagar en ello debe tenerse en cuenta la tradición metodológica intuitivista del pensamiento latinoamericano y su absolutización de la especialidad de la América Latina, en que se inserta la utopía sartreana sobre Cuba. Los ecos de la interpretación existencialista del proceso revolucionario en nuestra patria representan precisamente el agotamiento de las posibilidades creativas progresistas de esta tradición, y a la vez indican la única salida consecuente para superar dicha crisis.

Distantes ya, anacrónicas y empequeñecidas en extremo por la práctica revolucionaria, las ideas sartreanas sobre Cuba, no por considerarlas historia "archivada" dejan de encarnar tendencias ideológicas permanentes, recogidas y alentadas por la propaganda imperialista contra los procesos de liberación nacional y la unidad de la lucha por la democracia y el socialismo en Latinoamerica y el Caribe. Por ello se precisa develar la verdadera esencia anticomunista de las apreciaciones de Sartre en torno a la Revolución Cubana y su destino, independientemente de su ropaje de "izquierda", de la autoconvicción del autor sobre su pensamiento libertario y del modo en que fueron recibidas por ciertas zonas de nuestra intelectualidad en los inicios del triunfo revolucionario.

La crítica de los contenidos de la interpretación de Jean-Paul Sartre sobre la naturaleza del proceso cubano posee, en realidad, valor metodológico perenne en la medida en que los juicios expuestos en ella perviven, bajo nuevas formulaciones, en las actuales corrientes antileninistas de interpretación de la realidad latinoamericana. La Revolución Cubana ha sido objeto de múltiples interpretaciones a lo largo de su itinerario. Si hacemos abstracción de aquellas de burda factura anticomunista, encontramos cómo lo nuevo que ella ha aportado al proceso revolucionario mundial se ha querido insistentemente oponer a las regularidades que condicionaron la sucesión de sus etapas. Detrás de esa aparencial sobrestimación

se esconde la tesis de su irrepetibilidad o la construcción caricaturesca de un modelo desnaturalizado que devenga fórmula ahistórica para todos los movimientos de liberación nacional.

Las tesis de Sartre, insertadas instintivamente y aún sin plena autoconciencia en el marco de la política imperialista del "tendido de puentes" —que en este caso resulta modificada al proponerse impedir la integración perspectiva de Cuba en el sistema socialista mundial— coincide con la divulgación durante la década del 60 de teorías apologéticas tecnocráticas de matiz convergente, así como con la teoría de la desideologización que buscan erosionar desde adentro al socialismo, luego del rotundo fracaso de las políticas de "liberación" de las naciones "comunistas". La argumentación teórica que subyace en sus juicios sobre Cuba concuerda en no pocos aspectos con la de algunas de estas orientaciones de la estrategia del imperialismo. Por tal motivo, en el trigésimo aniversario del asalto al cuartel Moncada la lucha teórico-ideológica contra los mitos de la filosofía burguesa del imperialismo, el reviosionismo y el oportunismo contemporáneos acerca de la Revolución Cubana exige el máximo de rigor científico, creatividad, constancia y unidad de esfuerzos para que se cumpla exitosamente su profundo cometido revolucionario.

II

La primera evidencia que descubre cualquier crítico marxista-leninista de la falsificación sartreana sobre el proceso revolucionairo cubano es su apriorismo. Sartre, más que interpretar objetivamente una realidad, tomará de ella de forma unilateral y subjetiva aquellos elementos que se acomoden a su esquema idealista previo. La tesis irracional de que en el hombre la existencia precede a la esencia, con la que se define a este como un ser abolutamente libre e indeterminado, por encima de las relaciones sociales concretas que lo condicionan, va a ser trasplantada dogmáticamente por Sartre en la caracterización de la Revolución Cubana, así como en el peculiar pronóstico de su desarrollo.

El análisis existencialista sobre la Revolución Cubana en gran medida culmina y agota toda una historia de las relaciones entre la metodología del irracionalismo europeo y la América Latina. Desde las primeras décadas del presente siglo, pensadores como Spengler y Ortega y Gasset, seguidos por otros intelectuales europeos y norteamericanos, y por una pléyade de pensadores latinoamericanos formados en esa tradición intuitivista, asignaron a la América Latina un "ritmo cósmico" y un "destino" equidistante de la decadencia de la civilización burguesa occidental y del presunto "caos" que significaba la Revolución de Octubre. Se forjó, de esta manera, una nueva utopía sobre el Nuevo Mundo que, si bien ayudó en parte a formar una idea, de carácter sicológico-emotivo, sobre la autoctonía del Continente, sirvió preferentemente como freno a la influencia del marxismo-leninismo en el pensamiento latinoamericano.

Sartre, sin lugar a dudas, se inserta en esta tradición, adaptándose a las condiciones históricas radicalmente nuevas que provoca el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Pero su tono " izquierdista" no impide que con él se verifique la crisis definitiva de toda una metodología irracional frente a la justeza y la cientificidad del marxismo-leninismo en la transformación e interpretación de la realidad latinoamericana.

En su trabajo "Ideología y Revolución", Sartre ofrece la clave de su enfoque empirista y subjetivo sobre la esencia de la Revolución Cubana:

> Hace unos días me hicieron en la Universidad una pregunta que me reprocho de haber respondido con demasiada brevedad: "¿Se puede hacer una Revolución sin ideología?"
>
> [...] Lo que sorprende primero en Cuba —sobre todo si se han visitado los países del Este— es la ausencia aparente de ideología. Sin embargo, no son ideologías lo que falta en este siglo: aquí mismo tienen representantes que os ofrecen por todos lados sus servicios. Vuestros diri-

gentes no las ignoran: simplemente no las emplean.[3]

Según sus argumentos, en Cuba existía el reflejo de dos tipos de ideología, una "salvaje" que mantenía aletargado al pueblo bajo la explotación capitalista, y otra más elaborada con "un programa político y social definido y hasta el estudio de los medios propios para realizarlos".[4] Se refería, obviamente, al marxismo-leninismo. La Revolución Cubana, según su criterio, rechazó ambas: surgió sin previa definición ideológica, fruto inmediato de una acción mistificada. La irracionalidad de tal criterio no emana, en modo alguno, de una observación directa y circunstancial de nuestro proceso revolucionario, como pudiera parecer a simple vista. Si bien admitimos el desconocimiento del intelectual francés que nos visita en los albores del triunfo, sobre la dialéctica de los factores objetivos y subjetivos que conducen, con fuerza legal, al primero de enero de 1959, no por ello estamos obligados a reconocer, en el más mínimo grado, la ingenuidad que nunca existió. Cuba debía, pues, corroborar viejas ideas. La Revolución debía mitificarse para que engranara, a título de ejemplo, en los principios existencialistas a los que había dedicado una larga y sistemática especulación. En fecha tan temprana como 1946 Sartre publicaba en *Temps Modernes* un artículo sobre "Materialismo y Revolución":

> El hombre revolucionario, según lo que él mismo pretende, es un ser contingente, injustificable pero libre, enteramente sumergido en una sociedad que lo oprime, pero capaz de superar esa sociedad por sus esfuerzos para cambiarla. El idealismo lo desfigura puesto que lo amarra a derechos y valores dados, le oculta su poder de inventar sus propios caminos. Pero el materialismo también lo desfigura al robarle su libertad. La filosofía revolucionaria debe ser una filosofía de la trascendencia.[5]

La Revolución Cubana resultaba entonces verdadera precisamente por constituir un hecho insólito, extraño por igual al idealismo que niega la acción y al materialismo que la "dogmatiza" al cercenarle su pureza espontánea y su trascendencia. La vieja máxima de Tertuliano: "Creo porque es absurdo", se transfigura en la aparente admiración de Sartre que parece exclamar: "Creo en la Revolución, porque es insólita". Lo "imprevisible" del triunfo revolucionario será la prueba máxima de su autenticidad. Los revolucionarios cubanos, según su esquema, trascendieron las circunstancias de la dictadura porque no estuvieron atados a ninguna ideología que los paralizara en su entrega a la acción, ya que

> si el grupo acepta una ideología sin ambigüedad, esta lo llevará inflexiblemente a la integración. Por otra parte, lo que esta gane en fuerza lo perderá en flexibilidad: todo está previsto menos lo imprevisto —que surge para sacudir el edificio y que resulta más cómodo negar: nada ha ocurrido, nada ha pasado [...] El programa está hecho por anticipado; sobre él se calcan las planificaciones particulares...[6]

De lo anterior Sartre infiere la inexistencia de un proceso ideológico previo que conduzca a la vanguardia encabezada por Fidel a la Revolución. Este criterio, afirmado en los inicios de la década del sesenta, en la que aún pudiera ser comprensible, pese a su manifiesta intención apriorista, por la carencia de importantes documentos históricos que lo contradicen y que no tenían entonces amplia divulgación, va a ser sostenido por Sartre en lo adelante, a despecho de la verdad histórica, hasta que la evidencia termine por "defraudarlo" y reniegue de su antigua adhesión a la Revolución Cubana. La crítica de dicho enjuiciamiento no lo exime, por tanto, de su responsablidad, máxime cuando —afirma Rodney Arismendi— "Muchos parten de la repetida mención de Sartre y de su motejamiento de la revolución como 'pragmatista' (quiere de-

3 Jean-Paul Sartre: "Ideología y revolución", en *Sartre visita a Cuba*, La Habana, Ediciones R, 1960, p. 4.

4 *Idem.*, p. 3.

5 Jean-Paul Sartre: "Materialismo y Revolución", en *La República del silencio. Estudios políticos y literarios*, Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1960, p. 125.

6 Ob. cit. nota 3, p. 3-4.

cir ausente del proyecto teórico, conformada ante urgencias de la práctica inmediata)".[7]

"Sea cual fuera su rigor o la amplitud de sus experimentos, una ideología sobrepasa por muy breve margen al presente".[8] Con esta frase Sartre pretendía desideologizar la lucha revolucionaria que diera al pueblo cubano su liberación definitiva. El marxismo-leninismo quedaba, pues, sepultado en su pasado e inoperante en las condiciones cubanas.

La presencia indiscutible de un líder de la altura de Fidel Castro, no vinculado orgánicamente a un Partido Comunista y artífice de la extraordinaria victoria de 1959, parecía ser la confirmación de sus tesis sobre una posible auténtica revolución no comunista. Sartre se apresuró a declarar la "caducidad" de la estrategia leninista. Se trataba de una revolución "incondicionada", libre porque surgía, según su entusiasmo, "al margen de una concepción materialista del mundo" que la aprisionara. El grave error de Sartre, su utopía anticomunista venía a ser, paradójicamente, la contrapartida de un mismo pensamiento fosilizado que se expresará, según Carlos Rafael Rodríguez, en los siguientes términos:

> Una interpretación mecanicista, dogmática, basada en textos y resoluciones, conduciría a sostener que en las condiciones en que se desarrollaba aquel proceso no era posible esperar la culminación revolucionaria genuina, puesto que la hegemonía del proletariado no podía ejercerse mientras la cabeza dirigente de la revolución no fuera un Partido Comunista. Precisamente el gran mérito y el servicio mayor prestado a la Revolución por los comunistas cubanos consistió en comprender el concepto de hegemonía proletaria de un modo dialéctico y concreto y en darse cuenta a tiempo de que había surgido una dirección no inscripta orgánicamente en las filas comunistas pero capaz de conducir, con mano segura y firme, el proceso revolucionario no sólo hasta la emancipación nacional completa frente a todo el poderío imperialista sino también poner el rumbo hacia el socialismo y emprender su construcción.[9]

Sartre se equivoca doblemente: cuando cree advertir en el triunfo revolucionario la quiebra del leninismo, y cuando, atisbando la tendencia socialista del proceso, cree materializada la utopía de la fusión marxismo-existencialismo. En este sentido, su insistencia mayor estará dirigida a la falsificación de la lucha insurreccional, desarticulando la conjunción de lo particular y lo general en el curso de su desarrollo.

Allí donde admite cierta teoría de la revolución, la reduce a respuesta inmediata e intuitiva de una praxis concreta y parcial. Salta a la vista la superficialidad de tal enfoque en el que el análisis de clase está totalmente excluido de la definición de la ideología del proceso revolucionario cubano.

De esta forma, para Sartre el largo y complejo desarrollo del pensamiento revolucionario, su profundo carácter democrático, popular y antimperialista que hace posible el diseño de la acción para la victoria de 1959 queda limitado y simplificado en la siguiente frase: "Los primeros elementos de esa nueva teoría fueron dados por la práctica: Fidel Castro desembarcó un día en la Isla y subió a la Sierra".[10]

La realidad, lógicamente, era otra. En carta a Nico López desde el presidio de Isla de Pinos, Fidel afirmaba su profunda convicción sobre la vigencia de la preparación ideológica para el logro de sus objetivos liberadores: "De más está decirte que no considero que en la prisión se pierde inútilmente el tiempo. Por el contrario, aquí estamos preparando ideológica e intelectualmente a la vanguardia y los jefes de nuestro Movimiento".[11] En otro momento, desde la bien llamada prisión fecunda, Fidel explícitamente expone su enraizada concepción

7 Rodney Arismendi: *Problemas de una revolución continental*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1962, p. 198.

8 Ob. cit. nota 3, p. 5.

9 Carlos Rafael Rodríguez: *Cuba en el tránsito al socialismo*, La Habana, Editora Política, 1979, p. 113-14.

10 Ob. cit. nota 3, p. 10.

11 Mario Mencía: *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política, 1980, p. 196.

leninista. No en balde ha hecho su lectura, intensa, militante, de Marx, de Lenin:

> Condiciones que son indispensables para la integración de un verdadero movimiento cívico: ideología, disciplina y jefatura.
>
> Las tres son esenciales pero la jefatura es básica... No puede organizarse un movimiento donde todo el mundo se crea con derecho a emitir declaraciones públicas sin consultar con nadie; ni puede esperarse nada de aquel que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia tomen el sendero que estiman más conveniente desgarrando y destruyendo el vehículo. El aparato de propaganda y de organización debe ser tal y tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas o alzarse contra el movimiento. Las realidades de la política deben tomarse en consideración, es decir, tener bien puestos los pies sobre la tierra, pero sin sacrificar nunca la gran realidad de los principios.
>
> El programa debe abarcar amplia, concreta y valientemente los graves problemas económico-sociales que confronta el país, de modo que se pueda llevar a las masas un mensaje verdaderamente nuevo y prometedor.[12]

La cita anterior, por sí sola, desintegra el mito existencialista impulsado por Jean-Paul Sartre. Al decir de Walter Odajnyk sobre el libro del escritor francés sobre Cuba, "la descripción de Fidel Castro como el hombre de acción existencialista *por excellence* concuerda plenamente con la concepción de Sartre sobre la unión efectiva y práctica del existencialismo y el marxismo"[13] La composición clasista y la formación teórico ideológica de los asaltantes del Moncada, la plasmación acertada de los objetivos de la lucha en su primera gran etapa en *La historia me absolverá*, la creadora aplicación de la estrategia y la táctica leninistas desarrollada por Fidel en la lucha insurreccional, con todo lo que supone de estudio y maduración de la teoría política revolucionaria, será marginado en la interpretación sartreana en todos sus momentos.

La profunda necesidad histórica de nuestra revolución, su indiscutible sujeción a las leyes objetivas descubiertas por los clásicos del marxismo-leninismo para el tránsito de las revoluciones de nuestra época, desaparecen ante la visión espontaneísta y voluntarista del filosósofo francés. La creciente influencia del factor subjetivo para el logro del poder político de las clases explotadas se convierte, por obra y gracia de la mística existencialista sartreana, en una caricatura desnaturalizada del papel de la vanguardia. En sus notas periodísticas "Huracán sobre el azúcar" llega al simplismo más grosero al caracterizar así el 26 de julio de 1953:

> Se concibe que los propios oprimidos le temen a una metamorfosis tan aventurada mientras su condición siga siendo casi tolerable. Las masas sólo se deciden en último extremo y cuando ya lo han ensayado todo: ajuste de los intereses, concesiones mutuas, reformas. Y todavía ¿puede decirse que se deciden?
>
> Generalmente son obligadas a ello por grandes cataclismos.
>
> La bancarrota y el hambre, la guerra extranjera y la derrota, deciden por ellas y a veces fuerzan al propio partido revolucionario a asumir el poder en un momento inoportuno.
>
> Lo que me sorprende en Cuba es que las perturbaciones hayan comenzado tan bruscamente. Nada las anunciaba, no se preveía la menor catástrofe. Cuatro años antes un golpe de Estado había dado el poder a Batista y pocas gentes habían protestado: se resignaban a la dictadura por asco de sus asambleas charlatanas y podridas. Así las cosas, el 26 de julio de 1953, un joven abogado, Fidel Castro, se lanzó con un puñado de compañeros al asalto del cuartel Moncada. Lo apresaron,

12 *Idem*. p. 160.

13 Walter Odajnyk: *Marxismo y existencialismo*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1966, p. 17.

lo encarcelaron en una fortaleza y lo condenaron. La opinión pública no lo apoyó.[14]

Valoraciones como estas dan la tónica de la metodología seguida por Sartre en su interpretación de la Revolución. Su filiación idealista aflora aquí con nitidez al suprimir la determinabilidad dialéctica de las premisas materiales que engendran la decisión del Moncada. La combatividad de las masas contra la dictadura, en las múltiples formas en que se manifiesta, es preterida para presentar la acción de los asaltantes como una aventura surgida de una intuición inmediata, incondicionada. La práctica, vista en forma relativista y pragmática, le servirá para imaginar un camino revolucionario *sui generis* ajeno a lo previsto por la ideología marxista-leninista. Sobre la base de ese reflejo deformado pretenderá defender la existencia de una "filosofía de la praxis" en Marx, opuesta a la concepción "mecánica" del mundo que da Engels y que, según su criterio, prevalece en el movimiento comunista internacional. La Revolución Cubana es "praxis inmediata", la existencia de una teoría previa sólo la hubiese detenido: "Yo digo que la praxis de los hombres que desembarcaron con Fidel es irreductible: a las simples condiciones objetivas, las superan revelándolas. El sólo hecho de verlas para combatirlas implica una superación que es irreductible a un simple determinismo".[15]

Para Sartre la dialéctica materialista resulta una variante del "idealismo dogmático" que no deja lugar para la actividad del sujeto. El movimiento dialéctico, de esta suerte, sólo será registrado en la praxis humana, es decir, en su subjetividad absoluta, a través de la autorreflexión individual y no como reflejo de la actividad exterior. Se comprende de ello que la lucha contra el pretendido "dogmatismo" y "determinismo" es aquí la renuncia del materialismo dialéctico e histórico y la adopción del idealismo subjetivo y el relativismo extremo. Sartre repite las viejas impugnaciones del revisionismo, a saber: la identificación del determinismo dialéctico con el mecánico, la incomprensión del abismo existente entre el materialismo científico y el materialismo contemplativo anterior para justificar su enfoque "crítico".

"El seudomarxismo", nos dice Teodoro Oizerman, "no sólo constituye una astucia militar del adversario que se vale de la estrategia del caballo de Troya, sino que es un fenómeno ideológico más complejo, profundamente contradictorio que siguiendo una definición de V.I. Lenin podríamos caracterizar como el reflejo del marxismo en la conciencia burguesa".[16] De esta forma, el existencialismo sartreano, al pretender "restituir" la dialéctica del individuo en la concepción marxista-leninista del mundo, vacía a la misma de su contenido científico y le castra su esencia revolucionaria en aras de un romanticismo utopista pequeñoburgués.

Sartre visita a Cuba en plena etapa de su especulación "neomarxista". La sustitución de los principios dialécticos-materialistas por las tesis del pensamiento antropológico irracional se halla en la base de sus interpretaciones sobre el triunfo revolucionario en nuestro país. Cuba será para él la "piedra de toque" de sus ataques a la teoría científica y a la necesidad del partido marxista-leninista. Un anarquismo peculiar, que años más tarde teorizará a raíz de la llamada "revolución de mayo" de 1968 en París, lo llevará a afirmar en su citado trabajo sobre Cuba: "Un puñado de hombres ha conducido al pueblo a la asfixia: bastará que un puñado de hombres lo llame para que se levante, rompa la máquina infernal y la arroje al fondo del mar".[17]

En su apreciación, las masas no cuentan, y mucho menos la estructura orgánica de un Partido que las organice y oriente su lucha. A los ojos de Sartre la vanguardia revolucionaria cubana fue un grupo de hombres que se lanzaron espontáneamente a derrocar la dictadura sin diseñar previamente en teoría su actividad. Se trata de un impulso indefinible, de un salto inesperado que rompe la inercia

14 Jean-Paul Sartre: "Huracán sobre el azúcar", en *Sartre visita a Cuba*, p. 68-69.

15 Jean-Paul Sartre: "Una entrevista con los escritores cubanos", en *Sartre visita a Cuba*, p. 34.

16 T. Oizerman: "El materialismo histórico y la filosofía seudomarxista de la historia" en *Boletín de información bibliográfica* 1, La Habana, Departamento de Educación Interna del CC del PCC, marzo de 1977, p. 88.

17 Ob. cit. nota 14, p. 107.

de la mayoría y supera el orden de cosas existentes. Sólo la acción armada, empíricamente entendida, produjo la revolución. Basta la decisión de un grupo, repite Sartre, para llegar al poder. Otra cosa muy distinta pensaba Fidel en 1954, cinco años antes del triunfo:

> Considero que en estos momentos la propaganda es vital; sin propaganda no hay movimiento de masas; y sin movimiento de masas no hay revolución posible [...]. Nuestra misión ahora, quiero que se convenzan completamente, no es organizar células revolucionarias para poder disponer de más o menos hombres: eso será un error funesto. La tarea nuestra ahora de inmediato es movilizar a nuestro favor la opinión pública; divulgar nuestras ideas y ganarnos el respaldo de las masas del pueblo. Nuestro programa revolucionario es el más completo, nuestra línea la más clara, nuestra historia la más sacrificada: tenemos derecho a ganarnos la fe del pueblo, sin la cual, lo repito mil veces, no hay revolución posible.[18]

La crítica marxista-leninista de la interpretación sartreana requiere detenerse en este aspecto no porque su contenido anticientífico merezca especial atención, sino por la influencia ejercida en determinados sectores del movimiento de liberación nacional latinoamericano durante la década del sesenta. Sartre, sin lugar a dudas, contribuyó a la génesis de ciertas versiones caricaturescas de la Revolución Cubana, en particular a la deformación de la lucha armada en el sentido de contraponerla a la organización política y a la unidad ideológica de los combatientes. Una vez más salta a la vista la distorsión del proceso cubano. Fidel, desde la prisión, daba pasos diametralmente opuestos a lo planteado por el filósofo existencialista francés:

> Nuestra hora se acerca. Antes éramos un puñado, ahora tenemos que fundirnos con el pueblo. La táctica será distinta. Los que vean en nosotros un grupo se equivocarán miserablemente. Ni mentalidad ni táctica de grupo serán jamás características nuestras.
>
> [...] Si en nuestras filas hay ahora hombres que no quieren más que tirar tiros y están dispuestos a pactar hasta con el diablo para conseguir un arma, deben ser expulsados sin consideración alguna, como deben ser fusilados los que, cuando llega la hora, se arrepienten cobardemente, y que son, por lo general, los que más alarde hacen de desesperación. No queremos gángsters ni aventureros, sino hombres concientes de su destino histórico que sepan esperar y sepan laborar pacientemente el porvenir de la patria.[19]

La ausencia de la valoración clasista conducirá a Sartre a la búsqueda de la fuerza motriz que acciona la lucha en Cuba en la falsa teoría de los antagonismos generacionales. Tomando el hecho real de la primacía de la juventud, como grupo sociodemográfico especial, al triunfo revolucionario en Cuba, Sartre absolutizará su identidad sicológica de manera abstracta, sin tomar en consideración las determinaciones reales de clase que engendraron en el seno de la juventud de la nación sus antagonismos políticos. Así, de manera increíblemente esquemática, los jóvenes resultan la fuerza revolucionaria y los viejos el polo conservador y conformista. De "Huracán sobre el azúcar":

> Puesto que era necesaria una revolución, las circunstancias designaron a la juventud para hacerla. Sólo la juventud experimentaba suficiente cólera y angustia para emprenderla y tenía suficiente pureza para llevarla a cabo. El crecimiento demográfico rompía el equilibrio en la isla y convertía en minoría a los viejos. Pero estos ocupaban cargos desde hacía mucho tiempo y se aferraban a ellos. Apenas los recién llegados alzaron la cabeza y miraron a la sociedad cubana, vieron todas las salidas bloqueadas y los últimos puestos tomados por asalto por sus hermanos mayores. [...] Los adultos tenían la suerte —hoy quizás tendrían la mala suerte— de estar encasillados; todavía tenían algo que perder: por modesto que

18 Mario Mencía: *La prisión fecunda*, p. 130-31.

19 *Idem*, p. 149 y 165.

sea, un salario fijo inclina a la resignación. La juventud no tenía nada que perder. Veía a sus mayores contemporizar con la tiranía y pensaba: "Se resignan a *nuestras* desgracias". Lanzándose contra los privilegios, aquellos muchachos se rebelaban a la vez contra las personas mayores. [...] En esta curiosa aventura, las ciudades fueron liberadas por el campo y los padres por los hijos.[20]

"El mayor escándalo de la revolución cubana", nos dice, "no es haber expropiado fincas y tierras sino haber llevado muchachos al Poder"[21].

El tono entusiasta y paternalista de este juicio no logra encubrir su evidente objetivo: la sustitución del enfoque socioeconómico por el biologizante. Con frases ingeniosas Sartre tergiversa las causas que provocaron la revolución con miras a evadir la predicción socialista que emana de dichos antecedentes históricos-clasistas. La teoría generacional cumple una vez más en este caso su nítida función desvirtuadora de los verdaderos antagonismos sociales al preterir la lucha de clases y colocar en primer plano la oposición entre las generaciones.

En todo momento, detrás de los matices románticos con que describe la revolución, asoma la oreja filistea de la parcialidad pequeñoburguesa. Si la Revolución Cubana ha nacido sin ideología, su posible radicalización dependerá directamente de la escalada de la reacción imperialista y nunca de una lucha de clases interna, puesto que Sartre prefiere idealizar los factores reales que elevaron a la clase obrera en alianza con el campesinado y demás trabajadores al ejercicio del poder político.

Llega aún más lejos. En su esquema sobre el contenido clasista de las fuerzas revolucionarias, Sartre pretende en todo momento desconocer o limitar al máximo su composición obrera. De esta forma, los rebeldes encarnan exclusivamente las necesidades del campesinado —"la Revolución Cubana sería campesina o no sería nada"[22]— y el M-26-7 en las ciudades era una organización formada y controlada sólo por la joven burguesía, puesto que los obreros eran "poco numerosos en el M-26-7".[23] Desde este falso razonamiento, especula Sartre, a la clase obrera "el gobierno le parecía sospechoso porque no lograba definirlo y mucho menos clasificarlo".[24]

> La socialización radical sería hoy un objetivo abstracto, y no se podría desearla más que en nombre de una ideología prefabricada [afirmaba Sartre al triunfo de la Revolución]. Si algún día fuese necesario recurrir a ella, se hará primero, por ejemplo, para resistir al bloqueo, y a título de economía de guerra. Pero, de todas formas, el fenómeno aparecerá con la doble característica que encontramos en todas las medidas adoptadas por el gobierno revolucionario: será una re-acción, un contra-golpe... Es muy cierto que la práctica crea la idea que la aclara. Pero sabemos ahora que se trata de una práctica concreta y particular, que descubre y hace al hombre cubano en la acción.[25]

Esa práctica concreta y particular, suponía, para Sartre, la posibilidad de un rumbo ideal, de un modelo singular de socialismo sólo concebible como democracia pequeñoburguesa, que impidiera a la Revolución Cubana internarse en la dictadura del proletariado. Nuevamente nos encontramos con la sustitución del análisis histórico-lógico por la apreciación empírico-subjetiva. La unidad entre las fases de la Revolución resulta algo yuxtapuesto, carente de vínculos internos y ajena a las regularidades del tránsito a la fase socialista. La construcción del socialismo en Cuba —se desprende del enfoque sartreano— no debe ser vista como continuación natural de la etapa democrático-popular, agraria y antimperialista, sino como un producto "forzado" por contingencias externas, una mera reacción provocada por las embestidas del imperialismo norteamericano. Sartre fue incapaz de entender el hecho histórico de que, bajo una misma direc-

20 Ob. cit. nota 14, p. 169-70.
21 *Idem.* p. 168.
22 *Idem.* p. 116.
23 *Idem.* p. 126.
24 *Idem.* p. 136-37.
25 Ob. cit. nota 3, p. 16-17.

ción, la clase obrera cubana fue la principal protagonista de la primera etapa de la Revolución y por tanto la garantía de su avance hacia el socialismo.

La subvaloración del papel de la clase obrera en el triunfo de la Revolución Cubana no se quedaba en los marcos de una simple visión deformada de la historia prerrevolucionaria. Con ello ansiaba dar su contribución en el rumbo del futuro. En esencia, el verdadero temor era el estado obrero-campesino. Su concepción abstracta de la libertad le hacía imposible comprender la calidad superior de la democracia socialista. Revolución con anarquía y libre pensamiento liberal, sí, revolución organizada, institucionalizada que construye el socialismo real, no. Por ello expresa sus temores y a la vez anhela trasmitir su sutil anticomunismo:

> Fidel Castro ha dicho que el nuevo régimen era un humanismo. Es verdad. Sin embargo, hay que reconocer, que en sus primeros tiempos, muchas revoluciones han merecido ese hermoso título y lo han perdido bajo el peso aplastante de su carga. Lo que hoy protege —lo que quizá la protegerá mucho tiempo— a la Revolución de Cuba, es que está controlada por la rebelión.[26]

Seguirá un tiempo con esa imagen deteriorada, al punto de llegar a extremos inauditos en que, pretendiendo apoyarse en la Revolución Cubana, especule con la vertiente trotskista de los acontecimientos revelados en la llamada "revolución de mayo". Sólo un profundo desconocedor de nuestra historia puede darse el lujo de escribir lo siguiente:

> El proceso que, de la protesta a la represión y a la reacción defensiva en contra de esta, condujo a las barricadas del diez de mayo y luego a la huelga general presenta cierta semejanza con el esquema insurreccional de tipo castrista. La vanguardia no es una organización política prexistente que guíe y organice a la masa en movimiento: es una minoría actuante que manifiesta por medio de acciones explosivas su rechazo radical y total de la sociedad existente, con el fin de provocar un choque sicológico, de revelar la vulnerabilidad y la podredumbre del orden imperante, y de llamar por medio de *acciones ejemplares*, más que por medio de consignas, análisis o programas, a la insurrección general.[27]

A esta altura no caben justificaciones. La distorsión de las vías por las que transitó la Revolución Cubana se ha convertido en una línea sistemática de especulación antileninista por parte del filósofo francés. En el discurso pronunciado el 8 de enero de 1959 en el campamento de Columbia, Fidel Castro afirmó:

> Cuando yo oigo hablar de columnas, cuando oigo hablar de frentes de combate, cuando oigo hablar de tropas más o menos numerosas, yo siempre pienso: he aquí nuestra más firme columna, nuestra mejor tropa, la única tropa que es capaz de ganar sola la guerra: ¡esa tropa es el pueblo! [...] Luego, ¿quién ganó la guerra? El pueblo, el pueblo ganó la guerra. Esta guerra no la ganó nadie más que el pueblo —y lo digo por si alguien cree que la ganó él, o por si alguna tropa cree que la ganó ella.[28]

Fidel —que ya había expresado tempranamente en la época de la prisión política que estaba "harto de desesperados: son los que más exigen e impacientan antes de la lucha y son los que menos pelean cuando llega la hora. Para ellos la revolución no es más que una bella aventura"[29]—, ofrece en el discurso conmemorativo del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada una explicación ejemplar que rebate la raíz de dichas falsificaciones:

> La Revolución Cubana no es un fenómeno providencial, un milagro político y social divorciado de las realidades de la sociedad moderna y de las ideas que se deba-

26 Ob. cit. nota 14, p. 16-17.

27 Jean-Paul Sartre: "Un comienzo" en *Sartre, los intelectuales y la política*, México, Siglo XXI Editores, S.A., 1977, p. 29.

28 Fidel Castro: "Discurso pronunciado en Columbia el 8 de enero de 1959", citado por Antonio Núñez Jiménez en: *En marcha con Fidel*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 37.

29 Mario Mencía: *La prisión fecunda*, p. 90-91.

ten en el universo político. La Revolución Cubana es el resultado de la acción conciente y consecuente ajustada a las leyes de la historia de la sociedad humana. Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho. Tales parecerían los acontecimientos de Cuba si prescindimos de la interpretación científica. Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre: se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor conciente de los revolucionarios a un primer plano de los acontecimientos históricos.[30]

Sartre resultó ser desde los primeros momentos un interlocutor negativo que sembraba escollos para enrarecer el clima de unidad entre las tres fuerzas revolucionarias destacadas en la lucha antidictatorial de nuestro país. Su franca reserva y tergiversación de la participación del Partido Socialista Popular en la lucha contra la dictadura tenía, a más de una causa proveniente de la visión empírica, subjetiva y unilateral de nuestro proceso, otras razones más generales y estratégicas en contra de la orientación marxista-leninista de la Revolución y de su alianza con la URSS y la comunidad socialista.

Sus argumentos son bien simples: el PSP ha "traicionado" la insurrección, *ergo* la ideología de la revolución triunfante no puede coincidir con el marxismo-leninismo del "comunismo internacional". Sólo resta una tercera vía, "humanista", "libertaria" entre el imperialismo y el "totalitarismo". En una entrevista de 1968 Sartre declara: "Yo dije lo siguiente: si es necesario tener una ideología revolucionaria para hacer la revolución, entonces sólo el Partido Comunista cubano podía hacerla y no Castro [...] lo que hay de admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia en lugar de precederla".[31]

Lo que hay de "admirable" en el caso Jean-Paul Sartre es su estrecha, limitada y arbitraria interpretación de la Revolución Cubana.

> Esta fue y tuvo que ser obra de nuevos comunistas [planteó Fidel en el Informe al Primer Congreso del Partido], sencillamente, porque no eran conocidos como tales y no tuvieron que padecer en el seno de nuestra sociedad, infestada de prejuicios y controles policiacos imperialistas, el terrible aislamiento y la exclusión que padecían los abnegados combatientes revolucionarios de nuestro primer partido comunista. [...] pero en los jóvenes combatientes que surgían, al revés de lo que ocurre muchas veces desgraciadamente en otros países, había un profundo respeto y admiración hacia los viejos comunistas, que durante años heroicos y difíciles habían luchado por el cambio social y mantuvieron en alto con firmeza inconmovible las hermosas banderas del marxismo-leninismo.[32]

La falsificación de la actividad del primer partido marxista-leninista de nuestra patria en el curso de la lucha antidictatorial resulta una necesidad metodológica para el esquema futurológico que traza el filósofo existencialista. El pronóstico científico del itinerario de la Revolución Cubana —la forma histórico-concreta que asumirá la dictadura del proletariado— se sustituye por el diseño anárquico-idílico de un futuro inviable, típico de la especulación pequeñoburguesa. La caprichosa invención de antagonismos entre comunistas y combatientes de las organizaciones revolucionarias en nuestro país tenía, de suyo, una implicación ideológica con proyecciones estratégicas hacia el porvenir. Una vez más la "alquimia" sartreana no resiste la evidencia de los

30 Fidel Castro: *Discursos 1973-1978*, La Habana, Editora Política, 1978, p. 16.

31 Jean-Paul Sartre: "Mayo de 1968: una nueva exigencia", en *Sartre, los intelectuales y la política*, p. 67-68.

32 Fidel Castro: *Informe Central al Primer Congreso del PCC*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1975, p. 26-27.

hechos. La realidad, como señaló Fidel, se manifestó de otra manera:

> Un día se levantó el pueblo contra la tiranía, un día se unió el pueblo y un día triunfó el pueblo; todo el pueblo, pero esencialmente el pueblo obrero, el pueblo campesino, el pueblo estudiante. Y las distintas fuerzas se unieron como corrientes que nacen de distintas fuentes o manantiales, pero que se encuentran todas en un mismo río: el río caudaloso de la Revolución. ¡Así se unieron nuestras organizaciones revolucionarias todas! ¡Y juntas dimos la batalla final![33]

III

En su interpretación sobre la Revolución Cubana, Jean-Paul Sartre pretendió confirmar las fórmulas seudomarxistas "filosofía de la praxis *versus* teoría dogmática", "humanismo *versus* totalitarismo" sobre las que se han escrito infinidad de libros que tanta divulgación han recibido por las editoriales burguesas en este siglo. La unidad de teoría y práctica en el marxismo-leninismo aparece desmembrada en este mito contrarrevolucionario que presenta a Marx como puro subjetivista y humanista liberal, mientras estigmatiza a Engels como teórico "dogmático" (léase materialista). "Sin teoría revolucionaria", expresó Lenin en *Qué hacer*, "no puede haber tampoco movimiento revolucionario". La teoría científica y la práctica revolucionaria son indisolubles en el marxismo, por ello negar la concepción marxista-leninista del mundo implica negar irremisiblemente —y he ahí el objetivo último de la pretendida originalidad hiperbolizada de la Revolución Cubana en la visión de Sartre— la inevitabilidad de la dictadura del proletariado y la validez del socialismo real.

El Che Guevara en sus "Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana" desenmascara rotundamente la falsedad de las interpretaciones del tipo de las de Sartre.

> Es esta una Revolución singular que algunos han creído que no se ajusta a una de las premisas de lo más ortodoxo del movimiento revolucionario, expresado por Lenin así: "sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario" [...] Nuestra posición cuando se nos pregunta si somos marxistas o no, es la que tendría un físico al que se le preguntara si es "newtoniano", o un biólogo si es "pasteuriano". Hay verdades tan evidentes, tan incorporadas al conocimiento de los pueblos que ya es inútil discutirlas. Se debe ser "marxista" con la misma naturalidad con que se es "newtoniano" en física o "pasteuriano" en biología, considerando que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado.[34]

La visión pragmática de Sartre sobre la Revolución en nuestro país tenía como objetivo negar la fundamentación científica de las leyes y regularidades que anuncian la desaparición inevitable del capitalismo y el surgimiento de la formación comunista a escala mundial. Las deformaciones que hizo de la experiencia cubana devienen premisas ideológicas de la apreciación elitista, pequeñoburguesa, de las realizaciones teórico-prácticas del marxismo-leninismo en los países que se desprenden de la esclavitud del capital y del yugo imperialista, y del criterio anticomunista de que sólo al margen del partidismo, es decir, desde la "libertad" de asimilación de los métodos y corrientes filosóficas y sociológicas burguesas, se podrá "enriquecer" la concepción marxista, y evitar lo "apologético" que "frena y limita la creación en el socialismo".

La Revolución Cubana, contrariamente a la valoración sartrena sobre la misma, representó una conjunción de lo general y lo particular presente en la teoría marxista sobre la revolución socialista. Lo nuevo aportado por el proceso revolucionario cubano en modo alguno contradice las leyes y regularidades que en

33 Fidel Castro: "Velada solemne con motivo del 50 aniversario de la fundación del primer partido marxista-leninista de Cuba", en *Historia de la Revolución Cubana*, La Habana, Editora Política, 1980, p. 225.

34 Ernesto Che Guevara: "Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana", en *Obras*, tomo 2, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 92-93.

realidad condicionaron su aparición. "Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable", expresó Lenin, "pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de la democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social".[35]

De todo lo expuesto se deduce que la interpretación de Sartre sobre la Revolución Cubana sólo será científicamente criticada develando el nexo histórico-clasista que la determina, por encima de los matices y modalidades personales con que se presenta. Como intelectual que vive la experiencia facista europea y la acción decisiva de la Unión Soviética en la destrucción del nefasto proyecto hitleriano, obligado por tanto a navegar ocasionalmente junto al movimiento progresista, pero para el que las causas reales del horror nazi, de las crisis económicas y de la enajenación social, así como de las vías reales de su superación permanecen ocultas o mistificadas en su apariencia sicológico-moral, Sartre tipifica, a lo largo de su vida política e intelectual, por la estilización ideológica de la actividad utópica-anarquista de los sectores sociales que representó, la definición que en 1846 Carlos Marx expone en su carta a P.V. Annenkov:

> En una sociedad avanzada el *pequeñoburgués* se hace necesariamente, en virtud de su posición, socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y siente compasión por los dolores del pueblo. En su fuero interno se jacta de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que proclama diferente del término medio. Este pequeñoburgués diviniza la contradicción, porque la contradicción es el fondo de su ser. No es más que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica.[36]

La naturaleza de los mitos expuestos por Sartre a raíz de la Revolución Cubana se encauzan dentro de la sinuosa táctica de la burguesía en la esfera ideológica, de su odio y su impotencia frente al socialismo real, de su vivo interés por confundir al movimiento progresista con el putrefacto ardid del antisovietismo y de su anhelo de apartar a las naciones liberadas de su rumbo antimperialista y socialista.

El anarquismo sartreano, independientemente de sus especificidades, no escapa de los límites ideológicos y teóricos burgueses, ya que, como afirmara Lenin, "el anarquismo, como concepción del mundo, es la ideología burguesa vuelta al revés". En la medida en que su pensamiento no conoce otra encarnación práctica que la del espontaneísmo utopista y el voluntarismo pequeñoburgués (y su correlativo: el reformismo), y su horizonte teórico no rebasa los marcos de la ideología dominante del capitalismo monopolista, ni puede distinguir las fuerzas reales de la liberación humana, engrosará las filas de aquellos que "no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo", y se alejará de la multitud que lucha concientemente porque "de lo que se trata es de *transformarlo*".

35 V.I. Lenin: *Sobre la caricatura del marxismo y el economismo imperialista*, Moscú, Editorial Progreso, s/f, p. 46.

36 Carlos Marx: *Miseria de la filosofía*, Moscú, Editorial Progreso, s/f, p. 158-59.

NOTAS

COMO REPUDIA UNA CLASE SOCIAL A SU LIBERTADOR

MIGUEL ACOSTA SAIGNES

Han dicho algunos sociólogos, juzgando sobre correlaciones muy simples, como si ellas fuesen expresión de leyes de la historia, siempre multifactorial, dialéctica, que "las revoluciones devoran a sus hijos". Algunos caen por la justicia colectiva. Ella no olvida, aunque a veces parezca lo contrario; perecen quienes intentan jugar a las transiciones; muchos desaparecen porque se trata de revoluciones a medias, donde se han modificado profundamente algunos factores mas otros han seguido vivos y actuantes. Nuevas clases, surgidas de complicados cruces de elementos, sacrifican a conductores eximios, cuando ellas toman el poder abierta o subrepticiamente, para defender antiguas posiciones, amortiguadas mientras rugía la tempestad del cambio. Vamos a referir el caso terrible de Simón Bolívar.

Dijo en el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, al describir sintéticamente cuanto había ocurrido desde 1810: "No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos..." Muchas veces repitió interpretación semejante, con la cual superaba a mil historiadores y sociólogos que habrían de juzgar sobre su vida y la de su tiempo. Comprendió —y por eso mereció el título de Libertador— su papel eminente de intérprete de las voluntades colectivas. Comenzó por responder a la de su clase, la de los mantuanos, cuyos pensamientos expresó vivamente en ocasiones innumerables. Hablando como en nombre del pueblo todo, mas en lo profundo sólo por su clase social, sostuvo, ante los legisladores de Angostura:

> Nuestra suerte ha sido siempre pasiva, nuestra existencia ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la Libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la Libertad, sino también la tiranía activa y doméstica [...] La América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía

activa, no permitiéndonos sus funciones en asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del Universo en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno.

Ya había expresado lo mismo en la Carta de Jamaica, cuando arrancaba sin contacto aún con el pueblo todo, lleno solamente de las teorías liberales y de las tradiciones de su clase. Allí explicó:

> Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondía, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiéramos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones. Los americanos, en el sistema español que está en vigor y quizás con más fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganado, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta [...] Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Habló aquí Bolívar de "los moradores del hemisferio americano", lo cual significaba para él las que habían sido colonias españolas, de "nuestro destino", de "América", de "la América". Mas todo ello significaba en realidad los criollos, los mantuanos, la clase social que reivindicaba todo lo señalado por Bolívar en la Carta de Jamaica y en Angostura como en un memorial de agravios para justificar la Revolución. Había de conservar siempre fidelidad a su clase, portadora de los estandartes directivos, mediante el desarrollo de la historia en Hispanoamérica o, como después se ha dicho, Latinoamérica. Pero pronto entró en contradicciones múltiples con esa clase de los mantuanos, que lo utilizó como gran dirigente por su genio, por sus increíbles capacidades políticas y organizativas, por su calidad moral y por su resistencia física, por sus dotes de conductor y por su decisión profundamente anticolonial. Ya ante el Congreso de Angostura encontró el primer tropiezo, que se repetiría incansablemente hasta Bolivia. Fue la primera y gran contradicción entre el empeño de Bolívar de lograr la libertad de los esclavos y la resistencia de los mantuanos representados en los Congresos, así como de aquellos militares elevados a posiciones políticas que aspiraban a usufructuar cuanto había beneficiado a los mantuanos. Pidio la libertad de los esclavos, mejor dicho, que se ratificase su decreto de Carúpano, en el cual daba el primer gran paso para hacer de cada esclavo un combatiente por la libertad republicana. Se aprobaron todas sus otras medidas. Sobre los esclavos se aceptó por primera vez una proposición acerca de lo que se llamó "libertad de vientres", a la postre aprobada por el Congreso Constituyente de Cúcuta, a pesar de un es-

tremecedor mensaje que él remitió al Presidente de ese organismo, inmediatamente después de la batalla de Carabobo.

> La sabiduría del Congreso General de Colombia [escribió] está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficiencia sobre los futuros colombianos que recibimos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres... El Congreso General [...] puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República [...] Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad...

A pesar del significado de Carabobo, que consolidaba la libertad de Venezuela y Colombia el Congreso permaneció inconmovible. Las solicitudes de Bolívar llegaron hasta el Congreso Constituyente de Bolivia en 1826. Igual resultado, por lo cual la esclavitud se extendió en el tiempo, en Venezuela, hasta 1854. Otra contradicción de consecuencias resaltantes ocurrió con el mismo Congreso de 1821. Bolívar propuso que se aceptase como cabeza de la nueva República de Colombia a Cúcuta, para balancear las distancias, las diferencias de caracteres, la diversidad de opiniones. Pero se trasladó la capital a Bogotá con tremendos resultados, como presintió cuando en presencia de O'Leary dijo, al oír repicar las campanas bogotanas en honor del Congreso: "Están doblando por Colombia".

Continuaron los triunfos de Bolívar en lo político y en lo bélico, con la aquiescencia de los criollos de Venezuela, la antigua Nueva Granada y Perú, así como los de Ecuador y después, en 1826, los de Bolivia. Pero aumentaron las contradicciones por motivos diversos. Bolívar concedió a los indígenas constantes reivindicaciones, un poco a cambio de que contribuyeran a mantener a los ejércitos que iba formando en cada futura república. Ya después de Junín se inició el descenso, es decir, comenzó la lucha de las oligarquías formadas rápidamente, después de las primeras libertades, en Venezuela y Nueva Granada. Así, cuando para sellar los triunfos contra los colonialistas españoles preparaba el Libertador la batalla decisiva de la lucha anticolonialista, recibió en Huancayo, el 24 de octubre de 1824, notificación de que se le suspendían las prerrogativas concedidas por ley del 9 de octubre de 1821. Ya no podría formar ejércitos ni mandarlos fuera del territorio de la República colombiana. No podría, así, dirigir la batalla final que había venido preparando por largos meses con Sucre. Conmovido hasta lo profundo del ánima, hizo remitir a este una simple notificación de Secretaría. La conmoción en el Ejército del Sur fue tremenda. Los altos jefes enviaron a Bolívar un extenso mensaje, en el cual se decía: "El Ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle [...] V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre...". Sucre notificó que se suspendía el cumplimiento de la resolución, mientras llegaba la respuesta. Es decir, Bolívar habría podido rebelarse contra el Congreso de Bogotá, respaldado íntegramente por el Ejército. Escribió mensajes y cartas, nombró a Sucre como sustituto y permaneció así fiel a su clase cuando esta le infería un lanzazo en el costado de sus glorias. Fue esta una de las grandes ocasiones en que el huracán revolucionario puso a prueba toda su lealtad.

Después de Ayacucho recibió Bolívar en el Sur toda clase de reconocimientos. Nadie desconoció que la batalla había sido producto de su genio estratégico. Volvió a Bogotá sólo a fines de 1826, llamado para que fuese a someter a Páez. Citado este a Bogotá para rendir cuentas de su conducta por supuestos atropellos o reales desacatos, se negó. El Congreso resolvió enviar al Libertador a someterlo. Era colocarle sólo como mandadero bélico, como brazo ejecutivo sólo de las decisiones del Congreso. Tragó ahora Bolívar esta copa de vinagre, se fue a Venezuela con un ejército, reinstaló a Páez en todos sus poderes, basado en dis-

posiciones constitucionales, y permaneció en Caracas reorganizando la hacienda pública, con el auxilio de Revenga, y sentando bases educativas con la coperación de Vargas. El Congreso de Bogotá no se atrevió a desconocer sus actuaciones. Cuando regresó a Colombia ya habían surgido graves problemas en la lucha que comenzaban a sostener los criollos de Colombia (Nueva Granada y Venezuela) y los de Perú, Ecuador y aun Bolivia naciente. Temían las clases gobernantes de las nuevas naciones a los ejércitos encabezados por Bolíval, conocidos durante el proceso de independencia como Auxiliares. Había cesado la necesidad de los Auxiliares, se argüía, y los ejércitos estacionarios significaban para cada país, y cada región, una carga dura. Se empleaban arbitrios como en plena independencia, consistentes en situar en las regiones más productivas a las divisiones, repartidas en diversos pueblos de los cuales recibían mantenimiento. Fue Bolívar quien cargó con el grave problema. Se le acusaba de no devolver a los colombianos a sus antiguas residencias del Nuevo Reino y Venezuela. Se le atribuían intenciones de dominio general, y no sólo se le acusó de monárquico, sino de intentar un Imperio de los Andes, del cual sería el Supremo mandatario de por vida.

Para los médicos que han estudiado la patología del Libertador, este padeció durante sus últimos años paludismo, disentería, parasitosis, tuberculosis. Para los siquiatras sufrió las graves tensiones del huracán revolucionario, proyectadas sobre el fondo infantil de abandonos y rebeldías tempranas. Tuvo otros padecimientos que ellos no han diagnosticado: el abandono y la persecución de su propia clase, a la cual permaneció siempre fiel, a pesar de las torturas a que lo sometió, desde Angostura, cuando negó el Congreso la libertad de los esclavos, hasta la prohibición, en 1824, de dirigir su esfuerzo bélico máximo, la batalla de Ayacucho. Después fue peor: se le acusó de tirano, aspirante a la monarquía o el Imperio, ambicioso y traidor. En cierto modo ello culminó con el intento de asesinato el 25 de septiembre de 1828. Por voluntad de los pueblos tomó entonces otra dictadura, conciente de que era el final, y nueva culminación se produjo cuando levantada Venezuela en 1829 y 30 contra la joven república colombiana renunció definitivamente ante el Congreso Admirable, en enero de 1830. En todo momento comprendió que el huracán revolucionario había cesado en el ímpetu generoso. En 1828 escribió a Córdova: "Yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena...". Estaba en medio de ella, impertérrito, como lo había estado en las grandes batallas bélicas. Ante el Congreso Admirable, al renunciar irrevocablemente a todo mando, explicó: "Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de parecer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía [...] Cesaron mis funciones pública para siempre...". Después vio cómo el Mariscal Antonio José de Sucre, presidente del Congreso, fue enviado a Venezuela, para convencer a Páez. Mariño y todos los disidentes, de que mantuviesen la unión que había sido tan productiva durante la guerra contra los colonialistas. Supo, enfermo en Bogotá, cómo Mariño no había dejado pasar a Sucre más allá de Táriba. Después, listos para salir de Bogotá hacia la Costa, donde soñaba embarcar para tierras extranjeras, tuvo conocimiento de que avanzaba la rebelión en Venezuela. Se despidió del Congreso así: "El bien de la patria exige de mí el separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos". Hizo vender todos los objetos de valor que poseía y por todo peculio obtuvo diecisiete mil pesos. Él había distribuido siempre sus sueldos entre sus parientes y amigos, entre los familiares de soldados y oficiales del ejército. Ahora carecía de una suma que le permitiese siquiera residir algún tiempo en el extranjero. Pero todos sus antiguos devotos de clase lo empujaban ahora a un exilio en la miseria y la enfermedad. Salió de Bogotá el 8 de mayo de 1830. Al partir lo despidieron sus grandes afectos. Sucre no llegó a tiempo para abrazarlo. Por las calles sus adversarios hicieron que turbas desagradecidas le gritasen "Longaniza", apodo de un pordiosero demente. Pasó al día siguiente por Guadanas y después por Honda, donde lo recibieron como futuro salvador, otra vez, de la patria y del caos. El 6 de mayo había aprobado el Congreso en Vene-

zuela una terrible resolución: "Venezuela", escribieron "protesta que mientras el General Simón Bolívar permanezca en el territorio de Colombia, no tendran lugar aquellas transacciones...". El 14 de mayo los electores de la provincia de Carabobo declararon que "siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela".

El 24 de mayo entregaron, cerca de Turbaco, en manos del propio Libertador, tanto la resolución del Congreso como la de Valencia. Se la enviaban los gobernantes en Bogotá, antiguos ministros y subalternos suyos. Debía ir muriendo socialmente a medida que se alejaba hacia la muerte del cuerpo en Santa Marta. Después, en junio, había de recibir la noticia de la muerte de Sucre: "Han matado al Abel de Colombia", exclamó demudado. Le remitían constantemente, mientras se alejaba hacia la Costa y cuando ya estuvo en esta, los periódicos de Bogotá que le zaherían. Su clase social lo perseguía como si hubiese sido un animal dañino. Sólo porque no se había plegado a las ambiciones de los antiguos y nuevos gobernantes, porque había querido constantemente la libertad de los esclavos, la redención de los indígenas, la economía organizada racionalmente, según los principios liberales. Porque había compartido día a día las fatigas de los negros, de los pardos, de los blancos pobres, en todas las campañas. Sólo le llegó en su trágica ruta, en busca de un buque que lo trasladara siquiera a Jamaica, un mensaje de nobleza. Como bálsamo antiguo sobre las llagas del terrible calvario que vivía cayeron las palabras de nobles ecuatorianos:

> Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir a V.E. no pueda volver al país donde vio la luz primera [...] Venga usted a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo.

Bolívar no podía regresar. Perseguido, insultado, menospreciado, calumniado, iba hacia adelante. Veía sólo tranquilidad del otro lado del mar. Todavía se le llamó a otro esfuerzo cuando Urdaneta tomó el poder de Bogotá. Se le convocó para un sacrificio más. Contestó, en su último acto político, a Vergara, desde Cartagena, el 25 de septiembre, cuando aún esperaba el barco salvador:

> Usted me dice que dejará luego el Ministerio porque tiene que atender a su familia, y luego me exige usted que yo marche a Bogotá a consumar una usurpación [...] Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones [...] Nunca debieron ustedes contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños [...] Este sacrificio sería inutil, porque nada puede un hombre contra el mundo entero [...] Hay más aún. Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así, yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio...

Así fue el viaje del terrible vía crucis. Hasta el último día de la agonía, el 17 de diciembre de 1830, estuvo entre centuriones enviados por la clase a la que había libertado. Doña Alma Taylor Barton de Mier, nieta del español don Joaquín de Mier, en cuya quinta expiró Bolívar, contó una tradición de su familia sobre la residencia en San Pedro Alejandrino: "Allí había", dijo doña Alma, "vigilándolo, una escolta de dos compañías de soldados, que mi abuelo hospedó bien lejos de los ojos de Bolívar...".

BOLIVAR Y MARTI: UN MISMO PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

FRANCISCO PIVIDAL PADRON

El título de este trabajo sugiere, en primer término, probar la identidad de pensamiento entre dos de los más grandes próceres de este Continente y del mundo. Próceres que, sin ser coetános, se continuaron históricamente en el objetivo fundamental de luchar por la emancipación de las masas empobrecidas de esta América nuestra.

Cuando Simón Bolívar deja de existir físicamente, Engels tiene diez años; Marx, doce, y Lenin y Martí no han nacido todavía.

El pensamiento y la acción del Libertador influyeron en la vida y obra de José Martí. Se impone precisar si este influjo existió realmente y por qué suponemos que fue así.

José Martí, a lo largo de su extensa y fecunda obra, menciona a Bolívar, directamente y siempre para exaltarlo, ciento veintiocho veces. No incluyo las referencias indirectas.

Cuando un hombre como José Martí, de tan elevada proyección revolucionaria, tan profundo en el pensar y tan parco en el elogio, reclama con tanta insistencia por el Libertador, es porque, incuestionablemente, los pronunciamientos ideológicos y políticos de aquel le fueron muy afines, con independencia de que las portentosas hazañas bélicas de Simón Bolívar debieron impresionarlo al extremo de afirmar: "De ver los tamaños de los hombres nos entran deseos irresistibles de imitarlos".

En menos de cuarenta años, Bolívar recorrió más de noventa mil kilómetros, en barco, a caballo, sobre mula o a pie. Vale decir, le dio dos veces y cuarto la vuelta a la tierra, y superó en miles de kilómetros a Napoleón, Aníbal, Julio César y Alejandro Magno, juntos.

A los veintiún años de edad, la fortuna de Simón Bolívar se estimaba en cuatro millones de dólares, luego de efectuadas todas las conversiones del caso, hasta nuestros tiempos. Siete días antes de morir declara: "no poseo otros bienes que las tierras y minas de Aroa [totalmente agotadas] y unas alhajas que deben hallarse entre mis papeles".

Admirable honradez para quien pudo disponer, sin otro control que sus rigurosos principios, de los tesoros públicos de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia.

No por gusto, Martí llamó a Bolívar "Padre de América" y proclamó que para hablar de él se necesitaba una montaña por tribuna, la tiranía descabezada a los pies y un haz de pueblos libres en cada mano.

Sólo quien esto hubiera hecho podría expresarse en su contra.

El influjo bolivariano en Martí pudiera remitirnos al pensamiento o a la acción. Para nosotros, lo fundamental es el pensamiento. No concebimos un brazo armado que luche por la emancipación de los pueblos, sin un basamento ideológico y político que lo impulse a combatir. Tales concepciones se forjaron en Bolívar y en Martí como reflejo de la Sociedad en que vivían y la urgencia de su transformación. El cambio es la esencia de la naturaleza y lo que es válido para esta, también lo es para el pensamiento y para la sociedad. Convencido Bolívar de que el medio es la génesis de todo lo demás, postuló: "La naturaleza debe presidir a todas las reglas".

Martí complementa tal afirmación con una concepción menos teórica y más práctica al procurar el aprovechamiento de esta para beneficio de los pueblos: "Estudiar las fuerzas de la naturaleza", dijo, "y aprender a manejarlas, es la manera más derecha de resolver los problemas sociales".

Esa continuidad histórica en cuanto a un mismo pensamiento latinoamericano, debe ser ejemplificada con expresiones, hechos y circunstancias que avalen el presupuesto del cual partimos.

Los grandes de la historia, por su visión anticipada de los necesarios procesos de cambios de la humanidad, se identifican en el horizonte racional, aun cuando no se lo propongan.

Todavía estamos luchando contra las pretensiones expansionistas y hegemónicas de los Estados Unidos que entraban el desarrollo integracionista de nuestra América y niegan al pueblo puertorriqueño el derecho a su autodeterminación.

Problemas todos vislumbrados por Bolívar desde 1822, al afirmar que al frente de nuestro Continente se hallaba "una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo".

Para no dejar sombra alguna de a quién se refería, siete años más tarde reafirmó que: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias, a nombre de la libertad", y Martí hubo de sentenciar: "Los pueblos de América serán más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos".

Próximo a su desaparición física, el Libertador cree que su obra ha quedado inconclusa, pero no hay tal. José Martí toma en sus manos toda la carga histórica de Latinoamérica para continuar con mayor profundidad y radicalización la obra de Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo.

Para convertir en patriotas a seres acostumbrados a vivir en servidumbre, Bolívar comenzó la transformación por lo más subyugado de la sociedad de su tiempo: el indio y el negro esclavo.

A los primeros, Bolívar les llama "naturales", otras veces "población indígena", y en contadas ocasiones, "indios". Cuando sus tropas llegan victoriosas al Cuzco, escribe:

> He llegado ayer al país clásico del sol, de los Incas... mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímines y de los absurdos de nuestra época.

Más de medio siglo después, José Martí, refiriéndose a los indios, diría: "Ellos fueron inocentes[...] Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra[...] Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo".

Para José Martí, las culturas nativas de América constituían un suceso, cuya existencia no podía separarse de la vida presente y futura

de sus pueblos, por eso afirmó: "la inteligencia americana es un penacho indígena".

Dos grandes de América, recogieron la injusticia de los blancos para con la raza autóctona: "Aquí la albocracia [gobierno de los blancos] sobre los indios", afirmaba Bolívar, "es un dogma absoluto, y lo que es más, sin oposición, porque los tales indígenas no se defienden y obedecen a los demás colores".

Martí reafirmaría posteriormente:

> Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo [blanco] independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más alta a su Señor.

Pero al mismo tiempo, esos dos grandes de América se propusieron llevar su vocación libertadora a las masas autóctonas del Continente. "Los pobres indígenas", sentenciaba Bolívar, "se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. Yo pienso hacerles todo el bien posible: primero por el bien de la humanidad, y segundo, porque tienen derecho a ello".

Martí postularía: "Los indios a las veces se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré".

Bolívar consideraba incompatible con la igualdad "el servicio personal que se ha exigido por la fuerza a los naturales indígenas, y con las exacciones y malos tratamientos, que por su estado memorable han sufrido en todos los tiempos por parte de los jefes civiles, curas, caciques y hacendados".

Para Simón Bolívar, la lucha por la libertad estaba íntimamente vinculada a la lucha por la igualdad. Ambas resumían las aspiraciones sociales y políticas de las clases y castas de la sociedad de su época.

El Libertador las recoge en su proclama del 17 de octubre de 1817. "¡Soldados!, vosotros lo sabéis. La igualdad, la libertad y la independencia son nuestra divisa'".

Es decir, no basta con ser libre si se mantiene la desigualdad. En las mismas proclamas, y a continuación de lo anteriormente leído, se evidencia que el propósito libertador e independentista de Bolívar, incluía también implicaciones sociales: "¿Nuestras armas", dijo, "no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre?"

Cuando Bolívar formula estas preguntas a los soldados, reconoce que existen diferencias de clases y colores, las califica de odiosas y aspira a su eliminación.

A este respecto, Martí se pronunciaría más radicalmente: "Enoja oír hablar de clases, Reconocer que existen es contribuir a ellas".

La otra porción subyugada de aquella sociedad era el negro esclavo. Bolívar se percata, objetivamente, de que los colonialistas han logrado enrolar, bajo la bandera de la antirrepública, a las masas populares, a los negros. La contrarrevolución española produjo un impacto más atrayente y rico en efectos políticos que la rebelión americana de los mantuanos —clase económicamente dominante— contra el colonialismo español.

El mantuanismo estuvo siempre permeado por el espíritu de conciliación y jamás se habría podido radicalizar, por cuanto mantuanos y españoles no defendían intereses de clases diferentes, sino intereses diferentes de una misma clase.

Tan explotadores eran los unos como los otros.

Cuando Bolívar se decide a cambiar el punto de apoyo de la Revolución Americana, está convencido, luego de la caída de la I y II Repúblicas, de que los mantuanos son incapaces de continuar la empresa libertadora. A partir de ese instante, se decide a ganar para su causa a los indios, negros y pardos que un día siguieron a los colonialistas españoles bajo la bandera de la antirrepública. Sabe que será necesario desencadenar las más primitivas y violentas energías populares, pero está convencido de que él puede dirigir y encauzar esas energías hacia objetivos de justicia social, tales como la abolición de la esclavitud y la igualdad política y social de las razas. Bajo

esos estandartes quedarían unificados los hispanoamericanos sin distinción alguna por el color, el nacimiento o la riqueza.

La explotación económica de la mano de obra negra se asentaba sobre una complicada superestructura jurídica, étnica y cultural.

Martí precisaría, setentiocho años después, que: "Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color".

El 2 de junio de 1818, Bolívar declara: "he venido en decretar como decreto, la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados." Posteriormente postulaba: "Un Gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo [...] La proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios." Y aún antes había manifestado:

> Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa; puesto que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos.

José Martí reafirmaría: "No hay odios de razas, porque no hay razas".

Al decretar la abolición de la esclavitud, Bolívar entró en contradicción con los mantuanos, pues restó a estos la posibilidad de explotar la mano de obra esclava en los fundos de su propiedad, en un país cuyo desarrollo se levantaba sobre una economía de plantación. El mantuanismo se lanzó al ataque, asegurando que Bolívar libertaba a los esclavos para que se incorporaran al ejército patriota. Lo cierto es que la revolución favoreció el igualitarismo político y social. Durante las pugnas coloniales comienza el lento pero seguro ascenso de los explotados: indios, negros, pardos, mestizos y blancos de orilla. La revolución acelera el proceso, porque estimula la vocación de adelanto de los oprimidos, impulso definitivo hacia la igualdad política y social. Consecuente con estos principios, y en respuesta al ataque de los mantuanos, Bolívar sentenció: "¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos?"

Martí postularía: "En los campos de batalla muriendo por la patria, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros".

Bolívar no conformó una teoría sobre los antagonismos económicos y de clases, planteamiento que conduciría muchos años después de su muerte al nacimiento del socialismo, pero puso en práctica la justicia social, exigencia obligada de todo proceso verdaderamente revolucionario.

Veamos primero, muy sucintamente, y de modo general, la visión de Bolívar sobre el factor económico.

En la *Carta de Jamaica* (6 de septiembre de 1815), asegura que el sistema político del colonialismo español se asentó sobre la condición subordinada de los americanos, en este caso, sinónimo de criollos: "La posición de los moradores del hemisferio [Hispanoamérica] ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula".

De esta inferioridad política, Bolívar pasa a señalar otra implicación de ese régimen de dependencia política: la subordinación económica. Fue una subordinación impuesta por los conquistadores, quienes desde el principio, ávidos de riquezas, se afianzaron como grupo dominador. En nuestro sistema, aclaraba Bolívar, "no ocupamos otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores".

Y, a fin de ser más preciso, continúa: "¿Quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces y las entrañas de la tierra para excavar el oro".

En conclusión, las colonias quedaban destinadas a la producción de aquellas materias primas que interesaban a la metrópoli. Actual-

mente la situación no ha cambiado mucho, hoy son neocolonias de otra metrópoli que no está al este como España, sino al norte.

Martí sentenciaría: "Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él".

Las medidas de carácter económico que el Libertador implantó iban siempre encaminadas a completar y afianzar la igualdad social, porque "los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad".

El ideal revolucionario promete una sociedad que "tiene por bases constitutivas una absoluta igualdad de derechos y una regla de justicia, que no se inclina jamás hacia el nacimiento o fortuna, sino siempre en favor de la virtud, el trabajo y el mérito".

Bolívar desencadena un proceso revolucionario: "debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro", dijo, para conquistar la independencia, pero al mismo tiempo lucha por la igualdad y, por tanto, contra la injusta distribución de la riqueza, consagrada por la sociedad de su tiempo.

Revolución y medidas de orden económico en simbiosis magistral para lograr un reparto equitativo de los bienes nacionales entre aquellos que lucha, directa y efectivamente por la independencia y la igualdad: los soldados del ejército libertador, o, lo que es igual al pueblo, porque para Bolívar "el pueblo está en el ejército", en consecuencia, ese ejército "es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede".

Por todas estas concepciones, puestas en práctica, puede reafirmarse que Bolívar va más allá de su clase y de su época. Sólo así se explica que el 24 de julio de 1983, el Libertador cumpla docientos años de estar viviendo entre nosotros, se le continúe estudiando y se le tenga como modelo permanente de inspiración y guía para el presente y el porvenir.

Los cubanos jamás podremos olvidar que en las instrucciones secretas, impartidas a los delegados al Congreso de Panamá, el Libertador proclamó la necesidad de liberar a Cuba del yugo colonialista español y propuso emprender acciones en esa dirección, las que no pudieron ejecutarse por la oposición del gobierno norteamericano.

Los cubanos, fieles intérpretes del interés popular por el esclarecimiento y revalorización de todos los próceres de Nuestra América que el imperialismo norteamericano y sus aliados naturales, las oligarquías y burguesías criollas han tratado de desvirtuar, ignorar o silenciar, reconocen que la epopeya emancipadora de América, representada por Simón Bolívar, fue simiente que recogieron los forjadores de nuestra nacionalidad, estímulo que sirviera a las guerras por la independencia y contribución singular a la formación patriótica de nuestro pueblo.

Y a fin de que se destaque la fuerza americana de su ejemplo, el valor universal de sus ideas, y el agradecimiento y respeto eterno a todos los héroes y mártires de la independencia americana, nuestro pueblo y su máxima dirigencia política y partidaria han decretado la constitución de una Comisión Nacional Conmemorativa del Bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar.

Y como proclamara Martí: "¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!"

Pronto encontró esa expresión martiana otro hijo que antes de iniciar el proceso revolucionario puso las posibilidades del éxito bajo la advocación del Libertador y del Maestro.

Poco antes de la partida del *Granma*, frente a las columnas de los "Niños Héroes", en el parque de Chapultepec, en Méjico, Fidel, ese otro hijo, hizo resonar el eco de su nombre, al proclamar solemnemente que la Revolución Cubana triunfaría "Con la espada de Bolívar y el pensamiento de Martí".

¡Y triunfó...!

EL PENSAMIENTO MARTIANO EN LA GUERRILLA GUATEMALTECA

MANUEL GALICH

Veinticuatro años apenas contaba Martí cuando llegó a Guatemala, en 1877. Había conocido a los indios en evocaciones antillanas y en su reciente experiencia mexicana. Ahora tenía frente a sí a un ser humano degradado, no físicamente muerto, a la antillana, sino en agonía lenta, interminable, secular. Fue una angustia la que conoció el corazón del viajero, tan sensible a todo lo que tuviera relación con el destino del hombre. Y, junto a esa angustia, un fuego de indignación contra los autores de esa obra de sistemática destrucción de toda una gran familia humana, como lo eran los indios de su América. Porque este horror del colonialismo español, que ahora se le manifestaba así, era, para él, tanto o más inicuo que los que había sufrido en sí mismo, durante su reciente martirio de adolescente presidiario. "Si existiera Dios providente y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios", había escrito, seis años antes, en su primer y doloroso opúsculo testimonial: *El presidio político en Cuba*. ¡Lo de los indios, era peor!

> ¡Ah! Ellos son ¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron! [escribió en su segundo opúsculo, el bello y breve libro *Guatemala*] ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá a la joven nación. Se pide alma de hombres a aquellos a quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah! las virtudes se duermen, la naturaleza humana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero hombre se apaga.

Ese indio era el más deprimente testimonio de la prolongación del coloniaje español, a más de medio siglo de la independencia formal de las repúblicas salidas de aquel coloniaje. Más tarde, ante la presencia del indio mexi-

cano, que corroboraba y entristecía; más la inicial impresión sufrida ante el indio guatemalteco, enjuiciaría ante la historia, en drástica sentencia, la obra vandálica de la conquista:

> No más que pueblos en ciernes, no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con mano sutil de viejos vividores, se entró el conquistador valiente y descargó su poderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego, en toda su hermosura, la obra entera y florecida de la Naturaleza. Robaron los conquistadores una página al Universo.

Y, en otra parte: "Cuando el español vino a América la vida del indio era un lirio y el conquistador lo ha roto". Y, más aún: "Del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó América".

Ese conocimiento y el de la fuerza yacente en el alma indígena, oculta, disimulada, inerte, pero no muerta, sino salvada en su mundo interior con los valores de su identidad, bajo la aparente resignación sumisa ante la figura dominante, opresora, explotadora, enardeció más en Martí, tanto su condenación al orden colonial, prolongado a través del criollo retrógrado y del mestizo enriquecido, como su fe en que era allí, en el indio, donde se guardaba en potencia el mejor porvenir de nuestra América: "Hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar América", dijo en sentencia conocida. Vio en los indios aquella "gran masa que impelerá a la juvenil nación". Y reiteró esta fe más de una vez. Por ejemplo, al anunciar: "Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!". Y, con asombrosa anticipación de más de un siglo, como tantas otras de él, diagnosticó: "La mejor revolución será aquella que se haga en el ánimo terco y tradicionalista de los indios". Porque ahora, y sólo ahora, esa revolución está siendo una realidad en Guatemala.

Difícilmente encontraría yo mayor vigencia del pensamiento martiano, como guatemalteco que soy, que la manera cómo está siendo traducido a hechos por la guerra popular y revolucionaria que libra mi pueblo, contra los opresores de siempre y su gran secuaz imperialista. Una generación nueva está rubricando, con las armas y también con su sangre, la justicia del penetrante, asombrosamente lúcido y premonitorio análisis martiano, sobre el por qué de aquella "terquedad" del indio. Y está superando esa "terquedad" en la lucha común de indios —y no indios— pobres contra la explotación y la opresión, de la manera que Martí lo preconizara.

Él anticipó, con una comprensión que demoraría un siglo y más para llegar al ánimo de nuestros mejores revolucionarios (hablo de Guatemala), la ingente, la inmensa tarea de rectificación histórica y de recreación de la nacionalidad, asumida por los combatientes de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que se baten invencibles en el altiplano central, en los macizos montañosos de occidente, en las selvas peteneras y en las densas Verapaces, donde el postergado mundo indígena ha despertado del forzado y aparente letargo de siglos, para integrarse a la gran tarea nacional: la revolución. Aquí la cita de Martí es larga, pero obligada, porque no es frecuente, como otras, y porque confirma textualmente lo que he dicho. Los indios, dice,

> son retraídos, tercos, huraños, apegados a sus tradiciones, amigos de sus propiedades, enemigos de todo Estado que cambie sus costumbres. Pero estos mismos defectos, estudiados en su origen, acusan las inapreciables cualidades de los indios. Dedúcese de ello que son constantes, leales, firmes y severos; que aman profundamente, que rechazan fieramente lo que no creen bueno. ¿Qué no podrá hacerse, cuando logremos atraernos a hombres que tienen tales dotes? ¿Cuándo la fidelidad, la lealtad y la constancia fueron en raza alguna, malas condiciones? Si hoy las emplean en rechazar toda mejora, es porque los hombres que pretenden llevar las reformas a sus pueblos son los mismos

que en otro tiempo, de generación en generación, lo han venido engañando, castigando y burlando; los que aparecen a sus ojos como los hurtadores de sus propiedades, como los seductores de sus mujeres, como los profanadores de sus ritos, como los iconoclastas de su religión. Intereses malévolos los mantienen en estas condiciones. ¿Qué medios habría para torcer estas hostiles voluntades, para hacernos amigos de los que con razón harta, nos han temido siempre como sus enemigos implacables? Hacernos amar de aquellos de que nos hemos hecho odiar. Inculcar a los ladinos conmiseración y apego a los indígenas. Probarles con hechos repetidos que se trata de su bien. No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho. Pero cuando con inteligencia y decisión se realice esta obra; cuando con incansable amor se cumpla; cuando trayéndoles a los pueblos los invitamos a los honestos goces de la vida comunal, cuando en vez de inspirarles recelo, les inspiremos con nuestra ternura para ellos, ternura y confianza, los indios industriosos, leales, artistas, ágiles y fuertes, serán el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora.

Este cambio preconizado por Martí es el que ha operado la guerra popular revolucionaria de mi patria.

Porque de 1877 a 1982, nada ha cambiado en la mentalidad de los explotadores de indios, de capas viejas tanto como de latrocinios recientes. Sólo la justicia de la guera iniciada por los ladinos justos, ha roto la barrera histórica. Hoy los indios son guerrilleros, revolucionarios con un objetivo concreto: su liberación integral, económica, social y cultural. No quiero decirlo yo, naturalmente parcializado. Cito a un antropólogo mexicano, científicamente objetivo, como podría citar miles de testimonios de personas y entidades no precisamente de izquierda, como Amnistía Internacional o la mismísima OEA. Es Ricardo Pozas, el autor de las memorias del chamula Juan Pérez Jolote. Él dice, al prolongar la publicación: *La resistencia y las luchas de los indígenas de Guatemala*, presentada al Encuentro Indígena de América Latina, que tuvo lugar este año, en México, lo siguiente:

> La resistencia y la lucha de los pueblos indígenas de Guatemala mantienen en asedio al ejército y a la burguesía en las fincas, las zonas petroleras, las carreteras, los centros turísticos. Todo el pueblo indígena se ha incorporado a la Guerra Popular Revolucionaria, junto al pueblo ladino y miles de guerrilleros. El ejército popular se ha formado arrebatando armas al enemigo, al que le destruye sus transportes derribándoles sus aviones y helicópteros.

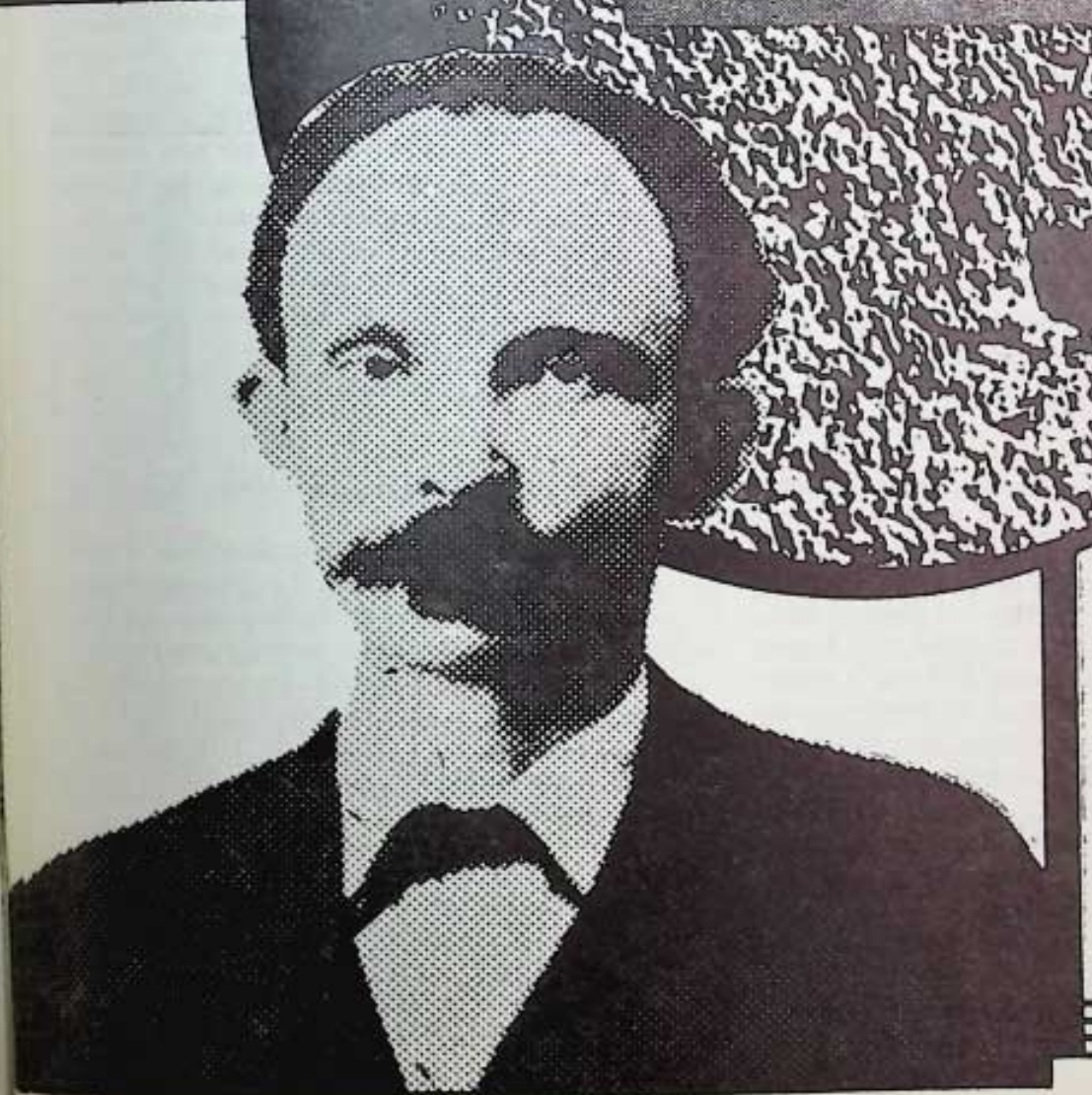
Ese enemigo y quien lo asesora en la vietnamización de sus procedimientos de exterminio, ha lanzado contra todo el pueblo, pero especialmente contra los indios, un verdadero genocidio, como no lo conoció ni siquiera el horrendo siglo XVI. Sólo citaré una documentada, aunque incompleta, estadística. Entre el 29 de mayo de 1978 y el 23 del mismo mes de 1982, se registraron cincuenta y cuatro masacres en otras tantas aldeas indígenas. El número de víctimas fue de tres mil doscientas setentisiete. Pero desde que Ríos Montt asumió el poder, en marzo de este año, el número asciende a ocho mil. No se cuenta allí las masacres en siete aldeas, totalmente barridas del mapa, sin estimación posible de muertos. No son estos solamente hombres adultos. "La guerra de exterminio de los pueblos indígenas de Guatemala", agrega Pozas, "se inició en 1981, destruyendo con bombardeos todo lo que la gente tiene para vivir en sus aldeas, quemando sus casas, arrancando sus siembras, degollando animales y ametrallando a todos, hombres, mujeres y niños". ¡Un genocidio monstruoso!

Los guatemaltecos somos ahora algo más de siete millones y cuarto. La mitad pertenece a los grupos étnico-lingüísticos quiché, mame, cakchiquel y kekchí, que son los más numerosos, un 40%, más otros que constituyen el restante 10%. Ixiles y chujes son quizá, entre ellos, los más sufridos por ese genocidio. Pero ni las matanzas indiscriminadas y en masa, ni la política de "tierra arrasada", ni las ini-

cuas "aldeas estratégicas" detendrán este despertar definitivo del indio guatemalteco. Martí recibirá, de aquellos a quienes amó y comprendió y cuyo futuro previó, el mejor homenaje, que será el de hacer realidad su luminoso y vigente pensamiento. Pues como él previó, "la mejor revolución" se está haciendo ya, "en el ánimo terco y tradicionalista de los indios".

La Habana, 13 de diciembre de 1982

XXX ANIVERSARIO
DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA





HAYDÉE SANTAMARÍA

Este 28 de julio se cumplen tres años de la desaparición física de la compañera Haydée Santamaría, quien, entre incontables tareas y servicios a la Revolución —comenzando por su participación en el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953—, fue fundadora y presidenta de la Casa de las Américas. Con motivo del tercer aniversario de su muerte y del trigésimo del 26 de julio fundador, en que ella nació a la historia, publicamos esta sencilla semblanza que le dedicaron los compañeros de su Casa.

Cuando el Comandante de la Revolución Juan Almeida dijo el 29 de julio de 1980, ante la tumba recién abierta de Haydée Santamaría, que ella "ocupa por derecho propio un lugar imborrable en la Revolución Cubana", trazó el justo epitafio de la legendaria heroína que la Casa de las Américas tuvo el privilegio de tener a su frente desde la fundación del organismo, a pocos meses del triunfo de 1959, hasta la muerte de Haydée, dos días después del 26 de julio de 1980. El compañero Almeida dijo luego, con igual justicia:

> No la recordamos en su trágico minuto final. La recordaremos junto a Abel y Fidel en la preparación del movimiento revolucionario. La recordaremos como heroína del Moncada. La recordaremos como combatiente de la Sierra y del Llano. La recordaremos como constructora de nuestra nueva patria. La recordaremos en su ejemplo de combatividad, de laboriosidad, de sencillez y de entrega total a la causa del socialismo y del internacionalismo.

En efecto, así la recordamos siempre cuantos tuvimos el honor de trabajar bajo su apasionada dirección en esta, su Casa de las Américas, concientes de que su estatura histórica desbordaba nuestra institución y la reclamaba en la vanguardia del proceso revolucionario.

Es con esta conciencia que evocamos su vida y su obra.

A mediados de la década del veinte, Haydée Santamaría Cuadrado nació en el central azucarero Constancia (hoy Abel Santamaría), en Encrucijada, provincia de Las Villas. Sus padres, españoles, vinieron niños aún a Cuba, donde se conocieron y casaron. Tendrían cinco hijos: tres hembras y dos varones. Haydée es la mayor de todos, y pronto da muestras de un carácter original y enérgico, una gran alegría de vivir y un genio vivo que es difícil doblegar, pero que ella sentirá que se aviene a las severas exigencias de quien no tarda en despuntar como figura señera en la casa: su hermano Abel.

No era entonces muy amplio el horizonte del batey, ni siquiera para esa familia de la pequeña burguesía rural que era la propia de un empleado de cierto nivel económico en el central. Haydée ha de asistir a la escuelita donde un maestro atiende todos los grados. Pero allí recibirá una de las primeras grandes experiencias de su vida: aquel maestro lo es de veras, y no sólo le enseña las cosas habituales, sino que le hace ver que, en realidad, ellos no viven allí, sino en todo un país, con una hermosa historia de luchas y sacrificios. Los nombres de Céspedes, Agramonte y Maceo suenan en su boca con extraña fascinación. Y en especial el de aquel hombre que escribió también para los niños, y era hijo de españoles, y murió por Cuba: José Martí. En la escuela, *Yeyé* —como la llaman— sabrá que es cubana, y lo que ello significa.

Terminados sus estudios primarios, se prepara para ingresar en la Escuela de Enfermeras, lo que al cabo no logrará alcanzar. Esa contrariedad no es ajena al enrarecido ambiente político del momento y del lugar. Haydée y Abel, muchachos aún, rechazan sin contemplaciones las maniobras del cacique local (en quien durante mucho tiempo verán encarnada la imagen misma del politicastro criollo), mientras las impresiona a la distancia, en contra de la opinión del ambiente que los rodea, el gallardo ejemplo del gran dirigente obrero de la zona: el comunista Jesús Menéndez cuyo asesinato en Manzanillo, en 1948, los conmueve.

En busca de mejores oportunidades, Abel se traslada a La Habana, y pronto está con él su entrañable Haydée. Aunque aquel obtiene un trabajo bien remunerado, y viven en un apartamento decoroso en sitio céntrico de la ciudad —25 y O, en El Vedado—, ambos se sienten insatisfechos con la situación del país. Son años de robo de los fondos públicos, de auge del gangsterismo, de división del movimiento obrero, de sumisión del país a los designios imperiales: Prío Socarrás gobierna la maltrecha República neocolonial. Abel y Haydée son atraídos por la denuncia implacable de la realidad política que hace Eddy Chibás, y por su consigna "Vergüenza contra dinero". Pronto militan en las filas de la Juventud Ortodoxa. Se reúnen con otros jóvenes trabajadores que, como ellos, sin dejar de abordar alegremente la vida, creen que el país está urgido de una profunda renovación. Aun después de la muerte de Chibás, confían en el triunfo electoral del Partido Ortodoxo, previsto para dentro de unos meses. El golpe de estado batistiano del 10 de marzo de 1952 da al traste con esas esperanzas. Abel y Haydée se cuentan entre los primeros que toman medidas concretas contra el golpe. Junto a otros compañeros, editan *Son los Mismos*, periódico mimeografiado clandestino, y realizan una intensa tarea de agitación. Una tarde, Abel llega a la casa con un nuevo compañero, y no le oculta a Haydée su entusiasmo por haberlo encontrado. Es Fidel Castro.

En lo adelante, los momentos más altos de la vida de Haydée ya no pertenecerán sólo a su biografía: pertenecerán a la historia de Cuba. ¿Quién ignora que en aquel pequeño apartamento, que ahora es un museo, se reúne, en torno a Fidel (quien transforma el periódico en *El Acusador)* y a Abel, la que iba a ser la vanguardia de la lucha insurreccional cubana? Allí empieza a encenderse la llamarada de la Revolución. A la casa de Abel y Haydée van jóvenes como el poeta maestro Raúl Gómez García, Jesús Montané, Ernesto Tizol, Boris Luis Santa Coloma... Este último será el novio de Haydée. Conspiran, plantean, discuten, estudian. La figura de Martí, cuya devoción Haydée aprendió en la escuelita del batey, adquiere nueva resonancia. En su obra, esos

jóvenes encuentran estímulos y lecciones para la lucha.

Cuando están decididos el lugar y la fecha del combate inicial, y es menester que Fidel y Abel escojan a un puñado de hombres aguerridos para realizarlo, dos mujeres estarán entre ellos: Haydée y la joven abogada Melba Hernández.

El combate, es el Moncada. Muchas veces se han descrito sus preparativos inmediatos, sus horas decisivas, los días sangrientos que siguieron a aquel revés del que nacería la victoria. Existen numerosos relatos de los hechos. Y por esos relatos pasa siempre la figura activa, delicada y recia de Haydée. La vemos en la granjita de Siboney, en las afueras de Santiago de Cuba, la víspera del 26 de julio de 1953, cuidando como una hermana de que lo tuvieran todo los combatientes del día siguiente. O en el auto que atraviesa la madrugada del carnaval santiaguero, y se extravía, y al cabo da con el camino verdadero, cuando ya se sienten los fuegos del combate, y la conduce, impaciente, casi frenética, al hospital, que ha sido tomado por Abel, y desde donde se dispara para apoyar la toma del cuartel.

Entre esas anécdotas muchas veces contadas, una lo ha sido menos, y vale la pena recordarla. Haydée, la muchacha que en el batey no pudo llegar a ser enfermera, va a serlo aquí, en mitad de la batalla, cuando es más necesaria que nunca esa labor.

Mientras atiende a algunas personas en el interior del hospital, ve que afuera yace por tierra un soldado del Ejército, y decide ir a curarlo, bajo las balas incesantes de unos y otros. Se dirige a un médico que ha quedado dentro del hospital, y lo conmina a que la acompañe. El médico se niega. No quiere arriesgarse bajo el tiroteo. Además, ¿acaso no son ellos quienes han herido, o quizás dado muerte, a ese soldado? ¿Por qué preocuparse ahora por él? Haydée le explica acaloradamente al médico que ellos no han venido a matar por gusto, que existen las leyes de la guerra, que es humanitario curar también al enemigo; pero el médico no se deja convencer. La discusión atrae a otro médico, que de inmediato se ofrece para acompañar a Haydée. Salen, arrastrándose, y llegan hasta donde yace el soldado. El médido lo examina. "Señorita", dice a Haydée: "Este hombre está muerto. Podemos regresar". Haydée no volverá a encontrarse con esos médicos hasta que, en el juicio, tenga que responder a la infame acusación de que ella impidió a un médico prestar atención a un herido que se desangraba. Llamados a declarar sobre este hecho, el segundo médico, el que la acompañó bajo las balas, dirá ante el Tribunal que sí, que así fue; y el primero, el que no quiso arriesgarse, aclarará con energía que no: que, por el contrario, Haydée fue a buscarlo para ir a curar al hombre, y él se negó a acompañarla, por temor. ¿Cuál de los dos es el bueno?, se preguntará después Haydée: ¿el que se arriesgó frente a las balas y flaqueó ante los jueces, o el que se apocó en el combate y desafió después las represalias? Tan interesante como esta anécdota es la respuesta que Haydée se da: "El que haya quedado con la Revolución, es el bueno".

El enfrentamiento entre el bien y el mal, iba a alcanzar extremos terribles en aquellos momentos. Cuando Abel comprende que el cuartel no ha sido tomado, y no se combate ya en él, ordena seguir disparando desde el hospital cerca de una hora, a fin de dar tiempo a los sobrevivientes del ataque al cuartel (entre los que acaso se encuentre Fidel) para ganar las montañas. Al cabo de ese tiempo, ¿hubieran podido escapar? En todo caso, deciden quedar, fingiéndose pacientes del hospital. Esta decisión se revelará fatal. Haydée extraerá luego de ello lecciones decisivas. En aquel momento, va afiebradamente de un sitio para otro, disponiendo las apariencias. A su hermano Abel le venda la cara, como si estuviera enfermo de un ojo. Todo será en vano. Los soldados entran al hospital y, conducidos por un delator, detienen uno tras otro a los atacantes. A Abel, a Gómez García, al doctor Mario Muñoz, entre otros, comienzan a golpearlos apenas salidos del hospital. Pero ¿cómo podrían evocarse aquellas horas, aquellos días dantescos? Haydée habrá de vivirlos minuciosamente, para siempre. Cuando, ahilando la voz, hablaba de ellos, parece que se la veía descender por húmedas escaleras oscuras, manchadas de san-

gre, entre ayes y sombras y los que Martí llamó "cadáveres amados". Nada puede añadirse a las palabras sobrecogedoras de Fidel en *La historia me absolverá:*

> Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: "este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro". Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: "si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo." Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: "Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también". Y ella les contestó imperturbable otra vez: "él no está muerto, porque morir por la patria es vivir".

En aquellos instantes, Haydée no sólo sabe que ha perdido de modo espantoso a su hermano del alma y a su novio, sino que ignora aún si el propio Fidel vive. Está sola, con Melba, ante el horror, obligada a sacar las fuerzas de sus entrañas. Las sacará, como si en un parto descomunal naciera de sí misma. Aquella muchacha ya no volverá a ser la de antes, y, sin embargo, se ha vuelto ella de manera única.

Pero el Moncada, como se sabe, no fue sólo una batalla militar: fue también una batalla jurídica, y —sobre todo— una batalla política. Si la primera, a la que siguió una atroz carnicería, terminó en derrota para los atacantes, en cambio las otras dos, estrechamente unidas en un momento, les significaron triunfos definitivos. El revés de las armas empezó a mostrar en ellas un rostro de victoria. Por eso se ha destacado con razón la enorme importancia que tuvo el juicio contra los asaltantes, gracias al cual estos últimos, de acusados, se convirtieron en valientes e implacables acusadores del régimen. En este combate, que culminó soberanamente con *La historia me absolverá,* desempeñó un papel fundamental Haydée. Sobreviviente de las masacres, testigo de la crueldad que le arrancó de manera horrible a los seres más queridos, su declaración sería definitiva. Marta Rojas, que asistió como periodista al juicio, ha contado cómo, al gritar el alguacil "¡Haydée Santamaría Cuadrado!",

> el enunciado de ese nombre provocó en la Sala una intensa emoción, toda vez que ella era considerada por todos los miembros del Tribunal como el principal testigo de descargo, después de Fidel; y para Chaviano y su gavilla constituía un verdadero peligro, ya que Haydée había sido testigo presencial de las peores infamias cometidas por los guardias el 26 de julio.

"Haydée, vestida de negro, seria, muy seria, sin estar tensa", dirá después Marta, dio fe de los hechos atroces, serena y firmemente, ante los jueces.

Al terminar el juicio, que daría a conocer los ideales y el temple de "la generación del Centenario" de Martí, Haydée y Melba fueron condenadas a siete meses de prisión en la cárcel de Guanajay. Dura les fue, desde luego, la cárcel. Ya antes de la condena formal las habían situado un tiempo entre presos comunes, con el propósito de que estos las agraviaran. Pero esos delincuentes fueron con ellas más cuidadosos y tiernos que los otros, los delincuentes sanguinarios que detentaban el poder. Y ahora, con la formidable intervención de todos los compañeros en el juicio, había cobrado mayor aliento aún el proceso insurreccional, y ellas tenían nuevas tareas asignadas para la salida. Lecturas numerosas llenarían las horas de esa "universidad del revolucionario" que es la cárcel. Mientras Fidel hace otro tanto en su prisión de la Isla de Pinos, Haydée, en la cárcel de Guanajay a que al cabo se las traslada, lee de nuevo y comenta las obras completas de Martí: se conservan los tomos escritos en las márgenes con su letra de muchachita.

En 1954 están en la calle. Su primera misión es divulgar clandestinamente el *Mensaje a Cuba que sufre,* manifiesto en que Fidel explica al pueblo cómo fueron salvajemente masacrados sus hermanos. Y pronto, la misión más

trascendente: editar y distribuir *La historia me absolverá*, que Fidel ha reconstruido y hecho salir de la cárcel hoja a hoja. Millares de ejemplares recorren el país, y aun van al extrajero, con el impresionante material.

Al otro año llegará la libertad para Fidel, Raúl, Almeida, Ramiro, Montané y los demás sobrevivientes. "Fue vivir otra vez", dirá Haydée. Una foto dramática recoge el encuentro conmovedor: Haydée apoya en el pecho de Fidel la cabeza, después que los desesperados ojos ávidos han buscado, entre los rostros radiantes de los que salen, los rostros ya imposibles de Abel y de Boris.

Con Fidel en la calle, el proceso será indetenible. Así como aquella vanguardia tenía un orientador —Martí— y un guía —Fidel—, tiene ya un nombre, que es una consigna: Movimiento 26 de Julio, en cuya Dirección Nacional figurará Haydée. Cuando Fidel parte a México, a organizar lo que al cabo será la expedición del *Granma*, Haydée pasa a la vida clandestina, con el nombre de *María*.

A finales de 1956, en espera de la inminente llegada del *Granma*, Haydée viaja a Santiago de Cuba. El 30 de noviembre, está entre los organizadores del alzamiento en aquella ciudad, que precede por breve tiempo al desembarco, y estremece a la Isla. Replegados en una casona, cuando ya el tiroteo llega a su fin, Haydée recuerda las horas fatídicas del hospital junto al Moncada. No hay que permanecer allí, sino intentar por todos los medios escapar. Así lo hacen. Con ella están compañeros nuevos, como dos magníficos muchachos de Santiago: Frank País *(David)* y Vilma Espín *(Débora)*; y también un inquieto abogado que conoció en el clandestinaje y con quien hace unos meses se ha casado: le dicen *Jacinto*, y es Armando Hart.

La vida del matrimonio será desde luego azarosa. Hart, que ha protagonizado una espectacular fuga en la Audiencia de La Habana, es tan buscado por la policía como ella. En las ciudades tendrán que verse apenas unos días de una casa en otra, entre una y otra misión. También coincidirán alguna vez en la Sierra Maestra, donde Haydée encontrará nuevos compañeros entrañables, y entre ellos aquel con quien intercambia las salidas zumbonas y la medicina contra el asma: el Che. Una de esas veces, al bajar de la Sierra con una misión, Hart es detenido y encarcelado en la Isla de Pinos. Poco después, La Dirección del Movimiento envía a Haydée al extranjero, con tareas arduas que también realizará con éxito.

Cuando el primero de enero de 1959 la Revolución llega al poder, Hart sale de la cárcel para encargarse del Ministerio de Educación; y Haydée regresa del extranjero, colabora estrechamente con él en su intensa tarea educativa —cuyo triunfo más resonante es la campaña que erradicó el analfabetismo en el país—, es nombrada directora de la Casa de las Américas. Al fin puede tener, además, un hogar, donde le nacerán dos hijos: Abel Enrique y Celia María, y donde otros niños de Nuestra América encontrarán su hogar.

Quien fuera miembro de la Dirección Nacional del 26 de Julio, lo será luego, al fusionarse las organizaciones revolucionarias, de la Dirección Nacional del Partido Unido de la Revolución Socialista; y el 3 de octubre de 1965, al anunciarse la constitución del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, su nombre estará naturalmente allí. (Tal condición le sería ratificada por el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975). Ella ha explicado con claridad meridiana la evolución ideológica que la llevó a abrazar la doctrina marxista-leninista, cuando el proceso revolucionario conoció un grado mayor de radicalización.

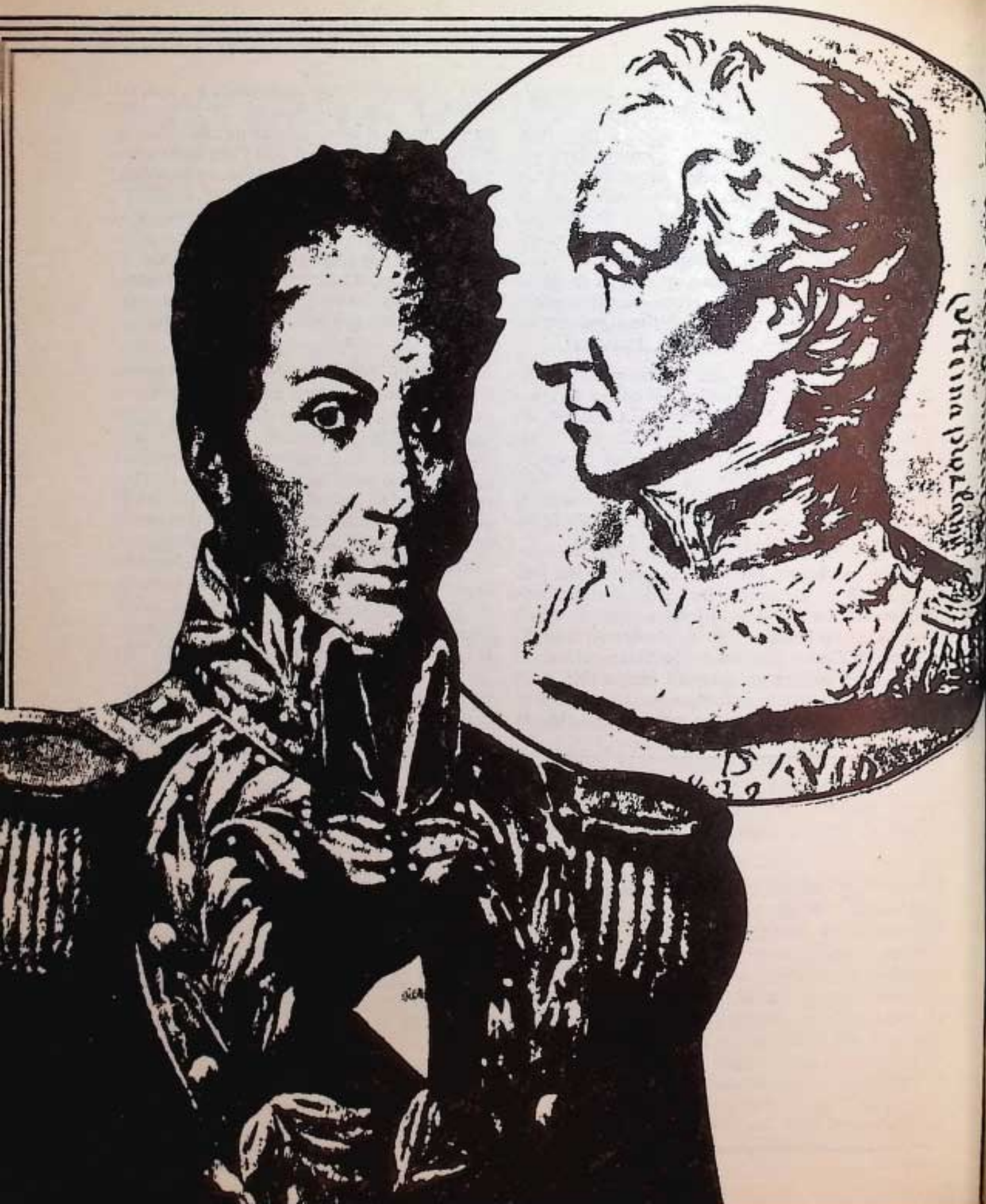
> Allí [dirá Haydée hablando del Moncada] fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución del Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el continente que Bolívar quiso unir [...] ¡Con profundas raíces martianas, hoy consideramos y creemos que somos marxistas!

No es extraño que a la seguidora apasionada de José Martí, a la compañera fraternal del Che —a quien escribirá una carta última inolvidable—, la Revolución le encomendara importantes responsabilidades latinoamericanistas. En 1967, presidirá la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), además de encontrarse ininterrumpidamente, desde su fundación en 1959, al frente de la Casa de las Américas, que bajo su dirección cumple una intensa tarea de afirmación, defensa y difusión de los genuinos valores de lo que Martí llamara "Nuestra América".

Haydée viajó a la mayoría de los países socialistas y a Francia y España, así como a varios países de la América Latina y el Caribe, en misiones encomendadas por la Dirección de nuestra Revolución. Participó en el Congreso de la FDIM, en la URSS, en 1963, y en el Congreso del PCUS en 1966. En 1968, visitó la República Democrática de Vietnam, entrevistándose con el presidente Ho Chi Minh.

Sobre el pecho de esta mujer que estuvo junto a Fidel en los momentos más tormentosos de nuestra Revolución, junto a Abel el 26 de julio, junto a Frank el 30 de noviembre, junto a Celia, el Che y Camilo en la Sierra Maestra; que se derramaba en energía inagotable y en risa y en una cólera relampagueante y en una tristeza como una herida; sobre el pecho de esta mujer que había conservado los ojos puros de la niña que fue, colocó la primera Orden Ana Betancourt, el 29 de noviembre de 1974, el Comandante en Jefe Fidel Castro. Muchas fueron las responsabilidades y las distinciones que recibió de la Revolución. Era miembro del Consejo de Estado y diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular y ostentaba además las medallas XX Aniversario de la Revolución, XX Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y numerosas órdenes otorgadas por hermanos países socialistas.

No obstante, como también dijera el Comandante Almeida, "los que la conocimos de cerca sabíamos que las heridas del Moncada nunca acabaron de cicatrizar en ella. Pero sobre todo, en los años más recientes, la compañera Haydée venía sufriendo un progresivo deterioro de su salud. En adición a esto[...], sufrió un accidente automovilístico que casi le cuesta la vida, lo que agravó aún más su estado, tanto físico como síquico." Sin embargo, su vida, inmensa, sobrevive a la enfermedad y la muerte. Sigue entre nosotros orientándonos, guiándonos, la revolucionaria infinitamente humana, la combatiente invicta de quien dijo Fidel, en *La historia me absolverá:* "nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana."



ENTREVISTA

CON OMAR CABEZAS*

Como ustedes ya sabrán, yo no soy un intelectual. Este es mi primer libro y antes escribí algunos poemitas, que eran como estados de ánimo, es decir, una manera de desquitarme; eran poemas para calmar los estados de ánimo. Era una forma de sacarte la rabia y la cólera. Una vez Somoza iba a empeñar el país para la construcción de una base norteamericana, aquello era la enajenación de la soberanía, era un escándalo político dentro de Nicaragua, entonces convocamos a los estudiantes para una asamblea de protesta contra Somoza, y la gran sorpresa nuestra fue que cuando llegamos sólo había como treinta estudiantes. Sentí una impotencia horrible, todos los muchachos andaban en otra onda, en otras cosas. Entonces me fui a mi casa y escribí un estado de ánimo.

El primer estado de ánimo que escribí fue después que había muerto Rugama. Nosotros convivimos en el mismo apartamento. Yo le pasaba los poemas a máquina, a dos dedos. Pero yo pienso que él no influyó en mí como escritor, sino en mi modo de ser. Él era un revolucionario que hacía poesía, o un poeta que hacía la revolución, porque en él es difícil decir dónde empieza y dónde termina cada uno.

Leyendo a Omar me digo: tal vez con todos los estilos conocidos de uno, con todo lo leído y oído, se hace un estilo único, que no proviene de ningún estilo, sino de la autenticidad, de la verdad vivida sólo por uno.

Estando yo en la montaña llegó a mis manos un libro editado en Cuba que se llamaba *Poesía trunca*[1]. Ese libro yo lo cargué en mi mochila como un año y lo leí un montón de veces, hasta que lo tuve que dejar para hacer papelitos de cigarros. Esa es la única vez que yo he leído a Roque Dalton, y entonces, cuando llegué a Dalton vi que se parecía a los poemas

* Durante su estancia en Cuba, como jurado del Premio Literario Casa de las Américas, el comandante Omar Cabezas dialogó largamente con jóvenes escritores y periodistas sobre su libro *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Esta es una síntesis de esas conversaciones. Los fragmentos en cursiva son extraídos de las "Anotaciones y exageraciones sobre *La montaña es algo más. . .*", de José Coronel Urtecho, publicado en el n. 7 de la revista *Nicarauac*. La selección y el montaje de los textos fueron hechos por Víctor Rodríguez Núñez, Bladimir Zamora y Arturo Arango.

1 Se refiere al libro *Poesía trunca*, compilado por Mario Benedetti y publicado por la Casa de las Américas en 1978. (N. de la R.).

de Rugama, o que había ciertas cositas en ese libro que se parecían a las de Rugama. Y una de las personas que más influyó en mi vida fue Rugama. Influyó en mi modo de ser porque siempre andábamos juntos, en las manifestaciones, en el cine juntos, en el mar juntos, vagando juntos. Éramos un grupo que teníamos la misma onda, la misma forma de ser. Éramos chivadores, éramos grandes jodedores. Mi libro lleva en alguna medida mi propio sello, y digo que Rugama tiene influencia de Roque Dalton, aunque él diga que no. Entonces pienso que si alguna influencia pueda tener yo de Roque Dalton sería en la medida en que Leonel influyó en mí, desde mi modo de ser, mi modo de vivir, en el modo de ver las cosas, en el modo de joder, de amar, de pelear por todo. Por ahí va la cosa.

En este libro, como entre los jóvenes sandinistas, como en el propio Omar, hay otro estilo de pensamiento, otra mentalidad, otra moral, pero a la vez una mentalidad más real, una realidad más real, una moral más real y aún más moral que los o las tradicionales.

Lo que pasa es que en Nicaragua hay un problema. En Nicaragua todo el mundo es poeta hasta que no se demuestre lo contrario. Esa es la gran lápida de Darío, la gran loza de Darío sobre nosotros. Carlos Fonseca era un gran admirador de Darío. En sus tiempos libres en el clandestinaje, o cuando estaba aquí en Cuba, se dedicó a investigar dos personalidades: la de Sandino y la de Darío, porque él decía que lo más grande que nosotros teníamos era Sandino y Darío, que Darío era a lo cultural lo que Sandino era a lo político, que en Darío estaba nuestra identidad nacional. A Rubén Darío la burguesía lo mutiló, nos lo presentaron como un poeta que sólo le cantaba a los cisnes, a las doncellas, y Carlos Fonseca decía que esa imagen no era la de Darío, que era esa y era otra, y empezó a conseguir documentos sobre su verdadera dimensión sociopolítica. Cuando triunfa la Revolución se genera entonces una fiebre por parte de los intelectuales nuestros por investigar a Darío. Se han descubiertos más de mil páginas con trabajos de carácter sociopolítico, que ya se están publicando, que son violentos contra el imperialismo norteamericano, contra la burguesía en Nicaragua. Darío estaba publicando en todos los periódicos en que trabajó artículos que son hasta premonitorios sobre la actuación de los Estados Unidos en Nicaragua.

Cuando yo era estudiante, Sandino no se estudiaba en las clases. Yo recuerdo que en el libro de historia de primaria, o de secundaria, no recuerdo bien, al final, en la última hoja del libro, se decía que Sandino era un bandolero, y se decía que había sido eliminado por el paladín de la libertad, general Anastasio Somoza García. Entonces no conocíamos a Sandino. Carlos Fonseca era el único que sabía de Sandino, pero estaba clandestino. Cuando se dio a conocer el libro de Gregorio Selser nos dimos cuenta de lo que había ocurrido en Nicaragua. No sabíamos nada de lo que había ocurrido desde el año 27 hasta el 34. Me sorprendió saber que Sandino había derrotado al ejército más poderoso de la tierra. Pero todo eso lo conocimos en el papel, en la teoría, no lo habíamos verificado, yo nunca lo había sentido, nunca vi algo material, no más que el nombre de FSLN. Entonces, cuando se encuentra uno con esos compañeros que pelearon con Sandino, que ya sabe uno que no son inventos, y empiezan a hablarme de Sandino con un montón de detalles y a contarme por qué él colaboró con Sandino, y empezaba a decir Sandino se sentaba ahí, o a él le gustaba el café de tal manera, comprendí que Sandino existió, y que había una tradición de lucha, y entonces es paradójico: nosotros, los estudiantes, los que estábamos más cerca del conocimiento, no conocíamos a Sandino, y teníamos que ir a los campesinos, la prueba de la historia estaba allá. Este es mi caso personal, porque el testimonio es personal. Otros lo habrán sentido de otra forma.

Pero la base de todo lo escrito en el libro de Omar, la lucha, la guerrilla, la montaña, la Revolución, es lo mayor de todo, es lo más grande que ha sucedido en Nicaragua. (Sobre esa base es que el libro es también grande, para nosotros).

En la montaña, en la medida en que los campesinos nos tomaron confianza, que confiaron

más en nuestras palabras, en nuestras caras, que en las palabras y las caras de la Guardia, nos fueron creyendo más capaces. Uno se daba cuenta de que en medio de sus grandes necesidades, de sus grandes privaciones, les habíamos aparecido nosotros y de pronto pensaron que podíamos sacarlos de todo eso; pero mira, como eran bien grandes sus problemas, con esa mentalidad del hombre de pueblo formada en lo mítico y en lo místico, no podían aceptar, aún teniéndonos esa confianza de que les hablo, que unos jóvenes flacos, hambrientos, picados de los bichos, fueran su salvación, y se empezó a dar alrededor de nosotros, de las posibilidades que los guerrilleros teníamos, un mar de leyendas. Que si podíamos colocar una bala en el blanco a no sé cuál distancia, que si nos batíamos uno solito no sé con cuántos somocistas... y bueno, si por una parte esas leyendas se podían alimentar en la realidad, quiero decir, que hay muchísimos casos de compañeros que hicieron cosas increíbles, yo pienso que las leyendas que el pueblo echó a andar sobre los miembros del FSLN se debieron fundamentalmente a las propias necesidades que ellos tenían de creernos capaces, y entonces como que las miserias que tenían se les alzaban, se les venían alzando desde hace mucho, como gigantes, pues nos forjaron a nosotros en sus mentes como gigantes también. Y claro, eso nos comprometía con ellos, para no defraudarlos.

Y yo les decía la montaña, pero con la lucha de la ciudad era lo mismo. Cada vez que el Frente daba un golpe de esos que dejaba loca a la Guardia, porque con todo su poder, y sus armas no lograba cogernos o impedir una acción, se alimentaba la leyenda, y nuestros nombres, los nombres de muchos compañeros con sus fotos, se comenzaron a popularizar. Y a veces la Guardia decía que tal compañero había caído en un encuentro, y era mentira, entonces a los días salía ese compañero en una acción bien sonada y toda esa maniobra de la guardia se volvía contra ella misma. Sacaban los periódicos otra vez la foto, pero ahora estabas vivo. Y eso repercutía en los amigos de barrio, en los compañeros de colegio, en los hombres con los que trabajaste alguna vez. Así al terminar la lucha uno está envuelto en las historias, en las leyendas que el pueblo nos fue fabricando como instinto de conservación. Y pasa algo, verán, las tareas en que la Revolución mete a uno después de terminarse la lucha por el poder, no se las pueden ni imaginar, y todo el tiempo uno está dentro de ellas. Les platico todo esto para que vean la imagen que fuimos cobrando a nivel popular, y luego como no hemos podido ir, como antes de salir para la montaña, o la lucha clandestina en la ciudad, a donde nuestros amigos, o la familia o los viejos compañeros, para que vean que somos así no más como somos, y te encuentran en una tribuna de un acto, y te das cuenta de que te señalan, ese es fulano, que yo lo conozco de tal o cual lado, pero nos es muy difícil por el trabajo el contacto directo.

Por todo eso creo que el libro tiene su utilidad para que la gente de la montaña que nos conoció, y la gente de la ciudad, vean que uno, en la lucha, se desespera, se decepciona por ratos, confía, piensa en la compañera, en toda la gente que uno quiere, se enferma o se le cansa el cuerpo, es decir que uno es un hombre normal, solo que se ha comprometido con la Revolución. Creo que el libro puede ayudar a desmistificar y desmitificar la imagen no sólo mía, sino de muchos otros compañeros, o en todo caso, según la mente de cada uno, a humanizar esa visión mítica o mística de los combatientes sandinistas.

El secreto del libro tal vez esté en la sencillez en las relaciones de los seres humanos, cuando esta se logra, como ocurre en el libro de Omar. (La relación de los sandinistas y los campesinos en la montaña).

El libro nace por una necesidad de comunicación. Yo conversaba con una amiga y ella me persuadió de que grabara. Fue un proceso como de dos meses, grabando de a dos horas, o los fines de semana, porque es que uno no puede grabar cuando no quiere. El Comandante Borge, cuando supo que yo estaba grabando, me dijo: Omar, tienes ocho días para irte a escribir el libro. Me consiguió el lugar y fui, pero no pude grabar, no tenía ganas. Lo más que grabé fueron cinco horas. Yo hice

el libro a partir de una pregunta: ¿Cuándo entraste en el Frente?. Por eso el libro empieza: "Recuerdo que ingresé al Frente..." Ahora, no es una autobiografía, son memorias, relatos, recuerdos que se me quedaron por distintas circunstancias, porque me impresionaron, porque algo me dolió o porque me dio alegría o por cualquier razón.

Después cometí el error de mostrarle el libro a Ernesto Cardenal y él me dijo: eso está bueno, mándalo a concursar a la Casa de las Américas, que hay una rama que se llama testimonio y eso es un testimonio. Se puso a confabular con Sergio Ramírez y con otros compañeros. Yo no quería mandarlo porque si bien esto no es una autobiografía, sí son relatos y memorias de mi persona, y entonces a mí me resultaba un tanto antiético mandar a concursar mi vida, a competir con otras vidas, es decir, violento, feo, desde el punto de vista ético. Se creó una cierta presión para que lo enviara.

En el libro de Omar Cabezas no está sólo su propio sentimiento, su personal sentir, sino el de todos.

Vino la cuestión del título. Se lo di a leer a varios compañeros comandantes, que son amigos nuestros, para que le buscaran un título. Cuando les preguntaba, me decían: me puse a leer el libro y se me olvidó que era para buscar un título. A mí no me gustaba ninguno de los que me sugerían y nadie se ponía de acuerdo, entonces yo saqué este que tenía de reserva. Cuando yo estaba chiquito había un libro de Geografía lleno de fotos: una fotografía: esto es un volcán; otra fotografía: esto es una laguna, esto es una península, esto es una bahía, esto es una estepa, y en la figura de estepa había una gran pradera, entonces yo la idea que tenía de estepa era una cosa así, esa cosita verde de mi libro de Geografía. En una ocasión, cuando estaba subiendo la montaña, en verano, llegamos al pico más alto. Después que acampamos, yo me subí a la parte más alta, como a las tres y media o las cuatro de la tarde, y cuando miro hay un mar verde en los trecientos sesenta grados a mi alrededor, hasta el infinito. Igual al dibujo de mi libro de Geografía. Claro, estoy viéndola desde arriba, entonces daba la impresión de una inmensa alfombra, una estepa verde. Pero yo sé que abajo están los compañeros, la esperanza, la única alternativa real de conquistar el poder en tierra continental en la América Latina. Allí abajo es donde tengo que ir a buscar un mono para comer, está un compañero enfermo, hay zancudos, frustraciones, amarguras, etc. Estoy viendo los dos lados: la montaña que parece inocente, linda como paisaje, a la vez que estoy parado en la tierra. Entonces yo dije: pareciera que fuera una inmensa estepa verde, pero qué va, la montaña es algo más.

Parecería que la naturaleza, la naturaleza nicaragüense, que es la naturaleza de la Revolución, que es la naturaleza del propio Omar, hubiera escrito el libro.

Ahora todo el mundo me anda acusando de escritor, preguntándome sobre la literatura, y voy a tener que informarme para poder responder. Todavía no acabo de asimilar esta nueva situación, porque para mí el libro fue una cuestión violenta. Se está traduciendo a varios idiomas, en varios países, y he recibido más de mil cartas. Hay escritores que escriben libros y libros y después alcanzan un premio, y de repente yo lo mando, y para remate resulta que es literatura y empiezan a hacer críticas y han dicho cualquier cantidad de cosas que ustedes puedan imaginar, hasta que me parezco a Santa Teresa de Jesús. Eso lo dijo José Coronel Urtecho, uno de los más serios poetas y periodistas de Nicaragua, en uno de los más serios trabajos que publicó en una revista de Nicaragua.

También tengo claro que es una necesidad política escribir la segunda parte, lo cual me satisface en lo personal, por cuanto a mí me gusta grabar, y si a la gente le gusta lo que grabo, pues todo el mundo de acuerdo.

El libro de Omar es un libro completo, pero interminable, el libro de su memoria. (Un libro

puente, un libro que empieza y termina en cada página, termina y empieza).

Yo pienso que el testimonio, como género, debe servir para construir hombres, que con su experiencia ayude a otros, porque si el testimonio sirve para destruir hombres, y en general la literatura sirve para destruir hombres, y no para producir felicidad, no tiene ningún sentido. La literatura tiene que cumplir alguna función, y su función tiene que ser la felicidad de la gente, porque si la literatura no cumple los requerimientos contemporáneos del hombre, es una literatura extemporánea. El testimonio tiene que estar sirviendo para allanar el camino, para hacer más fácil el camino, para ayudarle a otros a caminar. Y esto ya parece demasiado académico.

PREMIO, ORDEN

FRANCISCO
HERRERA LUQUE

Discurso en la constitución del jurado del Premio Literario Casa de las Américas 1983*

La historia prueba que la mayor fuerza afirmativa de un pueblo ante la voracidad colonialista es la presencia de una cultura vigorosa. Latinoamérica, aunque en lo económico y político es, todavía, un agregado de partes en busca de síntesis, en lo cultural es una extensa unidad, con ancha faja de comunes actitudes y una conciencia de identidad progresiva y luminosa. El desarrollo de nuestra literatura, objetivo primordial de la Casa de las Américas, es la expresión más acabada de ese sentir común, de ese quehacer, de esa cultura.

Antes de la Revolución, las obras de los autores cubanos eran prácticamente desconocidas en su misma patria. Otro tanto sucedía, en mayor o menor grado, con el resto de nuestros países, dentro y fuera de su ámbito geográfico. A partir de la Revolución Cubana,

* Recogemos en esta sección el discurso leído por Francisco Herrera Luque en Santiago de Cuba, el 22 de enero, en la constitución del Jurado del Premio Literario Casa de las Américas 1983; y el discurso leído por Julio Cortázar en Managua, el 6 de febrero, al serle impuesta la Orden Rubén Darío. Con respecto a los integrantes del Jurado y a los resultados del Premio, véase la sección "Ultimas actividades de la Casa de las Américas" en el número anterior de nuestra revista; y con referencia a la Orden, véase la sección "Al pie de la letra", de esta misma entrega.

cambia la suerte política de nuestros pueblos y también la de nuestra literatura. En la medida en que la América Latina robustece su presencia dentro de la comunidad internacional, su producción literaria crece y desborda sus fronteras.

El auge de ambos fenómenos coincide con el triunfo de Cuba sobre el imperialismo. Antes de la Revolución, las repúblicas iberoparlantes de nuestro continente pasaban por un largo período de letargo; indiferentes a la succión explotadora; resignadas en su destino; ajenas a su responsabilidad histórica. Pero al asumir Cuba su papel de aguerrido campeador, una honda conmoción sacudió a este continente, desde su extremo más austral hasta el lindero norte que nos separa del coloso voraz. Y aunque éste pronto se encargó de tenderle un cerco de amenazas y sanciones, una profunda simpatía, al margen de ideologías opuestas, despertó en nuestros pueblos hacia Cuba y su Revolución.

Desde entonces el equilibrio internacional es diferente. Desde entonces Latinoamérica, a pesar de la pluralidad de sus gobiernos, acrecienta su tendencia a expresarse unida y resuelta, como lo acaba de demostrar ante el crimen de las Malvinas. De ahí su clara y complacida sonrisa cuando García Márquez recibió el Nobel trajeado del liquilique, pues si el Premio señalaba un significativo reconocimiento a lo nuestro, el traje nacional del Caribe campeando airoso entre diademas, *fracs* y condecoraciones, gritaba a su vez: ¡Latinoamérica vive, existe y puede!

La Casa de las Américas ha cumplido una extraordinaria misión al estimular, robustecer y difundir nuestra producción literaria y artística, impidiéndoles caer a numerosas obras y a autores en el silencio que los envolvía.

La difusión de la literatura latinoamericana cumplía a su vez un gran propósito integrador, haciéndoles ver a las diversas fracciones que forman nuestro mundo que si el tema y el verbo eran el mismo para nuestras naciones, fuere cual fuese la procedencia de sus autores, ello acaecía por ser un solo pueblo escindido en partes. El escritor, al fin y al cabo, es la voz profunda de una raza. Descubrir que una obra nacida en el sur despierta en nosotros el mismo eco de otra surgida en el Caribe o en el altiplano incaico, es develar a todos la identidad que nos caracteriza. Y si hay diferencias entre nuestros pueblos, ellas no son antagónicas, sino complementarias, siendo tan amplia y densa la franja común, que bien podemos decir con el Libertador: "Nuestra patria es América".

Somos miembros de una vasta comunidad con trecientos cincuenta millones de habitantes. No somos ya los Estados Desunidos de Latinoamérica, pequeños e inermes, a merced de los piratas de siempre. Ahora nos expresamos en el mismo lenguaje, incluyendo al Brasil con su suave alcabala idiomática. Confluimos progresivamente hacia la coherencia funcional que nos hará libres en definitiva.

En este proceso de integración, la literatura latinoamericana ha cumplido un papel decisivo, al hablarle a su gente, tal como lo preconizaba Martí, con su propia lengua, al recrearle sus propias vivencias, al contarle su propia historia y al reafirmarle el valor extraordinario de su propias señales y contraseñas.

La Casa de las Américas, al impulsar nuestra literatura fortaleció la identidad de nuestra patria grande, tanto en sus áreas sectoriales como en la comunidad internacional.

A través de la literatura latinoamericana contemporánea, el mundo ha llegado a interesarse vivamente por esta parte del globo del cual sólo le llegaba antes un pintoresco y desmañado folclor, propicio apenas pasa exaltar la codicia y el apetito de los sentidos.

Si ahora es otra la imagen que al mundo ofrece Latinoamérica, el despunte comenzó por Cuba; y si la literatura desempeñó un papel decisivo en la fragua de su prestigio, se debe en buena parte a esta notable Casa que hoy llega con su Revolución al vigésimo cuarto aniversario.

Dentro de la conciencia que tenemos los venezolanos de la gran unidad latinoamericana, no podemos negar el gran afecto que sentimos por Cuba y demás países del Caribe. Desde el Descubrimiento, y antes de él, hubo una intensa comunicación entre los pueblos encla-

vados en las riberas caribeñas. Si la América Latina es una sola y gran nación, el Caribe es una de sus provincias. Si el continente iberohablante es nuestra patria grande, el Caribe es nuestra patria chica. De cara a ese mar que va desde las Antillas de Sotavento hasta las costas de México, vivimos cincuenta millones de latinoamericanos, tan estrechamente identificados en nuestro aspecto, parla y temperamento que al ojo extraño resulta casi imposible discernir la nacionalidad de un caribeño. Cuba y las Antillas mantuvieron, desde los primeros tiempos, una constante comunicación con las ciudades costeras de Colombia y Venezuela. Más breve y fluido era el viaje de La Guaira a La Habana o de Cartagena a Puerto Rico, que de Caracas a San Cristóbal o de Santa Marta a Bogotá. Este continuo intercambio de hombres, mercancías y valores se ha mantenido a través de los siglos. El mar es el medio más poderoso para concertar encuentros multitudinarios de voluntades, así como también lo es para el intercambio de las riquezas de la tierra.

Si Latinoamérica confluye hacia la unidad, el Caribe ya lo es en forma tangible, donde las ideas y acciones de sus pueblos refluyen y confluyen de costa a costa siguiendo el ritmo de sus mareas.

Esa totalidad geográfica esculpida por el Caribe, además de las mismas etnia y cultura precolombinas, vivió variadas y comunes influencias, que nos explican la similitud de su gente. A diferencia de otros países de América, las culturas caribeñas aborígenes sucumbieron ante la española por su precario desarrollo. España no encontró resistencia, como sí la halló en México y en el Perú, para imponer sus creencias y convicciones, aunque estas sufrieran variaciones significativas ante la influencia del negro africano con mayor vigor cultural, y de los mismos portadores del mundo hispánico, singularmente diferentes a sus medios de origen. De la interacción entre vencidos y conquistadores nació nuestra cultura. Después de los países australes, el Caribe es la región latinoamericana de mayor similitud con España. España, a quien algunos historiadores la trataron con el edípico cognomento de "Madre Patria", es otra de nuestras grandes provincias, que el franquismo nos hizo olvidar temporalmente. El propio Libertador prometía, en una de sus cartas, que al término de la independencia de América, iría a la Península con una flota para liberarla de sus opresores.

El Caribe y su unidad cultural están muy próximos a España, aunque variadas influencias le conceden un sello propio y único, que al hacerlo monolítico lo hace también más resistente a la penetración avasallante de las potencias. El Caribe, además de estar encuadrado dentro de una misma naturaleza y de estar signado por un solo destino, generó una cultura que se pone en evidencia desde su dieta alimenticia hasta su música, desde su vestimenta hasta su mímica. Los caribeños se ríen por idénticos motivos: sus reacciones sicológicas son tan predecibles que no hay lugar a equívocos cuando viajamos, dentro de su órbita, de un país a otro. El sentido del humor, es el mismo en toda nuestra gente. Es un humor llano y zumbón, con tendencia irrefrenable a la irreverencia, lo cual puede interpretarse como una muy sentida repulsa hacia toda desigualdad social. Por eso, el caribeño es ajeno a la pompa y se encoge de hombros ante la solemnidad; por grande y probada que sea su vocación epopéyica.

El Libertador, cuyo bicentenario celebramos este año, fue la mejor encarnadura de ese sentir, por más que anquilosados biógrafos se hayan empeñado en asignarle virtudes castrantes. El Libertador, además de ser un estadista genial, un gran escritor y un héroe superlativo, reía a carcajadas cada vez que le venía en ganas; aunque era ciudadano de América, hablaba con el acento cantarino del Caribe, intercalando en su humor chispeante, tacos y giros coloquiales de su Caracas nativa. El Libertador se deleitaba en nuestro condumio, bailaba sin parar al son de nuestros aires populares y, como si fuera poco, cantaba con voz chirriante de coplero en sus largas e inhumanas cabalgatas. Por esta personalidad tan propia de nuestra gente y tan reñida con la que nos brinda la historiografía oficial, la imagen del Libertador prevalece y se acrecienta en el amor de nuestros pueblos. Porque Simón Bolívar no es el creador de un mundo,

como algunos pretenden: el Libertador es la expresión sublime de ese pueblo al que rebasó, como el buen arquetipo que sigue siendo. Bolívar, Martí, Juárez y San Martín son cristalizaciones precoces del latinoamericano de mañana: así lo siente el pueblo y así los reverencia.

Al Libertador siempre le preocupó el destino de Cuba, al igual que el de los pueblos que conforman el Caribe. Acertado visionario, previó, con décadas de anticipación, el peligro que para la soberanía de estas naciones representaba aquel gigante en cierne nacido en su cercanía. Lamentablemente sus predicciones se han visto cumplidas. México y Cuba han sido los pueblos hermanos que han padecido más directamente los embates del mal vecino.

El cerco impuesto a Cuba es algo que nos duele e indigna a los venezolanos. El bloqueo tiene viejos y significativos antecedentes. El Libertador, en 1779, intentó llegar a Cuba. No pudo hacerlo porque La Habana estaba sitiada por Inglaterra. Su ciclópeo retoño de enfrente no hace más que continuar las prácticas rapaces de la abuela Albión. A docientos años del natalicio del Libertador, la armada inglesa, en su ataque a la Argentina, con aquiescencia estadounidense, redondea casi un centenar y medio de agresiones a Nuestra América.

En 1902, las potencias coligadas de Europa, con Inglaterra a la cabeza, bloquearon y cañonearon los puertos venezolanos a causa de una mísera deuda. No contentos con esto, retuvieron por treinta y cuatro años la ceja de patria que comprendía los muelles y aduanas. Al desembarcar en La Guaira, los venezolanos antes de pisar su suelo, lo hacían sobre una posesión extranjera, interrogando ansiosos a los contadores británicos, más que a sus políticos, sobre el tiempo que aún faltaba para recuperar la dignidad.

Por todas estas razones, los países latinoamericanos vibramos jubilosamente ante el triunfo de la Revolución Cubana. Todos hemos sido víctimas del imperialismo; hemos recibido los mismos golpes, iguales afrentas, idénticos despojos. "Nada hay más eficaz para desprovincializar las mentes", decía Alejo Carpentier, "como la necesidad de luchar contra un enemigo común". "Por eso no puede extrañarnos", afirmó también en *La consagración de la primavera*, "que jóvenes procedentes de la mediana y alta burguesía se identificaron con los objetivos de la revolución". Por encima de las variantes y divergencias ideológicas, la Revolución Cubana representa la voluntad de sobrevivencia y afirmación de nuestros pueblos.

JULIO CORTAZAR

Discurso en la recepción de la Orden Rubén Darío

Recibir del pueblo sandinista de Nicaragua la Orden que su dirigencia me confiere esta noche, no es solamente una distinción ante la cual todas las palabras me parecen como espejos empañados, como inútiles tentativas para comunicar algo que está mucho antes y también mucho más allá de ellas. Para mí, la Orden Rubén Darío no es solamente esa alta distinción, sino que representa algo así como el fin de un larguísimo viaje por las tierras y los mares del tiempo, el término del periplo de una vida que entra en su ocaso sin ningún orgullo pero sin bajar la cabeza. Y como sucede siempre en los periplos, en ese eterno retorno en el que principio y fin se confunden y se concilian, yo pienso esta noche en mi lejana infancia, en mis primeras lecturas, en mi despertar a la poesía, mala y buena poesía de los manuales escolares y las bibliotecas familiares, y así como hace pocos días en Managua citaba un poema nunca olvidado de Gaspar Núñez de Arce, así ahora surge ese instante de mi joven vida en que sobre mí cayó un relámpago que habría de dibujar para siempre su serpiente de fuego en mi memoria, el instante en que creyendo leer uno de los tantos poemas de uno de mis tantos libros, entré en la maravilla de "El coloquio de los centauros" y descubrí en una misma iluminación a Rubén Darío, a la más alta poesía que me hubiera sido dada a conocer hasta ese entonces, y acaso mi propio destino literario, mi hermosa y dura condena a ser un pastor de palabras, ese que ahora trata una vez más de encauzarlas en su rebaño infinito, en su arte combinatoria que ninguna computadora podría abarcar jamás y cuyo producto es eso que llamamos cultura. De esa cultura quisiera decir algo aquí, pero antes me era necesario recordar mi primer encuentro con Rubén Darío para que se comprendiera mejor lo que para mí significa esta alta recompensa que recibo en su patria, este término del largo viaje en que vuelvo a sentirme ese niño que despertó a la belleza gracias a él en un lejano pero nunca olvidado día.

Hablar de la cultura en Nicaragua constituye un problema muy diferente del que se plantea en muchos otros países del mundo. Quien pretenda hacerlo partiendo de los parámetros habituales en la materia, sean los europeos o los de diversos países latinoamericanos, se expone

a hablar en el vacío, o a lo sumo aplicar fórmulas válidas en otras circunstancias pero que aquí se diluyen frente a una realidad por completo diferente. Por mi parte, quisiera trasmitir mis propias vivencias sin la menor pretensión de agotar un tema inagotable por definición, puesto que la cultura, siempre difícil de definir exactamente, es un proceso que recuerda el mito del fénix, un proceso cíclico e ininterrumpido a la vez, una dialéctica que incide en la historia y a la vez la refleja, un camaleón mental, sentimental y estético que varía sus colores según las sociedades en las que se manifiesta. Como toda generalización, querer hablar de cultura en abstracto no es demasiado útil; pero sí lo es abordarla dentro de un contexto dado y tratar de comprender su especificidad y sus modalidades, como quisiera hacerlo ahora y aquí. Dejemos pues a otros el tema de las muchas revoluciones en la cultura desde los tiempos más remotos, y hablemos concretamente de la cultura en la revolución, en esta revolución que hoy me une más que nunca a ella con un lazo de amor que jamás podré agradecer lo bastante.

La cosa es así: apenas se llega a Nicaragua, la del 19 de julio por supuesto, la palabra *cultura* empieza a repiquetear en los oídos, forma parte de una temática y de un programa extremadamente variados, y basta muy poco tiempo para advertir que esa palabra tiene aquí una connotación de la que carece en países donde sólo se la usa en un nivel que algunos llamarían privilegiado pero que yo prefiero calificar de elitista. Para dar un ejemplo, Nicaragua tiene un ministerio de Cultura, pero ese ministerio no se parece para nada a muchos de sus homólogos en los que la noción y la práctica de la cultura siguen respondiendo a esquemas piramidales, o en el mejor de los casos a la noción de que la cultura es sólo uno de los diversos componentes de la estructura social. De inmediato se tiene aquí la clara sensación de que tanto el ministerio como cualquiera de las otras instancias del gobierno han expandido desde un primer momento el concepto de cultura, le han quitado ese barniz siempre un poco elegante que tiene por ejemplo en el occidente europeo, han empujado la palabra *cultura* a la calle como si fuera un carrito de helados o de frutas, se la han puesto al pueblo en la mano y en la boca con el gesto simple y cordial del que ofrece un banano; y esa incorporación de la palabra al vocabulario común y cotidiano expresa lo que verdaderamente importa, que no es la palabra en sí, sino lo que ella comporta como carga, su explosiva, maravillosa, riquísima carga actual y potencial para cada uno de los habitantes del país. Y si mi ejemplo está quizá despertando ya el apetito de algunos de ustedes, lo completaré diciendo que en Nicaragua todo lo que es, puede ser o llegará a ser cultura no me parece visto como un componente autónomo del alimento social, no me parece visto como la sal o el azúcar que se agregan para darle más sabor o más sazón a un plato de comida; aquí yo siento que el plato y la cultura son ya una misma cosa, que en última instancia la cultura está presente en cada uno de los avances, de las iniciativas y de las realizaciones populares, que no es ya el privilegio de los que escriben muy bien o cantan muy bien o pintan muy bien, sino que la noción parcial de la cultura ha explotado en miles de pedazos, que se recomponen en una síntesis cada vez más visible y que comporta igualmente miles de voluntades, de sentimientos, de opciones y de actos.

Alguien podrá decir que esta tentativa de descripción no parece lo suficientemente precisa: es justamente el tipo de crítica que podría hacer un hombre "culto" en el sentido académico del término, para quien cultura es ante todo una difícil adquisición individual, lo que naturalmente reduce el número de quienes la poseen y además los distingue claramente de los que no han accedido a ella. Por eso, y casi fatalmente, hay que dar un paso adelante y tratar de entenderse mejor sobre esa palabra tan equívoca. El interés, yo diría la pasión por la cultura en Nicaragua, constituye, a partir del triunfo de la Revolución popular, un índice clarísimo de cuál es el derrotero presente y futuro de este incontenible proceso de liberación, de dignidad, de justicia y de perfeccionamiento intelectual y estético. A los indiferentes no se los cultiva, a lo sumo se les inculcan rudimentos de educación; pero en Nicaragua basta observar la forma en que enormes multitudes escuchan y comprenden discursos en los que se plantean y analizan cuestiones muchas veces complejas y la forma en que reaccionan

frente a manifestaciones artísticas de toda naturaleza, para darse cuenta de que para ellas la noción de cultura no es ya una inalcanzable referencia intelectual, sino un estado de ánimo y de conciencia que busca por todos los medios alcanzar su realización práctica. Por encima de los diversos grados de conocimiento que puedan existir en el pueblo sandinista, ese interés de las masas populares por la cosa pública, por los problemas comunes, por los actos y los eventos más variados muestra con claridad lo que podríamos llamar la movilización cultural, por difícil y precaria que sea todavía frente a los obstáculos que le oponen los enemigos de dentro y de fuera.

Desde luego, nada de esto es nuevo para ustedes, pero en cambio lo es para muchos de los que desde lejos siguen con interés el proceso histórico nicaragüense. Para ustedes, identificados con el ideario y el mensaje de hombres como Sandino y Carlos Fonseca, esta asimilación y esta ósmosis de la revolución y la cultura es un hecho más que evidente; pero las cosas cambian cuando no se conocen suficientemente las claves históricas, intelectuales y morales del proceso liberador, y por eso, aunque estas palabras son dichas en Nicaragua y para Nicaragua, mi esperanza es que se proyecten también hacia quienes no siempre creen lo que para nosotros es casi obvio.

Me bastará dar un sólo ejemplo: en Europa se asombran a veces de la multiplicación y la importancia que han llegado a tener los talleres de poesía en Nicaragua. Que la sed y la voluntad de cultura busquen su expresión en tantísimos centros donde jóvenes y menos jóvenes ejercitan la imaginación, gozan del placer de ese inmenso plato de frutas que es el lenguaje cuando se lo saborea después de elegirlo, pulirlo y morderlo con fruición, he ahí algo que pasma a otras sociedades donde la poesía sigue siendo una actividad solitaria y entre cuatro paredes, reducida a un mínimo de publicaciones y de lectores. No es fácil que comprendan hasta qué punto esa actividad no tiene absolutamente nada de "cultural" en el sentido elitista, sino que es una manifestación de esta otra cultura que estoy tratando de mostrar a los escépticos o a los sorprendidos, esta cultura que es revolución porque esta revolución es cultura, sin compartimentaciones selectivas ni genéricas.

Algunos de los no convencidos apelarán a la tradicional adhesión de Nicaragua a todo lo que sea poesía, y estaré dispuesto a conceder que nada tiene de fortuito que la poesía sea la expresión cultural más favorecida a esta altura del proceso revolucionario. Pero precisamente la movilización cultural que estamos viendo en plena marcha equivale —si se me permite semejante despropósito bajo este clima— a la bola de nieve que aumenta y aumenta a medida que rueda. Todo lo que he podido y puedo ver aquí muestra que no me equivoco: la música está ahí para probarlo, con la entusiasta adhesión del público a sus diversas manifestaciones, el teatro popular que parece cada vez más dinámico e inventivo, el baile en sus diversos estilos, y ahora también el campo de las artes plásticas, que en este avance incontenible va a expandirse enormemente con la creación y la influencia del Museo de Arte de las Américas, nacido de la solidaridad internacional pero respondiendo desde luego a una urgente necesidad de asimilación y disfrute de los campos estéticos más variados. En efecto, ¿quién hubiera podido soñar, hace tan poco tiempo, con una colección de pintura y escultura como la que se expone provisionalmente en el teatro Rubén Darío? ¿Quién que no tuviera los medios económicos para viajar al extranjero hubiera podido asomarse a un desfile tan múltiple y complejo de todas las tendencias estéticas dominantes de nuestro tiempo? Todo eso es cultura, pero una cultura que en vez de darse como procesos aislados salta hacia adelante en la gran ola de la movilización cultural masiva, y la fuerza incontenible de esa ola nace de que la dirigencia y el pueblo comparten y se reparten esa misma sed de conocimiento y de belleza. ¿Quién hubiera imaginado aquí una editorial como Nueva Nicaragua, que apenas en sus primeros pasos ha lanzado ya una serie considerable y hermosísima de libros para satisfacer un ansia de lectura que la campaña alfabetizadora ha vuelto multitudinaria?

Por cosas así se comprenderá que alguien como yo no tenga el menor temor de que esta movilización se estanque o se anquilose; el gran camaleón del arte y de las letras, de

las artesanías y de las músicas, inventará nuevos colores cada día en la imaginación de su pueblo. Pero al mismo tiempo sé el precio que desde el 19 de julio se ha venido pagando para que la cultura se difunda y se renueve, un precio que en estos momentos se ha vuelto más alto y más duro que nunca. Que el esfuerzo que trato de esbozar se siga cumpliendo frente al ataque desembozado de contrarrevolucionarios cínicamente ayudados por los Estados Unidos y sus cómplices o títeres, no solamente es la prueba de su inflexible arraigo en el pueblo sandinista sino también la mejor garantía de su indomable vitalidad. No olvido a aquel jerarca nazi de los años treinta, no sé si Goering o Goebbels, que dijo: "Cuando oigo hablar de cultura, saco la pistola". La amenaza no era gratuita, porque cuando una cultura es como la que está creando y viviendo el pueblo de Nicaragua, esa cultura es revolucionaria, y resulta inevitable que frente a ella se alcen una vez más las pistolas de quienes buscan esclavos, colonos o lacayos a quienes imponer la ley del amo. Si el pueblo sandinista muestra diariamente que está dispuesto a enfrentar esas pistolas, lo hace con una decisión que sólo puede nacer de un sentimiento de plenitud humana, de saberse al mismo tiempo pueblo e individuo; pueblo formado por individuos y no por una masa amorfa, e individuos que no buscan ser entidades aisladas, como lo es en el fondo el programa cultural de tantas sociedades basadas en el egoísmo, en la llamada lucha por la vida, ese tan norteamericano *struggle for life* que en definitiva es la ley de la selva, es tratar de ser el más rico o el más poderoso o el más culto a costa de cualquier cosa, y sobre todo a costa del prójimo.

Por eso, y a esta altura del proceso revolucionario, lo que me parece más acertado y más importante es que la política cultural nicaragüense se abra como lo está haciendo en todas las direcciones posibles y por todos los medios a su alcance. Me conmueve que aquí todas las actividades populares van siempre como de la mano con un elemento de cultura, un incentivo mental o estético, y eso es algo que se siente en los discursos de los dirigentes, en ese evidente deseo de que cada cosa que se haga, por simple o incluso penosa que sea, no caiga jamás en el mero nivel del trabajo a ciegas. A ustedes tal vez ya no los impresiona como a mí encontrar cada semana los suplementos culturales de los diarios revolucionarios, sin hablar de tantas revistas, programas radiales y televisados, y otras incitaciones que pueden mejorarse todavía mucho más pero que ya están ahí y son parte de la vivencia permanente que tiene el pueblo en materia estética y literaria. Cada vez que abro esos suplementos pienso que en ese mismo momento está llegando a todos los rincones del país, humildemente escondidos en el cuerpo del diario, y que millares y millares de ojos que no sabían distinguir las letras del alfabeto hace tan poco tiempo, van a leer junto conmigo el poema de un combatiente o de un niño, un ensayo sobre pintura o una entrevista a un médico o a un músico, y que acaso en muchas de esas familias habrá quienes lean eso y quienes no lo lean, habrá las ignorancias o las indiferencias que también son parte lógica del proceso, y habrá las revelaciones inesperadas y fecundas que un artículo, un cuento, un poema o una imagen pueden provocar en un adolescente o en un adulto, y cambiar acaso completamente su vida.

En esta diseminación, en este esfuerzo, hay las nubes negras de tantos obstáculos que aún llevará tiempo y sacrificio echar abajo. ¿Cómo ignorar las dificultades de las comunicaciones, los problemas étnicos, las múltiples trabas a esos contactos mentales capaces de eliminar poco a poco los tabúes y prejuicios, de acabar con las ideas fijas y sustituir todo ese aparato negativo y siempre peligroso por una conciencia clara de las metas revolucionarias en todos sus planos? Nicaragua no es Arcadia, sus carreteras y sus vías fluviales no son las de Suiza. Pero si la alfabetización dio los resultados que conocemos gracias a que una parte del pueblo fue el maestro de la otra parte, ahora es el momento en que los contenidos culturales, tanto de orden intelectual como político, ético o estético, se ahonden en la conciencia popular gracias a ese mecanismo de trasmisión de individuo a individuo y de grupo a grupo, allí donde el que sabe algo esté dispuesto a comunicarlo y a hacer de toda cultura individual una cultura compartida. Pero cuando digo compartida no pienso de ninguna manera en una cultura repetitiva sino, muy al

contrario, en un fermento mental y afectivo con todo lo que eso puede llevar aparejado de discusión, polémica, aciertos y equivocaciones. Así como personalmente he defendido siempre el derecho del escritor a explorar a fondo su espacio de trabajo, pese al riesgo de no ser bien comprendido en el momento e incluso acusado de elitista o de egotista, así también veo esta cultura revolucionaria de Nicaragua como una palestra de ideas y de sentimientos en sus más diversas posibilidades y manifestaciones. Para mí, la menor huella de uniformidad temática o formal sería un desencanto. La cultura revolucionaria se me aparece como una bandada de pájaros volando a cielo abierto; la bandada es siempre la misma, pero a cada instante su dibujo, el orden de sus componentes, el ritmo del vuelo van cambiando, la bandada asciende y desciende, traza sus curvas en el espacio, inventa de continuo un maravilloso dibujo, lo borra y empieza otro nuevo, y es siempre la misma bandada y en esa bandada están los mismos pájaros, y eso a su manera es la cultura de los pájaros, su júbilo de libertad en la creación, su fiesta continua. Estoy convencido, porque es algo que siento cada vez con más fuerza en cada una de mis visitas a Nicaragua, que esa será la cultura de su pueblo en el futuro, firme en lo que le es propio y abierta a la vez a todos los vientos de la creación y de la libertad del hombre planetario.

Pido que se me perdone todo lo que esta tentativa de abarcar un panorama tan vasto pueda tener de precario e incluso de superficial. Hablo de lo que he visto y sentido, pero no lo hago como aquellos visitantes o periodistas extranjeros que apenas desembarcan en el país se creen capacitados para explicar y criticar cualquier cosa, y hasta para profetizar acerca de la Revolución Sandinista y su proceso popular. Sé que cualquiera de ustedes conoce mejor y vive más a fondo que yo ese proceso, pero que también puede ser útil que alguien del exterior ofrezca sus puntos de vista siempre que lo haga sinceramente, siempre que sea capaz de vivir de muy cerca y apasionadamente esta realidad antes de pronunciar la primera palabra de una opinión o de un juicio. Muchas gracias.

XXX ANIVERSARIO
DEL ASALTO AL CUARTEL
MONCADA

AUGUSTO E. BENITEZ

BOLIVAR:
Vigencia en su publicación

La Casa de las Américas, la casa de todos los buenos americanos, recién nos acaba de entregar una recopilación variada sobre la vigencia del pensamiento de Simón Bolívar*. Tal edición, cuya selección y prólogo estuvo a cargo de Francisco Pividal, viene a llenar en parte el vacío que existe sobre el conocimiento de tan importante personalidad de nuestro siglo XIX. Su antecedente más inmediato resulta la realizada por el prestigioso historiador y ensayista guatemalteco Manuel Galich, hace ya dieciocho años. En aquella oportunidad se siguió el criterio monotemático, o sea, dar a conocer mediante la documentación una arista ideológica en profundidad: *la necesidad de la acción unitaria en la guerra como en la paz*. En esta de ahora, 1982, Pividal se proyecta a un universo más amplio de la praxis del caraqueño y en cierta medida se logra el objetivo, sólo que, a pesar de los deseos, el propio carácter de la obra limita al lector no compenetrado con los diversos problemas generados en aquellas volcánicas dos décadas.

Al respecto el propio autor señala: "Son muchas las facetas que debiéramos abordar para recoger toda la fecundidad del pensamiento bolivariano. Tal pretensión escapa a nuestras posibilidades", por ello el objetivo se centra en "dar a conocer otro Bolívar, aquel que como estadista funda naciones, establece sistemas de gobierno, organiza congresos continentales, desarrolla una ética política y sienta las bases del nuevo derecho americano".

Sin demeritar el encomiable esfuerzo, entendemos que hubiera sido necesario, en este específico caso, abundar, especialmente en lo hechológico, en la poco divulgada tarea de organizar las nuevas repúblicas emergentes. Para muchos, Bolívar es el gran guerrero, el incansable combatiente por la unidad americana, el antiesclavista consecuente; sin embargo, de sus proyecciones y medidas para asegurar la libertad política y en parte la económica, se desconocen, desdichadamente, la mayoría.

* Simón Bolívar: *La vigencia de su pensamiento*. Selección y prólogo de Francisco Pividal, La Habana, Ed. Casa de las Américas, Col. Pensamiento de Nuestra América, 1982.

Conociendo, como conoce el autor, esta insuficiencia, es de esperar que acometa en un futuro próximo una más amplia investigación y posibilite, al pueblo en general, valorar con mayor exactitud la vida y obra de quien es, sin duda, el antecedente más valioso de las tradiciones revolucionarias de Nuestra América.

En espera de una obra mayor aprovechemos el espacio de esta nota y señalemos algunas acotaciones a determinados documentos. En primer lugar aparece el denominado *Juramento del Monte Sacro o de Roma.* Se sabe por el testimonio de Simón Rodríguez, amigo y maestro del Libertador, que por el año de 1805 ambos se encuentran en Italia, tras cruzar los Alpes desde Francia. Allí son testigos de la coronación de Napoleón Bonaparte, esta vez en la ciudad de Milán. Testigo de aquel acontecimiento, que estrangulaba la libertad de los italianos, Bolívar comienza a comprender en su magnitud real cuán preciada es la libertad. Libertad que, en el caso de la Europa dominada por el *Corso,* se hace cada vez más estrecha. Y recoge la historia que los dos Simón visitan el llamado Monte Sacro, el 15 de agosto de ese año. Según Rodríguez el futuro *creador de pueblos* rompe el silencio y, después de hacer una síntesis de la trayectoria política de la Roma imperial, se vuelve hacia él, con los ojos húmedos, "palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una agitación casi febril me dijo: 'Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!'."

Para quienes han estudiado el desarrollo político e ideológico de Bolívar, no les es difícil encontrar las raíces de tal actitud. Por esa época ha conocido, vivido y compartido con lo más rancio de la burguesía española y francesa. Ha leído a los hombres de la Ilustración, sobre todo a aquellos que preconizaban cambios sociales, y ha visto también la represión o la condena que sufren los combatientes hispanoamericanos por desear la libertad de sus pueblos. Se ha percatado de los cambios estructurales que ha generado el triunfo de la Revolución Francesa; la ruptura de las trabas medievales y el predominio absoluto de la religión sobre la conciencia de los hombres; comprende además que en la coyuntura específica de su patria es necesario algo más que una aparente "libertad de comercio".

Por ello, rechazamos la interpretación de algunos biógrafos de Bolívar que estiman el Juramento como un misterioso proceso anímico, o como una chispa extraterrenal que le indicara por predestinación el camino a seguir. No, no hubo en el Juramento revelación súbita de predestinación. Hubo, sí, el hombre vehemente, pasional, privado de sus seres queridos y ya indiferente a los mundanales atractivos; hubo el carácter conciente de su fuerza; y hubo la comprensión de un mundo hispanoamericano dominado por elementos extraños y cerrado a los nuevos horizontes.

¿Es ya Bolívar el hombre maduro, presto a entablar combate frontal contra el colonialismo español? Pensamos que no. Aún le quedan rezagos que vencer, propios de su origen y situación de clase. Ahora bien, tampoco es ya el caraqueño taciturno, apegado a los recuerdos y frivolidades. ¿Quién es entonces? Un rico hacendado de veintidós años que sufre un proceso dialéctico cognoscitivo del mundo que le rodea. No deseaba seguir contemplando pasivamente la realidad, lo que significaba, en esencia, continuar eludiendo la responsabilidad histórica que su tiempo exigía a todos los hombres bajo el yugo de la colonia. Él no debía ser la excepción; en el momento oportuno se hizo presente.

Las cartas, proclamas y discursos editados abarcan los últimos veinticinco años de aquel *hombre solar,* al decir de Martí. En el prólogo se aclara que, hasta 1947, "habían aparecido los siguientes documentos: dos mil trecientas veinticinco cartas, dos constituciones, ciento tres proclamas, veintiún mensajes, catorce manifiestos, tres exposiciones, dieciséis discursos, siete artículos periodísticos, tres ensayos literarios y múltiples bandos militares, alocuciones, arengas, llamamientos, brindis, etcétera", de los que el autor selecciona cien. Ante tamaña empresa de escoger entre esa compleja y variada documentación, Pividal muestra agilidad y habilidad. No obstante, lo que resulta ineludible es la redición de las denominadas *Obras completas* de Simón Bolívar, realizada

por el Ministerio de Educación de Venezuela en la Editorial Lex de La Habana, y adjuntarle otras no incluidas en dicha versión. Casa de las Américas, por citar una editorial, debe incluir entre sus planes tal meta. En nuestros tiempos de Revolución, en el que la unidad latinoamericana es imprescindible, Simón Bolívar tiene mucho que hacer todavía. Y podrá hacer, en la misma medida en que su amplio ideario sea divulgado en su América, en la humanidad toda.

Cuánta razón asiste a Martí, el continuador por excelencia de la obra inconclusa de Bolívar, al escribir en *Patria* (31 de octubre de 1893) que la gloria del Libertador, "más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ella sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia".

Un logro de la recopilación es dar cabida a las inquietudes del venezolano insigne sobre las masas indígenas, secularmente explotadas por colonialistas y colonizados. De esa manera podemos conocer, en carta enviada a Francisco de Paula Santander el 28 de junio de 1825, desde el Cuzco, Perú, como para él este sector importante de la población no debía estar marginado del nuevo proceso social, y reconoce los valores de las culturas prehispánicas. Citemos algunos fragmentos:

> Hace tres días que he llegado a esta capital, por medio de pueblos agradecidos y contentos, de memorias, de monumentos de lo que fue este inocente imperio antes de su destrucción por los españoles [...] Este país fue la obra de la naturaleza desenvuelta por las manos del hombre salvaje; pero guiado por un instinto que se puede llamar la sabiduría de la pura naturaleza. Este país, en sus creaciones, no ha conocido modelos; en sus doctrinas, no ha conocido ejemplos ni maestros, de suerte que todo es original y todo puro como las inspiraciones que vienen de lo alto.
>
> [...] Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. *Yo pienso hacerles todo el bien posible: primero, por el bien de la humanidad, y segundo, porque tienen derecho a ello.* [El subrayado es de A.E.B.]

Seis días después de esta misiva expide el decreto en virtud del cual se proclaman los derechos del indio como ciudadano y se condena la explotación a que están sometidos. En la página 175 de *La vigencia de su pensamiento*, libro que ha dado pie a esta nota, se recoge íntegro y, vale enunciar, fragmentadamente, algunos de sus considerando y artículos. Se hace énfasis en "que la igualdad entre todos los ciudadanos es la base de la Constitución de la República", siendo por tanto "incompatible con el servicio personal que se ha exigido por fuerza a los naturales indígenas, y con las exacciones y malos tratamientos que por su estado miserable han sufrido estos en todos los tiempos por parte de los jefes civiles, caciques y aun hacendados". En virtud de tal estado de cosas se prohíbe el uso, mediante la fuerza o el engaño, del servicio personal del indio peruano: también se les niega a los prefectos de los departamentos, gobernadores y jueces, a los prelados eclesiásticos, curas y sus tenientes, el supuesto derecho a emplearles en contra de su voluntad, así como se les exige que les paguen en dinero contante y no en especies.

Del mismo 4 de julio es la ley que dispone la distribución de tierras a las comunidades aborígenes, dado "que la mayor parte de los naturales han carecido del goce y posesión de ellas" (p. 177).

Ese gran drama, que linda con la tragedia, fue también auscultado por José Martí por cuanto, en su circunstancia histórica, el fenómeno se había enraizado de tal manera que representaba, de hecho, una rémora para el desarrollo. En *La América*, revista mensual editada en Nueva York y de la cual Martí fue en un tiempo redactor y director, se exponen algunos criterios que arrojan un saldo poco halagüeño:

> El indio [escribía el Maestro] que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la formidable presión blanca o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin

el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.

Al respecto, Martí profundiza en otro trabajo posterior, aparecido también en *La América*, en abril de 1884:

> Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu falso, alimentarse [...] de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecida y avivada por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan [...] La inteligencia americana es un penacho indígena [...] Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

Cabe sólo significar que tanto Bolívar como Martí reconocieron en ese marginado sector poblacional sus potencialidades y, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, se plantearon su incorporación plena en las tareas inherentes al nuevo estadio social.

Otro logro es la recopilación de ciertas proclamas y criterios bolivarianos referentes a la educación. Acertadamente asevera Pividal que "para el Libertador, el hombre colonizado apenas podía servirse de su inteligencia. Sólo los revolucionarios eran capaces de desarrollarla, porque eran capaces de ponerla en función de los pueblos", de ahí la importancia de diseñar un modelo para la educación de las nuevas generaciones, o sea, facilitarles el instrumento para poder transformar —científicamente— la naturaleza y la sociedad. Únicamente así se lograría construir esa gran hermandad de naciones, donde cada cual estuviera apto para enfrentar con éxito las innovaciones científico-técnicas.

> La enseñanza no es más, digámoslo así, que la disciplina de un cuerpo de tropas, con la diferencia de que a los soldados se les disciplina físicamente, y a los niños física y moralmente. Mas así como a los primeros se les instruye desde que se levantan hasta que se acuestan dándole a todos sus movimientos y trabajos regularidad, tiempo, orden y duración, para que resulte un todo bello; así al niño debe instruírsele siguiéndole en todas las horas del día.

Por tales motivos el Libertador analiza también aquellos detalles que convergen en la formación cultural de la niñez y la juventud. Precisa cuáles deben ser las cualidades del maestro, quien no será, necesariamente, un sabio, "pero sí un hombre distinguido por su educación, por la pureza de sus costumbres, por la naturalidad de sus modales, jovial, accesible, dócil, franco, en fin, en quien se encuentre mucho que imitar y poco que corregir". Parecidas características exige para el director de un centro de enseñanza, quien ante todo debe sacrificar su reposo y su libertad en aras de crearle ciudadanos al Estado "que le defiendan, le ilustren, le sacrifiquen, le embellezcan y le engendren otros tan dignos como él."

Hace bien el autor en plasmar parte de la documentación sobre esa arista. Ella sirve de reafirmación de que el "padre de pueblos", como a veces le llamó Martí, fue un hombre que vivió en su tiempo de cambios y que, en gran medida, aspiraba a transformar acorde al papel histórico que él asignaba a su América meridional en el ámbito internacional.

Por tanto no es casual, y así lo recoge el libro, que legisle sobre la repoblación forestal, la creación de regadíos naturales —mediante el desvío del curso de ríos—, condene el mal uso de los fondos del Estado, ampare a los niños pobres y/o huérfanos; redacte constituciones, que muestran sus concepciones ético-jurídicas; que instituya la formación de un Consejo de Estado, base para la formación de una Administración Pública; que fomente la creación de Juntas Provinciales de Agricultura y Comercio, cuya finalidad es estimular el desarrollo económico; que ordene realizar un censo agrícola en Bolivia o legisle sobre la preservación de las aguas, su uso racional y la conservación de los bosques, así como la reforestación; exhorte a eliminar la burocracia que carcome la agilidad del Estado o al incremento de la marina mercante; en fin, que Bolívar, además de

extraordinario estratega militar, fue brillante estadista.

Ante tan vastos proyectos, Bolívar encontró resistencias que hicieron imposible su materialización. La criollocracia, cohonestada por la reacción internacional, solamente aspiraba a convertir a la gran sociedad hispanoamericana en una constelación de repúblicas independientes con el fin de mantener las posiciones alcanzadas, y afianzarlas o ampliarlas en otro. Ese fue el *leit motiv* para que los hacendados y esclavócratas venezolanos, la plutocracia granadina, los mercaderes y especuladores bonaerenses, los conservadores chilenos, los esclavistas y geófagos brasileños se vincularan al proceso independentista de 1810.

Cómo hubieran podido identificarse dichos grupúsculos con el ideario de Bolívar si este, una vez iniciada la transformación de las arcaicas estructuras coloniales, devendría freno lógico a las aspiraciones de los apócrifos nacionalistas, a las inversiones desmedidas del capital foráneo, al ahondamiento de las grandes diferencias sociales entre las partes integrantes de su gran proyecto unitario.

Es bastante difícil congeniar las pretensiones de esos caudillos con aquella bolivariana de que el nuevo mundo se constituyese en naciones independientes, "ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas".

La presente obra, al igual que la ejecutada por Galich, da entrada a la conocida controversia entre Bautista Irvine, agente de los Estados Unidos ante Venezuela, y Simón Bolívar, a raíz de la confiscación de las goletas *Tigre* y *Libertad*, propiedad de mercaderes estadounidenses que, a título de "neutrales", burlaban el bloqueo dispuesto por los patriotas y avituallaban a las tropas españolas. Si bien no hay similitud en las cartas seleccionadas, ambos autores coinciden en las más importantes.

Es a partir de esa disputa diplomática, que entraña una valoración de los movimientos de liberación nacional hispanoamericano y sus relaciones con el vecino del Norte, que podemos hablar de un Bolívar conciente de que los Estados Unidos sólo aparejarían calamidades en nombre de la libertad. En las varias misivas intercambiadas, el caraqueño deja esclarecido en más de una oportunidad que, desde el momento en que dichos buques introdujeron elementos militares a los enemigos de la independencia americana, violaron la neutralidad, tomando parte en la contienda a favor de España.

Y como para no dejar dudas al respecto, Bolívar saca a colación la propia actitud del gobierno yanqui y recuerda a Irvine:

> La prestación de auxilios militares a una potencia beligerante es una declaratoria implícita contra su enemiga, es un principio incontrovertible y que está confirmado por la condutca de los mismos Estados Unidos, donde no se permite que se hagan armamentos de ninguna especie por los independientes contra los países españoles, donde han sido apresados algunos oficiales [...] que venían para Venezuela [...] La diferencia única que hay es que cuando es el gobierno quien lo presta, la Nación se declara enemiga, y cuando son los particulares [...] ellos sólo se comprometen, y no se hace responsable la Nación.

Por tanto, concluía el Libertador, ninguna de las goletas capturadas podía acogerse a las leyes de la neutralidad, la cual han despreciado y violado.

Lo más importante de esa polémica es que Bolívar aprovecha todo cuanto le es posible para caracterizar el egoísmo y la ambición de los grupos de poder estadounidenses hacia las emergentes repúblicas del Sur. A la cacareada tesis, de las potencias colonialistas, de que "el pabellón libre hace igualmente libres las mercaderías", las fuerzas revolucionarias crearon otra en su praxis: "el pabellón libre no hace libres las mercaderías, y si estas proceden o son para el enemigo, pueden y deben ser incautadas".

Todo hace indicar que el gobierno yanqui amenazó con tomar represalias si el caso de los dos bergantines no se resolvía de inmediato. La reacción de Bolívar, enérgica y valiente, vibra en cada palabra de su contestación: "protesto a V.S. que no permitiré que se

ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. *Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende* [Respuesta a Irvine, 7 de octubre de 1818; el subrayado es de A.E.B.]

De más está decir que *La vigencia de su pensamiento* es ya de por sí una obra de obligada consulta para especialistas en esa personalidad; para profesores de Historia de América, estudiantes e investigadores de la problemática de Nuestra América. Casa de las Américas se trazó la meta de poner en esas manos parte del gran universo bolivariano, y lo ha logrado. Empero, queda en pie la urgente necesidad de mantener una sistemática publicación de otros documentos de aquel hombre solar, creador de pueblos.

EMILIO DE ARMAS

SIMON BOLIVAR, aquel hombre solar*

"Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar." Con estas emocionadas palabras relató José Martí, en el primer número de *La Edad de Oro*, su encuentro con la patria del Libertador americano, pues aquel viajero que "solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo", no era otro que el propio Martí.

La imagen del padre y el hijo que hacia él se levanta, expresa muy bien la relación de Martí con Bolívar, pues el vencedor de la tiranía colonial en Suramérica encontró a su primogénito en aquel peregrino de la libertad, que llegaba ante el majestuoso monumento para jurar la conclusión de la obra interrumpida. El americanismo de Martí parte y crece de allí mismo donde el afán descolonizador e independentista de Bolívar queda trunco: el fraccionamiento de la gran patria común, el poderío de castas de terratenientes militaristas que se había consolidado en la obra turbulenta de expulsar a los virreyes y portaestandartes de la metrópoli y —sobre todo— el pertinaz expansionismo norteamericano, previsto por el Libertador, exigían retomar su espada y echarse de nuevo a la pelea.

La acción fundadora de Bolívar, asumida y recreada por José Martí en su radicalísima esencia americanista, se proyecta en la práctica revolucionaria del cubano, y aparece hoy como espina dorsal de nuestra historia. Ambos hombres representan las cumbres del hacer y el pensar de la América Latina en el siglo XIX, y su impulsión creadora se proyecta vigorosamente en la época actual.

Todo homenaje a uno de ellos, es, explícita o implícitamente, un homenaje al otro. Y ahora, como parte de la celebración en Cuba del bicentenario del Libertador, el Centro de Estudios Martianos, con la colaboración fraterna de la Casa de las Américas, han editado este libro necesario: *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, con título dado por el ardiente verbo martiano. El volumen recoge los textos de Martí acerca del Libertador, desde las grandes piezas oratorias de 1892 y 1893, hasta las referencias que, numerosas y encendidas, aparecen en las *Obras completas* del héroe cubano. Es, pues, una suma del pen-

* José Martí: *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, Colección Textos Martianos, 1982.

samiento del hijo mayor en torno al padre; una como segunda llegada suya ante la estatua viva del padre, ahora con la obra libertadora en marcha otra vez.

En la primera parte de esta compilación aparecen, reunidos en orden cronológico, los trabajos que Martí dedicó al gran americano: "La estatua de Bolívar por el venezolano Cova", "El centenario de Bolívar", "Tres héroes", el "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela", el "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana". En la segunda parte pueden leerse valiosísimas referencias y alusiones de Martí a Bolívar, extraídas de diversos textos que figuran en las *Obras completas* del cubano. Se leen aquí párrafos que completan la visión martiana acerca del Libertador, y algunos de los cuales, aunque naturalmente breves, no ceden en intensidad y lucidez ante las piezas mayores. El primero de tales textos es de 1875; el último fechado, de abril de 1895, lo que demuestra la continuidad del interés martiano por la figura y la obra de Bolívar. Tomado casi al azar, sirva de ejemplo este apunte: "¡qué trabajo cuesta reprimir el brío, y no ser más que hombre, hombre sin más caballo que el pensamiento, ni más espada que la lengua, cuando se recuerdan estos tiempos, incompletos todavía.— Bolívar, como los ríos; San Martín, como los Andes." O este otro, en que la naturaleza humana del Libertador irrumpe, como rasgo principal de su grandeza:

> Cuando él cortaba los nudos de los pueblos como los hombres cortan la cosecha, los nudos de los pensamientos, y trasponía montañas como nosotros trasponemos obstáculos en sueños; cuando descendía vengador y fúlgido sobre las aterradas tropas españolas; cuando rechazaba con voz indignada proposiciones de una imbécil monarquía; cuando consumía su noble cuerpo con el ardiente fuego mesiánico de su espíritu; cuando delirando sobre el Chimborazo, más le servía de cauce que de poeta; cuando, dueño de un mundo, cubría de lágrimas la amarga nueva de la muerte de un amigo querido.

"En acatamiento al mandato martiano de que 'todos los americanos deben querer a Bolívar como un padre' ", declara el ensayista y profesor guatemalteco Manuel Galich, escribió este las páginas que sirven de introducción al volumen. Ellas constituyen un documentado y fervoroso análisis de la significación ideológica que, para el momento actual de nuestra América, tiene la conjunción —eminentemente *solar* ella también— de Bolívar y Martí. El libro, así, se completa como obra no sólo de homenaje al Libertador en la palabra de Martí —y de homenaje a nuestro Héroe Nacional en la reunión de su palabra en torno a Bolívar—, sino también como obra de señalamiento revolucionario, realizada en plena lucha de Nuestra América por conquistar su segunda y definitiva independencia. Así lo expresa Galich en párrafo que nos parece la mejor conclusión para esta nota:

> Es alentadoramente sorprendente constatar cómo las grandes ideas, cuando son justas y responden a realidades históricas, renacen o se recrean fielmente interpretadas por los genios políticos de épocas diversas y por los ideólogos eminentes, conductores de pueblos y creadores de órdenes sociales nuevos, sin perjuicio de la adecuada aplicación de principios filosóficos de validez universal o precisamente por la aplicación de esos principios. Este es el caso de la idea bolivariana y martiana de la originalidad de Nuestra América y del rechazo a las imitaciones y a los trasplantes mecánicos de orden institucional, a la hora de amasar la levadura de pueblos en tránsito hacia un orden social superior.

ALBERTO PRIETO

BOLIVAR EN LA URSS*

¿Es Simón Bolívar conocido en la Unión Soviética? La respuesta positiva la brindó ya en 1957 I. Lavretski (José Grigulevich), cuando publicó por primera vez su *Simón Bolívar*, del cual una edición mejorada acaba (1982) de aparecer. Es realmente asombroso que, incluso antes del triunfo de la Revolución Cubana, en el lejano país de los soviets una interpretación tan creadora fuese suscitada por la gesta independentista latinoamericana y su máximo exponente: el Libertador. Esto sólo puede explicarse debido a las proyecciones universales inherentes a la sociedad construida a partir de la Revolución de Octubre, uno de cuyos permanentes polos de atracción lo constituye cualquier esfuerzo de transformación socioeconómica en la historia del mundo. Y en lo personal, el mérito compete a este prolífico latinoamericanista, entre cuyos últimos trabajos figuran los libros *Ernesto Che Guevara* (1975) y *Salvador Allende* (1978), ambos de la moscovita Editorial Progreso.

Resulta tentador escudriñar en las motivaciones que indujeron a Lavretski-Grigulevich a seleccionar este difícil tema, en aquel lejano lustro de la década del cincuenta. ¿Podría concebirse que se trataba del plausible empeño de brindar la visión de un Bolívar revolucionario, cuando pululaban las versiones más idealistas acerca de la vida y obra del Libertador? Estamos convencidos de ello. Para demostrarlo, seleccionamos cualquier ejemplo, incluso el de un escritor tan relevante, bienintencionado y progresista como Waldo Frank, quien publicó en 1951 *El nacimiento de un mundo: Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*, obra varias veces editada en nuestra patria socialista. ¿Cuál filosofía vierte la pluma del notable humanista estadounidense? Sencillamente, la tendiente a probar que toda la evolución de la humanidad tiene como finalidad a Dios, y que esto es la libertad. En síntesis, Frank entiende que la historia es un proceso cíclico exclusivamente impulsado por la conciencia —generada por la cultura— y las razas, en cuyo decursar los hombres se

* Sobre el libro de I. Lavretsky: *Simón Bolívar*, Moscú, Ed. Progreso, 1982.

purifican y acercan al Creador o se envilecen y apartan de él. En consecuencia, y aplicando la dialéctica hegeliana, Frank concluye que España perdió sus colonias porque estaba descarriada, y Bolívar hizo la independencia porque era culto y de raza española, sin condicionante económica ni lucha de clases alguna; al mismo, tiempo atribuye los circustanciales fracasos del Libertador a momentos de "inmadurez cultural".

En contraste, de los pliegos del libro de Lavretski surge la concepción materialista y dialéctica de la historia, caracterizada por los embates de clase que, en última instancia —al decir de Engels—, tienen una determinada base económica. Este enfoque, verdaderamente científico, en nada mella los excelentes esbozos sicológicos y ambientales de la época y sus hombres. Al revés, pone al desnudo que, no obstante las condiciones materiales, son los seres humanos quienes hacen la historia, y no algún mecánico proceder de la sociedad que se desentienda de la conciencia humana o de las luchas de sus portadores. Así, buenas y muchas pequeñas anécdotas muestran la recíedumbre de carácter y grandeza de miras de Bolívar, junto a su desinterés por los bienes materiales e incluso por el poder, al cual con insistencia renunció.

El *Simón Bolívar* de Grigulevich nos adentra en las influencias sociales, políticas e ideológicas que experimentó el Libertador, y sobre todo en la impronta filosófica que sobre él dejó Simón Rodríguez *(Robinson)*, quien lo condujo a las doctrinas de Montesquieu, Rousseau, Voltaire, y demás avanzados pensadores del siglo XVIII. Los evocadores títulos de los diferentes capítulos nos introducen a los principales problemas enfrentados por Bolívar, y que él debió resolver para llevar adelante la colosal tarea de alcanzar la independencia mediante la revolución. Porque esta es, en definitiva, la segunda distinción que se debe hacer acerca de quienes pujaban en esa contienda política. Primero, indicar quiénes estaban a favor o en contra de la independencia, y luego destacar los adictos a lograrla mediante la revolución. Por último se debe precisar el límite hasta el cual cada uno deseaba empujar las transformaciones de la sociedad. Y Bolívar pronto se situó entre los que la impulsaban hacia cambios más profundos que los anhelados por los burgueses; no deseaba la independencia para el beneficio exclusivo de dicha clase, y comprendió que ella por sí sola no podría conducir la lucha hasta su victorioso final.

Lavretski describe bien cómo, a fines del siglo XVIII, los territorios actualmente denominados como la América Latina vivían bajo la férula de las metrópolis colonialistas, que se encontraban en la etapa del absolutismo. Señala cómo los máximos defensores autóctonos de este sistema eran los terratenientes y los dueños de minas, así como la Iglesia Católica. Pero el autor también sabe mostrar cómo en dicha sociedad, muy estamentada en castas y estratos, además del modo de producción feudal existían el esclavista —en su fase de plantación— y, de manera incipiente, el capitalista. Y fue la lucha de intereses de las distintas clases y grupos sociales —como se evidencia en esta obra— la que originó el conflicto, y sólo después llegó la conciencia. Ese batallar se expone magistralmente en la primera mitad del libro, y en especial a lo largo de los capítulos quinto al décimo, en los cuales se resalta la perseverancia de Bolívar en la empresa de crear un amplio frente revolucionario y democrático, que superase las posiciones elitistas de la burguesía sin caer en los estrictos postulados pequeñoburgueses. Pieza clave en este proyecto era la abolición de la esclavitud, denominada entonces "ley francesa", pues los reaccionarios siempre se han empeñado en atribuir causas externas a los conflictos endógenos; en aquella época, en la cual no había aparecido aún "la influencia bolchevique", la Revolución Francesa cargaba la culpa de cualquier conmoción social, por muy justificada que estuviese por motivos internos.

La obstinación de Bolívar por emancipar a los esclavos estuvo en la base de muchos de sus conflictos con algunos de los caudillos regionales, que eran plantadores o sus representantes, y se oponían a la revolucionaria medida. Por eso Bolívar, debido a sus prédicas, perdió el apoyo de la opulenta burguesía esclavista del litoral, y debió abandonar la zona costera; si suprimía la odiosa institución los ricos propietarios agroexportadores se retiraban de sus filas, y si no la abolía los escla-

vos no se le sumaban. Para encontrarle al agobiante dilema la imprescindible solución, Bolívar se dirigió a la Guayana, desde la cual se esforzó por unir a los dispersos contingentes revolucionarios que abundaban por las regiones del Apure y del Meta Casanare. ¡Había comprendido que los llaneros podían constituir la fuerza que arrastrase a plantadores y esclavos a la lucha contra el colonialismo; ambas clases estaban objetivamente interesadas en liquidar el dominio de España sobre América, aunque tuvieran contradicciones entre sí! Lavretski describe con lujo de detalles la compleja evolución política de esa turbulenta fuerza social, que pasó, de ser la principal enemiga del Libertador —bajo Boves—, a constituir su tropa de choque con Páez. Asimismo, el autor explica bien cómo este nuevo poderío militar insufló al movimiento patriótico los bríos que permitieron a Bolívar convocar al primer Congreso de Angostura, ante el cual, entre otras cosas, expuso —con la terminología de la época— las diferencias de la independencia de los Estados Unidos en relación con la de la América Latina; aquellos se emanciparon de un colonialismo burgués mientras esta se liberaba de una metrópoli feudal y absolutista. Por esa razón, y teniendo en cuenta los propósitos abolicionistas de Bolívar, Grigulevich acertadamente plantea que este "sostenía posiciones más avanzadas que los dirigentes más progresistas de los Estados Unidos de aquel tiempo, incluidos Washington y Jefferson, que apoyaban la trata de esclavos y la esclavitud"; en resumen, concluye que los dirigentes estadounidenses sólo se proponían lograr la independencia, en tanto que Bolívar insistía en alcanzarla mediante la revolución social.

Una vez terminada la primera fase de la liberación venezolana y superando los criterios localistas de los distintos caudillos regionales, Bolívar proyectó la continentalización de la guerra, empeño que sólo concibieran también Miranda, Mariño y San Martín. El epopéyico cruce de los Andes —que San Martín homologara por el Cono Sur con cierta antelación— es decrito con trazos brillantes por Lavretski, que le dedica la mitad de su capítulo titulado "La Gran Colombia", el cual prolonga hasta la victoria (1820) de Carabobo. Sin embargo, como tantos otros estudiosos de Bolívar y de la sociedad latinoamericana —empezando por Marx, como expone el propio Grigulevich—, este autor sufre la parvedad informativa concerniente a la estructura de la sociedad colonial en Nueva Granada, Quito, Perú y Alto Perú, así como sobre ciertos acontecimientos relevantes —la Entrevista de Guayaquil o la llamada Dictadura— y cruciales figuras políticas, tales como el muy sobrevalorado Santander. El propio Frank, por ejemplo, apenas dedicó treintiocho páginas —menos del 9%— de su voluminoso trabajo al Perú y su indepencencia, en tanto que Grigulevich le otorga doce. Pero lo más aflictivo es que el destacado latinoamericanista soviético fue víctima de la historiografía basada en el malintencionado G. Lafond de Lurcy, quien inventó en 1843 una carta de San Martín relacionada con la Entrevista de Guayaquil; basado en dicho documento apócrifo, ese capítulo resulta divorciado de los sucesos históricos. Es cierto que en dicho encuentro hubo alguna diferencia de pareceres, pero de ningún modo se trató de una confrontación. Para entenderlo se debe partir del poco divulgado Tratado de Alianza y Confederación eternos entre el Perú y Colombia, firmado el 6 de julio de 1822, cuyo articulado planteaba acuerdos de complementación económica, y el compromiso de incorporar a los demás estados hispanoamericanos a una Liga de Unión Perpetua, que debiera constituirse mediante una Asamblea General de Plenipotenciarios a celebrarse en el Istmo de Panamá. ¡El trascendental pacto se esforzaba en crear un frente revolucionario con las repúblicas que habían proscrito al feudalismo —como San Martín decretara en el Perú—, y participaban en la lucha contra la metrópoli colonialista! El histórico acuerdo fue ratificado a los veinte días, cuando en Guayaquil se entrevistaron ambos próceres: era un 26 de julio. En esa fecha, Bolívar y San Martín se reunieron para tratar sobre el futuro de la América Latina, y analizaron las perspectivas de la Federación creada casi tres semanas antes y la conveniencia de establecer su capital en Guayaquil. También se estudió la probable incorporación del Chile de O'Higgins a la alianza establecida, así como la de otros países hermanos. Durante la entrevista, San Martín estuvo enfermo —vomitaba san-

gre— y expuso a Bolívar su disgusto por las constantes intrigas de la oligarquía del Perú. Llegó incluso a confesar su intención de renunciar ante el Congreso a la primera magistratura, tan pronto regresara a Lima.

Pero lo que tal vez más influyera en la moderada valoración final (p. 184) de Lavretski sobre Bolívar, fuera la tergiversada bibliografía existente a fines de los años 50 relacionada con los momentos de la llamada Dictadura, a la que los historiadores burgueses trataban de convertir en una especie de *thermidor* colombiano. La verdad, bien expuesta más recientemente, es que entonces en Cundinamarca los enemigos de Bolívar se aglutinaron alrededor del vicepresidente Santander; en Venezuela los separatistas, dirigidos por Páez, nucleaban a los conservadores; en Quito los feudales llegaron a sublevarse. Con el propósito de superar la crítica coyuntura, Bolívar convocó a un Congreso —llamado Convención de Ocaña— que se desarrolló de abril a junio de 1828. En este preponderaron los santanderistas que derogaron la Constitución Vitalicia, y convertidos en vulgares terroristas, intentaron asesinar a Bolívar en septiembre de 1828. Frustrada la tentativa, Bolívar destituyó a Santander, suprimió el cargo que este ocupara y asumió poderes omnímodos. Después quiso acelerar la transformación de la sociedad con nuevas medidas antifeudales, cuyos principales ejemplos fueron reducir las alcabalas, afectar el diezmo cobrado por la Iglesia, suprimir los mayorazgos para que todos los hijos heredaran por igual, aumentar los derechos a vinos y licores foráneos competitivos con los colombianos, rebajar los aranceles pagados por las exportaciones. Este principio facilitaba la reconstrucción del potencial económico de los plantadores, sin perjudicar a los artesanos; al implantar altos gravámenes a la importación se evitaba el librecambio, y se protegía el mercado interno de los productos extranjeros. Era un enorme esfuerzo de Bolívar por alterar la sumisión aceptada por Santander ante las grandes potencias del mundo. Dicha situación se evidencia en una carta desde Potosí (27 de octubre de 1825) de aquel a este, que dice: "el tratado de amistad y comercio entre Inglaterra y Colombia tiene la igualdad de un peso que tuviera de una parte oro y de la otra plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si irían iguales. La diferencia que resultare, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil".

El latinoamericanista soviético Anatoli Shulgovski, en una cercana publicación, valora así esta fase del régimen bolivariano:

> Son frecuentes hoy los estudios sobre la última etapa de la vida de Bolívar. El historiador venezolano Cristóbal Mendoza escribe que durante su "dictadura" Bolívar pretendió consolidar y fortalecer las conquistas revolucionarias. Salcedo Bastardo subrayó que Bolívar intentó a la postre "impulsar la Revolución y hacerla tangible". El investigador colombiano Indalecio Liévano Aguirre destaca el cariz antioligárquico en la labor de Bolívar, quien hizo uso de los poderes extraordinarios para promover reformas sociales. El historiador marxista colombiano Álvaro Delgado indicó que los poderes extraordinarios que se atribuía Bolívar, lejos de distanciarlo, lo aproximaban al pueblo.

Las disposiciones de Bolívar exacerbaron aún más los ánimos de la reacción. Mientras en las regiones controladas por los feudales —como Pasto y Popayán—se producían insurrecciones, desde el exterior sus enemigos lo atacaban. Eso fue el caso de la oligarquía del Perú, que, enardecida por su victoria contra Bolivia, envió una flota de guerra a ocupar Guayaquil en enero de 1829; al mismo tiempo, por tierra, un ejército suyo penetraba en suelo de Colombia. Paralelamente, los Estados Unidos —donde se encontraba refugiado Santander— apoyaban toda la actividad antibolivariana mediante la febril labor de su agente en Bogotá, William Henry Harrison, futuro presidente norteamericano. Y como bien nos recuerda Lavretski, esta pérfida actitud llevó a Bolívar a escribir el 5 de agosto de 1829: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad."

Tras su capítulo dedicado a la trascendental batalla de Ayacucho —la cual se describe con execelentes precisiones—, Lavretski analiza detalladamente los criterios institucionales del

Libertador plasmados en la Carta Fundamental de Bolivia. La después llamada Constitución Vitalicia, bien estudiada en el acápite titulado "El Estado Bolívar", es una extraordinaria síntesis de un pensamiento jurídico creador, maduro y deseoso de plasmar el mejor de los mundos entonces entonces posible en medio de las más grandes dificultades existentes para conseguirlo; Lavretski acota con tino que el propio Bolívar dijo: "Estoy haciendo una Constitución bien combinada para este país, sin violar ninguna de las tres unidades y revocando, desde la esclavitud para abajo, todos los privilegios". Luego, con mucha energía, el autor soviético apunta que "la constitución de Bolívar proclamaba la igualdad de todos los ciudadanos frente a la ley, las libertades democráticas fundamentales y la forma republicana de gobierno; a la iglesia la separaba del Estado. Además del Senado y de la Cámara de Diputados, instituía una cámara de censores".

Resultan muy acertados también los argumentos de Grigulevich, para hacernos comprender las razones por las cuales Bolívar incluyó en dicho texto la elección de un presidente vitalicio; explica que el Libertador consideraba imprescindible fortalecer a los nuevos Estados mediante un poder ejecutivo prestigioso y estable, cuya función básica fuese la de un moderador entre las diversas partes integrantes del aparato estatal, pues las actividades legislativas exclusivamente pertenecían al parlamento, y el presidente carecía de facultades dictatoriales. El proyecto de Bolívar, destinado a evitar la anarquía y los abusos de las clases dominantes, temía en cuenta la falta de organizaciones políticas y la abundancia de inescrupulosos generales, que ambicionaban adueñarse del poder para enriquecerse, tergiversando los progresistas decretos bolivarianos que beneficiaban a los humildes y entregaban la tierra a los campesinos. Y, efectivamente, desaparecido Bolívar, eso fue lo que sucedió; nuevos oligarcas se apoderaron de las parcelas distribuidas en propiedad a quienes las trabajaban, y desviaron hacia bolsillos privados los fondos destinados a la educación de los pobres. Se castró así el sentido popular dado a la independencia por el Libertador; además, desvergonzados caudillos regionales se eternizaron en las presidencias, tras sustituir las elecciones democráticas que Bolívar instituyó por otras, elitistas, basadas en el exclusivo voto de los hombres blancos, ricos y cultos.

El libro de Grigulevich termina demostrando la falsedad de los argumentos imperialistas, que endilgan al Libertador la paternidad del panamericanismo; el autor prueba que, por el contrario, Bolívar fue un ferviente partidario de la unidad latinoamericana para enfrentar el expansionismo de los Estados Unidos. Estos, por su parte, expulsaron de la Florida —proclamada república— a los partidarios del Libertador, y después de anexarla impidieron que Bolívar emancipara a Cuba. Por esto, nuestras guerras de independencia empezaron décadas más tarde, y transcurrieron casi cien años de lucha para que en la isla triunfara la revolución. Pero antes del triunfo de Fidel Castro, muchos callaban la actitud revolucionaria de Bolívar, y muy pocos divulgaban la forma en que los Estados Unidos se opusieron a que él realizara nuestra liberación. Cabe pues a Lavretski-Grigulevich, como otro más entre sus múltiples méritos, el haber publicado hace más de un cuarto de siglo su primera edición de *Simón Bolívar*, tras cuya lectura estamos convencidos de que la revolucionaria gesta bolivariana fue la única susceptible de lograr la independencia por la senda de un significativo progreso para las masas populares; en sus páginas constatamos que Bolívar se convirtió, en su época, en el más trascendental promotor de la revolución latinoamericana, pues llevó a cabo una epopéyica hazaña internacionalista que implicaba profundísimas transformaciones democráticas. Fue el Libertador quien menos limitó los cambios en provecho exclusivo de la burguesía, y el que llevó la revolución burguesa bastante más allá de su objetivo. También fue Bolívar el que diseñó de manera concreta el futuro unitario, de alianza y coperación entre los países de la América Latina, y dio los primeros pasos —aunque frustrados— en este sentido. Pero debido a sus propias concepciones revolucionarias, que se empeñó en plasmar jurídicamente por medio de democráticos textos constitucionales, Bolívar dejó de ser

considerado por los burgueses como su apropiado representante. Y cuando estos entraron en transacciones con la reacción —una vez garantizada la independencia—, Bolívar se negó a desempeñar los papeles que Santander y Páez aceptaron. Por eso, Bolívar ha pervivido para las sucesivas generaciones, no sólo en tanto que padre de la unidad latinoamericana, sino también como símbolo de la revolución.

MARIO MENCIA

El joven Fidel*

Transcurría la noche del 31 de diciembre de 1958 cuando Fulgencio Batista hizo reunir a un limitado grupo de personeros de su régimen en el campamento militar de Columbia. Supuesta razón: un brindis por el nuevo año 1959. Motivo real: el anuncio de su precipitada renuncia e inmediata huida del país.

Tres aviones se encontraban listos para despegar en la pista cercana. Poco después de las dos de la madrugada, las tres naves repletas alzaban vuelo hacia el este, hacia la tarifada protección del déspota Rafael Leónidas Trujillo.

Muy pocos quizás hubieran podido deducirlo entonces, pero la imaginaria línea que trazaban en lo oscuro las intermitentes luces de aquellos tres aviones en fuga, más que la escapatoria del último tirano, iba a fijarse en esa noche como un corte en nuestra historia, que marcaría el desencuentro definitivo de lo peor de nuestro pasado con lo mejor de nuestro futuro.

Transcurría aún la noche del 31 de diciembre de 1958 cuando también se desarrollaba con el mayor secreto una reunión en el Pentágono, en Washington. El Almirante Arleigh Burke, jefe del estado mayor de la Marina de los Estados Unidos, con la aquiescencia del director de la Agencia Central de Inteligencia, Allen Dulles, y de Robert Murphy, subsecretario de Estado, argumentaba que "Castro no era el hombre indicado para Cuba".

Simple anécdota más en la rutina de una sesquicentenaria política intervencionista, nuevamente a mil ochocientos kilómetros al norte de La Habana se pretendía pautar el destino de Cuba. Había que hacer algo para que Castro no llegara al poder. Aunque con urgencia, todavía quedaba algún tiempo para impedirlo, pensaban ellos.

Sin embargo, los acontecimientos que enseguida habrían de desarrollarse iban a encauzar el futuro cubano por un derrotero no exactamente previsto en toda su magnitud por la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado. Muy pronto se vería que 1959 no era 1898 ni 1933.

Seis meses antes, el 5 de junio de 1958, Fidel Castro se encontraba en Minas de Frío, un empinado paraje del macizo montañoso de

* Sobre el libro de Lionel Martin: *El joven Fidel. Las orígenes de su ideología comunista*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1982.

la Sierra Maestra donde la longitud y latitud se cortan en los grados 20 y 77, a mil metros de elevación sobre el nivel del mar, en el oriente del país. Como Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, dirigía las fuerzas revolucionarias en el decimonoveno mes de la guerra por él alentada, organizada y reiniciada.

Si ese día Fidel hubiese caído en combate —si hubiese caído, es un decir—, en la dialéctica de la historia ideológica de la Revolución Cubana tal vez se habría producido un segundo 19 de mayo. Porque el 19 de mayo de 1895, al caer en Dos Ríos José Martí, la Revolución Cubana quedaba pospuesta. Un día antes, como se sabe, había dejado escrito para la posteridad:

> ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Y, de la misma manera, si el 5 de junio de 1958 hubiese caído Fidel, la culminación de la Revolución Cubana tal vez se hubiera pospuesto una vez más. Ese día Fidel, herencia y coincidencia de elevada cumbre en la vertiente martiana, también dejaba escrito para la posteridad:

> Al ver caer los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los [norte]americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande; la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero.

Voluntarismo no, aprehensión vanguardista de uno de los problemas cardinales a resolver para poder iniciar el camino hacia las soluciones perdurables en el ámbito de la necesidad social. Inevitable toma de posición clasista a escala internacional, resultante de una excepcional comprensión de la contradicción principal en nuestro caso, lo que para Martí fue el reconocimiento del objetivo fundamental de cuanto hizo y haría, para Fidel ha de ser la certidumbre de su destino verdadero.

Voluntarismo no, ni mágica irrupción en nuestra historia de mitológicos semidioses modelando a su antojo nuestra sociedad. Algo mucho más sencillo, más objetivo, al decir del propio Martí, porque "no es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, en su hora de génesis, suelen ponerse vibrantes y triunfantes en un hombre".

Por eso, caído Martí en el 95, pero vivo Fidel en el 59 —en tanto que ambos, por intérpretes de las necesidades nacionales, personifican la representación de los intereses de su pueblo—, cuanto Martí no pudo hacer en su tiempo comenzaría a hacerlo Fidel en el suyo, a escala de las necesidades de un nuevo tiempo.

Frustrada de momento la Revolución Cubana el 1ro. de enero de 1899, el 1ro. de enero de 1959 iba a marcar el cambio hacia el futuro —por el camino de la completa independencia, el de la libertad; y hacia el pasado, nítido tajo de luz—, el fin de los sesenta años por donde transitó en rebelde agonía la incontenible Revolución Cubana.

Y en silencio ya no tendría que ser. A viva voz, en la voz de Fidel, con voz de pueblo, a todo el pueblo y a todos los pueblos, cuando en la noche del 2 de enero de 1959 acusaba, advertía y proclamaba ante el mundo:

> Esta vez no se frustrará la Revolución. Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad a su término; no será como en el 95, que vinieron los [norte]americanos y se hicieron dueños del país; intervinieron a última hora y después ni siquiera a Calixto García, que

había luchado durante 30 años, lo dejaron entrar en Santiago de Cuba; no será como en el 33, que cuando el pueblo empezó a creer que la revolución se estaba haciendo vino el señor Batista, traicionó la revolución, se apoderó del poder e instauró una dictadura feroz; no será como en el 44, año en que las multitudes se enardecieron creyendo que al fin el pueblo había llegado al poder y los que llegaron al poder fueron los ladrones. ¡Ni ladrones ni traidores ni intervencionistas; esta vez sí es una Revolución!

Desde entonces hasta hoy, y con los más disímiles objetivos políticos pero con similar propósito denostante, en los círculos comerciales de la prensa y de la historiografía no marxista se han ensayado respuestas, muy a sus modos, al rumbo socialista de la Revolución Cubana.

Modos sustentados por lo general en el individualismo providencial y en el determinismo geopolítico, esas diversas tesis han intentado explicar este fenómeno, comúnmente, a partir del presupuesto de que el decursar cubano ha dependido de lo que hizo o no hizo el gobierno de los Estados Unidos en sus relaciones con Cuba, o de lo que, según criterio de sus autores, supuestamente era o no era y quiso o no quiso hacer Fidel en determinadas circunstancias. Solamente esto.

Al ignorar toda una significativa multitud de factores confluyentes en nuestro devenir histórico, tan incompletos e imponderados enfoques excluyen de arrancada toda posibilidad de una explicación coherente del desarrollo de la Revolución Cubana.

Pero aun ceñidos exclusivamente a esos estrechos cauces por donde discurren a tumbos esas pretendidas interpretaciones de nuestra historia, lo que más asombra, por añadidura, es la desinformación que evidencian y la abundancia de medias informaciones e informaciones falsas y distorsionadas que utilizan para arribar a sus conclusiones.

Ni marxista siempre ni marxista sólo después de 1959, contradictorias hipótesis enarboladas sin demostración por los detractores de la Revolución Cubana, especialmente llama la atención el desconocimiento sobre Fidel de que hacen ridícula gala. La superficial polémica, para consumo externo, donde el tema gana esporádico interés en círculos diletantes, deviene añeja pero sin conclusiones. Por sus verdaderos aportes y abundancia en las demostraciones resulta importante en este sentido la aparición de *El joven Fidel, los orígenes de su ideología comunista*, obra del periodista norteamericano Lionel Martin, recientemente impresa en Barcelona, España, por Ediciones Grijalbo, S.A.

La versión Grijalbo de *El joven Fidel* tiene su origen en *The early Fidel, roots of Castro's Comunism*, impreso en 1978 por Publisher Lyle Stuart, Seaucus, Nueva Jersey.

Más allá de las cuarentitantas erratas, al leer la versión española numerosas apreciaciones e interpretaciones causan asombro a quienes aprecian el grado de conocimientos de Lionel Martin sobre cuestiones cubanas. La confrontación con el original en inglés lleva a asignar los más serios errores a la cuenta de una pésima traducción que, en ocasiones, distorsiona por completo y hasta invierte el sentido de lo expresado por el autor.

Así, en la página 97 se lee:

> Los comunistas no presentaban candidato presidencial propio. De un lado repudiaban al Partido Auténtico, que había llevado la voz cantante de los ataques a los comunistas en el contexto de la estrategia de "unidad frente al facismo". Ellos y Batista habían partido peras largo tiempo atrás. En un documento del partido se leía, "una vez más mantiene la posición que adoptara en marzo de 1935".

En el original en inglés (p. 89), el autor escribió:

> The Communist had no presidential candidate of their own. The Authentics, who had carried out the cold-war attacks on the party, were anathema to them. So was Batista, whom they han supported for president in 1940 as part of their

"united front against fascism" strategy. They had long parted ways with Batista. "Once again", a party document declared, "he has the same position he had in March 1935".

En la edición española, pues, debió leerse:

> Los comunistas no presentaban candidato presidencial propio. De un lado repudiaban al Partido Auténtico, que había llevado la voz cantante de los ataques a los comunistas en el contexto de la guerra fría. Y lo mismo sucedía con Batista, a quien en las elecciones de 1940 habían prestado apoyo dentro de la estrategia de "frente unido contra el facismo". Ellos se habían distanciado de Batista largo tiempo atrás. Un documento del partido declaraba: "una vez más mantiene la posición que adoptara en marzo de 1935".

Es a partir de estas prevenciones que puede apreciarse en su justo valor total *El joven Fidel, los orígenes de su ideología comunista.*

Graduado en Relaciones Internacionales en la Universidad de California, donde determinadas situaciones le impidieron completar el doctorado, Lionel Martin (1927) comenzó a trabajar a finales de los años cincuenta como comentarista político en la radioemisora KPFA, de la Pacifica Foundation. Durante este mismo período desempeñó también la función de corresponsal en las Naciones Unidas. Llegó a Cuba por primera vez durante la invasión mercenaria a Playa Girón, en abril de 1961. Desde entonces ha permanecido aquí, y ha conocido a muchos dirigentes de nuestra Revolución. A lo largo de estos años ha sido corresponsal de las cadenas radiofónicas American Broadcasting Company (ABC) y Canadian Broadcasting Corporation (CBC), así como del periódico *Washington Post* y de la agencia de información internacional Reuter. Sus colegas lo consideran el decano de los corresponsales extranjeros en La Habana. *El joven Fidel* es el resultado de más de cinco años de investigaciones que incluyen varias entrevistas que ha podido hacer al propio Fidel.

En *El joven Fidel*, Martin hace una rápida y sagaz incursión a lo largo de tres lustros de la historia de Cuba, en busca de datos biográficos del jefe de la Revolución Cubana que echen luz sobre su desarrollo ideológico marxista. La investigación de Martín parte de 1945, año en que Fidel ingresa en la Universidad de La Habana, y finaliza el 1ro. de enero de 1959, al triunfo de la Revolución.

Ese amplio sondeo lo lleva a poseer una notable información de prensa, mucha de ella no utilizada hasta ahora por ningún otro autor. Otro aspecto relevante es la obtención y utilización inteligente de numerosos testimonios que ayudan a esclarecer la trayectoria de Fidel en sus años de estudiante, de militante ortodoxo, en los días previos al Moncada y durante el presidio, el exilio y la guerra de liberación.

Por último, Martín recoge casi todas las investigaciones desarrolladas en forma aislada, fragmentaria y dispersa por diversos autores cubanos y extranjeros, las que al sumarse al resultado de sus propias pesquisas y deducciones resurgen en su verdadero valor, en una imagen integral de la que resulta una visión coherente y bastante abarcadora de la formación política de Fidel.

Sin pretensiones de historia exhaustiva —que por otra parte sería imposible en las doscientas noventa páginas del libro—, *El joven Fidel* está redactado en veloces trazos que, si bien pueden no satisfacer a determinados especialistas buscadores de la minuciosidad abundosa, llena por completo, en forma contundente, con pruebas y demostraciones, no con simples especulaciones, el objetivo cardinal que su autor se impuso.

El tema, lógicamente, no queda agotado. En cada una de las etapas en que Martin ha subdividido su obra faltan hechos y documentos ya hoy conocidos, algunos de los cuales habrían resultado valiosas reafirmaciones y ampliaciones al reportaje ensayístico que el autor nos presenta.

Sumado a la deficiencia de traducción que hemos apuntado, la amplitud y complejidad del período trabajado por Martin y la nece-

saria referencia a una numerosa cantidad de organizaciones, personajes y situaciones, son razones que justifican el medio centenar de errores de información e interpretación que presenta esta edición del libro. Pero ninguno de ellos altera el sentido de las demostraciones ni se relaciona directamente con los resultados del ensayo. Es impresionante y pesa mucho más el acierto en la detección de la táctica y la estrategia política de Fidel desde sus años juveniles.

Lamentablemente, las abundantes erratas lastiman la presentación de esta obra. Conocemos que se trabaja en una segunda edición, en la que se intenta salvar ambas situaciones secundarias. Es de esperar que para esa oportunidad pueda ser superado algún que otro exceso interpretativo, en que el celo del autor por abundar en la demostración de lo que ya ha demostrado brillantemente lo lleva a incorrectas apreciaciones.

Magnífico ensayo en el sentido político, la obra se destaca por el lúcido análisis de algunos documentos aún no debidamente trabajados por los historiadores cubanos, no ya por los especialistas antagónicos de nuestra Revolución que han pasado sobre ellos ignorando, desde luego, todo cuanto no se ajusta al esquema de sus criterios e intenciones. En este aspecto resultan originales las deducciones de Martin sobre el *Manifiesto No. 1 del Movimiento Revolucionario 26 de Julio*, redactado por Fidel en agosto de 1955 desde el exilio mexicano. Después de establecer el paralelo entre algunos fragmentos de ese documento y el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, Martin asume sus conclusiones:

> El programa inmediato del Primer *Manifiesto del Movimiento 26 de Julio*, lo mismo que *La historia me absolverá*, se paraba en seco al llegar el momento de abordar soluciones socialistas concretas [...] Su conocimiento de la realidad cubana dictaba a Castro la elaboración de un programa audaz, aunque limitado. Es interesante señalar que el primer estadio del programa revolucionario contenido en el *Manifiesto comunista* no posibilita muchas más medidas socialistas que las propugnadas por Castro. Marx y Engels admiten aquellas "medidas que, aunque de momento parezcan insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento se excederán a sí mismas, y de las que no puede prescindirse como medio para revolucionar todo el régimen de producción vigente".

Sin decirlo específicamente, Martin hace en este caso una de las varias demostraciones que aparecen en su libro sobre la interpretación y aplicación creadoras del marxismo que están presentes siempre en la trayectoria de Fidel, y que lo llevaron a poder encabezar una revolución socialista en un medio concreto en el que varias circunstancias la habrían hecho imposible en ese instante, de haberse proclamado previamente.

Ya desde el tercero de los doce capítulos que integran este ensayo, al referirse a los años 1947-52 que enmarcan el tránsito inicial de Fidel por el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Martin adelanta rigurosas conclusiones:

> Quizá la mayor virtud y fuerza de Castro residiera en su sentido de la *Realpolitik*. Estaba informado del nivel de conciencia política de sus compatriotas y de la poderosa influencia que sobre ellos ejercía la propaganda de la guerra fría. Esta es la razón por la cual, durante las luchas insurreccionales mantenidas en la década de los cincuenta, eludió siempre revelar por su nombre sus últimas aspiraciones para la sociedad cubana. He aquí la única forma de explicar por qué, a lo largo de estos años de lucha, eludió sistemáticamente el término *socialista* y realizó ocasionales esfuerzos para evitar el miedo derivado de que su movimiento fuera considerado como comunista.

Mas la copiosa recopilación documental y los certeros y originales análisis no son lo único notable de esta obra. Hay que añadir la presentación de una serie de situaciones hasta ahora no divulgadas, poco conocidas o conocidas aisladamente, que al exponerse en con-

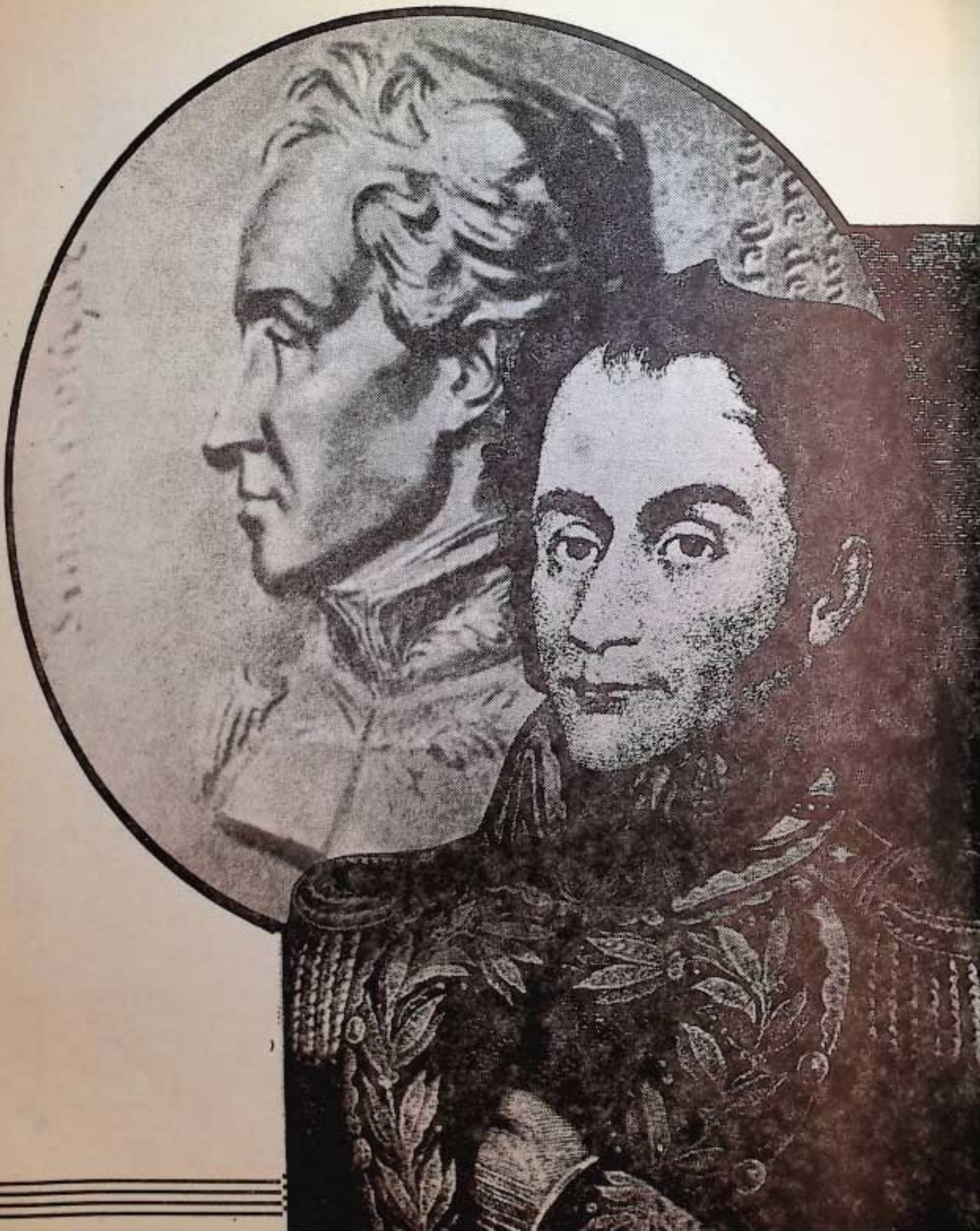
junto y concatenadamente dan unidad y amplitud a la comprensión del proceso de desarrollo del pensamiento marxista-leninista en Fidel, con anterioridad al año 1959, esclarecimiento diáfano que es el resultado fundamental de este libro.

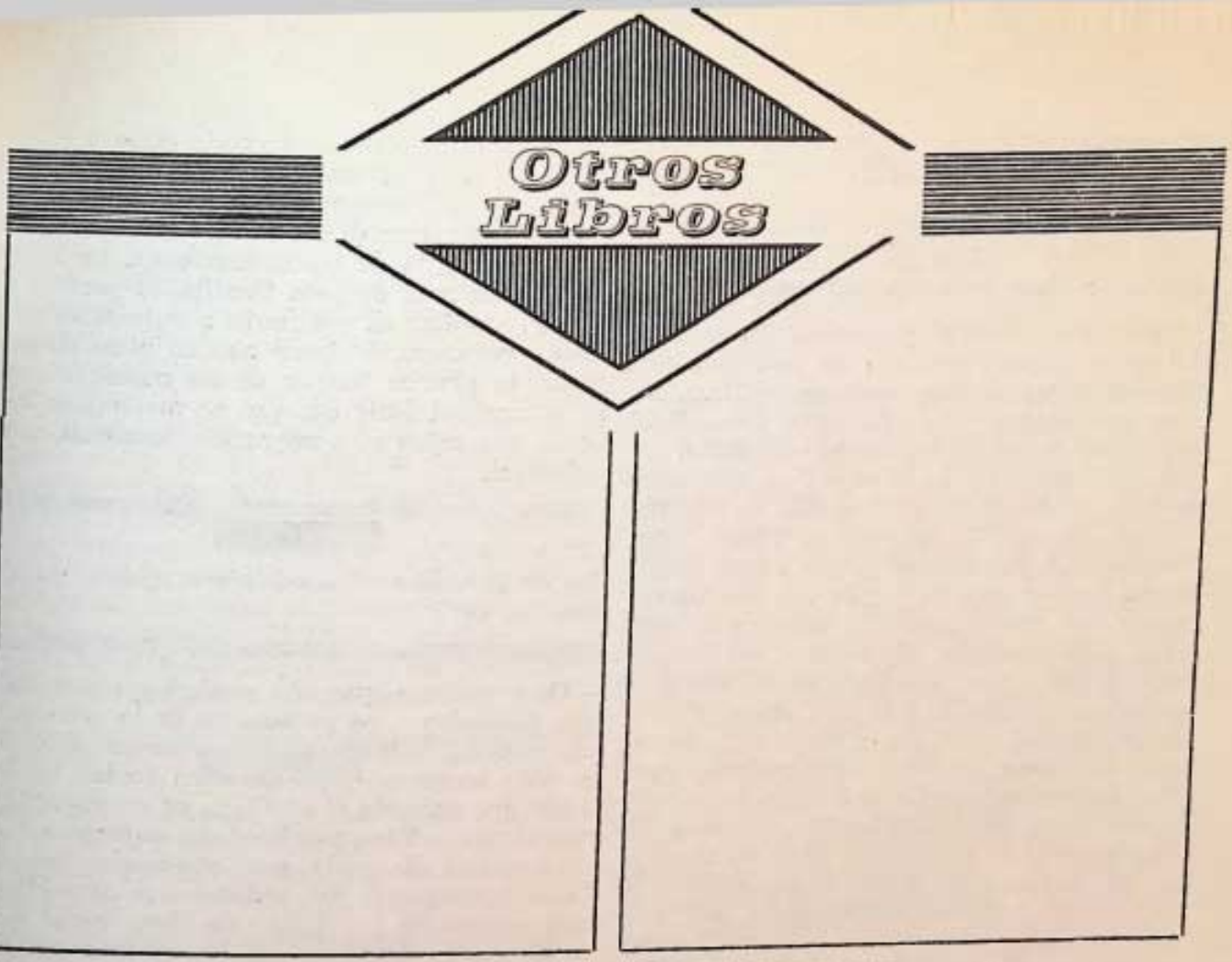
No pasan inadvertidos tampoco los contundentes desmentidos con que Martin desenmascara las falsedades y torcidas interpretaciones que algunos pretensos historiadores hacen de la Revolución Cubana, con el fin contrarrevolucionario de distorsionar su realidad antecedente y denigrar su prestigio actual. En este plano, *El joven Fidel*, por la identidad de su autor —imposible de ser tildado como comunista cubano— se desdobla en una importante obra con nuevas características y cobra, como tal, un valor político de no escasa magnitud.

De esta manera, *El joven Fidel, los orígenes de su ideología*, trasciende el objetivo que Lionel Martin le asigna en el prólogo, cuando expresa:

> La información acerca de los contactos de Castro con el marxismo y los marxistas resulta difícil de obtener, lo cual constituye una circunstancia atenuante para aquellos escritores que han ignorado o subestimado esta línea de investigación. Sin embargo, los discursos, cartas, manifiestos y artículos de la época prerrevolucionaria castrista son relativamente fáciles de consultar; de ahí que sea inexplicable la superficialidad con que han sido tratados. Los investigadores han aprendido a escudriñar con atención cada afirmación e inferencia de Platón, Hobbes o el joven Marx. ¿Por qué han pasado por alto con tanta facilidad los primeros trabajos de Castro, citándole una y otra vez, pero olvidándose siempre de analizar sus argumentos y procesos mentales? La razón quizá sea su rechazo apriorístico a aceptar la afirmación de Castro de que era marxista-leninista cuando redactó estas cartas o manifiestos. Creo que el análisis de estos materiales se mostrará altamente provechoso, y que tras una apariencia reformista está latente una esencia revolucionaria.

Nosotros estamos seguros. Para el lector extranjero, con poco acceso a los materiales sobre nuestra historia con óptica revolucionaria, el libro de Martin satisface con creces ese objetivo. Y aún más, consideramos que ha de ser obligada referencia futura para los estudiosos de este tema. No únicamente por testimonios ya imposibles de obtener, como el de Harold White, sino por algunos de los hallazgos que el trabajo de Lionel Martin aporta a la investigación de este importante período de nuestra historia.





Rubén Darío: *Prosas políticas*. Introducción de Julio Valle Castillo y selección y notas de Jorge Eduardo Arellano, Managua, Colección Popular Dariana, Ministerio de Cultura, 1982.

—"Es pasmoso, al releer a Darío, atestiguar hasta qué punto estaba despierto su intelecto a las preocupaciones universales, a las inquietudes sociales, políticas y económicas, viéndolo y previéndolo todo con extraordinario acierto", escribió, en 1941, Salomón de la Selva, y esa afirmación, puesta como epígrafe de esta imprescindible antología, es un preciso antecedente para las *Prosas políticas*, que revelan importantes vertientes del pensamiento dariano, ocultas por la mediocre burguesía somocista e iluminadas ahora por el pensamiento revolucionario de la Nicaragua libre. Las veinticuatro piezas aquí reunidas (artículos, ensayos, páginas de ficción), demuestran el sostenido interés del autor de la oda "A Roosevelt" por los principales acontecimientos económicos y políticos que marcaron su tiempo, y, en especial, por la intervención yanqui en su patria. Trabajos sobre la independencia de Cuba, sobre la historia sangrienta, desde su nacimiento republicano, de El Salvador, sobre el crecimiento del amenazante capitalismo, sobre Artigas, y páginas memorables y diáfanas que evocan la derrotada intervención de William Walker o denuncian las amenazas y rejuegos en torno a los proyectos canaleros: "Y los Estados Unidos, con la aprobación de las naciones de Europa —y quizás de algunas de América...—, ocuparán el territorio nicaragüense, territorio que les conviene, tanto por la vecindad de Panamá, como porque entra en la posibilidad de realizar el otro paso interoceánico por Nicaragua [...] Y la soberanía nicaragüense será un recuerdo en la historia de las repúblicas americanas". Estas *Prosas políticas* constituyen un documento imprescindible para la valoración justa de la figura grandiosa de Rubén Darío, y, por consiguiente, arrojan nuevas luces sobre el complejo y polémico proceso modernista.

Denzil Romero: *El Invencionero*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1982.

—Un libro breve en el que todo es amplitud: sus nueve cuentos recorren un vastísimo registro de temas, de proposiciones estéticas, de recursos expresivos. La fabulación desmedida que parece proponer el epígrafe de Mallarmé ("en esos parajes / de lo vago / en que toda realidad se disuelve") se confirma en "El Invencionero", en "El misterio de Eleusis", en "Memoria de una casa de piedra". Pero luego, Denzil Romero nos sorprende con tres piezas brevísimas, tres chispazos de humor y de misterio, para completar el volumen con dos relatos donde el tiempo regresa de las sombras griegas o medievales a la más absoluta contemporaneidad, en el que el ritmo de la narración se vuelve agresivo, sorprendente, para descubrirnos un mundo de frustraciones bajo la apariencia de la satisfacción burguesa. *El Invencionero* es el segundo libro de cuentos de D.R. Antes había publicado *Infundios*, y la contraportada de esta edición avisa que "prepara en este momento una novela". Hoy sabemos que esa novela fue titulada *La tragedia del generalísimo (Prótasis)*, y obtuvo el Premio Casa de las Américas 1983.

José Soler Puig: *Un mundo de cosas*, La Habana, Ed. Unión, 1982.

—El autor de *Bertillón 166* (Premio Casa de las Américas 1960) y *El pan dormido* (1975), entre otras importantes obras que lo hacen el mayor novelista cubano vivo, nos lleva ahora por los laberintos de una familia burguesa y provinciana, que ha hecho fortuna fabricando un ron que llegará a ser famoso y universal. Como es habitual en sus novelas, esta historia es, además, el pretexto para dibujar esos personajes, esas situaciones que, salidos de la realidad más cotidiana del pasado prerrevolucionario y del presente revolucionario, logran darle cuerpo a los elementos portadores de la cubanidad, con un cuidadoso trabajo de los matices característicos de cada clase o sector social, de las personalidades forjadas o deformadas por circunstancias que, en la prosa de Soler Puig, alcanzan su verdadera riqueza, su compleja trama de contradicciones. La historia de este ron, de esta familia, le permite a J. S. P. ampliar su escenario a todo el ámbito latinoamericano. Al igual que en otras de sus obras, la prueba mayor de su maestría está en el natural fluir en que se armonizan las voces que tejen una narración totalizadora y universal.

Javier Vásconez: *Ciudad lejana*, Quito, Ed. El Conejo, 1982.

—Once cuentos que, sin piedad y sin nostalgia, desnudan a los personajes de la aristocracia quiteña, habitantes de un pasado que no es sólo temporal, sino también social. La lejanía que anuncia el título lo es en varias dimensiones, y Vásconez hace sus autopsias desde una fría distancia, con implacable ironía. "Los nostálgicos, los sonámbulos son ellos, mis personajes [...] Es una clase social que se ha vuelto desplazada [...] Esta gente ha pasado a ser un poco el lumpen de la clase dominante. Viven del recuerdo, de los apellidos", ha dicho J. V. *Ciudad lejana*, el primer libro de este autor, fue finalista en el Premio Casa de las Américas 1982, y uno de sus cuentos, "Angelote, amor mío", obtuvo el premio de la revista *Plural* en 1980.

Javier Ponce: *A espaldas de otros lenguajes*, Quito, Ed. El Conejo, 1982.

—En el libro, que lleva el subtítulo *Memorial de un escribiente de hacienda de fines del siglo XIX*, a partir de investigaciones históricas y antropológicas, Javier Ponce recrea los sucesos en torno a una sublevación de indios en una hacienda decimonónica y a sus protagonistas: el hacendado Roque-tal, los sublevados Vicente Amaguaña y Antón Guatemal, el escribiente Damacela. *A espaldas de otros lenguajes* logra un interesante contrapunto entre los

planos en que predomina la función narrativa y aquellos en que lo lírico hace trascender las esencias sociales y contextuales de esa realidad. J. P. establece, además, la presencia de varios sujetos que entran en la escritura sustituyendo, sobreponiéndose o imponiéndose a la voz principal del escribiente, todo ello con un cuidadoso y creador trabajo con el idioma, que no se reduce a la reproducción del lenguaje de la época, sino que lleva la palabra hasta los límites de sus posibilidades expresivas ("morando y demorándose", "el fin-ado", "fecho-palabra-rías"). Lo histórico, tan presente en las letras contemporáneas de Latinoamérica, cobra una nueva dimensión de cercanía en las voces actuantes y pensantes de estos personajes. El libro, con toda justicia, se ha considerado como "un verdadero hito de la poesía ecuatoriana actual".

"Avenida Oeste" y los cuentos ganadores, Premio Copé de cuento 1981, Lima, Ed. Departamento de Relaciones Públicas de Petroperú, S.A., 1982.

—Diecisiete cuentos seleccionados en el segundo Premio Copé, que tuvo como ganadores a Julio Ortega (primer premio), con "Avenida Oeste"; José A. Adolph (segundo premio), con "¿Recuerdas, Amanda?"; Armando Robles Godoy, con "Tercer acto" y Jorge Bruce Mitrain, con "La desesperación es una playa" (tercer premio compartido), se presentan en esta antología. El prestigioso profesor y crítico Abelardo Oquendo, quien fuera integrante del jurado —y en dos ocasiones del Premio Casa de las Américas—, prologa esta edición, con un análisis breve e incisivo que abarca no sólo los quinientos sesentiocho cuentos que concursaron, sino también aspectos relativos al acontecer literario peruano. Afirma Oquendo: "Debajo de la emergente modernidad, subsiste, pues, un vasto territorio donde el pasado recomienza, sin advertirlo, su penoso aprendizaje de la escritura, desvalido de maestros y bibliotecas, desde los rudimentos de la lengua literaria", para, más adelante, añadir que esta antología es como un *iceberg*, la cumbre visible de un amplio movimiento narrativo sin mayores posibilidades de superación y difusión.

Aracy A. Amaral: *Arte e meio artistico: entre a feijoada e o x-burguer (1961-1981)*, Sao Paulo, Nobel, 1983.

—Aracy Amaral acaba de recoger, en un amplio volumen, algunos de sus textos de las últimas dos décadas; en ellos, aborda diversos aspectos del arte latinoamericano, con especial énfasis en la producción brasileña contemporánea. Autora de libros de tan acuciosa investigación como *Arte y arquitectura del modernismo brasileño*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, Amaral ahora agrupa, en las dos secciones de su más reciente libro, artículos y ensayos de crítica e indagación sobre el desarrollo de las artes plásticas de Nuestra América. Según la autora, se trata del "registro de un punto de vista fechado, periodístico, crítico, o, en otro sentido, impregnado de un clima de pesquisa, sobre el medio artístico y el arte de un tiempo dado. La intención de esta reunión es la posibilidad de que pueda algún día servir para la apreciación de un determinado contexto cultural." Para una más cabal comprensión de tal desarrollo, analiza la obra y la proyección de algunos precursores e iniciadores del arte moderno en Brasil —Malfatti, Segall, Tarsila—, a cuyo conocimiento cabal la propia Amaral ha contribuido con anterioridad, y a quienes se refiere, en la parte inicial de este libro, haciendo una suerte de balance "cincuenta años después".

La segunda y más amplia sección aborda problemáticas que inciden de modo agudo en la producción artística actual. Escribe Amaral "La Bienal se organiza así..." en 1961, mientras constata que "Críticos de la América Latina votan contra una Bienal de arte latinoamericana" en 1981. Otros trabajos abordan, con buen conocimiento de causa, los mecanismos no siempre visibles de eventos e instituciones culturales de importancia en el ámbito de la plástica latinoamericana. "Medio artístico y mercado de arte", de 1975, apunta una condicionante importante de tal medio; poco después, en 1978, Amaral planteará dos interro-

gantes: "Política cultural: ¿por qué los Estados Unidos se interesan por el arte latinoamericano?", y, en otro trabajo, "Lo regional y lo universal en el arte: ¿por qué el temor por el latinoamericanismo?" En 1980, expondrá unas "Reflexiones sobre la responsabilidad social de la crítica de arte en la América Latina". Imbricados con estos temas, están los trabajos en los cuales Amaral revela su atención constante por todo tipo de manifestaciones artísticas, procedentes de diversas regiones brasileñas, más allá del circuito Rio de Janeiro-São Paulo (así, "Preocupación cultural: el Paraná como ejemplo" y "El grupo de Cuiabá: sol y energía").

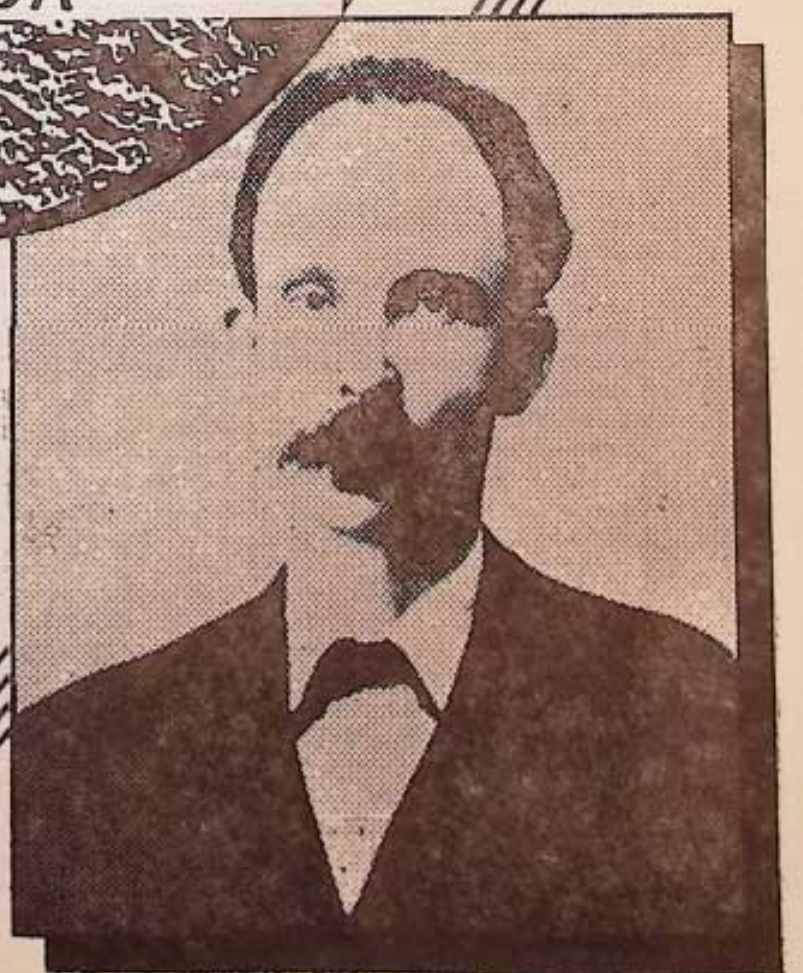
Este discurso coherente —sólo se han mencionado algunos de los puntos tratados en el libro— se complementa con análisis concretos de exposiciones y artistas: Serpa, Tomie, Cemara, Abularach, Ferrari y otros. Las palabras finales del último trabajo recogido en esta incitadora recopilación, resumen, en cierto sentido, su línea de desarrollo, y, por su misma apertura, prometen nuevas reflexiones indagadoras por parte de la autora: "...es siempre importante que tengamos la humildad de reconocer, a pesar de nuestro inconformismo [...] [la] vinculación del poder económico con la cultura, y de esta con el sistema."

Leonardo Acosta: *Música y descolonización*, La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1982.

—A través de los once capítulos de este libro, el autor de *Música y épica en la novela de Alejo Carpentier* nos ofrece ahora un panorama del fenómeno de la colonización cultural en el terreno de la música. Particular importancia revisten los capítulos sobre el saqueo de las manifestaciones musicales del llamado tercer mundo por las metrópolis capitalistas, desde sus inicios en el siglo pasado hasta la acción concertada de empresas transnacionales, fundaciones y medios de difusión masiva en nuestra época. Partiendo siempre de un análisis de los contextos sociales y políticos en que surge cada fenómeno musical, el autor se ha propuesto, además, subsanar el vacío informativo en torno a las músicas de Asia, África y la América indígena, así como al acervo popular de nuestra "América mestiza" y sobre todo a la música de ascendencia africana en las Américas. Los últimos capítulos son dedicados al llamado "fenómeno *rock*" y a problemas fundamentales de la música de nuestro tiempo.

XXX ANIVERSARIO

DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA





El Libertador antimperialista: Con este título apareció en "La Columna Bicentenaria", del periódico *El Nacional*, de Caracas, el 10 de marzo de 1983, el artículo de Pedro Pablo Paredes que republicamos a continuación:

"El Libertador ha sido considerado siempre como genio. Uno de los genios mayores de la humanidad. En esta consideración han sido unánimes los memorialistas de sus días; los cronistas de sus hazañas; los historiadores; los biógrafos; los críticos. 'Hombre extraordinario' es calificación aplicada a él en todas las épocas. ¿Hasta qué punto es justa la apreciación?

Lo primero que llama la atención en él, en punto a genialidad, es la forma como se encontró consigo mismo. El hecho ocurrió sobre el Monte Sacro de Roma; en 1805; en compañía del maestro Rodríguez. Fue cuando, a la vista de la memoriosa ciudad, juró dedicar la vida a la independencia de América. Lo segundo que llama la atención con igual fuerza es que el juramento fue cumplido. Si fue excepcional como voto, fue excepcional como realización. De aquel momento en adelante, el Libertador no tuvo sino un solo compromiso: la independencia. Trabajando por ella lo vemos desde Roma hasta San Pedro Alejandrino. Una trayectoria cabal de un cuarto de siglo.

¿Genial el encuentro? ¿Genial el juramento? Indudablemente el uno; indudable el otro. Porque, después de Roma, la primera genialidad consecuencial estuvo representada, a través de más de quince años de campaña, en lo militar. La Campaña Admirable tuvo continuación en la Campaña de los Llanos; esta en la Campaña de Carabobo; esta en la Campaña del Sur. Boyacá, Carabobo y Ayacucho son las culminaciones respectivas. Todas alcanzadas, mediante infinitos esfuerzos, por el formidable estratega. Un hombre que si resultó genial en lo militar, simultáneamente resultó genial en lo político. Cada campaña le dio fundamentos para la organización de los nuevos estados. El estratega era, al mismo tiempo, estadista. A este lo podemos admirar sin reservas en la creación de la Gran Colombia y en la iniciativa del Congreso de Panamá. La Gran Colombia se desmoronó; pero el panamericanismo que nació en el Istmo está pendiente de realización sobre las bases que le asignó el Libertador.

Ahora bien. La genialidad del estratega y la genialidad del estadista se concretaron en otro aspecto. Las letras. Cada campaña requería, como decimos hoy, promoción; cada paso organizativo, justificación. En todo sus pormenores. Especialmente, el literario. El Libertador, al mismo tiempo que dirigía la guerra y al mismo tiempo que liderizaba la paz, sentaba cátedra de escritor. En sus proclamas; en sus manifiestos; en sus cartas; en sus discursos; en sus artículos de prensa. Como los caballeros renacentistas, él también vivió 'toman-

do ora la espada, ora la pluma'. Si con aquella logró prodigios, con esta logró milagros. La genialidad del libertador en las letras es patente: su obra lo exalta como uno de los representantes máximos de nuestro romanticismo.

Era natural, pues, que el estratega, que el líder y que el escritor —tres personalidades distintas en una sola genialidad verdadera— tuvieran, de pronto, la más genial de sus intuiciones. La de cuánto significaba el naciente imperialismo ante el destino de Hispanoamérica. El Libertador, como internacionalista que fue, fue también el primer dirigente antimperialista del Continente que, como dijo Darío, 'aún habla en español'. Él comprendió que América estaba polarizada en dos sentidos cardinales y en dos direcciones vitales irreconciliables. La América del Norte: Estados Unidos; y la América del Sur: Hispanoamérica. Aquella es sajona; esta, latina. La una, por pragmática, está simbolizada por Calibán; la otra, por idealista, por Ariel, Rodó no hizo sino glosar al Libertador.

La actitud antimperialista del Libertador es la que mejor nos lo destaca como genio. Es la faceta más interesante, a la altura en que nos hallamos sobre el nivel de la historia, de su personalidad de líder hispanoamericano. Esa actitud la podemos comprobar en gran parte de su obra. Culmina, sin embargo, en cuatro documentos memorables. El primero es del 20 de mayo de 1820: una carta para José Rafael Revenga. El tema son las relaciones internacionales. Concretamente, la posición de los Estados Unidos ante Hispanoamérica. 'Jamás conducta ha sido más infame', le dice él a Revenga, 'que la de los americanos con nosotros'. Y le agrega que 'por su antineutralidad la América nos ha vejado tanto'.

El otro documento es del 20 de mayo de 1825. Es carta para el vicepresidente Santander. Le habla del proyectado Congreso de Panamá. 'No se olvide', le dice, 'de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle'. Una de estas, bien precisa, era que 'no nos conviene admitir en la liga a los Estados Unidos de América'.

Las bases de la liga de Panamá, de 1826, son más taxativas. En la 9a. el Libertador declara que, mediante el Congreso Anfictiónico, 'la América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo'. El documento no puede ser más expresivo. Tanto, que hace pleonástica cualquier exégesis.

Tres años después, fracasado el Congreso de Panamá por la intervención imperialista en toda Hispanoamérica, el Libertador firma otra carta trascendental. Es del 5 de agosto de 1829. La dirige al diplomático inglés Patricio Cambell. El tema, muy delicado entonces, es la posibilidad monárquica para el Continente. El Libertador razona su oposición puntualmente. Y le expresa a Cambell su más sincero antimperialismo al decirle que el proyecto lo verían mal muchos. Entre estos, 'los Estados Unidos, que parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad'.

Genial, pues, en su decisión romana; en su acción militar; en su eficacia política; en su sensibilidad literaria; y en su postura definitivamente antimperialista. Y eso que en los tiempos del Libertador todavía no había ocurrido las mutilaciones de México; ni las infamias perpetradas por toda la América Central, hoy tan trágicamente corroboradas en El Salvador; ni los vejámenes a Cuba, también reiterados hoy; ni los desaguisados contra Colombia que condujeron al desgarramiento panameño, etc. El antimperialismo del Libertador, puesto tan de relieve en los cuatro documentos que citamos, nos lo resaltan como verdadero visionario del porvenir. Y es lo que en nuestros días, a más de siglo y medio de su trance mortal, nos garantiza su vigencia. Lo que nos prueba, antes que cualquier otro elemento de juicio, su indudable e indiscutible condición de genio".

Ayacucho llega a 100: *La excelente* Biblioteca Ayacucho *(creada en Venezuela por decreto del entonces presidente de aquel país Carlos Andrés Pérez dentro de la celebración del 150 aniversario de la Batalla de Ayacucho, que hizo culminar la victoria sobre España de la América del Sur) llegó a su número 100 con el título* América espera, *antología de textos de Francisco de Miranda realizada y prologada por José Luis Salcedo Bastardo. Entre aquella creación —cuyo primer fruto fue el volumen de Simón Bolívar* Doctrina de El Libertador, *con prólogo de Augusto Mijares— y este feliz número 100, la* Biblioteca *ha publicado, en bellas ediciones presentadas y anotadas por prestigiosas figuras, autores clásicos de Nuestra América como el Inca Garcilaso, Ruiz de Alarcón, Bello, Machado de Assis, Martí, Darío, Vallejo, Neruda, Hudson, Mariátegui, Gallegos, Henríquez Ureña, Ramos Sucre, Asturias, Carpentier, O. de Andrade, Lezama, J. M. Arguedas; contemporáneos como Rulfo, Uslar Pietri, Cortázar; cuantiosas antologías temáticas, etc: en conjunto, una suma impresionante de creaciones culturales latinoamericanas que revela la pujanza de nuestro continente y hace honor a la comisión directiva de la* Biblioteca: *José Ramón Medina (que la preside), Oswaldo Trejo, Oscar Sambrana Urdaneta, Miguel Otero Silva, Simón Alberto Consalvi, Ramón J. Velázquez y Angel Rama, quien tuvo a su cargo la dirección literaria del proyecto desde sus comienzos.*

Con motivo de la llegada a su número 100, la Biblioteca realizó los días 22 a 24 de noviembre del pasado año un coloquio en el que participaron "más de veinte intelectuales y escritores de América y distinguidas personalidades en el mundo del estudio y el conocimiento de la idea latinoamericana", como expresara en el discurso de inauguración José Ramón Medina.

Deseamos nuevos números, nuevos éxitos a la fraterna Biblioteca Ayacucho.

El TANA responde a Reagan: En respuesta al insolente y bravucón discurso pronunciado el pasado 10 de marzo por el presidente y vaquero de celuloide Reagan, el doctor Guillermo Toriello, en su carácter de presidente del Tribunal Antimperialista de Nuestra América, dio a conocer la siguiente declaración:

"El Tribunal Antimperialista de Nuestra América (TANA), en relación al discurso pronunciado por el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Ronald Reagan, en el seno de la Asociación Nacional de Industriales el día 10 del mes en curso, hace las siguientes declaraciones:

PRIMERA: Que los términos en que está redactado el discurso del presidente Reagan son una clara demostración de la falta de escrúpulos y principios éticos que caracterizan al presidente y a su gobierno, puesto que basado en argumentos calumniosos y en premisas falsas, tales como la supuesta injerencia de la Unión Soviética en el Caribe y en Centroamérica, trata de justificar los planes hegemónicos que el imperialismo norteamericano esta perpetrando en la región, mediante descaradas intervenciones y agresiones directas.

SEGUNDA: Que la afirmación de Reagan de que Centroamérica es la cuarta frontera de los Estados Unidos, al mismo tiempo que evidencia la inaceptable tesis imperial de que la garantía de sus rutas marítimas, el saqueo de nuestras materias primas, su 'seguridad nacional' y la defensa del área son parte de sus 'intereses vitales' constituye grave afrenta para los derechos soberanos de nuestros pueblos.

TERCERA: Que la declaración mentirosa de Reagan de que Nicaragua es una base soviético-cubana y un foco para llevar la revolución a toda el área, tiene como objeto justificar los planes desestabilizadores contra la Revolución Sandinista así como la ayuda militar que da al régimen de Honduras y a las bandas somocistas que cometen los crímenes contra el pueblo nicaragüense a través de la frontera de aquel país.

CUARTA: Que la cínica aseveración de Reagan de que el régimen genocida de El Salvador es un gobierno democrático, empeñado en mejorar los derechos humanos, y que por tal motivo se le debe prestar toda clase de ayuda, como la que él ha pedido al Congreso, prueba la manipulación que la Casa Blanca utiliza para llevar adelante sus aviesos planes de coperación con los regímenes asesinos.

QUINTA: Que el falso argumento de Reagan de que si triunfa la guerrilla en El Salvador este país se unirá a Cuba y a Nicaragua, para extender la violencia desde el Canal de Panamá hasta México, persigue principalmente desorientar al pueblo norteamericano y obtener de él que apoye la ayuda militar y económica para el régimen criminal de Magaña.

SEXTA: Que la falaz acusación contra Granada, hecha por Reagan, de que en esa Isla se está construyendo una base naval para almacenar pertrechos de guerra, tiene como objetivo desacreditar internacionalmente esa patrótica revolución, y continuar contra ella los planes desestabilizadores y agresivos.

SÉPTIMA: Que las infundadas y mendaces imputaciones que Reagan hace contra Cuba, de que esta nación tiene la responsabilidad del auge de las luchas de liberación que realizan los pueblos en Centroamérica y el Caribe, tienen como finalidad continuar el injusto bloqueo que por más de veinte años, y con flagrante violación de todas las normas del derecho internacional, los Estados Unidos mantienen contra la isla de Martí, así como continuar detentando el territorio cubano de Guantánamo, donde tienen asentada una base naval.

OCTAVA: Que al asegurar Reagan que los Estados Unidos no están por una solución militar en El Salvador, sino política, no sólo entra en contradicción cuando afirma que seguirá enviando más asesores militares y entrenará en contrainsurgencia a sus soldados, sino que deliberadamente omite mencionar las negociaciones pacíficas auspiciadas por Francia-México; Nicaragua; México-Venezuela; y México-Colombia-Panamá y Venezuela, argumentando mendazmente —sin mencionarlas— que otras negociaciones propuestas son una estratagema para distribuir el poder con los grupos armados 'a espaldas del pueblo'.

NOVENA: Que al afirmar Reagan, impúdicamente, que el carácter de una nación se mide por las relaciones que sostiene con sus vecinos y que los Estados Unidos necesitan 'vecinos fuertes y estables', se infiere que entre tales vecinos se hallan los réglmenes genocidas de El Salvador y Guatemala, a quienes ayuda y sostiene en el poder.

DÉCIMA: Que al declarar Reagan que así como el Papa en su visita a El Salvador, oró porque Magaña cumpla las reformas prometidas, los Estados Unidos se unen a esa oración, demuestra el irrespeto a los verdaderos sentimientos cris-

tianos del pueblo salvadoreño, que sufre a diario el genocidio que comete el régimen que preside Magaña.

Finalmente el Tribunal Antimperialista de Nuestra América, al denunciar ante la opinión pública mundial la puesta ya en acción de los planes agresivos, hegemónicos y prepotentes del imperialismo en el área del Caribe y Centroamérica, basados en las normas contenidas en el siniestro documento de Santa Fe, como se infiere de las declaraciones del presidente Reagan hechas en el mencionado discurso, manifiesta lo siguiente:

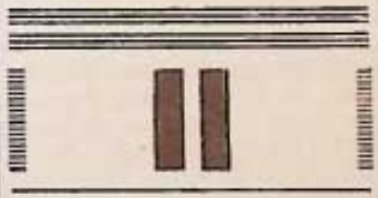
a) Que repudia, por falsa, la acusación hecha por el presidente Reagan de que las luchas de liberación de los pueblos de El Salvador y Guatemala, estén instigadas por la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua, cuando es bien sabido que tales luchas llevan años de librarlas esos pueblos contra la miseria, la opresión, la discriminación, la represión y los crímenes de que son víctimas por las sangrientas tiranías impuestas y sostenidas en esos países por los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica.

b) Que rechaza, por mendaces, las nuevas amenazas desestabilizadoras, agresivas y de carácter intervencionista contra las repúblicas de Cuba, Granada y Nicaragua, y reitera su más firme, decidida y combativa solidaridad con los pueblos y gobiernos de esos países, baluartes de la lucha antimperialista de Nuestra América.

c) Que ante los mencionados planes agresivos, hegemónicos y prepotentes del imperialismo, ya puestos en acción, hoy contra el Caribe y Centroamérica, y mañana contra toda Nuestra América, hace un llamado urgente a todos los capítulos que integran el TANA, para que en sus respectivos países denuncien esta nueva escalada de la política de dominación de los Estados Unidos contra la soberanía de nuestros pueblos; y demanda de todas las fuerzas progresistas, democráticas y revolucionarias, organizaciones de masas, obreras y campesinas, de mujeres, intelectuales, estudiantes, religiosos, profesionales y demás sectores de los pueblos de todo el mundo, formar un gran bloque de contención que impida el avance de los planes hegemónicos y prepotentes de los Estados Unidos contra nuestra América y otras regiones del planeta".



Premio Rubén Darío para Luis Rocha: *Un jurado integrado por Cintio Vitier (Cuba), Fernando Silva (Nicaragua) y Jorge Boccanera (Argentina) otorgó el Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío 1983 al libro* Versiones-interpretaciones, *del poeta y periodista nicaragüense Luis Rocha. También se otorgaron menciones a los poemarios* La frente bajo el sol, *del cubano Emilio de Armas;* De los sentires, *del salvadoreño Rafael Góchez Sosa, y* Poesía de combate, *del chileno Hugo Riveros. En esta cuarta edición del premio —que se entrega en el marco de la Jornada de homenaje a Rubén Darío— se contó con una participación de docientos quince originales. El acta del jurado expresa que el libro de Luis Rocha "abarca veinte años (1962-82) de trabajo poético de sostenida calidad, en el que se recogen testimonios de la lucha revolucionaria del pueblo nicaragüense, y de la identidad nacional manifestada en su habla, sus sabores y tradiciones, su estilo de vida forjado en el sufrimiento, el humor, la resistencia y el combate, a la vez que testimonios personales de gran fineza, todo lo cual integra un conjunto poemático en que lo épico y lo lírico, lo histórico y lo cotidiano, se enlazan en forma siempre abierta y vital, desde los años sombríos de la dictadura hasta los días jubilosos del triunfo y de la reconstrucción, como bello y fiel homenaje a la patria de Sandino y de Darío." En el acto de entrega del premio, efectuado en la ciudad de León el 6 de febrero, hablaron el poeta y ensayista mexicano Jaime Labastida, director de la revista* Plural, *R.F.R., y el ministro de Cultura de Nicaragua, Ernesto Cardenal. Para nuestro amigo, el querido y admirado Luis Rocha, para su hermosa poesía, nuestra felicitación.*



Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío para Julio Cortázar: La Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua impuso el pasado 6 de febrero la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío al gran escritor y entrañable compañero Julio Cortázar, al concluir las Jornadas anuales en homenaje al autor de *Cantos de vida y esperanza.* El decreto del gobierno nicaragüense señala que la Orden se le confiere a Cortázar por "su posición de intelectual congruente con los anhelos de libertad de los pueblos latinoamericanos" y "su profunda identificación con la Revolución Popular Sandinista". Este merecidísimo reconocimiento le fue otorgado a Julio en momentos en que Nicaragua sufre constantes y arteros ataques de grupos militares contrarrevolucionarios establecidos en Honduras, en zonas cercanas a la frontera con la patria de Sandino. Precisamente unos días antes de la imposición de la Orden Rubén Darío, el narrador argentino, en compañía de la poetisa salvadoreña Claribel Alegría y de un grupo de veinte intelectuales norteamericanos, se trasladaron hasta la fron-

tera hondureño-nicaragüense para establecer una "zona de paz" en la región de Bismuna, y como protesta por las provocadoras maniobras *Big Pine*, efectuadas en las proximidades de la frontera por tropas del régimen de Honduras y de los Estados Unidos.

Cortázar, quien visitó por primera vez Nicaragua en 1976, cuando llegó clandestinamente al archipiélago de Solentiname para conocer la comunidad allí establecida por Ernesto Cardenal (de aquella experiencia le nació su impresionante cuento "Apocalipsis de Solentiname", publicado inicialmente en el número 98, septiembre-octubre de 1976, de *Casa de las Américas*), ha sido un firme y constante defensor de la Revolución Popular Sandinista, y ha publicado numerosos artículos en la prensa internacional, como forma de contribuir a deshacer esa gran trama de mentiras e infundios que las transnacionales de la información han urdido alrededor del admirable proceso iniciado en julio de 1979. Sergio Ramírez Mercado, integrante de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua, leyó el discurso en que se le ofreció el homenaje a Cortázar, quien a su vez respondió con la hermosa pieza que publicamos en la sección "Premio, Orden" de este número de *Casa de las Américas*.



Bases del Premio Lourdes Casal: *En el número 6 del* Boletín *que publica el Círculo de la Cultura Cubana en Nueva York, se han dado a conocer las bases del Premio Lourdes Casal de 1983, cuya creación ya se había anunciado anteriormente (ver la página 140 de nuestro número 133). Como se recordará, el Premio Lourdes Casal se otorgará anualmente a la mejor obra presentada relativa a Cuba o a la comunidad cubana en los Estados Unidos y/o Puerto Rico. En forma alterna, se dará en las categorías de ciencias sociales y crítica literaria/ficción. Las bases del Premio para 1983 son las siguientes:*

1. El Premio Lourdes Casal se convoca en la categoría de ciencias sociales.

2. Podrán participar en el Premio todos aquellos que sean estudiosos de Cuba o de la comunidad cubana en los Estados Unidos y Puerto Rico, indistintamente de su país de origen.

3. Las obras deberán ser inéditas. Los ensayos tendrán que ser firmados por sus autores. No se admiten seudónimos.

4. Los autores deberán enviar sus originales en español o en inglés. Las obras deberán presentarse escritas a máquina a doble espacio, máximo de treinta páginas. Se ruega el envío del original y tres copias, perfectamente legibles.

5. El Premio consistirá en trescientos dólares y la publicación del ensayo en una revista especializada de categoría.

6. Los ensayos deberán ser remitidos a: Círculo de Cultura Cubana, G.P.O. Box 2174, New York, New York 10116, antes del 1ro. de noviembre de 1983. La obra premiada se dará a conocer en enero de 1984. El Comité Patrocinador no se responsabiliza por la devolución de las obras.

7. El jurado calificador del Premio de 1983 estará integrado por Margaret E. Crahan, Nelson P. Valdés y Virginia Domínguez.

El Boletín *publica también el hermoso texto de Eliseo Diego que reproducimos a continuación:*

"Si a Lourdes Casal no llega a ocurrírsele llamarme Don Eliseo, la historia de nuestra amistad habría sido bien distinta. El don *me alejó de su juventud en alegre pie de guerra. ¡Había, para ella, tanto que hacer, de inmediato, ahora mismo! Me pareció siempre una impertinencia acercarme a Lourdes para hablarle de poesía.*

Cuando la Casa de las Américas publicó su libro de poemas, los leí de una vez con una fascinación creciente. Comprendí entonces que nuestras respectivas timideces nos habían privado de una comunicación entrañable, más importante quizás para mí que para ella, pues sus textos probaban que muy poco habría podido yo enseñarle. Quien ha escuchado llover durante sesenta años, apenas tiene derecho a abrigarse bajo capa de tímido. La culpa, por tanto, debo cargarla sobre mi corazón con una pesadumbre ya sin remedio.

Nadie ha sabido ni sabrá nunca qué es o no es poesía, ni se ha inventado ni se inventará nunca fórmula o computadora para medirla —al menos, a esta esperanza me aferro. Pero uno lee de pronto cosas —¿cosas?, sí, cosas— como estas:

Nunca el verano en Provincetown
y aún en esta tarde tan límpida
(tan poco usual para Nueva York)
es desde la ventana del autobús
que contemplo
la serenidad de la hierba en el
parque a lo largo de Riverside
y el desenfado de todos los veraneantes que descansan sobre
ajadas frazadas
de los que juguetean con las bicicletas por los trillos.

Permanezco tan extranjera detrás del cristal protector
como en aquel invierno
—fin de semana inesperado—
cuando enfrenté por primera vez
la nieve de Vermont
y sin embargo, Nueva York es
mi casa.

Soy ferozmente leal a esta adquirida patria chica.

Hay, al final, una generalización, una abstracción, cuando Lourdes declara su lealtad a lo que llama su 'patria chica'. Pero yo me pregunto: ¿es o no cierto que

todo el pasaje tiene una inmediatez tal, que nos parece estar junto a ella, en el mismísimo asiento del autobús, contemplando la escena desde la ventanilla, ahora, en este instante? Las palabras no pueden ser más escuetas, más desnudas. ¿De dónde, entonces, la sensación de realidad, de estar o ir allí con ella? Sospecho que procede de este verso que sin duda intencionadamente nos pasó inadvertido: 'Permanezco tan extranjera detrás del cristal protector'.

Es ese 'cristal protector' el que da realidad a lo que va quedando detrás de él; es él quien da realidad a la 'extranjería', o 'extrañeza', de Lourdes; y él, en fin, quien hará de la generalización final, en cuanto monólogo, una experiencia propia, de uno, reduciéndola, así, de abstracción, a la conmovedora inmediatez de todo el fragmento.

Esto es, entonces, poesía de veras. No sólo está a salvo en las palabras un instante irremplazable del fluir temporal —un instante suyo, sólo suyo, que sin embargo nos acoge para estar, o ser, con ella en aquel sitio preciso—, sino que ese instante significa algo más allá de sí: puesto que Lourdes nos ha hecho, o permitido, compartirlo con ella, ese instante se convierte en vía inmediata para el conocimiento absoluto de la terrible experiencia de su desarraigo. Experiencia que es común a todos ustedes, hermanos míos de un destierro que, o no buscaron ni quisieron, o rechazan ahora desde la raíz del alma. Pero hay más aún.

Todo poema que lo sea de veras ha de tener múltiples significados, como los tienen cada cosa o criatura de la realidad que nos rodea, símbolos al fin de no se sabe qué —sea un gatito jugando, sea la hoja de un árbol, sea una linda muchacha, un pez, un niño. A mí, Cuba me abriga, es cierto, a Dios gracias; pero ¿cómo podría compartir, o conocer, la experiencia de Lourdes, y de ustedes todos, si no sintiese también que algo me falta, en el abismo de mi ser conciente? De lo que tengo hambre es de ser uno en todos, y de que todos sean uno en mí —como está dicho en uno de los más bellos poemas que se hayan escrito jamás y llamamos Los Cuatro Evangelios. Esta sensación de una falta irreparable, de estar uno incompleto, es universal y, me parece, está inextricablemente unida a la experiencia del destierro —de todo destierro humano.

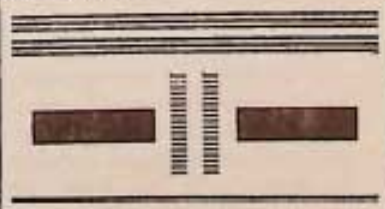
Dice Lourdes: 'Día de fiesta en la casa y desde por la mañana el olor de los tamales'. Y en otro sitio: 'Oyá me ronda. / Su saya de pañuelos multicolores / es como un tiovivo que está en mis sienes'. O bien: 'Y qué se ha hecho, dónde está la que yo era / cuando era mío aquel vestido azul...' Y luego: 'Recordar: / colgar los huesos del balcón / apilar los papeles cuidadosamente...' Para terminar de este modo su 'Orden del día del exilio': 'ensartar el rosario, / suicidarme'. Siento la tentación —aunque no soy crítico literario ni aspiro a serlo ya— siento la tentación de detenerme a considerar la escueta eficacia del idioma apoyada en el poder de significación oculto en el ritmo y la estructura del poema como un todo. Pero no voy a permitírmela. Me contentaré con afirmar que los poemas de Lourdes son ya indispensables para el conocimiento integral de nuestra historia contemporánea. ¡Cuánto he aprendido de Cuba a través de la amargura de Lourdes —que, transfigurada en poesía, tanto me enseña, desde lejos, de la patria que tengo tan cerca!

También me enseñó a quererlos a ustedes, sus hermanos en esa 'marginalidad inmune a todos los retornos' de que nos habla con implacable entereza. Y es que Lourdes, ella misma, importa más que todo lo que dejó escrito —como sucede con los héroes, los mártires y aquellos que una arcaica tradición llama sabios o santos. ¡Ay de los escribas, que en vez de sangre tienen letra en las venas! Lourdes sí que tenía sangre en las suyas. Pobre de mí, yo he visto su austera, su alegre agonía. Jamás la vi pensar sino en los otros, aquellos a quienes deseaba servir por encima de sus atroces sufrimientos, que sobrellevaba como la cosa más natural del mundo.

Contaré, para terminar, una anécdota de la que sólo yo puedo dar testimonio, pero que es para mí tan real como el papel que sostengo en las manos. Siempre he detestado los velorios. Jamás, junto a un ataúd, he sentido más que terror o desamparo. La noche en que me tocó una guardia junto al ataúd de Lourdes, me dispuse a cumplir con mi deber como pudiera.

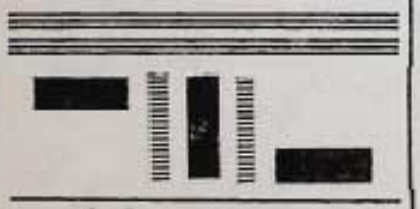
Y esto es lo extraño: tan pronto estuve junto a ella —¿es que era ella?—, sentí una paz absoluta. 'Don Eliseo —sentí, no escuché—, ¿por qué angustiarse? ¡Si esto es tan natural como vivir!'.

¡Ah, Lourdes! ¿Me habló tu voz, me habló tu ejemplo? Yo no lo sé ni lo sabré nunca, hija mía. Pero fue un privilegio haberte conocido, y saber que de algún modo merecí tu compañía, y que hay otros como tú que abrigan en su valeroso corazón el futuro de la vida."



Sesquicentenario de Palma: El pasado 7 de febrero fue conmemorado el sesquicentenario del natalicio del autor de las *Tradiciones peruanas*, libro capital de la literatura de nuestro continente. En Perú se realizaron diversas actividades de recordación, a las que asistieron destacados estudiosos de la obra palmista como el español Guillermo Díaz Plaja, el italiano Dario Puccini y el peruano Guillermo Ugarte Chamorro. Palma, quien tuvo una larga y activa vida, participó en importantes acontecimien-

tos militares, fue periodista y poeta notable, fundó y dirigió la biblioteca nacional del Perú, logró la creación de la Academia Peruana de la Lengua y perteneció a la Real Academia de la Lengua Española, será siempre recordado por esas estampas contadas con una serenidad familiar, y con la mirada alerta del hombre que supo encontrar los resortes que movieron a una sociedad que, muchos años después, sigue viviendo en sus páginas ejemplares.



Puerto Rico en *Areito: A la Antilla colonizada, a la isla hermana para cuya independencia también nació nuestro Partido Revolucionario Cubano, al pueblo al que Martí dedicara entrañables páginas, está dedicado el volumen* VIII, *número 31, de la revista* Areíto.

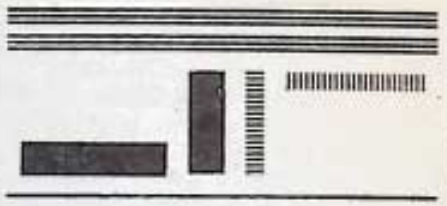
> *Puerto Rico, isla caribeña y latinoamericana, se encuentra, no por primera vez durante este siglo, en una decisiva encrucijada. La urgente disyuntiva de Pedro Albizu Campos "¡o yanquis o puertorriqueños!" cobra hoy nueva vigencia. A nivel internacional parece estar surgiendo una corriente mayoritaria en favor de una genuina autodeterminación para Puerto Rico. Pero, indudablemente, es en la isla misma, en el progresivo despertar de un pueblo a su realidad colonial y en la fina habilidad política que tendrá que desplegar el movimiento patriótico, donde se le dará respuesta concluyente a la suprema definición de don Pedro.*

Dice su editorial, y, a continuación, bajo el título "Puerto Rico en la encrucijada", se ofrece una serie de entrevistas a dirigentes de diversas tendencias y partidos políticos —Rafael Cancel Miranda, Juan Mari Bras, Severo Colberg, Fernando Martín, Roberto Alejandro, Ricardo Alegría, y dos miembros del grupo cristiano PRISA—, que muestran el complejo panorama político contemporáneo y prueban, una vez más, que es inevitable la quiebra del proyecto político que los Estados Unidos han tratado de imponerle en su condición de Estado Libre Asociado. En otra parte del editorial, Areíto *afirma:*

> *El ELA, sin embargo, está en quiebra. Su modelo de desarrollo está atascado en un callejón sin salida y su fórmula queda más estrechamente atada a la metrópoli estadounidense de lo que se proyectó hace treinta años. Es inevitable que la reconsideración del* status *irrumpa con mayor fuerza en la conciencia del pueblo a medida que esa quiebra se agudiza y retumba en el quehacer cotidiano de los puertorriqueños.*

La expresión literaria puertorriqueña no se olvida en esta entrega, que incluye el cuento "El tramo de La Muda", de Ana Lydia Vega, y poemas de Wenceslao Serra, Vicente Rodríguez Nietzsche, José Luis Vega, Angela María Dávila, Edwin Reyes, entre otros. La revista concluye con los trabajos "Cubanos emigrados en Puerto Rico", disección del costado más siniestro de las relaciones entre contrarrevolucionarios de origen cubano en la sociedad puertorriqueña, por Lourdes Argüelles y Gari MacEoin; "Puerto Rico en la agenda del mundo", de Wilma Reverón Tió, sobre la inclusión de ese candente tema en las discusiones de la Asamblea General de la ONU, y la "Relectura" de la novela La Charca, *de Manuel Zeno Gandía, por Sonia Rivera Valdés.*

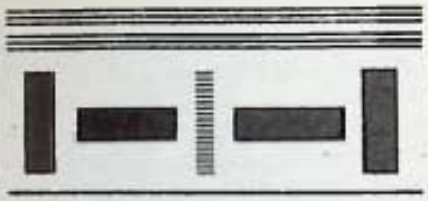
Areíto *continúa, con este número, una larga tradición de solidaridad con la causa del pueblo puertorriqueño.*



Artistas puertorriqueños protestan contra proyecto yanqui: Veintidós de los más destacados artistas plásticos puertorriqueños dieron a conocer en San Juan, el pasado mes de febrero, una declaración en la cual expresaron su "oposición absoluta" a una exposición de arte proyectada por la delegación norteamericana en la UNESCO de París. Creadores tan representativos como Myrna Báez, José A. Torres Martinó, José Rosa, Luis Alonso y Félix Rodríguez Báez (exdirector de la Escuela de Artes Plásticas del Instituto de Cultura Puertorriqueña), manifestaron, en una sección de su declaración, dada a conocer por la A.P.:

> So pretexto de que se aspira a alcanzar relieve en el plano internacional y esgrimiendo por enésima vez el argumento de la deseable universalidad en el arte, se nos arma de nuevo la trampa de una exhibición en un centro internacional, en este caso París y bajo el palio de la bandera norteamericana.

En la actualidad, se hacen esfuerzos —sigue diciendo la noticia— para lograr que la UNESCO reconozca una delegación auténticamente puertorriqueña. La situación en estos momentos es bien distinta: Luis A. Ferré, exgobernador puertorriqueño, ha sido designado miembro de la delegación norteamericana de la UNESCO y es la persona indicada para propiciar, según declararon los artistas puertorriqueños, un "espectáculo [que] no será mucho más que una sumisa expresión de otra de las maniobras étnicas que se toleran condescendientemente en los Estados Unidos".



Marie Langer habla de Cuba: *La eminente siquiatra marxista Marie Langer (sobre quien en el número 136 de* Casa de las Américas *apareció el trabajo de Juan Carlos Volnovich "Una mujer a favor de la historia") escribió después de un reciente viaje a Cuba las páginas "Cuba, qué linda es Cuba, quien la defiende la quiere más", que recogemos agradecidos:*

"Sí, lo creo, pero ¿cómo debiera defender a Cuba, para quererla más? Hace poco que llegué por primera vez, admirándola y con una serie de expectativas: el primer país socialista en la América Latina. El primero que supo enfrentarse a los Estados Unidos, al Pentágono y a la CIA. Que no sucumbió, como en su momento Guatemala o como Santo Domingo.

Llegué a Cuba y vi lo que esperaba de antemano y deseaba constatar: gente sin hambre, con ropa decente, gente ocupada yendo a su trabajo, pero también alegre, tomando helados en Coppelia (es la realización del sueño del pibe, esta heladería magnífica) o bailando de noche en el Malecón, claro, durante el carnaval. Sí, casi todo eso lo sabía ya: no hay más analfabetismo, ni hambre, ni desocupación. Lo vi y comparé: comparé con la miseria de los otros países latinoamericanos con sus tiendas y coches elegantes y su desocupación. Pensé en los muchachos tragafuegos, en México, que se ganan la vida suicidándose lentamente. Me acordé de los 'gamines' colombianos, niños delincuentes que roban por hambre, o de los mendigos que pueblan nuestro Continente. Ni quise pensar en los campesinos guatemaltecos —a cuántos se encuentra cada mañana torturados y decapitados—, en los refugiados salvadoreños, internados y maltratados en campos de concentración en Honduras. ¡Cuánta desgracia, cuánta injusticia desde el río Bravo hasta el extremo sur, pero también cuánto espíritu de lucha y de sacrificio! Y Cuba es, para toda esta miseria latinoamericana, como también para todos los que luchan por el cambio social, esperanza, modelo y solidaridad. Esta solidaridad la experimenté hace poco. Formo parte de un equipo internacionalista de Salud Mental que trabaja en Nicaragua. Por eso viajo allí regularmente. Pero en junio nos avisaron: 'tendrán que venir una semana más tarde, porque no se puede llegar a la ciudad de León, la ruta y los puentes están rotos por las inundaciones'. Fuimos una semana más tarde: los caminos y los puentes estaban reparados. '¿Cómo lo hicieron con esta rapidez?', preguntamos admirados. 'No, no fuimos nosotros quienes lo arreglaron. Vinieron los cubanos, con sus herramientas y con parte del material, los arreglaron en un tiempo record *y se fueron de nuevo', nos contestaron.*

'Quien la defiende, la quiere más'. Ya antes de haber estado en Cuba, la solía 'defender' en diferentes oportunidades. ¿Contra quiénes? Contra ciertos intelectuales europeos puristas, 'de izquierda' se dicen, que no entienden y confunden nuestro tercer mundo con sus construcciones en sus elucubraciones y discusiones de café. Ellos me dijeron: '¿Cómo es posible que quieras a Cuba, que la defiendas, si allá no hay libertad, si allá te limitan tu creación?' Les preguntaba de qué libertad me estaban hablando, si de la libertad del campesino guatemalteco que huye del hambre y del terror a la montaña para luchar, o a México para sobrevivir; o de la libertad de los catedráticos salvadoreños que tienen que impartir su enseñanza en la clandestinidad, ya que la universidad está cerrada. Les contestaba también que a mí me parecía más importante que la 'libertad de prensa' occidental (80% de las agencias de información están en manos de los Estados Unidos), que no era tal, ya que su función es la desinformación, que todo el mundo tenga comida, ropa, derecho a salud y educación. Les hablaba también de la solidaridad cubana con otros movimientos de liberación. Pero ellos seguían no entendiéndome. O no entendiendo a Marx, que nunca pensó que una revolución proletaria y campesina debiera hacerse para mejorar solamente el nivel de vida y la 'libertad' de la clase media intelectual. Pero no vi solamente lo que mencioné antes. Vi mucho más. Vi también la libertad y el respeto por el arte. Leí textos maravillosos, vi pinturas modernas y pude apreciar una libertad que no es a costa de otros.

Conocí, en el cierre de una exposición de pioneros, a niños de once, doce años que llenos de entusiasmo ya aprenden a trabajar, no como tarea alienante, sino eligiendo y jugando, responsabilidad como parte fundamental de la vida. Y admiré a los niños y niñas que en su círculo de pioneros ya habían elegido defender a Cuba

Conocí un círculo infantil donde, junto con otros niños de corta edad, se crían los que perdieron a sus padres. Pero no los llaman huérfanos, sino 'hijos de la patria'. Y estos niños sin familia estaban tan sanos y alegres, como los otros.

Soy médica, de formación sicoanalítica, y sé de salud mental y en especial de sicología femenina. Como médica supe apreciar el tipo de organización de los servicios de salud. Pero como mujer preocupada por nuestra problemática específica me interesó conocer a la mujer cubana y a su posición en la sociedad. Años atrás leí el excelente estudio de Isabel Largula sobre el trabajo invisible de la mujer. Conozco el discurso de Fidel pronunciado en 1966, en el cual afirma que 'las mujeres tienen que

esforzarse mucho para alcanzar el lugar que realmente deben ocupar en la sociedad'. Creo que en todos estos años no solamente las mujeres, sino también los hombres se han esforzado para lograr eso. Y por cierto que ya se ha logrado mucho.

Vi a las niñas pioneras manejando junto con sus compañeros un cañón de defensa contra ataques aéreos. Supe que entre los maestros que fueron a alfabetizar a Nicaragua, a pesar del peligro y sacrificio que eso implicaba, la mitad eran mujeres, y muchas de ellas madres de familia. Conocí en Managua siquiatras y sicólogas empeñadas en tareas solidarias.

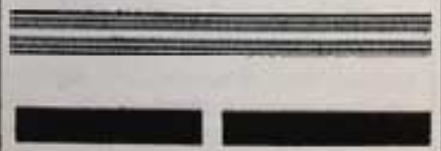
Para finalizar este breve relato, quiero comentar un episodio que me impresionó particularmente. Lo contaré con algunas palabras preliminares. Sabemos que en nuestra sociedad patriarcal, y en especial en los países más machistas, la gloria de una joven madre consiste en dar a luz, como primogénito, a un hijo varón. Sin embargo, no admitirá que rechaza a su hija mujer, sino argumentará que prefiere a un varón, porque tendrá una vida más fácil, pues ser mujer equivale casi a ser desgraciada, y de seguro a tener menos oportunidades de realizarse que un hombre. Y sí, en términos generales tendrá razón. O solía tenerla, porque parece que en Cuba eso ya cambió mucho. Lo comprobé cuando fui a visitar un hospital ginecobstétrico en La Habana. Me satisfizo lo logrado por tres sicólogas, una cubana, otra argentina y otra uruguaya, que formaban juntas el equipo de salud mental. Estaban a cargo de la preparación sicoprofiláctica de parto. Hacían grupos con las embarazadas sanas y otro con las de alto riesgo. Preparaban también a las pacientes de ginecología, especialmente a las que estaban a la espera de una operación mutilante. Lo que más me impactó era el clima de tranquilidad y confianza que habían logrado. Pude comprobar el resultado tan bueno en la sala de preparto, lugar de tormento por lo general. Ahí suelen encontrarse mujeres solas que se debaten ansiosas contra los dolores, llorando, suplicando. Nada de eso encontré en este hospital. Estaban todas, un grupo de seis u ocho mujeres, sentadas tranquilamente en sillones, tejiendo, charlando, mirando televisión. Una u otra se callaba de golpe, respirando de esa manera especial con la que hay que acompañar las contracciones. Una partera, tranquila y amistosa, las acompañaba. Después me permitieron, tomando todas las precauciones higiénicas necesarias, pasar a la sala de parto. Dos mujeres estaban en trance de parir. Nunca vi partos así. Estaban tranquilas, trabajando con plena seriedad y conciencia. Nació el primer niño. 'Es un varón', le dijo triunfalmente el partero a la madre, mujer de unos treinticinco años tal vez. 'Sí está bien el niño, qué bueno', contestó ella, 'pero lo de varón... ya tengo dos muchachos en casa.' La otra era una muchachita joven, de diecisiete años no más, frágil, linda. Aunque era primeriza, ¡con qué control de sí misma y con qué seriedad siguió las indicaciones! Nació el bebé. 'Es hembra', gritó la joven alborotada. 'Qué suerte, es hembra'. '¿Querías una niña?', le pregunté. 'Sí, quería una niña, y mi esposo y mi suegra también', contestó radiante. Pensé: podrían llamarla Cuba."



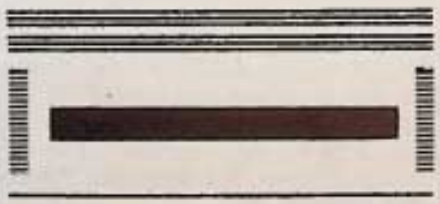
Alejo completo: La prestigiosa editorial Siglo XXI presentó, tal y como había sido anunciado, los dos primeros volúmenes de las obras completas de nuestro Alejo Carpentier. Arnaldo Orfila, director de la editorial, afirmó, durante un homenaje organizado en cordinación con el Instituto Nacional de Bellas Artes, que el proyecto había nacido casi junto con Siglo XXI. Como se recordará, las primeras ediciones de las más recientes novelas de Carpentier, a partir de *El recurso del método*, estuvieron a cargo de esta editorial. Estas obras completas abarcarán catorce volúmenes, en los que serán incluidas veintidós obras. El primero de ellos contiene "La rebambaramba", "Cinco poemas afrocubanos", "Historia de lunas", "Manita en el suelo", "El milagro de Anaquillé" y su correspondencia con García Caturla; el segundo de los tomos presentados incluye dos novelas: *El reino de este mundo* y *Los pasos perdidos*. El trabajo de edición ha contado con la inestimable ayuda de Lilia Esteban, la inseparable compañera del novelista y directora del Centro de Promoción Cultural Alejo Carpentier. El prólogo fue escrito por el venezolano Alexis Márquez, uno de los ensayistas que más honda y profusamente ha investigado la obra de Carpentier, quien, junto a los mexicanos Fernando Benítez y David Huerta, también habló en el acto de presentación. El narrador cubano Omar González, subdirector del citado Centro, después de saludar la edición, anunció algunas de las actividades que prepara esa institución, entre las que se destacan un simposio internacional con motivo del octogésimo aniversario del autor de *La consagración de la primavera*, y la instauración del premio Alejo Carpentier en novela y música. Tanto la edición de las obras completas, como las actividades proyectadas y realizadas constantemente en numerosos países, son una evidencia del alcance universal de una obra enraizada en las mejores esencias latinoamericanas.



Premios Antonio Camuñas: *Al comenzar el año, se daban a conocer en Madrid los premios del concurso que se instituyera en memoria del presidente fundador de la Reaseguradora Albatros, el profesor Antonio Camuña Paredes. El premio de novela, al que fueron enviados venticinco originales de autores de la América Latina, Europa y los Estados Unidos, lo obtuvo la argentina Luisa Futoransky con* Son cuentos chinos, *su primera obra en este género, pues antes ha publicado varios libros de poemas. Angel García López (Cádiz), con* Memoria amarga de mí, *fue ganador del premio de poesía, que tuvo la estimable participación de ciento treintinueve libros. El autor premiado ha publicado diez libros de poemas, entre los que se encuentran los galardonados con el Premio Adonais 1969, el Premio Nacional de Literatura 1973 y el Premio de la Crítica 1978.*



Cultura dominicana en Cuba: La Asociación de Dominicanos Residentes en Cuba *Francisco Caamaño Deño*, en cordinación con varios organismos e instituciones cubanos —entre ellos, la Casa de las Américas— desarrolló una Jornada de la Cultura Dominicana en nuestro país, entre los días 15 y 28 de febrero, en conmemoración del ciento treintinueve aniversario de su independencia. El público cubano tuvo la posibilidad de acercarse a aspectos representativos de la historia y la cultura del pueblo de Gregorio Luperón, a través de conferencias, exposiciones, estrenos teatrales, lanzamientos de grabados, que tuvieron como sede, entre otros, al Museo de la Música, el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos y la Universidad de La Habana. En nuestra institución, el profesor Juan Bosch, miembro del Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, ofreció la conferencia *El capitalismo en la República Dominicana*, y, en otras intervenciones, eran tratados temas sobre la música dominicana, las relaciones entre Cuba y la independencia del pueblo hermano, la vinculación entre personalidades como José Martí y Federico Henríquez y Carvajal. Esta Jornada constituyó un loable esfuerzo por divulgar las expresiones más contemporáneas de una cultura históricamente enlazada con la de nuestra patria.



El descubrimiento mutuo: *En 1992 se cumplirán quinientos años de la llegada a las costas americanas de las tres naves del genovés que demostró a los europeos que había otras tierras y otras gentes que los conocidos hasta entonces por ellos, y que nuestro planeta era redondo. Con tal motivo, en varios países de los dos hemisferios del globo terráqueo se han creado comisiones para preparar las actividades con las que se celebrará ese aniversario. En Cuba, el Consejo de Ministros ha decretado la creación de la Comisión Nacional conmemorativa del medio milenio del descubrimiento mutuo de las culturas de los llamados viejo y nuevo mundos. En el primero de sus "por cuantos", el decreto expone:*

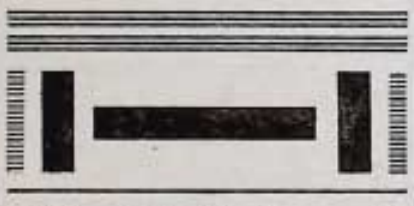
> *El 12 de octubre de 1992 se cumplirá el medio milenio de la llegada a América de las naves de Castilla al mando del Almirante Cristóbal Colón, uno de los hechos históricos, culturales, económicos y científicos más relevantes de todos los tiempos, porque significó el encuentro de las culturas del Nuevo y del Viejo Mundos, con su secuela de conquista y colonización, el surgimiento de las nuevas naciones de América y la epopeya de su independencia.*

Varios ministerios, organismos e instituciones —entre ellos, la Casa de las Américas— trabajarán para la confección del programa, que incluirá la edición de obras, la celebración de concursos literarios y científicos, la señalización de la ruta de las embarcaciones descubridoras a lo largo de las costas cubanas, así como la forma de perpetuar la llegada de las naves ante nuestras playas, en la bahía de Baracoa, entre otras. Posteriormente fue dada a conocer la designación del viceministro de Cultura Antonio Núñez Jiménez como Presidente de la Comisión.



De nuevo Martí en Revolución y Cultura: Con la entrega 125, del pasado mes de enero, la publicación mensual *Revolución y Cultura* abre el año con un renovado formato. El diseñador invitado, Esteban Ayala, inicia con este número un cambio en la concepción formal que había caracterizado la importante publicación, alterando no sólo la imagen tipográfica, sino el manejo de la interrelación espacio-forma. Significativamente, este cambio da su primera muestra en un número que acoge, en una parte considerable de sus páginas, trabajos de y sobre José Martí, en su 130 aniversario. La página editorial, titulada "José Martí: hombre de América, hom-

bre del mundo", termina subrayando que *"Revolución y Cultura* ofrece a nuestros lectores, como homenaje al Maestro, un grupo de trabajos que no pueden ser más que una muestra del enorme quehacer y pensamiento martianos, el cual abarcó multiformemente el saber universal". Saludamos esta nueva entrega de la fraternal *R y C*, que continuará, sin dudas, su desarrollo cada vez más amplio y enriquecedor.



Martí en la India: *La creación de un Centro de Estudios Martianos en la Universidad Jawaharlal Nehru, de Nueva Delhi, fue dada a conocer en esa capital durante un encuentro de destacados intelectuales de la India con Gabriel García Márquez y Antonio Núñez Jiménez. Al encuentro, efectuado durante la celebración de la* VII *Cumbre del Movimiento de Países No Alineados y patrocinado por la primera ministra Indira Gandhi, asistieron, entre otros, Daulatsinhji P. Jadeja, miembro del Parlamento de la República de la India y presidente de la Sociedad Hindú para la América Latina, y el profesor Susnigdha Dey, director del Centro de Estudios Hispánicos de la citada universidad, quien, además, ha publicado el estudio* José Martí, Gandhi de Cuba. *La creación de este Centro de Estudios Martianos en la India es una evidencia más de la universalidad de un pensamiento que tuvo entre sus principios esenciales la premisa de que "Patria es humanidad".*



Premio de la Asan Memorial Association a Nicolás Guillén: El viernes 14 de enero le fue entregado a nuestro Nicolás Guillén el Premio Mundial de Poesía, que otorga la Asan Memorial Association de la India. La ceremonia de entrega de la alta distinción, efectuada en la sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, fue presidida por el compañero Fidel Castro, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, así como por el ministro de Cultura de Cuba, Armando Hart Dávalos y el señor R. Prakazam, presidente de la A.M.A. Al fundamentar el otorgamiento del premio, Prakazam señaló que

> Tenemos el privilegio de ofrecerle esta humilde muestra de nuestra admiración como creador de la belleza, la armonía y la gloria de la vida. Este premio es un símbolo de un movimiento de dimensiones universales a favor de la libertad, la paz y la síntesis cultural, pero sobre todo, de nuestra creciente amistad hacia Cuba y su gran líder Fidel, quien se ha hecho querer por todos los indios de coraje.

Por último, el presidente de la Asan Memorial Association dijo que en Nicolás Guillén "todos saludan al mayor poeta de la lengua española, que encarna los más nobles aspectos de la cultura afroamericana".

Por su parte, Nicolás Guillén resaltó que la recepción del Premio Asan marcará por siempre su vida, ya que lleva el nombre de un gran poeta que legó a la historia de su patria lo mejor y más grande de su espíritu. Luego de referirse al doble honor que representa recibir la distinción en el año del ciento treinta aniversario del natalicio de José Martí, Guillén recordó a grandes figuras de la India, como Mahatma Ghandi y Rabindranath Tagore.

Entre los asistentes a la ceremonia se encontraban Gabriel García Márquez, el expresidente de Colombia, Alfonso López Michelsen, Humberto Pérez, vicepresidente del Consejo de Ministros de Cuba, Antonio Núñez Jiménez, viceministro de Cultura de Cuba, y el señor Vinod Khanna, embajador de la India ante el gobierno cubano.

Este premio, que enorgullece a todos los cubanos, es también un testimonio más de la amistad entre los pueblos de la India y Cuba. A nuestro Nicolás Guillén, receptor de la honrosa distinción, vaya la cálida felicitación y el fraternal abrazo de la Casa de las Américas.

Ultimas Actividades de la Casa de las Américas

Recital

El relevante compositor, poeta, folclorista y cantor uruguayo Aníbal Sampayo, ofreció un recital en la Casa de las Américas durante su última visita a Cuba. Con su Conjunto de Arte Latinoamericano, integrado por Susi Misa, Carlos Medina, Walter Díaz y Nelson Domínguez, interpretó la cantata popular *Canto a la liberación*, en la que se evocan diversas escenas de la gesta emancipadora de Nuestra América, y se rinde homenaje a mártires, héroes y próceres del Continente. El grupo Moncada colaboró en este recital, que fue calurosamente acogido por el público que llenó el gran salón de nuestra Casa.

Artes plásticas

El crítico e investigador norteamericano Allan Barnet impartió una conferencia sobre *El muralismo popular en los Estados Unidos*, el pasado 1ro. de marzo. Barnet, quien es profesor de la Universidad de San José, California, se ocupa actualmente en la preparación de un libro sobre el muralismo popular. Durante las dos horas de su conferencia, fue atendido con gran interés por el público que llenó el salón de nuestra planta baja.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooooooc

El destacado pintor, escultor y dibujante argentino León Ferrari, expuso en la Galería Latinoamericana de nuestra Casa una muestra de planos, heliografías y fotocopias. Ferrari, quien tiene una larga y destacada trayectoria dentro de los más renovadores movimientos de la plástica en la América Latina, y quien ha puesto su arte reiteradamente al servicio de la labor política, ha trabajado sobre las enormes posibilidades de los medios de reproducción y otros recursos de producción comercial. La exposición fue acogida con interés por sus numerosos visitantes, quienes pudieron apreciar obras que ratifican el prestigio alcanzado por León Ferrari.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Con el título de *La estampa latinoamericana*, fue inaugurada en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas el lunes 7 de febrero una muestra de serigrafías, integrada por obras pertenecientes a los fondos de la Colección Permanente de nuestra institución, editadas en talleres especializados o por sus propios autores. También se expusieron obras impresas en el Taller de Serigrafía Casa que, de esta forma, abre sus múltiples posibilidades a los creadores del Continente. En la apertura de esta exposición fue lanzada una versión serigráfica del óleo *La nube rosa*, de la gran pintora cubana Amelia Peláez.

Jornada de la cultura dominicana

Como parte de las actividades de la Jornada de la Cultura Dominicana en Cuba (que comentamos en la sección "Al pie de la letra" de esta entrega), fueron ofrecidas dos conferencias en la Casa de las Américas: *El capitalismo en la República Dominicana,* por el destacado narrador y ensayista Juan Bosch, y *La solidaridad dominicana con Cuba y Puerto Rico,* por el historiador cubano Salvador Morales.

Cultura e integración del Caribe

Aspectos culturales de la integración regional caribeña, fue el tema de la conferencia ofrecida por el profesor trinitario Dennis Sardinha, el pasado 10 de marzo, en la Casa de las Américas. Sardinha es especialista en literatura caribeña de lengua española, y ha dedicado importantes páginas al quehacer cultural cubano, como el libro *The Poetry of Nicolás Guillén.*

Jóvenes creadores

Tres jóvenes narradores: Rosa Ileana Boudet, Leonardo Padura y Abilio Estévez, fueron los encargados de continuar el ciclo de lecturas que vienen ofreciendo la Brigada "Hermanos Saíz" y el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, como avance del Encuentro Continental de Jóvenes Creadores que, bajo los auspicios de nuestra institución, se realizará en octubre de este año. Al igual que en las anteriores ocasiones la lectura contó con un público joven y numeroso.

Publicaciones

—Carlos Pellicer: *Poesía,* Col. Literatura Latinoamericana, 1982.

—Pablo Palacio: *Un hombre muerto a puntapiés* (cuentos), Col. Literatura Latinoamericana, 1982.

—Leonel Rugama: *La tierra es un satélite de la luna* (poesía), Col. La Honda, 1982.

—Augusto Monterroso: *Mr. Taylor & Co.* (cuentos), Col. La Honda, 1982.

—Sergio Galindo: *Cuentos,* Col. La Honda, 1982.

Colaboradores Temas

El investigador soviético José Grigulevich (1913) ha publicado, entre otros títulos, biografías de *Ernesto Che Guevara* (1975), *Salvador Allende* (1978) y *Sandino* (1982).

Sergio Guerra Vilaboy (Cuba, 1949) es profesor del Departamento de Historia de América de la Universidad de La Habana.

El ensayista, profesor e historiador Manuel Maldonado-Denis (Puerto Rico, 1933) ha sido jurado del Premio Literario Casa de las Américas en varias ocasiones.

De Ricaurte Soler (1932), ensayista y profesor panameño, la Casa de las Américas publicó en 1971 *Formas ideológicas de la nación panameña.*

El miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez (1914) es autor de libro *José Martí: guía y compañero.*

Jesús Montané, miembro suplente del Buró Político del Partido Comunista de Cuba, fue uno de los asaltantes al Cuartel Moncada y fundadores del Movimiento 26 de Julio.

El viceministro de Cultura y miembro suplente del CC del Partido Comunista de Cuba Antonio Núñez Jiménez (1923) ha publicado el primer tomo de su obra *En marcha con Fidel.*

Del crítico cubano Gilberto Valdés (1952), la revista *Casa de las Américas* publicó el ensayo "Haroldo Conti: alias Mascaró: alias la vida".

El profesor venezolano Miguel Acosta Saignes (1908) obtuvo el Premio Especial "Bolívar en Nuestra América" otorgado por la Casa de las Américas en 1977 con su libro *Acción y utopía del hombre de las dificultades.*

Preparada por el historiador cubano Francisco Pividal Padrón (1916), la Casa de las Américas publicó la antología *La vigencia de su pensamiento,* con textos de Simón Bolívar.

Manuel Galich (1913), ensayista y dramaturgo guatemalteco, recibió en 1982 la Orden Félix Varela, otorgada por el Consejo de Estado de la República de Cuba.

Los amos del valle, es la última novela del venezolano Francisco Herrera Luque (1927).

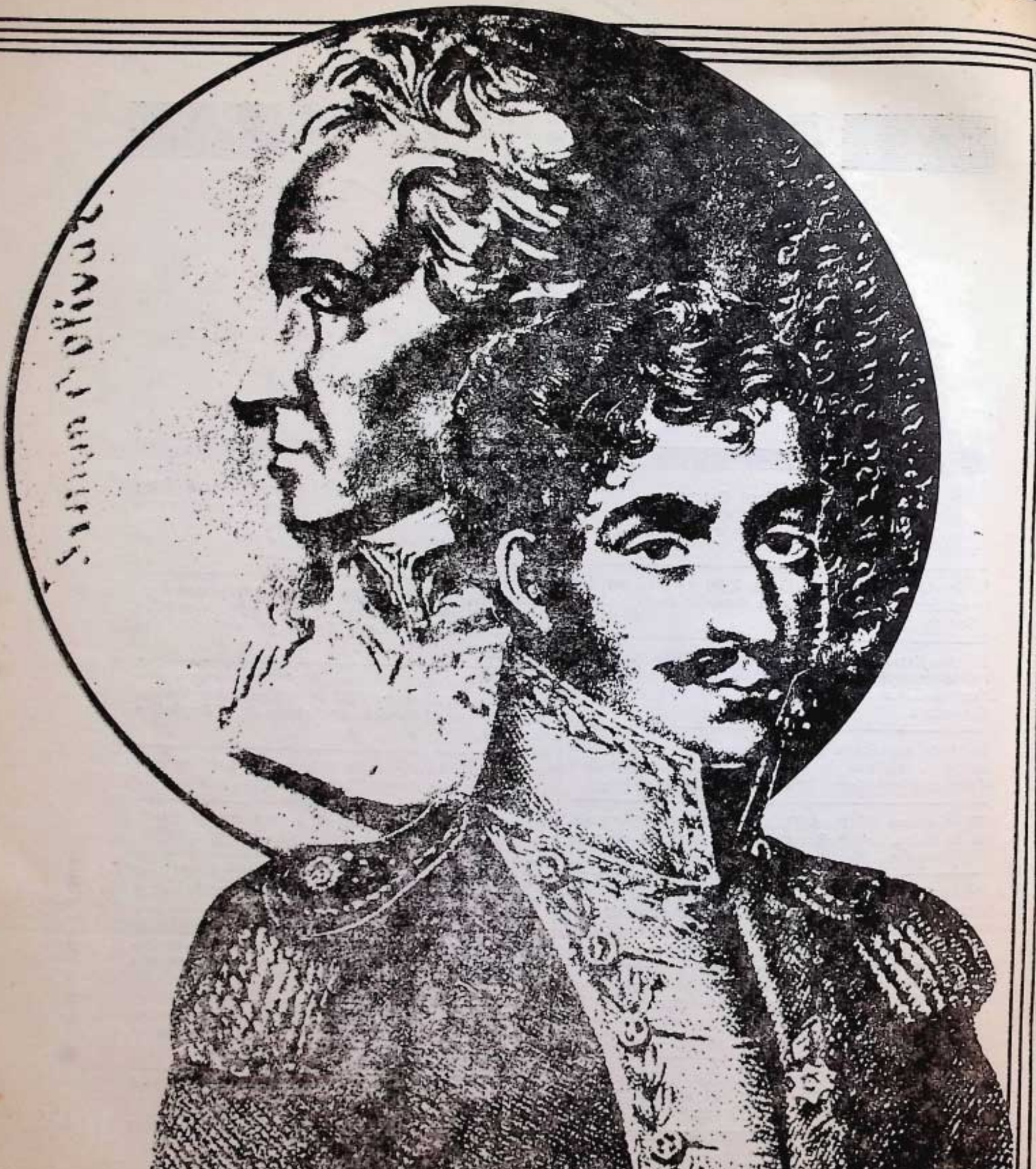
El último libro de cuentos de Julio Cortázar (1914), *Deshoras,* fue publicado en México este año.

El historiador cubano Augusto E. Benítez (1945) se desempeña como periodista en la revista *Bohemia.*

El poeta e investigador cubano Emilio de Armas (1946) resultó finalista en el Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío 1983 con su poemario *La frente bajo el sol.*

El profesor y ensayista cubano Alberto Prieto (1939) fue jurado del Premio Literario Casa de las Américas en 1978.

El periodista cubano Mario Mencía publicó en 1980 el libro *La prisión fecunda.*





XXX ANIVERSARIO

DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA



